

JENNIFER L. ARMENTROUT



SEMIHUMANA

ae

Lectulandia

Dividida entre el deber y la supervivencia, ya nada puede ser igual.

Todo lo que creía saber Ivy Morgan se ha venido abajo. Tras ser traicionada y estar a punto de morir a manos del Príncipe de los Faes, ha de guardar a toda costa un secreto perturbador. Porque, si la Orden lo descubre, la matará.

Y luego está Ren Owens, el miembro de la Élite de la Orden, tatuado e irresistible, que ha conquistado la cama y el corazón de Ivy. Entre ellos hay una química abrasadora, pero Ivy sabe que Ren valora por encima de todo su deber hacia la Orden. Jamás la tocaría si conociera la verdad. Tal vez incluso la mataría. Pero ¿puede Ivy seguir mintiéndole?

Cuando el Príncipe de los Faes comienza a estrechar el cerco sobre ellos, decidido a abrir de manera permanente los portales hacia el Otro Mundo, Ivy se queda sin alternativas. Si no descubre de inmediato en quién puede confiar, no será solamente su corazón el que acabe destrozado, sino toda la civilización humana.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Semihumana

La cazadora de hadas - 2

ePub r1.0

Titivillus 27-02-2018

Título original: *Torn*
Jennifer L. Armentrout, 2016
Traducción: Victoria E. Horrillo Ledesma

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para los lectores y reseñadores.
Nada de esto sería posible sin vosotros.*

1

La sangre, roja como una rosa recién cortada, burbujeaba en el centro de mi palma como si mi mano fuera un volcán a punto de sembrar el caos y la desolación.

Yo era la semihumana.

Era yo, había sido yo *desde el principio*. Y Ren... Oh, Dios mío. Ren estaba aquí con el único propósito de encontrarme y matarme, porque el príncipe del Otro Mundo andaba suelto en el reino de los mortales. El Príncipe estaba aquí para dejar embarazada a una semihumana, para engendrar conmigo a la criatura del Apocalipsis.

Conmigo.

Iba a vomitar. Por toda la tarima de mi habitación.

Me costaba respirar cuando levanté la mirada.

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

Las finísimas alas de Tink revolotearon sin hacer ruido cuando se me acercó. El maldito duende. El maldito duende al que había encontrado en el cementerio de San Luis. El duende al que entablillé la pierna con palitos de polo, cuya ala rasgada vendé con todo cuidado. El maldito duende al que había dejado vivir en mi apartamento durante dos años y medio, y al que no había matado aún a pesar de que se había gastado una fortuna de *mi* dinero en Amazon, como si fuera el protagonista de un episodio de *Obsesivos compulsivos*. El maldito duende al que estaba a punto de mandar de una patada a otra dimensión.

Juntó las manos delante de su camiseta cubierta de azúcar glasé. Tenía manchas de polvillo blanco por toda la cara, como si se hubiera caído de bruces en un montón de cocaína.

—No creía que pasaría esto —dijo.

Levanté la mano y sentí que una cálida cascada me corría por el brazo.

—Pues acaba de pasar.

Tink voló hacia la izquierda.

—Creía que habíamos cerrado todos los portales, Ivy. No sabíamos que había otro aquí. Pensábamos que era imposible que entrara alguien de la corte real, o el príncipe o la princesa. Creíamos que no había problema.

Bajé la mano y sacudí la cabeza.

—Pues ¿sabes qué, Tink? Que sí que hay problema. ¡Lo hay, y muy gordo, del tamaño de Godzilla!

—Ya, ya me he dado cuenta. —Se acercó revoloteando a la cama y se posó sobre mi colcha—. Yo no quería mentirte.

Fruncí el ceño al darme la vuelta.

—Siento decírtelo, Tink, pero si uno no quiere mentir a alguien, sencillamente no le miente.

—Ya lo seeeeé —dijo alargando la palabra, y se acercó al borde de la cama hundiendo sus pies descalzos en la colcha de felpilla color violeta, seguramente poniéndolo todo perdido de azúcar—. Pero no me habrías creído si te lo hubiera dicho, ¿verdad que no? Porque no tenía precisamente a mano una estaca de espino.

Vale. En eso tenía razón.

—Pero cuando la traje, podrías habérmelo dicho.

Tink bajó la cabeza.

Yo respiré hondo.

—¿Sabías lo que era la primera vez que me viste?

—Sí —contestó, y añadió atropelladamente—, pero no fue a propósito. Que me encontraras fue pura casualidad. Una coincidencia. O puede que fuera el destino. A mí me gusta pensar que estábamos destinados a encontrarnos.

—Vale, no digas más.

Me dolía saber que no había sido sincero conmigo todo este tiempo. Me dolía como una quemazón en el pecho y las tripas. Ya no sabía quién era Tink.

Ni siquiera sabía quién era yo.

—No me di cuenta hasta que te acercaste y percibí lo débil que era tu sangre de fae. Pero tienes razón. Debería habértelo dicho, Ivy Divy. Tienes razón, pero tenía miedo... Miedo de lo que harías. —De pronto se lanzó de espaldas sobre la colcha, con los bracitos y las piernas estirados—. No quería que te llevaras un disgusto, porque me habías ayudado, y tampoco quería que hicieras una tontería si te lo contaba.

—¿Y qué podría haber hecho? —Noté un nudo de emoción en la garganta—. ¿Qué puedo hacer?

Él levantó sus brazos de fideo.

—Podrías... no sé... haberte autolesionado.

Abrí mucho la boca y di un respingo cuando se tensó la piel inflamada y amoratada del lado derecho de mi cara. ¿Autolesionarme? Miré la estaca de espino que descansaba en el suelo.

—No —susurré.

Me incliné, recogí la estaca y limpié la sangre de la punta usando mi camiseta.

—No quiero morir.

—Me alegra saberlo. —Tink se había incorporado, pero seguía con los brazos junto a los costados.

Dejé la estaca sobre la cómoda, junto a las estacas de hierro y las dagas.

—Yo no haría eso, Tink.

—Pero sí habrías intentado marcharte.

Se había acercado y revoloteaba detrás de mí.

Respiré hondo, pero no me sirvió de nada. ¿Marcharme? ¿Qué debía hacer? Me

aparté de la cómoda esquivando a Tink, lo cual resultó más difícil de lo normal teniendo en cuenta que tenía el tamaño aproximado de una Barbie. Rendida de cansancio, me acerqué a la cama y me senté. Pero aquel cansancio no se debía únicamente a mis numerosas heridas, que iban curándose poco a poco.

Mi mente funcionaba a marchas forzadas, girando vertiginosamente. Cerré los ojos y me tumbé de espaldas, con las piernas colgando por el borde de la cama mientras el pánico se abría paso por mi vientre como un cuchillo. La sola idea de marcharme hacía que se me desbocara el corazón. Marcharme de Nueva Orleans suponía dejar la Orden, y eso era algo muy gordo. No podía uno marcharse sin más de la Orden. Equivalía a desertar del ejército. Se decretaría mi busca y captura. Los miembros de la Orden estarían al acecho, y había sectas en todos los estados. Solo podría esconderme un tiempo. Si me marchaba, David sospecharía que era una traidora como... como Val, y se pondría en contacto con los líderes de las otras sectas. Pero no era solamente mi deber para con la Orden lo que me hacía dudar. Era mucho más que eso.

Qué demonios, mi deber para con la Orden exigía que me entregara a ellos, pero tampoco se trataba de eso. Por primera vez en mi vida, mi súbita reticencia a hacer lo correcto no tenía nada que ver con mi deber.

Tenía que ver con Ren.

Marcharme significaba alejarme de él, y con solo pensarlo se me caía el alma a los pies. Le quería. Dios mío, sentía por él un amor que superaba incluso mi pasión por los pralinés y los buñuelos, y eso era mucho decir, porque mi amor por los dulces podía compararse con las más grandes historias románticas conocidas por la humanidad. Cuando pensaba en no volver a verle, me daban ganas de encogerme y hacerme una bola, lo que sería una estupidez, porque tenía las costillas hechas polvo y me habría dolido una barbaridad.

No debería haberme acercado a él.

Todo ese tiempo me había paralizado el miedo a que se muriera, como se habían muerto todos. Nunca se me había pasado por la imaginación que pudiera perderle porque tuviera que marcharme yo. O que huir a toda prisa, más bien.

Pero ¿qué podía hacer? No podía permitir que el príncipe llevara a cabo sus planes, eso estaba claro. Un hijo nacido de la unión del príncipe y de una semihumana abriría literalmente todas las puertas del Otro Mundo. Se quedarían así, abiertas para siempre, y por ellas cruzarían todos los faes. La humanidad se convertiría en un bufé libre.

—Ahora mismo lo estás pensando —dijo Tink.

Estaba pensando muchas cosas en ese momento.

Tink se posó en mi rodilla doblada, y si no me lo sacudí de encima fue porque estaba segura de que me haría aún más daño si movía la pierna.

—Crees que lo único que puedes hacer es marcharte, pero eso no servirá de nada. Olvidas algo muy importante. O, mejor dicho, dos cosas muy importantes. —Hizo

una pausa—. Pensándolo bien, seguramente estás olvidando un montón de cosas porque te has dado un buen golpe en la cabeza y...

—Tink —le dije en tono de advertencia.

Avanzó por mi pierna, y yo sentí como si un gato me pasara por encima.

—Tú tienes que *consentir*.

Abrí los ojos con esfuerzo. El izquierdo todavía lo tenía bastante hinchado, así que vi a Tink borrosamente, posado sobre mi cadera.

Se puso las manos a los lados de la boca.

—Sexo —dijo—. Tienes que mantener relaciones sexuales consentidas con el príncipe. Es el único modo de concebir un hijo. Sin hechizos. Sin magia ni coacción. Nada de trucos. Ya sabes, tienes que desear de verdad...

—Sé lo que significa tener relaciones sexuales consentidas —le espeté yo.

—Pues no lo parece. —Tink se elevó de un salto de mi cadera y fue a posarse en la cama, a mi lado—. Porque el príncipe no puede obligarte a hacerlo. Bueno, *podría*, y no me extrañaría que lo hiciera siendo como es, pero sería una asquerosidad, un error, y no concebiríais un hijo.

—Vaya, cuánto me alegra saberlo. O sea, que podría violarme, pero por lo menos no tendríamos el bebé del Apocalipsis. Entonces no pasa nada.

Tink arrugó la naricilla.

—Tú sabes que no es eso lo que quiero decir. —Se elevó de nuevo en el aire y se situó justo encima de mi cabeza—. Pero hay un problema aún mayor, Ivy.

Me reí, y mi risa sonó un poco histérica. No como si estuviera borracha, sino como si estuviera como para que me encerraran en un manicomio.

—¿Hay algo peor que ser una semihumana?

El pánico empezó a agitarse dentro de mi pecho. Con solo decirlo en voz alta me daban ganas de vomitar.

—Has dicho que el príncipe probó tu sangre, ¿verdad? —preguntó Tink—. Después de pelearos.

Arrugué la nariz.

—Sí. Bueno, estoy casi segura de que lo hizo después de... olisquearme.

—Entonces te encontrará allá donde vayas.

Abrí la boca, la cerré y volví a intentarlo:

—¿Cómo dices?

Tink se posó en la colcha.

—Sentirá tu presencia en cualquier parte. Da igual que te vayas a Zimbabue. Ni siquiera estoy muy seguro de dónde queda eso, pero me gusta decirlo: Zimbabue. El caso es que al final te encontrará porque ahora formas parte de él.

Yo no podía pensar, no podía ni formar un pensamiento coherente que no empezara con las palabras «Pero ¿qué coño me estás contando?».

—¿Lo dices en serio?

Tink dijo que sí con la cabeza y se dejó caer con las piernas cruzadas junto a mi

brazo. Bajó la voz como si alguien pudiera oírle.

—Cuando un antiguo como el príncipe absorbe una parte de otra persona, queda vinculado para siempre a esa persona. En cierto modo, estáis unidos.

—Ay, Dios mío. —Incapaz de asumirlo, me llevé las manos a la cara, y de pronto se me ocurrió otra idea espantosa—. Entonces, ¿sabe dónde estoy ahora mismo?

—Pues sí, no hay duda.

—Y me encontrará allá donde vaya.

Ostras, ni siquiera podía asumir lo que eso significaba. Mi sola presencia pondría en peligro a todo el mundo. Pero lo que no entendía era por qué no había aparecido ya el príncipe si podía seguir mi rastro como si fuera una especie de sabueso. Había pasado una semana desde nuestra pelea. ¿A qué estaba esperando?

—¿A que acojona? —preguntó Tink.

«Acojonar» no era la palabra más adecuada. Ni siquiera se me ocurría un término para describirlo.

—¿Sabes cómo matarle?

—Se le puede matar como a cualquier antiguo: cortándole la cabeza. Pero no va a ser fácil.

Menuda sorpresa. Cargarse a un fae normal ya era bastante complicado. Si les clavabas una estaca de hierro, solo los mandabas al Otro Mundo. Para matarles había que cortarles la cabeza.

—Pero lo más importante no es eso.

Tink me agarró de la mano derecha. Ya no me dolía la muñeca, otra señal segura de que el príncipe había reparado parte de los daños que me había infligido. Miré al duende.

—No puedes dejar que nadie se entere de lo que eres.

—Vaya, ¿en serio? Y yo que pensaba actualizar mi página en Facebook anunciando que soy una semihumana...

Ladeó su cabeza rubia platino.

—Tú no tienes Facebook, Ivy.

Suspiré.

—Te busqué —añadió Tink, como era de esperar—. Quería agregarte como amiga para darte un toque de vez en cuando, y aunque sé que la gente ya no da toques en Facebook a mí me parece una manera fantástica de...

—Sé que no puedo decírselo a nadie, pero ¿qué impide a los faes revelar mi identidad? —pregunté.

—Los faes saben que si se revela tu identidad la Orden te matará. —Lo dijo como si estuviera hablando de *Harry Potter* y no de mí: como si no se tratara de liquidarme como a un perro rabioso—. El príncipe no querrá arriesgarse a que eso pase, aunque haya otras semihumanas por ahí. No querrá perder tiempo buscando a otra.

—Bueno, eso está bien, supongo —dije con sorna.

Me soltó la mano.

—Ni siquiera puedes decírselo a Ren. A él menos que a nadie.

Le miré.

—Sé lo que es. Os oí hablar la mañana que te fuiste a vigilar el portal. Es de la Elite, y aunque ese nombre me parece tan ridículo como el de la Orden, sé quiénes son.

—¿Cómo lo sabes?

Bajó revoloteando hasta ponerse junto a mi cabeza. Se inclinó y me susurró al oído:

—Soy omnipresente.

—¿Qué? —Le miré frunciendo el ceño—. Eso no tiene sentido.

Se incorporó.

—Claro que lo tiene, y mucho.

—Omnisciente, querrás decir.

Se quedó mirando el techo.

—Bueno...

—Tú no eres omnisciente —le dije, y añadí—: ¿Verdad?

Sonrió pícaramente.

—No.

Yo empecé a enfadarme.

—Necesito que seas sincero conmigo. Se acabaron las mentiras y las gilipolleces, Tink. Lo digo en serio. Tengo que poder confiar en ti, y no sé si puedo.

Sus ojos se dilataron ligeramente. Luego cayó de rodillas.

—Me lo tengo merecido.

Sí, se lo tenía merecido, porque yo le había acogido y él me había mentado sin parar. Daba igual que tuviera sus motivos. Aun así me había mentado.

Entonces, de pronto, me di cuenta de algo y fue como un mazazo: yo iba a tener que hacer lo mismo. Iba a tener que mentir a Ren y... y a todo el mundo. Justificadamente, claro. Pero eso me dejaba a la misma altura que Tink.

—Sé lo de los antiguos porque viví en el Otro Mundo. Para sobrevivir, teníamos que saberlo todo sobre ellos —explicó—. El príncipe y la princesa, y el rey y la reina, son los más poderosos, pero siempre se ha hablado de la Elite. Muchos faes cayeron víctimas de ellos cuando entraban y salían de este reino a su antojo, antes de que se cerraran los portales.

Aquello sonaba creíble. Supuse.

Tink arrugó la carita.

—Aunque la verdad es que me sorprende que Ren sea uno de ellos. No parece muy listo, ni es lo bastante guay para ser un crack de ese tipo.

—Ren es guay. Es alucinante —puntalicé yo—. Y es un auténtico crack.

—Vale, si tú lo dices. —Cruzó los brazos—. En fin, más vale dejarlo así. Resumiendo: que no puedes decírselo. Porque tendría el deber de liquidarte.

Me quedé sin respiración.

Igual que había sido su deber dejar marchar a Noah, su mejor amigo, sabiendo que no volvería a verle. Dios mío... Ren me había dicho que no podía pasar por eso otra vez, y yo no podía hacerle eso. No podía decírselo.

—No se lo diré —susurré.

Tink me tocó el brazo con el pie.

—*Tienes que sobreponerte*, Ivy. Y ya, además.

Le miré.

—Creo que tengo derecho a compadecerme de mí misma unos minutos.

—Reserva tus lágrimas para la almohada.

Puse los ojos en blanco y meneé la cabeza.

—Esto no es un episodio de *Dance Moms*.

Pero Tink tenía razón. No iba a decírselo, claro, sobre todo porque seguía pensando si debía darle una paliza. Pero tenía que sobreponerme. No me quedaba otro remedio. Marcharme estaba descartado. Lo de quedarme embarazada lo controlaba yo, y no pensaba tirarme a aquel friki. Tenía que tranquilizarme, porque lo único que podía hacer para resolver las cosas era pararle los pies al príncipe.

Pararle los pies al príncipe y asegurarme de que nadie —incluido Ren— averiguaba que era una semihumana. Me estremecí. Una pregunta se abrió paso entre los pensamientos que se me agolpaban en la cabeza, y al instante me olvidé de todo lo demás.

—No lo entiendo.

—¿Qué? —preguntó Tink.

—¿Cómo... cómo es que soy una semihumana? —Me quedé mirando el techo—. No recuerdo a mis padres, pero Ren dijo que se había informado sobre ellos. Que estaban enamorados. ¿Cómo es posible que ocurriera esto?

Tink no contestó.

No lo sabía. Seguramente nadie sabría nunca la verdad. Todo era posible. Mi madre podía haberse acostado con un fae. O quizá le hubiera pasado lo mismo que al padre de Noah, que conoció a una fae y la dejó embarazada antes de conocer a la mujer con la que acabó casándose. Era la única explicación que le encontraba: no me cabía en la cabeza que alguien que supiera lo que eran los faes se acostara con uno voluntariamente.

Solté un suspiro tembloroso y me dieron ganas de echarme a llorar sobre la almohada. Solo quería tumbarme y desahogarme de una vez. Lo cierto era que no me apetecía nada pensar en todo aquello, pero tenía que hacerlo.

—Tienes que olvidarte de él —dijo Tink en voz baja.

Volví la cabeza hacia él.

—¿Qué?

—De Ren. Tienes que olvidarte de él. Alejarle de ti. Romper con él. Lo que sea. Tienes que alejarte de él todo lo posible.

Me puse tensa y respondí al instante:

—No.

—Ivy...

—No —repetí con un ademán de la mano izquierda—. Y no hay más que hablar.

Tink me miró con enfado, pero cerró el pico. Yo sabía que olvidarme de Ren y alejarle de mí era lo más sensato, lo que había que hacer por si acaso se torcían las cosas, pero no quería ni pensarlo. Lo cual seguramente me dejaba en muy mal lugar.

Bueno, está bien: me dejaba en muy mal lugar, no había duda.

Pero es que acababa de conocer a Ren. Me había colado por él, estaba loca de amor, y no podía hacerlo. Era demasiado egoísta. Ren era... era *mío*, y era una mierda tener que perderle por cosas que escapaban completamente a mi control. Era injusto. Yo... me merecía estar con él.

—Muy bien —masculló Tink finalmente.

Me quedé allí tumbada unos segundos, recogí lo poco que quedaba de mi compostura, me envolví en ella como en una manta hecha jirones y me incorporé haciendo una mueca de dolor.

—Tengo que ducharme.

—¡Loada sea la reina Mab! —Tink bajó zumbando hasta los pies de la cama para dejarme sitio—. Estabas empezando a apestar un poquitín.

Le miré con fastidio al levantarme.

—Y tienes el pelo tan grasiento que se podrían freír patatas en él. —Dio unas vueltas en el aire y los restos de azúcar glasé me cayeron en la cara.

Me fui al cuarto de baño arrastrando los pies.

—Gracias —le dije al empujar la puerta.

De pronto apareció justo delante de mi cara y tuve que echarme hacia atrás.

—Sé que estás enfadada conmigo y que seguramente tienes ganas de hacerme picadillo y de hacerte una pulsera con mi piel.

Miré a mi alrededor.

—Eh... Bueno, no es eso precisamente lo que quiero hacer.

Se le abrieron los ojos como platos, llenos de esperanza.

—Lo que de verdad me apetece —añadí yo— es echarte al váter y tirar de la cadena.

Dejó escapar un gemido de horror.

—¡Me quedaría atascado! Y estas cañerías son muy viejas. ¿Cómo vas a hacer eso? No soy un pez.

Puse los ojos en blanco.

Tink se meció en el aire y luego se acercó bruscamente y me puso las manitas en las mejillas.

—Lo siento.

Pestañeando, traté de recordar si alguna vez se había disculpado por algo. No, ni siquiera cuando decidió que quería ver *Harry Potter* al aire libre y tiró mi ordenador por la terraza. Ni cuando prendió fuego a la cocina y luego intentó apagarlo con mi

manta preferida. Ni cuando... En fin, los ejemplos eran infinitos.

—Puede que no te lo creas, pero no me quedé contigo por lo que eres. —Sus pálidos ojos del Otro Mundo miraron fijamente los míos—. Me quedé contigo porque me caes bien, Ivy. Porque me importas.

Ay, Dios...

Abrí los labios y la bola de emoción que notaba en la garganta se infló como un globo. Otra vez me dieron ganas de llorar. Estaba hecha polvo. Y además apestaba.

Tink sonrió y sus ojos brillaron.

—Bueno, y también porque tienes Amazon Prime —añadió.

2

Agotada física, mental y sobre todo anímicamente, después de darme una ducha que me hacía mucha falta solo pude ponerme el pantalón de pijama y una camiseta de tirantes. No tenía ganas ni fuerzas para secarme el amasijo de rizos mojados de la cabeza, así que me recogí el pelo retorciéndolo y me lo sujeté con una horquilla.

Cuando volví al cuarto de estar eran las once, más o menos. Mientras me duchaba, había tenido que luchar con todas mis fuerzas por sofocar una oleada de emoción, por guardarla en un lugar cerrado y tirar la llave. Estaba tan hecha polvo, tan al borde de la crisis como si esa llave fuera la de la caja de Pandora, pero me quedé en la ducha hasta que estuve segura de que podía controlarme.

Tenía que afrontar la situación.

Entré en la cocina y vi que la puerta del cuarto de Tink estaba entreabierta y que dentro no había luz, aunque dudaba de que estuviera dormido. Tenía tanta hambre que me sonaban las tripas, así que me acerqué al envase de comida para llevar que había traído Ren. Cruzando mentalmente los dedos, abrí la tapa y suspiré.

Quedaba un buñuelo.

Uno solo.

Lancé una mirada fulminante a la puerta de Tink, arranqué un trozo de papel de cocina y cogí aquel manjar celestial. Luego saqué una zarzaparrilla de la nevera y una lata de Pringles del armario.

Todo sanísimo, pero había llegado a la conclusión de que me merecía aquel festín.

De vuelta en el cuarto de estar, me dejé caer en el sofá y encendí la tele. Me puse a ver un programa sobre niños prodigio sin apartar la mirada de la pantalla mientras comía. Estaba tan concentrada en la tele que me caían más migas de patata y buñuelo en el pecho de las que conseguía meterme en la boca. Me fascinaba lo listos que eran aquellos críos, y también me daba un poco de vergüenza no saber cuál era la capital de Tayikistán y que un chaval de diez años sí lo supiera.

Debí de dar una cabezadita porque lo siguiente que recuerdo es que sentí el roce suave de unos dedos deslizándose por mi cara. Abrí los ojos y lo primero que vi fue un brazo musculoso cubierto de enredaderas de color verde oscuro. Seguí el tatuaje con la vista hasta llegar a una manga oscura y luego a un cuello extremadamente sexy. No sabía que los cuellos pudieran ser tan apetitosos, pero lo eran. Ya lo creo que lo eran.

Ren estaba sentado al borde del sofá, y a mí me dio un brinco el corazón cuando una idea espantosa invadió mi mente amodorrada por el sueño. ¿Estaría allí sentado si supiera que era una semihumana? Cerré los ojos con fuerza. Conocía la respuesta,

claro. Estaría lo más lejos posible. Seguramente, en otra franja horaria.

—Hola —dijo con una voz profunda que rezumaba sexo.

Y del bueno, además. Del perfecto. Del que te hacía perder la cabeza. Su voz era refinada y suave como el chocolate. Dios mío, tenía que dejar de pensar así...

—¿Estás bien? —preguntó.

Yo carraspeé.

—Sí —dije, diciéndome que ya estaba más tranquila, que había conseguido sobreponerme.

Abrí los ojos y vi que Ren tenía sobre el regazo una lata de Pringles.

—¿Qué haces con las patatas?

En su mejilla izquierda apareció un hoyuelo. Tenía unos hoyuelos que daban ganas de besarlos. Y de lamerlos. En realidad, daban ganas de comerse su cara entera como si fuera una bolsa de buñuelos. Su mandíbula era como de mármol. Sus pómulos eran anchos y altos, y su nariz un poco ganchuda, como si se la hubiera roto en algún momento, lo cual era muy posible teniendo en cuenta a qué se dedicaba. Sus labios eran carnosos y expresivos, y tenía unos ojos absolutamente increíbles: unas pestañas negras y espesas, y unos iris tan verdes que parecían esmeraldas recién sacadas de una mina.

Ren estaba buenísimo. Era tan atrayente que físicamente casi podía competir con un fae, y eso era mucho decir, porque los faes eran extraordinariamente bellos tanto en su verdadera forma como cuando se presentaban bajo su apariencia mágica, revestidos de seducción. Ren, sin embargo, les llevaba la delantera. Porque los faes no tenían ni una pizca de su calor, de su humanidad.

—¿Qué patatas? —preguntó, y se rio al dar la vuelta a la lata y sacudirla—. No has dejado ni una.

Arrugué el ceño.

—Tenía hambre.

—Estabas abrazada a la lata vacía. —Un rizo rebelde cayó sobre su frente.

Yo esboqué una sonrisa.

—Qué va.

—En serio. La apretabas contra tu pecho como si fuera un tesoro. He tenido que arrancártela de los dedos.

—Bueno, es que me gustan mucho las Pringles.

—Ya se nota.

Se inclinó para dejar la lata sobre la mesa baja. Su otro hoyuelo hizo acto de presencia cuando miró mi pecho, y yo empecé a acalorarme y a notar un hormigueo.

—Estás toda llena de migas y azúcar.

Uy.

El calorcillo y el hormigueo se disiparon.

—Tenía hambre y estaba cansada.

Se rio, bajó la cabeza y me besó en la comisura de la boca. Yo empecé a pensar en

otra cosa horrible. ¿Me besaría si...? Corté en seco aquella idea y me concentré en otra mejor. Estaba deseando que me besara otra vez de verdad. Tener el labio partido era un asco.

Levantó la cabeza.

—¿Ese caradura te ha dejado algún buñuelo?

Yo confiaba en que algún día empezara a referirse a Tink sin insultarle.

—Uno.

Masculló un exabrupto.

—Y por lo visto te lo has echado por encima, en vez de comértelo.

—Gracias —mascullé yo, poniéndome de lado para que tuviera más sitio.

Se encajó en el asiento, apoyó el brazo en el respaldo del sofá y se giró hacia mí.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana pasadas unos minutos. —Bajó las pestañas al pasar los dedos por el escote de mi camiseta y yo me estremecí—. Las calles están desiertas. No hay ni rastro del príncipe, ni de ninguno de los caballeros guerreros que cruzaron los portales. He visto un fae, pero me dio esquinazo cerca de Royal.

Yo empecé a incorporarme, pero él volvió a pasar el dedo por mi escote, bajándolo por el centro, entre mis pechos. Me costaba mucho concentrarme en cosas importantes cuando me tocaba, pero lo conseguí.

—Está pasando algo. No entiendo por qué de pronto se ocultan, sobre todo ahora que anda suelto el príncipe.

—Seguramente intentan mantenerse con vida. —Pasó con delicadeza los dedos por mi costado magullado y todavía dolorido—. Es probable que estén concentrados en buscar a la semihumana.

Me quedé sin respiración.

Él apartó la mano y me miró a los ojos.

—¿Te he hecho daño?

—No.

Tragué saliva con esfuerzo, me incorporé hasta sentarme del todo y me apoyé en el brazo del sofá. Cerré la mano cuya palma me había cortado, para ocultar la herida. Aunque estaba muy nerviosa, dudo que se diera cuenta.

—¿Has visto a David?

Escudriñó mi cara.

—Solo un momento, en el cuartel general. Estaba liado, poniendo al día a los nuevos miembros.

—¿Cuántos han llegado?

Habíamos perdido a dieciséis la noche en que los faes abrieron el portal al Otro Mundo en la mansión LaLaurie: la noche en que mi mejor amiga, mi amiga más íntima, nos traicionó.

—Cinco por ahora, creo. —Se inclinó y apoyó la mejilla en el puño—. David me ha dicho que está intentando traer más de Georgia o algo así. Le ha dado tiempo a

preguntarme por ti mientras gritaba a alguien por teléfono y daba órdenes a los nuevos.

Aquello me sorprendió.

—¿En serio?

Asintió.

—Quiere saber si todavía piensas ir mañana. Le he dicho que creía que todavía necesitabas un par de días más.

Doce horas antes habría montado un pollo si me hubiera sugerido que me quedara en casa, pero después de lo que acababa de descubrir ya no estaba tan segura de que conviniera que volviera al día siguiente.

—No sé si estaré... preparada.

—Yo creo que necesitas tomarte un par de días más. —Acercó la mano libre y cogió uno de mis rizos secos—. David está de acuerdo. Has avanzado mucho en una semana, pero Dios mío... —Se detuvo, tiró de mi rizo y lo soltó. El rizo volvió a su sitio—. Estabas muy malherida. No quiero que vuelvas a las calles hasta que estés al cien por cien.

Miré un momento mi mano cerrada. No sabía cuánto iba a tardar en estar al cien por cien. Físicamente sí. Pero en cuanto a lo demás...

—Oye... —Me puso dos dedos debajo de la barbilla y me levantó la cabeza. Sus ojos brillaban, preciosos—. ¿Seguro que estás bien?

Compuse una sonrisa.

—Sí, es solo que estoy cansada.

No era del todo mentira.

—Entonces vámonos a la cama.

No protesté cuando se levantó y me cogió de la mano, tirando suavemente para que me levantara del sofá. Me condujo a la puerta del dormitorio y yo miré hacia atrás, esperando ver a Tink asomado a la esquina, pero no había ni rastro de él. Me extrañó que dejara pasar la ocasión de fastidiar un poco a Ren.

Me metí en la cama y me acomodé en mi lado, porque ahora tenía mi propio lado de la cama, el izquierdo. Ren ocupaba el derecho desde que se quedaba a dormir conmigo, hacía ya una semana. Le miré mientras se desnudaba. Era un espectáculo que nunca quería perderme, al margen de lo que estuviera pasando dentro de mi cabeza o de mi cuerpo.

Siempre se quitaba primero la camiseta, de una manera que a mí me parecía fascinante. Echaba los brazos hacia atrás, cogía la camiseta por la parte de la nuca y se la sacaba por la cabeza de un tirón. No sé por qué, pero aquello me ponía a cien.

Igual que sus abdominales y sus pectorales.

Como nuestro trabajo exigía que nos enfrentáramos a seres que podían patearte como si fueras una pelota de fútbol, teníamos que estar en forma, pero yo tenía la sensación de que sus abdominales perfectos y su pecho musculoso eran una especie de regalo de Dios. Igual que esas concavidades alucinantes que tenía a ambos lados

de las caderas. Eran tan perfectas que casi resultaban indecentes.

Ren desabrochó la banda elástica que le rodeaba la tripa justo por debajo del pecho y a continuación sacó las dagas que llevaba en el costado y las dejó junto a las mías sobre la cómoda. Aquello era el colmo del romanticismo en la Orden: la armas de él y las de ella, puestas juntas. Luego se quitó las botas y otras dos estacas fueron a parar a su arsenal. Acto seguido se quitó los calcetines.

Inclinó la barbilla al bajar las manos hacia sus pantalones tácticos. Se desabrochó el botón y se bajó la cremallera. Yo me agarré a la colcha y él levantó la mirada.

—Te gusta lo que ves, ¿verdad? —preguntó mientras se quitaba los pantalones.

Hice un gesto afirmativo y dije:

—Sí. —Por si acaso lo dudaba.

En sus labios se dibujó lentamente una sonrisa.

—A mí me gusta que me mires.

A veces se vestía en plan comando, y estaba increíblemente sexy. Ese día llevaba unos calzoncillos negros muy ajustados, y noté que, en efecto, le gustaba que le mirara: un bulto duro y grueso —señal inequívoca de aprobación— se marcaba en la tela.

Me dio un vuelco el estómago cuando recogió su ropa, la dobló cuidadosamente y la puso sobre la silla, junto a la puerta. Luego entró en el cuarto de baño. Evidentemente, no habíamos hecho nada perverso y divertido desde el miércoles anterior, y solo habíamos hecho el amor el martes por la noche y el miércoles por la mañana. Antes habíamos tonteado un poco y había sido maravilloso, pero no habíamos pasado mucho tiempo juntos. Y antes de Ren yo solo había estado con Shaun, y una sola vez. Noté una punzada de tristeza en el pecho al pensar en el chico al que había querido y perdido tres años antes. El dolor seguía allí, seguramente nunca desaparecería del todo, pero había empezado a difuminarse... como era natural, supongo.

Ahora, sin embargo, tenía a Ren, y no estaba dispuesta a perderle a él también.

Se abrió la puerta del baño. Nuestra relación era todavía tan nueva que sentí que un suave estremecimiento recorría mi vientre cuando se acercó a la cama.

—Me estaba preguntando una cosa —dijo al pararse a su lado del colchón.

Yo fijé la mirada en su cara.

—¿Qué?

—¿Por qué te agarras a la manta como si fuera a escaparse?

—Ah. —Solté la manta y me tumbé de espaldas—. No lo sé.

Esbozó una media sonrisa al meterse en la cama. Apagó la lámpara y se tumbó de lado, mirándome.

—Estás muy rara esta noche.

Ay, Dios.

—No, qué va.

Me pasó con cuidado el brazo por encima de las caderas y se apretó contra mí. Yo

eché la cabeza hacia atrás y me volví hacia él. No distinguía su cara porque tenía siempre las cortinas corridas. La habitación estaba completamente a oscuras, pero aun así sentí su mirada fija en mí.

Y noté su verga dura apretándose contra mi cadera.

No pude evitarlo: enseguida me lo imaginé moviéndose encima de mí, penetrándome. Sentí un palpito entre las piernas. Cambié de postura, contoneé las caderas y Ren dejó escapar una especie de gruñido ronco. Me moví otra vez.

Abrió la mano sobre mi cadera y agachó la cabeza, rozándome la sien con los labios.

—Si sigues así, vas a volverme loco.

Yo me derretí.

—Podríamos hacer algo al respecto, ¿sabes?

Oí otra vez aquel gruñido ronco y noté un cosquilleo en los pezones.

—Ivy, tenemos que tomarnos las cosas con calma unos días.

—¿Qué pasa? —susurré poniéndome de lado.

Le puse las manos en el pecho y me besó la frente, a oscuras.

—¿Es que... no quieres?

En cuanto hice aquella pregunta me dieron ganas de darme a mí misma una patada en la boca. ¿Qué me pasaba? Era una semihumana. Y empezaba a tener dudas acerca de ciertas cosas, como por ejemplo si debía follármelo sabiendo que... que era eso y que él estaba en Nueva Orleans para borrar me literalmente del mapa. ¿Le estaba traicionando de algún modo? ¿Estaba...?

—Nena, lo que más deseo en el mundo es hundir la mano, la boca y el rabo entre tus piernas, pero no voy a arriesgarme a hacerte daño. —Clavó los dedos en mi cadera—. Así que de momento voy a tener que conformarme con tocarme el rabo mientras pienso en ti desnuda, corriéndote debajo de mí y gritando mi nombre.

Me dio un subidón de calor al imaginármelo tocándose.

—Eso no es de gran ayuda.

—Lo mismo digo.

Tumbándome de espaldas, solté un suspiro y cerré los ojos. Ren dejó la mano sobre mi cadera mientras se acomodaba a mi lado. Pasaron unos segundos, y en ese tiempo se me ocurrieron cien cosas distintas. Haciendo un esfuerzo conseguí olvidarme de que era una semihumana y un instante después casi lo lamenté, porque empecé a pensar en Val.

Todavía me costaba creer lo que había hecho. Bueno, sí, asumía que era una puta traidora, pero seguía sin entender sus motivos. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para los faes? No podía ser desde hacía tres años, cuando nos conocimos. Por lo menos, eso esperaba yo. No podía hallarse bajo coacción porque llevaba su trébol de cuatro hojas engastado en el brazalete. Yo misma lo había visto, y aquella cosa tan sencilla pero tan poderosa impedía que los faes manipularan a los seres humanos. Val había ayudado a los faes por propia voluntad, incluso cuando había regresado al

cuartel general para sustraer un extraño cristal que guardaba David. Lo había hecho por decisión propia.

¿Cómo podía habernos hecho esa putada?

Con el corazón acelerado, abrí los ojos.

—Ren...

—¿Sí?

—¿David te ha... te ha dicho algo sobre Valerie?

No contestó enseguida.

—La están buscando varios miembros de la Orden, pero nadie la ha visto.

Eso era porque no sabían dónde buscarla, ni la conocían tan bien como yo. Yo sí la encontraría. Tenía que hacerlo: necesitaba entender por qué lo había hecho.

—Es un asunto muy preocupante. Sabe mucho sobre la Orden, y David está convencido de que les ha revelado muchos secretos a los faes. —Hizo una pausa—. Sigo queriendo matarla.

Y a mí seguía costándome oír aquello.

Pero entendía su furia. Yo también estaba furiosa. Después de abrirse el portal, cuando apareció el príncipe y comenzó a repartir hostias sin preguntar, yo les había seguido al cuartel general de la Orden, y Valerie... Valerie me dejó a solas con él. No tenía ninguna duda de que sabía lo que iba a ocurrir, y a pesar de todo me había dejado allí.

—Pero no es solo eso —añadió Ren con voz cansada—. David ya no duda del asunto de la semihumana. Sabe que tenemos que encontrarla.

Sentí un escalofrío.

—¿Crees que Val es la semihumana?

—Sí, nena. Lo creo desde hace tiempo. Por eso no quería decirte quién era la otra persona a la que estaba buscando. No quería sembrar esa duda en tu cabeza, por si resultaba no ser cierto —explicó.

Joder, qué mal rollo.

Ren y David, el líder de la secta, creían que la semihumana era Val. Para ellos era lo más lógico. Pero, si así era, ¿no les preocupaba que Val hubiera engendrado ya a la criatura del fin del mundo?

—Tuvo que descubrirlo de algún modo. Puede que lo descubriera algún fae, si la atraparon —añadió Ren, y luego bostezó—. Sé que sus padres lo niegan. Afirman que son sus padres biológicos, pero ¿quién sabe?

A mí se me encogió el estómago.

—¿Dónde están?

—No lo sé. Ni me importa.

Sentí una opresión en el pecho. Abrí la boca para decirle... ¿para decirle qué exactamente? ¿Que sabía de buena tinta que ni el padre ni la madre de Val se habían follado a un fae? ¿Cómo iba a demostrarlo sin incriminarme? Cerré la boca y, ay, Dios, me sentí fatal. Era un ser humano horrible.

Bueno, o algo parecido, porque ya no era del todo humana, ¿no?

Dios mío, estaba tan confusa que me daban ganas... no sé, de tirarme por un precipicio. ¿Qué narices iba a hacer? No podía permitir que eliminaran a los padres de Val, porque dudaba seriamente de que tuvieran algo que ver con lo que había hecho su hija. Y les eliminarían, porque así era como funcionaba la Orden. Se les consideraría una amenaza, y solo había un modo de enfrentarse a una amenaza. Noté una oleada de inquietud en el pecho, junto con una buena dosis de miedo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó él de repente.

—Sí —susurré, obligando a mis tensos músculos a relajarse. Volví a concentrarme—. ¿David te ha dicho algo sobre ese cristal que se llevó Val?

—No sabe qué es. —Se quedó callado un momento—. O no me lo dice. Creo que ahora mismo no se fía de nadie, pero he sondeado un poco, por si acaso alguien de la Elite tiene idea de qué es ese cristal.

A mí no me extrañaba que David no se fiara de nadie. Con un poco de suerte, alguien sabría algo del cristal. Pensé en Merle, que en una ocasión había mencionado de pasada un cristal. Pero me resistía a involucrarlas en aquello, a ella y a su hija. No quería traerles problemas. Ya habían tenido suficientes.

Ren clavó los dedos en mi cadera y me besó de nuevo en la mejilla, en la oscuridad. Esa vez dejé que se quedara dormido, pero me quedé mirando el vacío mientras mi mente saltaba de un problema a otro sin parar. Las lágrimas me ardían en la garganta, pero conseguí contenerlas porque si empezaba a llorar despertaría a Ren, y me sentía demasiado débil y vulnerable para mantener bajo llave aquel horrible secreto.

Mientras estaba allí tumbada, el miedo que sentía fue creciendo como una de aquellas enredaderas que habían trepado por la pared e invadido la barandilla del balcón. No conseguía sacudirme el presentimiento de que, hiciera lo que hiciese, las cosas iban a torcerse.

Y no a mucho tardar.

3

El jueves tenía pensado salir del apartamento para ir al cuartel general, pero no fue eso lo que acabé haciendo. Prefería llamar a Jo Ann, mi única amiga que no pertenecía a la Orden. No sabía muy bien cómo explicarle por qué no estaba yendo a clase y por qué no me había puesto en contacto con ella, así que opté por decirle que me habían atracado, una vieja excusa que por desgracia resultaba muy creíble, aunque tenía la sensación de que era ya la segunda vez que la usaba para justificar mis moratones. Tenía que inventarme algo más imaginativo, porque no me cabía ninguna duda de que iba a verme obligada a mentirle de nuevo.

Y era una putada.

Además de que Jo Ann me caía bien por lo auténtica y lo generosa que era, estar con ella hacía que me sintiera... normal. Como cualquier chica de veintiún años a la que le faltaban dos meses para cumplir veintidós y que podía hacer cosas como estudiar o tener novio. Como si no estuviera escaqueándome de mis responsabilidades por matricularme en la Universidad de Loyola, donde, por cierto, iba a suspender casi con toda seguridad.

Lo cual servía para recordarme amargamente que no era normal.

Pasé la mayor parte del jueves tratando de ser normal sin conseguirlo. Había localizado el programa del curso, pero solo conseguí que me devolviera la llamada el profesor de Estadística, nada menos. Tras decirme sin rodeos que había perdido demasiado tiempo de clase, me explicó que tenía que hablar con mi tutor y acto seguido me colgó.

Mi tutor no me llamó hasta el jueves por la tarde, y la conversación no fue por buen camino, aunque, francamente, teniendo en cuenta lo que estaba pasando a mi alrededor, aquello me pareció muy poca cosa. Solo un motivo más de estrés para comerme la última caja de pralinés.

Había perdido muchas clases, una semana completa y muchos días sueltos, y solo me quedaba una alternativa: o suspender debido a lo mucho que había faltado (y eso que estábamos solo a principios de octubre) o anular la matrícula del semestre.

Iba a tener que dejar el curso, y me costó no echarme a reír al oír dentro de mí una vocecilla casi patética que me decía que siempre podía volver a matricularme en primavera o cuando las cosas se calmasen. Como si fueran a calmarse alguna vez.

Al dejar el teléfono sobre el cojín del sofá, me dije que seguía siendo Ivy Morgan. Seguía siendo Ivy aunque tuviera que dejar la universidad y fuera una semihumana. Seguía siendo yo. Pasara lo que pasase.

Tendría que repetírmelo una y otra vez para no olvidarlo.

Así que me quedé en el apartamento, sentada en el sofá, el jueves y el viernes. Para Ren y Tink fue un alivio, aunque si insistían en que me «tomara las cosas con calma» era por muy distintos motivos.

A Ren le preocupaba mi salud física y mental. No quería que volviera a las calles hasta que estuviera preparada.

Tink, en cambio, no quería que saliera del apartamento porque temía que corriera peligro por ser una semihumana, o que me secuestrara el príncipe.

Pero no podía quedarme escondida eternamente. Era imposible. Lo que tenía que hacer era actuar con inteligencia. Los cardenales se estaban difuminando, y pasados uno o dos días podría volver a salir a la calle sin que la gente se quedara mirándome. Mis dolores también empezaban a desaparecer. Podía defenderme si era necesario, y estaba segura de que el domingo me encontraría con fuerzas para volver a echarme a la calle.

Por lo menos eso esperaba, porque estaba empezando a subirme por las paredes. Tuve mucho tiempo para pensar y para intentar aclararme. Había muchas cosas que seguía sin entender. Si me sentaba a hacer una lista, no acabaría hasta la semana siguiente, pero una de las cosas que más me preocupaban era por qué el príncipe no se había presentado en mi casa o había echado mi puerta abajo. Según Tink, una vez que conocía mi sangre podía percibirme en cualquier parte, así que tenía que saber dónde vivía.

Se lo pregunté a Tink el viernes por la noche, cuando Ren ya había salido a patrullar las calles.

—¿Por qué no ha venido el príncipe?

—¿Qué? —murmuró mientras miraba la tele con los ojos entornados.

Yo suspiré.

Tink estaba sentado en el sofá, a mi lado, y en cierto momento se había apropiado de mi portátil. Había puesto *The Walking Dead* en la tele (o, mejor dicho, en un Fire TV Stick de Amazon que el muy cabrón había encargado hacía unos días sin decirme nada) y al mismo tiempo estaba viendo en mi portátil episodios antiguos de *Supernatural*. Creo que iba por la temporada tres, a juzgar por la melena de Sam Winchester.

Por lo menos esa vez no había puesto *Harry Potter* ni *Crepúsculo*, porque estaba hasta las narices de oírle citar al mismo tiempo a Edward Cullen y a Ron Weasley.

—¿Por qué estás viendo las dos cosas? —pregunté cruzando los brazos y recostándome en el sofá.

—Porque creo que es necesario estar preparados —contestó, sentado con las piernas cruzadas.

—¿Preparados para qué?

Paró la serie que estaba viendo en el portátil.

—Para el apocalipsis zombi o para una invasión demoníaca. Ya me darás las gracias cuando las personas empiecen a comerse unas a otras o se presente un

demonio de ojos amarillos y empieza a quemar viva a la gente en el techo. Yo voy a ser como Daryl y Dean: voy a coger un cubo de sal y una ballesta con flechas ilimitadas: ¡arriba las manos! —Levantó las manos y pegó un brinco por encima del ordenador sin dejar de mirar la tele.

Estaban todos delante de un granero y el loco de Shane se paseaba delante de las puertas cerradas. Shane estaba como una cabra desde que se había afeitado la cabeza. Por lo menos en mi opinión.

—«¡Las cosas ya no son como antes!» —gritó Tink al mismo tiempo que Shane, lanzando su puñito de duende al aire. Luego se volvió hacia mí, muy serio—. ¡Las cosas ya no son como antes, Ivy!

—Ay, Dios mío —mascullé yo pellizcándome el puente de la nariz.

—Dios no tiene nada que ver con esto, Ivy Divy.

—¿Te importaría contestar de una vez a mi pregunta?

Ladeó la cabeza mientras revoloteaba por encima de la mesa de café.

—¿Qué pregunta?

Respiré hondo, conté hasta diez y luego estiré el brazo y agarré el mando a distancia. Tink gritó como si le hubiera arrancado de las manos su juguete favorito y lo hubiera hecho pedazos. Y me había limitado a poner en pausa la tele. Seguí agarrando con fuerza el mando a distancia.

—Estaba pensando...

—¡Claro, a eso olía!

Lo miré extrañada.

—Ya sabes, ese olor a quemado, el olor de las ruedecillas y los engranajes cuando intentan girar y no pueden... —Voló hacia el techo y puso los ojos en blanco—. En fin, es igual. Continúa.

Agarré todavía con más fuerzas el mando a distancia.

—Estaba pensando que, si el príncipe puede sentir mi presencia, ¿por qué no se ha presentado aquí?

—No lo sé. —Se posó sobre la mesa y empezó a caminar por ella con paso marcial—. Yo no soy el príncipe, pero si lo fuera intentaría ganar tiempo.

—¿Ganar tiempo? —Me deslicé hasta el borde del sofá.

—Sí, porque tiene que conquistarte. —Tink levantó la pajita de su Coca-Cola. Era casi de su tamaño—. No le queda otro remedio si quiere fecundarte.

Hice una mueca de asco y se me encogió todo el cuerpo.

—Por favor, no vuelvas a decir eso.

—¿Por qué? Es lo que quiere hacer. —Se puso a bailar con la pajita como si estuviera en una discoteca, contoneando mucho las caderas—. Sabe que no puede coaccionarte ni engañarte, así que seguramente estará intentando aprender a no comportarse como un gilipollas aunque esté como un tren.

—¿A no comportarse como un gilipollas aunque esté como un tren? —repetí yo.

—Ajá. —Tink inclinó la pajita hacia atrás como si fuera su pareja de baile—.

¿Recuerdas que te conté que una vez le vi montárselo con tres tías a la vez? Ese tío derrocha sexo por los cuatro costados. Pero es un gilipollas. O sea, que no tiene empatía, ni compasión. Ni humanidad.

—Como la mayoría de los faes.

Tink dio otra vuelta a la pajita.

—Sí, pero los antiguos son los peores, los más alejados de los humanos. Va a tener que esforzarse mucho si quiere seducirte.

Yo negué con la cabeza lentamente.

—Eso es...

Me había quedado sin palabras.

—Bueno, por lo menos eso es lo que haría yo si estuviera en su lugar. —Tink soltó la pajita y se acercó a mí—. O puede que esté tramando algo muy gordo y que en cualquier momento eche la puerta abajo y arrase esta casa.

—Vaya, qué idea tan tranquilizadora. —Sentí que un escalofrío me corría por la espalda.

Tink voló hasta el sofá y se sentó en el brazo. Echó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—No te preocupes, yo estoy aquí para protegerte.

Me quedé mirándole porque, aparte de pedir mogollón de mierdas en Amazon, su única arma era esa singular capacidad que tenía para sacarme de quicio y al mismo tiempo seguir pareciéndome encantador.

Él sonrió.

—Te lo digo yo, Ivy. El Príncipe *no* querrá vérselas conmigo.

*P*rimero se despertó mi cuerpo. Luego, abrí poco a poco los ojos. Al principio no entendí por qué tenía tanto calor. Notaba las mantas sobre las caderas y tenía la camiseta levantada. Un aire fresco acariciaba mi vientre, pero pegado a mi costado había un cuerpo cálido y duro, y una palma áspera y rasposa se deslizaba arriba y abajo por debajo de mi ombligo. Unos labios suaves me rozaron la sien.

Ren...

Contuve la respiración al mismo tiempo que se despertaban todos mis sentidos. Estaba en la cama conmigo, y yo no sabía cuándo había llegado. Normalmente libraba los fines de semana pero, habiendo caído tantos miembros de la Orden, hacían falta todos los efectivos. Cuando me quedé dormida el sábado, poco después de medianoche, él aún no había vuelto a casa. *A casa...* Era tan extraño y tan maravilloso pensarlo, pensar que Ren vivía conmigo...

—Ivy... —murmuró con esa voz ronca y suave.

Su mano se detuvo en la goma dada de sí de mi pantalón de pijama, con las yemas de los dedos justo debajo.

Eché la cabeza hacia atrás, sintiendo un hormigueo de placer en el vientre.

—Hola.

La habitación estaba a oscuras y no tenía ni idea de qué hora era, pero tuve la sensación de que Ren sonreía, seguramente enseñando sus hoyuelos.

—No quería despertarte. —Bajó la mano unos centímetros y mis músculos se tensaron—. Pero estabas haciendo esos ruiditos...

Estaba a un paso de empezar a hacer toda clase de ruiditos.

—¿Sí?

—Sí. —Rozó con los labios mi mejilla cuando puse la mano sobre su estómago duro. Sus músculos y su piel parecieron dar un respingo al notar mi contacto—. Esos gemidos tan suaves, esos jadeos...

Abrí los ojos como platos.

—¿En serio?

—No te mentaría sobre algo tan sexy. —Su mano se aventuró un poco más al sur—. Acababa de quedarme adormilado cuando has empezado. Y tus gemidos se me han ido directamente al rabo.

Sentí una oleada de calor.

—¿Perdona?

Se rio, y luego su risa se disipó en la oscuridad.

—Quiero besarte.

Otra vez me quedé sin respiración. Yo también quería.

—No necesitas que te dé permiso para besarme. Puedes dar por sentado que lo tienes, siempre.

—Me gusta cómo suena eso, pero tus labios...

—Mis labios están perfectamente —le dije mientras yo también bajaba la mano. Me encantó sentir cómo se tensaba su cuerpo cuando llegué a la cinturilla de sus calzoncillos—. Bueno, no del todo, en realidad. Se sienten muy solos y abandonados por...

Su boca me hizo callar. Me besó suavemente, y tuve la sensación de que hacía tanto tiempo que no disfrutaba de aquel placer, que aquel beso me recorrió por completo, hasta las puntas de los dedos de los pies. Como no grité de dolor ni nada parecido, siguió besándome, invitándome a abrir la boca. Nuestras lenguas se entrelazaron. Me encantaba sentir su boca sobre la mía, y su sabor.

—Dios mío, eres tan dulce... —susurró—. Tengo otra petición que hacerte. Quiero tocarte. Lo necesito.

Yo ya había empezado a jadear y a mover las caderas, a pesar de que él aún no me había tocado *ahí*.

—Otra cosa para la que siempre tienes permiso.

—Acabas de alegrarme la noche. O la semana, mejor dicho. —Me besó otra vez, pasando la lengua por mi paladar—. Qué coño. La vida entera.

Aquellas palabras me excitaron más que cualquier caricia. Metió la mano entre

mis piernas y su boca acalló el gemido que escapó de mis pulmones. Un placer agudo y delicioso inundó mi cuerpo, seguido por una idea horrible.

¿Estaba haciendo mal?

Ren creía que era como él, que era humana al cien por cien. No tenía ni idea de que tenía sangre faérica, y todos los miembros de la Orden, incluido él, odiaban a los faes. Yo sabía, en el fondo, que Ren no estaría allí si hubiera sabido la verdad. No estaría besándome como si fuera algo especial, un tesoro para él. Ni habría deslizado su mano entre mis muslos para presionar mi pubis con la fuerza exacta.

Le daría asco.

No.

No soy distinta, soy la de siempre.

Su mano se detuvo porque yo había dejado de besarle.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Te he...?

—Estoy bien. En serio.

Metí la mano por debajo de sus calzoncillos y rocé con los dedos su glande. Contuve la respiración al oírle gemir.

Estaba bien.

Tenía que estarlo.

Seguía siendo Ivy Morgan, la chica que se había enamorado de Ren. Ignoraba si él sentía lo mismo por mí, pero seguía siendo la misma chica por la que se preocupaba. La misma chica a la que deseaba.

Le besé, intentando concentrarme. Cambiando un poco de postura, separé las piernas y estiré el brazo para asir su rabo. Dejó escapar otra vez aquel sonido tan deliciosamente sexy, aquella especie de gruñido que me ponía a cien. Deslizó un dedo dentro de mi sexo mojado y todo mi cuerpo se tensó dando un respingo.

—No he olvidado cuánto te gusta, aunque tenga la sensación de que es la primera vez.

Sacó suavemente el dedo y luego volvió a meterlo bruscamente. Yo arqueé la espalda.

Habíamos hecho lo mismo otra vez, pero no en la cama, sino en el sofá de su casa. Y la segunda vez que nos enrollamos llegamos a mayores, así que esa no contaba. Así que en cierto modo era igual que la primera vez.

Empecé a mover la mano, acordándome de cómo le gustaba que lo hiciera, y me pareció que acertaba porque arqueó la espalda y comenzó a meter y sacar el dedo más deprisa dentro de mí. Se incorporó un poco y consiguió bajarse los calzoncillos sin apartar la mano de mí, lo cual era muy difícil. Nuestros jadeos se mezclaron y la colcha se nos enredó en las piernas. Yo quería que me penetrara, sentir su rabo duro y grueso dentro de mí, pero no íbamos a poder esperar tanto. Ah, no.

Metió otro dedo y yo grité. Mis sentidos parecían retorcerse cada vez que me hundía los dedos.

—Joder, Ivy, voy a...

Sentí que su rabo se hinchaba en mi mano y casi caí de bruces sobre su pecho cuando alcancé el orgasmo. Me corrí restregándome contra su mano y gimiendo contra su piel. Él se corrió en mi mano: su rabo se hinchó y luego se sacudió. Mi nombre sonó como una maldición apasionada en sus labios.

—Joder —gruñó pasados unos segundos—. No puedo ni...

—Yo tampoco —murmuré al apartar la mano.

Me había manchado, pero ni siquiera me importó. Todavía sentía oleadas de placer que mecían mi cuerpo.

Ren dejó escapar una risa sensual al apartar su mano de mí. La eché enseguida de menos y me pregunté si sería una indecencia que le pidiera que la dejara ahí... para siempre.

—No puedo creer que me haya corrido tan rápido —dijo y, levantando la barbilla, me besó en la comisura de la boca—. Tienes magia en esas manos.

Aquello me sonó tan absurdo que me reí.

—Siempre he querido destacar en algo. ¿Quién iba a pensar que sería un as haciendo pajas?

—Soy un hombre con suerte. —Se apartó de mí y se levantó—. Enseguida vuelvo —dijo, y un segundo después se encendió la luz del cuarto de baño.

Cogió una toalla y abrió el grifo mientras yo echaba un vistazo al reloj. Eran poco más de las tres de la madrugada. Se apagó la luz y Ren volvió y se sentó en la cama.

—Dame la mano —dijo.

Hice lo que me pedía y sonreí cuando me pasó la toalla mojada por la mano. Durante aquellos segundos de silencio, sentí que dos palabritas me burbujearan dentro, pero no las dije.

Ren volvió al cuarto de baño pero regresó enseguida. Esta vez se tumbó de lado y me pasó el brazo por la cintura, tirando de mí para que me acurrucara contra él.

—¿Qué tal tus costillas? —preguntó cuando pareció satisfecho con nuestra postura.

—Bien. Hoy casi no me han dolido.

—¿De verdad?

Sonreí, apretándome contra él.

—Sí.

—Umm. —Agarró la tela de mi camiseta—. Acabo de darme cuenta de que ni siquiera te he tocado las tetas. Menudo fallo. Esas preciosidades deben de sentirse muy abandonadas.

Me reí por lo bajo y puse la mano sobre la suya.

—No pasa nada. Ya me compensarás la próxima vez.

—Puedes contar con ello. Voy a dedicarles tantas atenciones que quizá tenga que ponerles nombre e invitarlas a cenar.

Me reí al oírle.

—¿Qué tal el trabajo?

—Tan aburrido como tener que ver otra vez *Luna nueva* —contestó.

—Que Tink no te oiga decir eso —le advertí—, o buscará nuevas formas de torturarte contándote sus teorías acerca de un presunto romance entre Jacob y Edward. Ahora está muy metido en una cosa llamada *slash fiction*.

—¿Sabes? —dijo lentamente—, no pienso ni preguntarle qué es eso.

—Haces bien. —Hice una pausa, cerrando los ojos—. Entonces, ¿nada de faes? ¿Ni uno?

—Ni uno solo.

Seguí con un dedo la silueta de sus nudillos.

—Qué raro.

—Sí.

Pasaron unos segundos mientras pensaba qué quería hacer al día siguiente.

—Estaba pensando...

—A eso olía.

—Madre mía. —Puse los ojos en blanco—. Tink y tú tenéis más en común de lo que queréis reconocer.

—Puede que tenga que echarme de la cama por haber dicho eso.

Yo resoplé.

—Eh, perdona pero no puedes echarme de mi propia cama.

—Es igual, olvídale —contestó—. ¿En qué estabas pensando?

Respiré hondo.

—Que voy a salir mañana. No a trabajar. Solo por salir.

—Me parece buena idea. Yo tengo otra vez turno de noche. —Posó la mano en mi vientre—. Podemos salir juntos.

Abrí los ojos haciendo una mueca.

—Yo solo quería salir un rato, a mi aire.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño.

—¿Tiene que haber un porqué?

—Sí, yo creo que sí.

Dejé de acariciarle los nudillos.

—Me apetece salir, nada más. No es para tanto.

—¿Y tienes que salir sola? —preguntó en voz baja.

—Pues sí. Quiero salir sola. —Me tumbé de espaldas—. No es nada personal. Es que...

—Lo sé, Ivy —añadió con un suspiro—. Tienes que demostrarte a ti misma que sigues siendo la misma cabrona implacable de siempre. No quieres una niñera, ni un guardián.

Levanté un poco las cejas.

—¿Para qué los necesitaría aunque no fuera una cabrona implacable? Hace días que no se ve un fae.

—Esto no tiene nada que ver con los faes —contestó—. Necesitas una niñera porque lo que quieres es ir a buscar a Valerie.

Ay, mierda.

—Te creías que no te conocía tan bien, ¿eh? —preguntó Ren.

Me reí con sorna y mascullé:

—No me conoces tan bien.

Se puso tenso.

—¿Qué demonios...? —Apartó de mí la mano y sentí que la cama se movía cuando se apoyó en el codo—. ¿Qué demonios quieres decir con eso?

Cerré los ojos. Vale, seguramente no debería haberlo dicho por mil motivos distintos.

—Lo siento.

—Pues no lo parece.

Sacudí la cabeza aunque no podía verme. Estaba irritada, y sabía que era culpa mía, no suya. Había acertado en lo de Val, y desde luego no iba a encontrarla si Ren me seguía a todas partes. Tenía la sensación —aunque quizá fuera una sensación estúpida— de que, si conseguía encontrarla yo sola, Val no huiría de mí.

Y luego estaba también el tema de sus padres. Tenía que encontrarlos, y Ren no podía acompañarme en esa excursión.

Exhaló un fuerte suspiro.

—Sé que quieres encontrarla. Era tu mejor amiga, pero traicionó a la Orden y a ti. Por su culpa estuviste a punto de morir. No sé qué quieres preguntarle ni qué te contestaría ella, pero nada puede cambiar lo que sucedió.

Apreté los labios.

—Y si la encuentras, quizá te encuentres también con algún fae —remachó Ren.

—Bueno, eso sería un rollo pero... si me encuentro con algún fae, yo sé hacer mi trabajo, Ren.

—No estoy diciendo que no sepas hacerlo. —Se inclinó para encender la lámpara de la mesilla de noche—. Pero voy a ser muy sincero contigo.

Le miré. Dios mío, ¿por qué tenía que estar tan bueno? Me costaba una barbaridad enfadarme con él, teniendo tantas ganas de besarle.

—Cómo no —mascullé.

Hizo que no me había oído.

—Eres fuerte y valiente, pero te dejaron malherida hace una semana...

—Hace diez días —puntualicé.

Me miró fijamente.

—¿Tanto importan esos tres días de diferencia?

—Sí —le espeté—. Mira, es tarde y después de lo que acaba de pasar estás agotado...

—Igual que tú —me recordó.

Le lancé una mirada.

—¿Puedes apagar la luz para que nos durmamos?

—No.

Entorné los ojos.

—Ren...

Sus ojos verdes se clavaron en los míos.

—No estás preparada para volver a salir a las calles.

—Ah, ¿así que ahora eres médico?

—Estuviste a punto de morir, Ivy.

Sentí una amarga punzada de pánico en el pecho.

—Gracias por recordármelo.

—Evidentemente necesitas que alguien te lo recuerde, a ver si así entras en razón y dices «perfecto, Ren, salimos juntos a patrullar mañana por la noche».

Yo quería decirlo. Pero también quería decir muchas otras cosas. Así que opté por no decir ninguna.

—No necesito tu autorización. Lo sabes, ¿verdad?

Se pasó la mano por el pelo.

—No quiero ponerme pesado.

—Pues cualquiera lo diría.

Me miró fijamente y noté que había muchas cosas que quería decirme pero que, al igual que yo, prefería callárselas de momento.

—Vale. —Dio media vuelta y apagó la luz.

—Por fin —mascullé yo, dándole la espalda.

No me hizo caso y volvió a tumbarse de lado. Pasó un segundo. Luego, sentí que me rodeaba la cintura con el brazo y que me apretaba contra su pecho.

—Pero piénsalo, ¿vale? —Como no contesté, añadió—: ¿Ivy?

—Vale —susurré a pesar de que era mentir porque, aunque me sintiera fatal por ello, ya había tomado una decisión.

*E*l domingo por la mañana estaba saliendo del dormitorio cuando llamaron a la puerta. Una sombra pasó por delante de la ventana, cerca del porche, y bajó los escalones. Enseguida presentí de qué se trataba y miré por el corto pasillo, hacia la cocina.

Ren pasó a mi lado esquivándome limpiamente.

—Ya voy yo.

—Puedo abrir la puerta, ¿sabes?

No se detuvo.

—Estoy siendo un caballero.

—O un abusón superprotector —comentó Tink, que había aparecido de pronto en el pasillo—. Creía que a estas horas ya te habrías ido. ¡Ay, de mí! La reina Mab y vuestro Dios deben odiarme para hacerme esto.

Le mandé callar con una mirada. Esa mañana las cosas estaban un poco tensas entre Ren y yo, y Tink no estaba ayudando.

—¿Sabes?, si no fueras del tamaño de una rata, tal vez tomara en cuenta tu opinión. —Ren abrió la puerta—. ¿Qué diablos...? ¿También reparten en domingo?

Miré por encima de su hombro y suspiré.

—Sí. Tink, es para ti.

—¿Para mí? ¿Solo para mí? —Entró zumbando en el cuarto de estar.

Cuando se acercó, me di cuenta de que llevaba una sudadera con un elfo dibujado, pero no quise saber más. Dio unos golpecitos en el brazo a Ren.

—Disculpa.

Ren levantó la cabeza y se quedó mirando el techo mientras exhalaba un profundo suspiro. Tink soltó un chillido al ver los paquetes. Eran cuatro: una caja grande y tres más pequeñas. Sabiendo cómo embalaba Amazon sus artículos, deduje que una de dos: o la caja grande contenía algo paradójicamente pequeño, o habían metido diez cosas juntas dentro.

—¿Vas a quedarte ahí o piensas ayudarme? —preguntó Tink con aspereza—. Coge las cajas.

—¡Tink! —le dije en tono de advertencia.

—Si las cojo yo —contestó—, las tiraré al patio.

Tink dio un salto hacia atrás llevándose las manos a la cara.

—No te atreverás.

—Claro que sí.

—Ay, Dios —farfullé yo, pasando junto a Ren.

Cogí las cajas, las metí en casa y las tiré al sofá.

—¡Cuidado! —chilló Tink—. Podría haber cosas frágiles y valiosísimas dentro. —Giró en el aire mientras Ren cerraba la puerta—. ¡Y tú! Has permitido que una dama cogiera las cajas.

Yo puse los ojos en blanco.

Ren soltó un suspiro.

—Dios, qué plasta eres.

—¿Y a mí qué? —Tink revoloteó delante del sofá, batiendo furiosamente las alas—. ¡Yo soy goma y tú pegamento!

Ren se volvió para mirarle.

—¿Qué?

—¡Lo que digas me rebota y se te pega!

Ren se quedó mirándole y luego meneó lentamente la cabeza al volverse hacia

mí.

—Es como vivir con un niño de dos años con la capacidad intelectual de un chaval de quince.

Tensé los labios y me volví para disimular una sonrisa. Ren no se quedó mucho tiempo, y cuando cayó la tarde yo estaba sentada en el sillón de mi cuarto, atándome los cordones de las botas. Reinaba un extraño silencio en el apartamento. Tink estaba enfurruñado en su habitación porque sabía lo que me disponía a hacer, o quizá estuviera jugando con las cosas que le habían traído. Ren seguía en su casa, haciendo la colada o haciendo una lista de los motivos por los que quería estrangularme o envenenar a Tink, y luego se iría a trabajar.

Yo me metí una daga en una bota y enganché cuidadosamente la estaca de espino en la otra. Si quería volver al trabajo tan pronto no era únicamente para cumplir con mi deber. Además de que tenía la sensación de que acabaría matando a alguien (probablemente a Tink) si me quedaba en el apartamento un minuto más, también necesitaba encontrar a Valerie. Era domingo y, aunque seguramente su rutina había cambiado, yo sabía lo que solía hacer los domingos por la noche.

Era muy probable que me encontrara con Ren, pero ya cruzaría ese puente cuando llegara a él.

Me levanté y me estiré la camiseta gris que llevaba. Era ancha y larga, me llegaba hasta los muslos y ocultaba eficazmente la estaca que llevaba en la cadera. Hice una parada técnica en el cuarto de baño y me incliné sobre el lavabo para observar mi cara en el espejo.

Los moratones del lado izquierdo casi habían desaparecido, y el maquillaje había hecho maravillas con el resto. Un toque de carmín me sirvió para camuflar la marca del centro del labio. Era casi seguro que iba a quedarme cicatriz.

Me dejé el pelo suelto por si acaso alguien se fijaba demasiado en mi cara y se daba cuenta de que la tenía magullada. Quizá no debía importarme, pero me importaba. No era la chica más guapa del mundo, y no tenía ni idea de cómo me había ligado a Ren, pero no quería que la gente pensara al verme que acababa de ser víctima de un atropello.

Seguramente Ren se estaba replanteando muchas cosas en ese momento. No había estado muy simpático que digamos esa mañana, al marcharse.

Fui a apartarme del espejo, pero me detuve. Mis ojos... Eran azules. De un azul muy oscuro, como el color del cielo justo antes de que anochezca. No sabía de qué color tenían los ojos mis padres, ni cuál de ellos era un... un fae, pero todos los faes tenían los ojos azules: unos ojos muy claros, del color de los glaciares. Supuse que todos los seres del Otro Mundo tenían ojos parecidos, porque Tink también los tenía. ¿Los genes de mi padre o de mi madre mortal habían oscurecido el color de mis ojos para que parecieran... normales?

Dios.

Cerré los ojos con fuerza y respiré hondo. Mi mezcla de sangres no importaba:

seguía siendo Ivy Morgan. Durante veintiún años había vivido como cualquier ser humano. Bueno, como cualquier ser humano que tuviera el don de ver a través del hechizo de seducción de los faes. Pero el caso era que seguía siendo Ivy.

Con esa idea en mente, salí del cuarto de baño. Cogí un bolso ligero, con una tira que no me estorbaba, y entré en el cuarto de estar. No me gustaban mucho los bolsos, pero había encontrado aquel (negro, muy bonito, con flecos) en una tienda de segunda mano cerca de Canal, y lo había usado otras veces. Cogí la bolsa que usaba para los libros, saqué la fina cartera y la guardé en el bolsito junto con el móvil.

—Estás loca —declaró Tink.

No miré para ver dónde estaba mientras me colgaba el bolso en bandolera.

—No deberías salir —añadió, acercándose.

Oí batir sus alas.

—¿Se supone que tengo que quedarme aquí para siempre, Tink?

—Sí. No veo por qué no. Ahora Amazon entrega sus mercancías en el plazo de una hora y se puede comprar casi de todo, incluso comida. —Revoloteaba junto a la ventana cuando me volví hacia él. Tenía las manos juntas bajo la barbilla—. Además, puedes decirle a ese abusón que nos traiga buñuelos. Es lo único que hace bien.

Había muchas cosas que Ren hacía bien, pero no quería pasarme una hora discutiendo con Tink.

—Volveré —dije.

—Eso te crees tú. —Me siguió hasta la puerta—. Ivy...

—Tendré cuidado. —Giré el pomo y miré al duende—. Te doy mi palabra, Tink. Dentro de un rato estaré de vuelta.

Abrió la boca, pero yo salí y cerré la puerta. Un segundo después algo se estrelló contra la puerta y levanté las cejas. Dudaba de que fuera Tink. Seguramente había lanzado algo que yo no quería que lanzara.

Meneando la cabeza, bajé la escalera y salí al patio. Las vincapervincas azules y moradas y las flores de hibisco de un rosa brillante se multiplicaban como conejos a lo largo del camino de piedra. Una frondosa enredadera cubría la valla y la verja de hierro forjado. Acabaría por cubrirlo todo, pero me gustaba dejarla salvaje, a su aire.

El cielo estaba cubierto y no hacía un calor insoportable —unos veinticuatro grados—, pero aun así saqué mis gafas de sol y me las puse. Me sentí un poco rara al bajar por Coliseum Street. A cada paso que daba temía que el príncipe saliera de un patio o de detrás de un macizo de musgo. Era ridículo. Notaba un nudo de nervios en el centro del estómago, pero aun así seguí caminando, poniendo un pie delante de otro, en dirección a Perrier.

Lo primero era lo primero: averiguar dónde estaban los padres de Val y luego, todavía no sabía cómo... Un momento. Cambio de planes. Tenía que hacer una parada técnica en el Café du Monde, en Decatur. Necesitaba un buñuelo: un buñuelo recién hecho. Hacía siglos que no me comía uno tostado y todavía calentito, uno que no se hubiera enfriado en el camino hasta casa.

Cogí un taxi porque me negaba a esperar el dichoso tranvía, y me fui a Royal. Me apeé de un salto y me dirigí a Decatur sin dejar de buscar faes con la mirada.

Daba gusto estar fuera y caminar (jamás pensé que lo diría, pero después de pasar tantos días encerrada en el piso tenía unas ganas inmensas de estar al aire libre y de hacer funcionar mis músculos).

Las calles estaban atestadas de gente hasta para ser domingo por la tarde. Había turistas por todas partes, haciendo fotos a los edificios. No se veían apenas borrachos, pero yo sabía que al cabo de un par de horas los habría en cantidad, sentados en las aceras estrechas porque ya no se tenían en pie.

Una sonrisa irónica tensó mis labios. La mayoría de los lugareños no se acercaban por Bourbon: evitaban las calles más turísticas y los bajos fondos del Barrio Francés y procuraban no salir del distrito comercial. Había veces en que habría preferido darme un chapuzón en las aguas fangosas del Misisipi a pasearme por Bourbon, pero cuando llevaba fuera un tiempo echaba de menos todo aquel bullicio, seguramente porque no había vivido allí toda la vida y en muchos aspectos seguía siendo una recién llegada.

El Café du Monde estaba a unos cinco minutos a pie del corazón del Barrio Francés, pero su terraza cubierta por un toldo de rayas verdes y blancas estaba siempre abarrotada, igual que ese día.

Suspirando, adelanté a una pareja que al parecer había llegado a la conclusión de que cogerse de la mano y caminar a la velocidad de una tortuga con tres patas era de lo más conveniente. Había una cola absurdamente larga, pero ya que había ido hasta allí iba a comprar los dichosos buñuelos y...

Una ráfaga de aire frío agitó mis rizos. Se me puso la carne de gallina cuando me detuve en la acera, bajo el toldo. Me llevé la mano al costado al tiempo que me giraba bruscamente, sin hacer caso del taco que soltó un camarero muy joven vestido con uniforme blanco. El corazón se me subió de un salto a la garganta.

El príncipe estaba delante de mí.

*M*ierda.

Di un paso atrás y choqué con alguien. Quien fuese dijo algo, pero yo no le escuché, ni me importó. Casi no podía creerme que hubiera dado un paso atrás como si tuviera miedo, pero la verdad era que me había pillado completamente desprevenida.

El maldito príncipe de los faes estaba delante de mí, y tenía toda la pinta de haber salido del Otro Mundo.

O de una novela de Anne Rice.

El pelo, de color negro azabache, le rozaba los hombros, cubiertos por una camisa de hilo blanco que otra vez había olvidado abrocharse del todo. A diferencia de un fae normal, su piel no era plateada sino de color bronce, y resaltaba en contraste con la blancura de su camisa. Los pantalones estrechos como leotardos que llevaba la otra vez, en cambio, se los había dejado en casa. Ahora llevaba unos de cuero y... y unas *botas de combate*.

La verdad era que no desentonaba ni pizca en Nueva Orleans.

Conseguí salir de mi estupor y empecé a tomar conciencia del murmullo de voces que había a nuestro alrededor. Sentí que volvía a soplar la brisa cálida. El olor dulzón de los buñuelos asaltó mi olfato. Vi que una morenita de mediana edad miraba embobada al príncipe y, aunque su existencia me produjera repulsión, tuve que reconocer que tenía un rostro bellísimo, perfectamente simétrico y anguloso. Una de esas caras tan bellas que casi hace daño mirarlas. Como si fuera una foto de internet: apenas podía una creerse que fuera de carne y hueso. Pero lo era, y no había ni un solo asomo de afecto o compasión en sus rasgos.

Levanté la mano derecha acercándola instintivamente a la estaca de hierro a pesar de que sabía que no serviría de nada contra el príncipe.

—No deberías hacer eso. —Tenía una voz grave, con un acento que me recordó al de los británicos—. Sé que quieres, pero no sería muy prudente por tu parte, Ivy.

Me tembló la mano.

El Príncipe de los horrores sonrió ligeramente.

—Tu amiga ha sido de gran ayuda.

Aquello me puso los pelos de punta. Me subí las gafas de sol a la frente y procuré que mi voz sonara firme y tranquila.

—Seguro que sí. Y hablando de Val, ¿no sabrás por casualidad dónde puedo encontrarla?

Sus labios se curvaron amagando una sonrisa al tiempo que se acercaba. Era alto,

más alto que Ren, que medía un metro noventa. Estiré la espalda y me obligué a no retroceder a pesar de que mi instinto me gritaba que saliera de allí a toda prisa porque aquel tipo ya había estado a punto de matarme una vez. O, mejor dicho, me habría matado si no se hubiera dado cuenta de lo que era y me hubiera curado.

—He estado esperándote —dijo en lugar de responder a mi pregunta, con sus pálidos ojos fijos en mí.

Yo cerré el puño, impotente.

—Qué gran noticia —dije.

Aquella sonrisa gélida volvió a aparecer.

—¿Qué te parece si hablamos? Hay unos asientos allí.

—Sí, ya, pero mejor no.

Su sonrisa se distendió lentamente, pero no se reflejó en sus ojos.

—Claro que sí —dijo.

A mí se me erizó el vello de los brazos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó en aquel mismo tono gélidamente cortés—. ¿Rechazarme?

El Príncipe de los horrores se rio, y no tenía una risa desagradable. Era simplemente *fría*, como si estuviera imitando una risa humana.

—No puedes.

—Sí puedo. —Me moría de ganas de coger la estaca de espino que llevaba sujeta bajo la pernera del pantalón, pero me refrené. Podía ser muy temeraria, pero no era tonta.

—¿En serio? Me temo que voy a tener que llevarte la contraria. Verás, estamos rodeados de humanos. Hay muchísimos, y yo tengo un apetito extraordinario. —Sus ojos parecieron brillar cuando deslizó la mirada desde lo alto de mi pelo rizado hasta mis pies—. Un apetito impresionante, y no solo de comida.

—Vale. En primer lugar, me repugnas —dije con una mueca de desagrado—, y en segundo lugar me interesan muy poco tus apetitos.

Levantó una ceja oscura.

—Ah, pero sin duda sabes que puedo matar a veinte de estos humanos en menos de cinco segundos y comerme al resto, y dejar que crean que fue esa jovencita pelirroja quien asesinó a tantos inocentes. —Bajó aún más la voz al inclinarse hacia mí, y un aliento helado me rozó la mejilla—. Esas vidas dependen de ti, pajarito.

Le miré a los ojos, furiosa. No puse en duda lo que decía ni por un segundo. Me tenía pillada. Dios mío, odiaba admitirlo, pero me tenía en sus manos.

Giré sobre mis talones, me dirigí con paso decidido a la esquina y crucé la calle hacia Jackson Square. No tuve que mirar atrás para saber que el príncipe me seguía. Sentía su presencia gélida taladrándome la espalda.

El corazón me latía tan deprisa que pensé que iba a entrar en parada cardíaca en medio de la acera. Aquello era una locura en muchos sentidos. Estaba a punto de mantener una conversación, aunque fuera involuntaria, con el puto príncipe del Otro

Mundo, una apacible tarde de domingo. En cualquier momento podía asesinar a una docena de personas, sin que nadie se diera cuenta de lo que tramaba. Podía sorprendernos cualquier miembro de la Orden, ¿y qué pensaría al verme charlando con él?

Dios, debería haber hecho caso a Ren.

Claro que, ¿se me habría acercado el príncipe si hubiera estado con Ren? Decía que había estado esperándome. Podría haberme abordado de todos modos, y Ren se habría puesto como loco, y su vida habría corrido peligro.

Aquello era un marrón, se mirara por donde se mirase.

Todos los bancos estaban ocupados, pero el príncipe se acercó al primero que estaba a la sombra de un árbol. La pareja de señores mayores que lo ocupaba le miró y se levantó trabajosamente. No cruzaron ni una palabra. Se alejaron todo lo rápido que les permitieron sus piernas viejas y cansadas.

—Seguro que eres muy útil en un autobús abarrotado —comenté.

Se sentó en el banco.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

Aquellos ojos sobrenaturales se clavaron en los míos.

—Y yo prefiero que te sientes.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—Querías hablar, pues habla.

Sus ojos habían dejado de brillar. Eran tan duros como esquirlas de hielo.

—Siéntate, pajarito.

—No me llames así —le espeté.

No mostró ni un asomo de sorpresa, nada que permitiera adivinar lo que estaba a punto de hacer. Se limitó a levantar la mano y a doblar un dedo. Un segundo después sonó un claxon y alguien gritó. Varias personas gritaron.

Miré hacia atrás.

—¿Qué...? —Me interrumpí al ver que un joven más o menos de mi edad se hallaba parado en medio de la bulliciosa calle.

Era el camarero que había soltado un juramento unos minutos antes, cuando me giré bruscamente. La puerta de un coche se abrió cuando el joven cayó de rodillas en medio de la calle.

—Siéntate o te aseguro que le saco las tripas.

Ay, Dios mío. Me dio un vuelco el corazón y me llevé la mano al pecho.

—¿Cómo has...?

Había visto a faes manipular a humanos, pero nunca así. Nunca desde esa distancia y sin tocarles.

—Soy el príncipe —dijo—. No has conocido a ninguno como yo. Siéntate.

Mierda.

Me senté.

Me senté todo lo lejos que pude de él. Sonrió, y el joven se estremeció. Miró a su alrededor rápidamente, anonadado. Se puso en pie y cruzó la calle dando tumbos, rodeado de gente.

—El reino de los mortales ha cambiado —comentó el príncipe pasado un momento, y yo le miré. Tenía los ojos fijos en la calle, las cejas oscuras fruncidas—. La última vez que estuve aquí, la gente iba de acá para allá en caballo. No había internet, ni televisión.

Levanté las cejas.

—Me ha costado unos días... adaptarme a tanta tecnología y tanta gente. Están por todas partes. Listos para servir. —Sonrió otra vez al estirar sus largas piernas—. A mi gente le irá bien aquí.

Yo apreté los labios, tomé aire por la nariz y guardé silencio.

—Mi mundo se está muriendo, pajarito. Es oscuro y yermo. No nace nada nuevo. —Estiró un brazo sobre el respaldo del banco.

Si me tocaba, vomitaría en su regazo. En serio. Giró la cara hacia mí.

—La única manera de salvarlo es abrir permanentemente los portales.

Eso yo ya lo sabía. Me lo había dicho Tink.

—Nuestro suministro de alimento casi se ha agotado. No tardará en desaparecer del todo.

Cuando hablaba de «suministro de alimento», no se refería a hamburguesas de queso con beicon. Hablaba de humanos. Cuando no se alimentaban, los faes tenían la misma esperanza de vida que un humano. Pero cuando comían humanos, eran prácticamente inmortales. A los miembros de la Orden no les gustaba pensarlo porque no podían hacer nada para ayudar a los humanos que habían sido secuestrados y llevados al Otro Mundo hacía mucho tiempo, cuando los faes cruzaban los portales a su antojo. Por lo que habíamos descubierto, criaban a humanos en su mundo como si fueran ganado.

Era repulsivo.

—Es culpa vuestra —dije con voz sorprendentemente serena—. Habéis matado vuestro mundo. No vais a hacer lo mismo con el nuestro.

El príncipe bajó la barbilla.

—¿Qué sabes tú de mi mundo, pajarito? ¿Qué sabes tú de nada?

Sentí un hormigueo de irritación.

—Sé que me dan ganas de clavarte un puñal en el ojo cada vez que me llamas «pajarito».

Sus labios esbozaron una sonrisa cruel.

—No te gusto.

—Pues no —mascullé yo.

—Tal vez si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias...

—¿Si no hubieras estado a punto de matarme de una paliza, quieres decir?

Una mujer que pasaba nos miró bruscamente, pero siguió caminando cuando el

príncipe hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, es cierto, pero que yo recuerde te di la oportunidad de marcharte ilesa. Tú decidiste no hacerlo. Te enfrentaste a mí y sí, te habría matado si no me hubiera dado cuenta de lo que eras.

Ahugué una risa.

—Vaya, eso es impresionante.

Él no parecía verle la gracia a lo que acababa de decir.

—Ahora, en cambio, sé lo importante que eres.

Crispé los dedos sobre las rodillas al tiempo que un soplo de brisa me echó un rizo sobre la cara. Un olor extraño envolvía al príncipe. No era exactamente desagradable, pero me recordaba a algo. ¿A la playa? No. Arrugué el ceño.

Él miró mi cara.

—Tú abrirás esos portales para mí.

Me reí otra vez.

—Ni lo sueñes.

—Imaginaba que dirías eso —contestó volviendo a fijar la mirada en la calle—. Deja que te fecunde y no te faltará nada.

Fruncí el entrecejo.

—Puede que esa sea la proposición sexual menos atractiva de toda la historia de la humanidad.

Me miró.

—¿Acaso no te doy miedo? —Se inclinó y aspiró profundamente—. No, no es eso. Huelo el miedo en ti, y sin embargo me hablas como si no te preocupara tu bienestar.

—¿Acabas... acabas de olerme otra vez? —pregunté con el corazón en la garganta.

La verdad era que estaba asustada. Aterrorizada, en realidad, pero no podía demostrarlo.

Esbozó una sonrisa torcida.

—Estás muy segura de ti misma porque sabes lo importante que eres para mí, o puede que seas simplemente estúpida. En cualquier caso, vas a tener un hijo mío.

Yo solo pude mirarle, porque aquella era la conversación más rara que había tenido nunca, y había tenido muchas conversaciones raras con Tink.

—Puedes facilitar las cosas y venir conmigo ahora o...

—¿O complicar las cosas? Sé cómo funciona esto. No puedes obligarme a acostarme contigo —dije en voz baja—. Y si amenazas con matar a otros para conseguir que me vaya contigo, me estarás obligando. —Le miré a los ojos, haciendo acopio de valor—. Puedes obligarme a sentarme aquí y a hablar contigo. Incluso puedes revelar mi verdadera condición...

—¿Por qué iba a hacerlo? Los de tu especie, tu Orden, te matarían en un abrir y cerrar de ojos. Nadie te traicionará, a no ser que quiera enfrentarse a mi ira.

Vaya, era... bueno saberlo. Por lo menos ya podía tachar ese tema de mi lista de terrores.

—El caso es que puedes obligarme a hacer muchas cosas, pero no puedes obligarme a eso. Nunca.

Ladeó la cabeza.

—¿Es porque estás enamorada de ese humano?

Parpadeé echándome hacia atrás. Pronunció la palabra «enamorada» como si ese concepto fuera completamente desconocido para él.

—¿Qué?

—El hombre que corrió a tu lado cuando estabas herida. El que pasa las noches en tu casa.

Ay, no. Empecé a levantarme, pero me flaquearon las piernas.

La sonrisa volvió a aparecer.

—¿Cuánto valoras su...?

—No —le advertí con voz casi inaudible—. No le amenaces.

Se rio, y su risa casi sonó sincera.

—Que yo quiera o no a otra persona no tiene nada que ver. Aunque no tuviera pareja, no me acostaría contigo.

—Pues yo sí —dijo un hombre, parándose un momento delante del banco, y sonrió al príncipe—. Lo digo por si cuela.

El príncipe contestó guiñándole un ojo.

Esperé a que el desconocido se alejara. Luego añadí en voz baja:

—No voy a tener un hijo tuyo para que los de tu especie dominen el mundo. Lo siento, pero no.

—¿Te gusta apostar, pajarito?

Me quedé mirándole un momento.

—Eso es absurdo. Estuviste a punto de matarme. Eres un fae que quiere apoderarse del reino de los humanos. No hay nada que puedas hacer o decir para que...

Se movió muy deprisa, tan deprisa que no me dio tiempo a reaccionar. De pronto le tenía a mi lado y su mano fría me sujetaba la nuca, aplastando mis rizos. Intenté retirarme, pero no podría ir a ningún sitio sin antes romperme el cuello.

—Suéltame —ordené, llevándome la mano al costado izquierdo.

Si tenía que apuñalarle, lo haría, aunque solo consiguiera cabrearle.

—Puedes resistirte todo lo que quieras, pero yo conozco el juego y las normas —dijo, y a mí se me revolvió el estómago cuando su aliento helado me rozó la mejilla—. Sé cómo va a acabar esto, pajarito. Y te aseguro que aceptarás mucho antes de lo que imaginas.

6

El príncipe se levantó y se marchó. Se fue andando por Decatur como si estuviera haciendo turismo vestido con unos pantalones de piel, a más de veinte grados centígrados. Creo que entró en Jackson Square. Quizá fuera a ver la estatua de Andrew Jackson. O puede que cruzara otra vez la calle para probar unos buñuelos con café mezclado con achicoria.

Yo me quedé allí sentada, estupefacta y casi con ganas de echarme a reír. Aunque no fuera una risa de la buena, sino más bien un poquitín histérica.

¿Qué acababa de ocurrir?

Intenté entender la conversación, pero quizá lo más inesperado de todo había sido que el príncipe se levantara sin más y se marchara. No había intentado obligarme a ir con él. Ay, Dios, ¿tendría Tink razón? ¿Iba a intentar seducirme? Se me revolvió el estómago y puede que hasta me diera una arcada. ¿Por eso se había limitado a intentar asustarme pero no había intentado nada más?

Yo sabía que tenía que decir algo. Era mi deber informar a David de que el príncipe andaba suelto.

Me levanté del banco, respiré hondo y volví a ponerme las gafas de sol. ¿Qué podía decir? ¿Cómo iba a explicar que había visto al príncipe pero que no había intentado hacerme daño? Podía resultar creíble si yo fuera cualquier otro miembro de la Orden, pero yo le había perseguido, había luchado con él cuerpo a cuerpo y me había dejado hecha unos zorros. Podía alegar que el príncipe no me había visto. No era del todo imposible.

Me puse de los nervios mientras esperaba a que Decatur se despejara de tráfico. Lo mejor que podía hacer era mantener la boca cerrada, pero no podía hacerlo. Tenía que avisar a los otros miembros de la Orden de que el príncipe deambulaba por la ciudad. Era un asunto de seguridad prioritario, pero no se trataba solo de eso. También era mi deber: un deber que me habían inculcado desde el nacimiento y del que no podía escapar.

La Ivy que aún no sabía que era semihumana habría hecho lo correcto, y yo seguía siendo la misma de siempre.

Mientras cruzaba la calle, pensé en mandar un mensaje a Ren, pero no lo hice. Todavía no. Primero tenía que ocuparme de un asunto, del problema que me había impulsado a salir de casa, y no tenía nada que ver con los buñuelos.

Me dirigí al noreste por Decatur y torcí a la izquierda en Saint Phillips, encaminándome al cuartel general de la rama de la Orden en Nueva Orleans. La caminata de veinte minutos consiguió que mi corazón se refrenara un poco, pero no

alivió la sensación de angustia que iba apoderándose de mí.

Cuando la tienda de regalos Mama Lousy apareció ante mi vista, noté enseguida que algo iba mal. La tienda estaba cerrada, lo nunca visto teniendo en cuenta que era domingo. En realidad, Mama Lousy era una tapadera de la Orden en la que se vendía falsa parafernalia vudú y unos pralinés riquísimos. Jerome, un miembro de la Orden ya retirado y muy gruñón, solía atender al público. Confié en que no le hubiera pasado nada. Podía ser un auténtico capullo, pero también era un encanto.

Dylan estaba fuera, apoyado contra la pared de color burdeos, junto a la puerta que llevaba al piso de arriba. Con su camiseta gris de cuello redondo y sus vaqueros oscuros, parecía solo un tipo un poco raro. O sea que, a ojos de un transeúnte cualquiera, se fundía perfectamente con su entorno. Llevaba gafas de sol y tenía los musculosos brazos cruzados sobre el pecho.

Aminoré el paso cuando volvió la cabeza hacia mí y dijo:

—Vaya, pero si estás viva.

Enarqué una ceja al pararme delante de él. Los miembros de la Orden no eran muy simpáticos que digamos, seguramente porque caíamos como moscas, tan deprisa que no nos daba tiempo a conocernos unos a otros. Lo de Val había sido distinto. Desde el momento en que la conocí fue amable conmigo. Los demás, en cambio, pasaron de mí. Por eso, entre otras cosas, me había dolido tanto su traición.

Con Ren había sido distinto.

Él era amable y cariñoso, pero también había querido ligar conmigo desde el momento en que me vio, me lo había dicho él mismo, así que...

—¿Por qué está cerrada la tienda? —pregunté.

—Jerome está acatarrado y David ha pensado que no tenía sentido traer a nadie para que abriera —explicó Dylan.

Era lógico. No había muchos miembros retirados de la Orden por aquellos contornos que estuvieran dispuestos a ir a atender al público.

—Me alegro de que no le haya pasado nada.

Miré hacia la tienda en penumbra. Había varias calaveras de mentira encima de un montón de cajas de pralinés.

—¿Te preocupaba ese carcamal? —Dylan se echó a reír—. Ese sobreviviría hasta a una guerra nuclear.

Tensé los labios.

—Seguramente. Bueno, ¿y qué haces tú aquí?

—Los faes saben dónde estamos desde que esa zorra trajo aquí al príncipe. —Apoyó un pie contra la pared—. Hay que guardar la puerta.

Quise decirle que seguramente un solo miembro de la Orden no podría detener a un antiguo, pero deduje que no iba a hacerle mucha gracia mi comentario.

—Es lógico —murmuré, echando mano de la puerta.

—Oye. —Dylan me detuvo cuando me disponía a entrar—. Me alegro de que estés bien.

Le miré, sorprendida. Solo vi mi reflejo en sus gafas de sol.

—Y siento ese mal rollo con Val —añadió—. Sé que erais muy amigas. Tiene que ser muy duro.

Agarré con fuerza el picaporte.

—Sí, lo es —reconocí volviéndome hacia él—. ¿Tú sospechaste algo?

—No, hasta que David me pidió que la vigilara, y no vi nada que me pareciera sospechoso.

Y David le había pedido que vigilara a Val porque Ren le dijo que sospechaba que era la semihumana.

—Lo raro es que yo la vi matar faes, Ivy. —Se rio sin ganas—. Es alucinante, ¿no? ¿Trabajaba para ellos y aun así los mataba?

—Supongo que tenía que mantener las apariencias. —Me volví hacia la escalera, apenada—. Luego te veo.

—Sí —contestó.

Me apoyé las gafas de sol sobre la frente y empecé a subir aquellos peldaños en los que había estado a punto de desangrarme cuando un antiguo me disparó con una pistola que hizo aparecer de la nada. Un antiguo cuya existencia David se había negado a admitir.

La escalera olía siempre a azúcar y a pies, una mezcla asquerosa. Dudé al llegar al descansillo del primer piso. Un miedo irracional se apoderó de mí, formando una bola de plomo en mis tripas. La última vez que había cruzado aquella puerta, había encontrado a Harris muerto en el suelo, con la mirada fija en el techo.

Respiré hondo, pulsé el timbre y miré la pequeña cámara. No sabía quién estaba de guardia en la puerta. Si no había nadie, tenía llave y podía...

La puerta se abrió de repente y apareció Ren. Me quedé de piedra al verle allí.

—Eh...

Se apoyó contra el quicio de la puerta.

—Creía que ibas a pensar lo que te dije, Ivy.

Fruncí los labios.

—Veo que no lo hiciste.

—Sí que lo hice —contesté.

—Y también creía que no ibas a salir a nada relacionado con el trabajo, y sin embargo aquí estás.

Eh...

—¿Vas a dejarme entrar?

Suspiró al apartarse. Le lancé una mirada al entrar. Luego miré el suelo. Habían quitado la alfombra beis. Era lógico, teniendo en cuenta que seguramente la sangre de Harris la habría empapado hasta llegar a la tarima.

—Eh... —Noté la garganta extrañamente ronca mientras miraba el suelo—. Quién hubiera imaginado que aquí había tarima. ¿Por qué la tenían tapada con esa alfombra tan cutre?

Ren me agarró de la nuca, de una manera muy distinta a como me había agarrado el príncipe. Me hizo volverme hacia él y abrí la boca para hablar, pero acercó su cara a la mía y me besó.

No fue un beso suave, pero sí dulce y largo. Abrí los labios y, al notar el sabor a chocolate de su lengua, empecé a sonreír. Ren me pasó el brazo por la cintura y me apretó contra sí. Yo le rodeé impulsivamente el cuello con los brazos. Él ladeó un poco la cara para besarme la comisura de la boca.

Yo estaba un poco jadeante cuando me soltó.

—Me ha parecido que te vendría bien una distracción.

—Ah —susurré yo.

Metió la mano entre mis rizos.

—No estoy dentro de tu cabeza, cariño, pero sé en qué has pensado al mirar el suelo.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra su pecho.

—Yo vi lo mismo la primera vez que entré aquí —añadió—, y lo veo cada vez desde entonces. Pero no es a Harris a quien veo en el suelo. —Bajó la cabeza cuando yo posé las manos sobre su cintura. Sabía que se refería a mí—. Me digo constantemente que cada vez será más fácil.

—¿Y lo es?

—No.

—Vaya, eso es muy alentador —murmuré yo.

Ren se echó hacia atrás y yo le miré.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó.

—Nada, en realidad. He ido a comprar buñuelos pero...

Estuve a punto de decirle la verdad, la tenía en la punta de la lengua. *Díselo*, me ordenaba Ivy la Buena. *Cierra el pico*, me decía en cambio una vocecilla que se parecía curiosamente a la de Tink.

—¿Qué?

Bajé la mirada.

—Había muchísima gente.

Tink se pondría contentísimo.

—¿Y por eso no has comprado buñuelos? —preguntó Ren.

Se abrió una puerta y nos separamos al oír un suspiro de irritación. Me di la vuelta. Me alegré hasta cierto punto de ver a Miles Daily, el lugarteniente *de facto*. Digo que me alegré en cierto modo porque estaba segura de que no le caía bien y de que había pensado que la traidora era yo.

Miles levantó sus cejas oscuras al vernos.

—¿Interrumpo algo?

—¿Vas a cabrearte si digo que sí? —repuso Ren.

Me mordí el labio para disimular una sonrisa.

Miles puso cara de fastidio y volvió a la sala de la que acababa de salir. Aquel era

seguramente el mayor despliegue de emoción que yo le había visto hacer. Nunca conseguía adivinar qué estaba pensando. Me resultaba todavía más difícil que deducir qué sentía o qué pensaba David.

Dentro de la sala, sobre la mesa ovalada, había varias dagas y carpetas. Una de las carpetas tenía escrito en la etiqueta *Denver, Colorado*. De allí era Ren. ¿Iba a venir alguien a quien conocía? Eso sería interesante.

A un lado de la sala había varios monitores de televisión. Evidentemente, Ren había estado allí con Miles. Me quedé mirando las carpetas.

—¿Qué estabais haciendo?

—Echar un vistazo a posibles candidatos. —Ren deslizó la mano por mi espalda antes de alejarse y regresar al despacho—. Bueno, eso estaba haciendo Miles. Yo solo estaba dándole la lata.

—¿Qué razón tienes —masculló Miles.

Se detuvo delante de los monitores. Había más fuera, en la sala principal. La Orden tenía cámaras distribuidas al azar por todo el Barrio Francés y los barrios de alrededor.

Que yo supiera, no había ninguna cerca de Jackson Park, por suerte.

—¿Lista para volver al trabajo? —Miles escudriñó los monitores con semblante inescrutable.

Ren me miró.

Yo no le hice caso.

—Sí, creo que sí.

Ren entornó los párpados.

Yo seguí sin hacerle caso.

—Estupendo. Necesitamos a todos los efectivos disponibles patrullando las calles. —Miles se volvió hacia la mesa—. Puede que los faes se estén escondiendo de momento, pero sabemos que las cosas no van a continuar así. Es solo cuestión de tiempo que vuelvan a aparecer. Tenemos que estar preparados.

Era el momento perfecto para que les contara lo del príncipe, pero mi lengua se negó a funcionar. Miré los monitores y estaba a punto de desviar la mirada cuando una de las imágenes captó mi atención. Entorné los ojos y me volví hacia el monitor de la izquierda, el de la última fila. Era una casa antigua, de antes de la guerra civil, lo cual no era nada raro porque en Nueva Orleans las había a patadas. Pero esa yo la conocía.

—¿Estáis vigilando la casa de los padres de Val? —pregunté.

—Sí. —Miles cogió una carpeta y la abrió—. Desde la semana pasada.

Mierda. Eso significaba que no podía pasarme por allí. Pero de todos modos Val no era tonta. No se acercaría por allí. Yo seguía pensando en pasarme por el Twin Cups, un bar que había a escasas manzanas del Barrio Francés y que era en realidad un bar oculto dentro de otro bar. A Val le gustaba ir allí a relajarse después de trabajar. Había pocas probabilidades de que estuviera allí, pero por algún sitio tenía

que empezar.

Miré a Ren. Me estaba mirando fijamente, con una media sonrisa remolona, y, al ver su expresión, pensé que no estaba muy enfadado conmigo por haber salido de casa. El problema era que iba a ser difícil quitármelo de encima mientras buscaba a Val y a sus padres.

Lo más probable era que la Orden todavía les estuviera interrogando, y había solo un par de sitios donde podían tenerlos retenidos. El cuartel general no era uno de ellos. Miré de nuevo los monitores. Dos de ellos estaban apagados. Ambos conectaban con dos locales que tenía la Orden. Uno estaba en el Distrito de las Artes. El otro era una vieja mansión, posiblemente embrujada, cerca de los pantanos. Aquellos dos dichos monitores me dirían dónde estaban los padres de Val sin tener que perder el tiempo o que me pillaran figoneando. Lo que haría cuando por fin descubriera dónde estaban aún estaba por ver.

De momento, estaba improvisando.

Apoyé las manos en el respaldo de una silla.

—¿Qué tal van las cosas con los padres de Val?

—Sus padres ya no nos preocupan. —Miles tiró la carpeta sobre la mesa.

Yo me quedé sin respiración.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ya sabes lo que quiere decir.

Miles rodeó la mesa y cogió una daga. Se subió la manga y metió la daga en la funda que llevaba sujeta al antebrazo.

Yo miré a Ren. Su sonrisa remolona había desaparecido. Un músculo vibraba en su mandíbula. Ay, no, no. Volví a mirar a Miles, que estaba entrando en la sala principal.

—¿Confesaron algo?

—No. —Soltó un bufido—. Ninguno de ellos iba a reconocer que se había follado a un fae. Pero es igual. Eran un peligro, y cuanto antes encontremos a su hija, mejor. Con un poco de suerte aún no estará preñada. Lo dudo, pero hay que mantener la esperanza.

Ay, Dios.

Cerré los ojos con fuerza.

Había llegado demasiado tarde.

Sentí que el suelo temblaba bajo mis pies. Los padres de Val habían muerto. No hacía falta que Miles me lo confirmara. Lo sabía. Era demasiado tarde. En lugar de ponerme las pilas en cuanto había sabido que la Orden se los había llevado, había pasado días perdiendo el tiempo en mi apartamento, y ahora era ya demasiado tarde para intentar hacer nada.

—Hey, ¿estás bien? —preguntó Ren con voz suave.

Exhalé lentamente al mirarle.

—¿Tú lo sabías?

—¿Qué?

—¿Que habían eliminado a sus padres?

—¿Cómo? —Se quedó mirándome un momento y luego se dirigió hacia la puerta. La cerró y me miró de frente con el ceño fruncido—. Estoy seguro de que todo el mundo en la Orden lo sabía, incluida tú.

Tenía razón, pero yo creía que aún había tiempo. Qué demonios, ni siquiera sabía qué pensaba.

Ren se me acercó.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque... —Me mojé los labios—. ¿Tenemos pruebas irrefutables de que Val es una semihumana?

Apoyó una mano en la silla.

—No, pero...

—Pero no las tenemos. Y supongo que sus padres defendieron su inocencia hasta el final —repuse yo. Sabía que debía mantener la boca cerrada, pero no podía—. ¿Verdad? ¿Y si estamos equivocados? ¿Y si Val solo es una puta traidora, pero no una semihumana, y la Orden ha asesinado sin más a sus padres? Eran buena gente, Ren. Dedicaron toda su vida a la Orden.

Y era cierto. Eran buena gente, y habían muerto. Una tristeza amarga se apoderó de mí.

Pasó un momento y la expresión de Ren se suavizó.

—Les conocías.

—Claro que les conocía. No mucho, pero es... —Me interrumpí, cerrando los ojos.

La culpa me había revuelto el estómago. Al quedarme callada, ¿había propiciado la muerte de los padres de Val? Su vida habría corrido peligro incluso si nadie hubiera creído que su hija era una semihumana, únicamente por lo que había hecho, pero no

pude evitar acordarme del papel que yo había desempeñado en la muerte de Shaun y en la de mis padres adoptivos.

—Lo siento. —Ren me pasó un brazo por los hombros y tiró de mí. Yo me dejé llevar, pero no le abracé—. Procuero olvidarme de que erais muy amigas. Y es un error por mi parte. —Hizo una pausa y dejó escapar un profundo suspiro—. Entiendo que quieras salir a las calles y que sientas la necesidad de encontrar a Val.

Cerré los ojos otra vez.

—Debería haberte dicho una cosa esta mañana, cuando hablamos de ello —añadió Ren—. No quiero que vayas a buscarla porque, si la encuentras, será muy duro. Será durísimo para ti. No digo que no puedas enfrentarte a ella, digo que será terrible para ti. Te encontrarás en una posición muy mala.

—Lo sé.

—¿Sí? —preguntó en voz baja—. ¿Estás preparada para enfrentarte a ella? ¿Para luchar con Val y eliminarla? Porque eso es lo que tienes que hacer, y no quiero que tengas que tomar esa decisión. Prefiero ser yo quien lo haga, o que se encargue otro. No tienes por qué apechugar con eso. Puedo hacerlo yo por ti.

Ay, Dios.

El corazón se me hizo puré. Quería enfadarme con él porque... En fin, porque así era mucho más fácil ocultárselo todo. Pero ¿cómo iba a enfadarme con él si siempre daba en el clavo?

—Eres muy bueno —susurré.

—Soy alucinante.

Esboqué una sonrisa.

—Y muy modesto, además.

Ren se volvió y se apoyó contra la mesa. Me atrajo hacia sí, situándome entre sus piernas. Puso un dedo debajo de mi barbilla y me levantó la cara.

—Siento de veras lo que ha hecho Val.

Yo también lo sentía. Pero él no sabía ni la mitad, igual que no sabía por qué era demasiado bueno para mí y por qué yo no me merecía estar con él. Yo era consciente de ello y sin embargo allí estaba.

—¿No has comido nada?

Negué con la cabeza.

—Estaba pensando en probar un sitio que hay en Canal. Tienen caimán frito.

Arrugué la nariz.

—Qué asco.

—Nunca lo he probado. —Sus ojos brillaron, divertidos—. Y creo que hoy es el día más indicado. Ven conmigo.

—No sé. No tengo mucha hambre.

Además, tenía otras cosas que hacer. Cosas importantes.

—He echado un vistazo a la carta. Tienen croquetas de patata.

—¿Qué?

—Croquetas de patata con queso fundido y beicon —añadió.

Abrí los ojos como platos.

—¿A qué estamos esperando?

Cuando salimos del restaurante en Canal, yo había comido tanto que tenía un buen bombo, pero ese era el único bombo que pensaba tener en un futuro inmediato.

Ren había comido caimán frito y, según decía, tenía un sabor a medio camino entre el pollo y el cerdo. A mí me dio bastante asco.

Ren me cogió de la mano cuando echamos a andar por Canal, hacia el Barrio Francés, y entrelazó suavemente sus dedos con los míos. Yo no sabía qué pensar al respecto porque odiaba tener que ir sorteando a la gente cogida de la mano, pero al mismo tiempo me gustaba ir así con Ren. Me gustaba sentir el peso de su mano y su calor y... y lo agradable que era hallarme a su lado.

Él me apretó la mano.

—¿Vas a casa o...?

La pregunta no me pilló por sorpresa. La cena había sido muy agradable y muy normal, a pesar de lo que acababa de descubrir sobre los padres de Val, de mi extraño encuentro con el príncipe y de las demás cosas que me habían pasado. Era curiosa la facilidad con que los miembros de la Orden podíamos olvidarnos del trío PMD: peligro, muerte y destrucción. Quizá porque nos enfrentábamos continuamente a la muerte, intentábamos aprovechar cada segundo del día y seguir siempre adelante.

Bueno, por lo menos algunos.

Hasta hacía poco tiempo, yo había estado viviendo en el pasado, en realidad, obsesionada con mis tropiezos, bloqueada por mi mala conciencia, temiendo dejarme llevar y pasar página. Y ahora que por fin lo había hecho, descubría que todo lo que sabía sobre mí misma era mentira.

Reprimí un suspiro que habría sonado tan patético como para merecer un Emmy a la mejor actriz de telenovela.

—Creo que voy a irme un rato a casa.

—Pero ¿no enseguida?

No contesté.

Ren se detuvo y me apartó de la acera para que no estuviéramos en medio. Estábamos en la esquina entre Canal y Royal.

—Muy bien —dijo pasado un momento—. Recuerda lo que te dije antes. Si la encuentras, piensa antes de actuar. Llámame. Yo me ocuparé de ello. Procura que la atrapemos viva.

Agradecí sus palabras más de lo que él creía. Me puse de puntillas, apoyé la mano en su mejilla tersa y le besé. Después le sonreí.

—¿Vendrás a mi casa cuando acabes?

—Eso pensaba hacer —contestó—. ¿Puedes mandarme un mensaje cuando llegues a casa?

Me estaba dando permiso para marcharme a resolver mis asuntos. No lo dijo expresamente, pero sabía lo que tenía planeado y no pensaba impedírmelo. Dios mío, me dieron ganas de desnudarme y tirármelo allí mismo.

—Lo haré —prometí.

Me sostuvo la mirada, y había mucha fortaleza y mucha preocupación en aquellos ojos de color esmeralda, pero también había algo más. Una emoción profunda e insondable.

—Ivy, yo...

Contuve la respiración, literalmente. Porque su mirada reflejaba lo mismo que yo sentía y, si iba a decir esas dos palabritas, cabía la posibilidad de que me desnudara de verdad allí mismo y...

—Voy a echarte menos —concluyó por fin.

Ah.

Vaya.

Se inclinó y me besó. Fue un beso corto pero intenso, y sabía aún mejor que las croquetas de patata con queso fundido y beicon.

Se alejó tranquilamente por Canal, volviendo por donde habíamos ido, y yo me quedé allí parada, mirándole, con un poco de flojera en las rodillas.

Dios mío...

Respiré hondo y saqué mi móvil. Había oscurecido y, como aún era temprano para que Val estuviera en el Twin Cups, decidí irme para allá. Me vendría bien echar un vistazo de reconocimiento y hablar con los camareros.

El Twin Cups estaba a unos tres kilómetros del Barrio Francés, en el barrio de Bywater, escondido dentro de otro bar que se parecía a cualquier otro bar de fuera del Barrio Francés: algo menos maloliente, un poco más tranquilo y con el suelo menos pegajoso.

Con la caída de la noche empezaban a llenarse las calles y tardé unos cuarenta minutos en llegar a Bywater. Por el camino estuve atenta por si veía a algún fae. No vi ni una sola piel plateada, pero podía haber algún antiguo por allí. Era más difícil distinguirlos porque no utilizaban el sortilegio de la seducción como los demás, y podían pasar por humanos.

Cuando llegué a mi destino me dolían los músculos del culo y las piernas y tenía ganas de sentarme. Al entrar en el bar y avanzar entre las mesas altas, me recibieron risas y gritos. Nadie me prestó atención cuando me dirigí a la salita que había en la parte de atrás del edificio. Dejé atrás los aseos y me detuve delante de una máquina expendedora de Coca-Cola.

Metí la mano en mi bolso, saqué dos dólares del monedero y los metí en la máquina. Pero en lugar de elegir un refresco, estiré el brazo y apreté el botón que había a un lado de la máquina.

Era todo tan sofisticado y secreto...

Sonriendo, abrí la puerta de una estrecha escalera de subida. Arriba había otra puerta que se abría girando el pomo. Era una puerta corriente, sin nada de extraordinario.

El Twin Cups era superdiscreto. Los televisores estaban encendidos y, al igual que abajo, estaban emitiendo un partido, pero el volumen estaba muy bajo. No había mesas altas, solamente sofás y sillones rodeados de mesas bajas. Frente a la puerta había una pared llena de libros. Una vez que Val estaba un poco beoda, se acercó a las estanterías y descubrió que algunos libros contenían mapas antiguos de la ciudad dibujados a mano. Otros tenían dibujos de edificios. Eran muy bonitos.

Casi podía ver a Val allí de pie, con el pelo rizado cayéndole sobre los hombros y vestida con colores vivos: de naranja, posiblemente, o de fucsia quizá. Llevaría una falda amplia y pulseras multicolores en la muñeca.

Pero Val no estaba bailando delante de las estanterías.

Había muy poca gente en el bar: dos hombres sentados en un sofá, y un grupo de mujeres en torno a una mesa baja, llena de libros. Parecían formar parte de un club de lectura o algo así, y enseguida envidié sus sonrisas y sus murmullos acerca de personajes que les apasionaban. Me permití por un instante imaginarme sentada entre ellas, charlando de libros. Jo Ann estaría conmigo. Y tal vez incluso Val.

Pero mi vida no era así.

Nunca había sido así.

Sintiendo una opresión en el pecho, torcí a la izquierda y reconocí al camarero. Era un tipo atractivo, de unos veinticinco años y piel morena. Se llamaba Reggie y estudiaba en Tulane. Yo estaba segura de que Val y él se habían enrollado más de una vez en el aseo que había detrás de la barra.

Levantó la vista y me sonrió.

—Hola, Rizos. Cuánto tiempo.

—Sí. —Me acerqué a la barra reluciente y me senté en un taburete. Me quité las gafas de sol de encima de la cabeza y las guardé en el bolso—. ¿Qué tal te va? —pregunté.

—Bien. —Cambió de sitio una bandeja llena de vasitos—. Este semestre solo tengo dos asignaturas que me están dando problemas. ¿Qué tal tú en Loyola?

—Eh, pues... bien.

Me sentía tan absurdamente avergonzada que no podía reconocer que iba a dejar los estudios.

Frunció el ceño al acercarse a mí.

—¿Seguro que estás bien? Parece que tienes el ojo morado.

Deduje que se me estaba difuminando el maquillaje.

—Me atracaron hace una semana.

—Joder. ¿En serio? —Apoyó los codos en la barra—. Señor, qué ciudad.

Yo agrandé ligeramente los ojos al mirarme las manos.

—Quería hacerte una pregunta —dije.

—Pues adelante.

Sonreí.

—¿Has visto a Val últimamente?

—¿A Val? Pues hace que no la veo... —Levantó mucho las cejas—. Hace un par de meses que no la veo. Desde julio, seguramente.

Mierda.

Reggie trabajaba todos los domingos por la noche y casi todas las noches entre semana. Si no la había visto, seguramente Val no se había pasado por allí ni pensaba hacerlo. Pero ¿por qué no aparecía por allí desde hacía meses? Evidentemente, lo de trabajar para los faes no era algo nuevo que hubiera comenzado hacía solo un par de meses.

—¿Os habéis peleado o qué? —preguntó Reggie.

—Podría decirse así.

Esbozó una sonrisa irónica.

—Parece una historia interesante. Y dispongo de mucho tiempo.

Fui a responder, pero me sonó el teléfono en el bolso. Levanté la mano, me bajé del taburete de un salto y saqué mi móvil. Era Brighton, lo cual era una novedad teniendo en cuenta lo poco que le gustaba hablar por teléfono y devolver llamadas. Ni que decir tiene que me llevé una sorpresa.

—Hola —dije y, dándome la vuelta, me apoyé contra la barra—. ¿Qué...?

—Mi madre ha desaparecido —balbució Brighton.

Me puse tiesa de repente.

—¿Qué?

—Ha desaparecido, Ivy. Y eso no es todo —añadió con voz tensa y crispada—. ¿Puedes venir? Creo que... No quiero hablar de esto por teléfono. Tienes que verlo.

—Voy enseguida.

Brighton y su madre, Merle, vivían en el Garden District, no muy lejos de mi apartamento. Vivían en una casa preciosa de antes de la guerra civil, con un jardín tan bien cuidado que hacía que me avergonzara del mío, lleno de hierbajos.

Normalmente, Merle estaría fuera, en la parte de atrás, y Brighton le echaría un ojo. Las puertas estarían abiertas y saldría música de jazz del interior de la casa.

La puerta delantera estaba abierta cuando crucé la verja de hierro forjado y me acerqué al enorme porche. Brighton estaba de pie en el umbral, con el cabello rubio recogido en una coleta floja a la altura de la nuca. Tenía unos treinta y cinco años y era guapísima, y muy americana. Tan guapa que podría haber ganado un concurso de belleza.

—Gracias por venir tan pronto.

Retrocedió para dejarme entrar en el fresco vestíbulo de la casa. Era una casa muy tradicional, con muebles antiguos y las paredes empapeladas con papel de florecitas en apagados tonos pastel. Seguramente había sido así desde el momento de su construcción y había permanecido inalterable, gracias a amorosos cuidados, con el paso de las generaciones.

—No sabía a quién llamar. No me fío de los otros miembros de la Orden y sé que las cosas andan muy mal en estos momentos.

No podía reprocharle que no confiara en la Orden. Merle había sufrido el ataque de los faes y nunca se había recuperado del todo. Muchos miembros de la Orden la despreciaban, pero antes de su encontronazo con los faes, había ocupado un lugar muy importante dentro de la organización.

No era la primera vez que desaparecía. A veces se marchaba a vagar por las calles, pero yo nunca había visto a Brighton tan preocupada.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Cruzó el cuarto de estar y entró en el comedor. Sobre la mesa ovalada de color crema había varios diarios y notas manuscritas.

—Mamá ha estado muy rara desde que se abrió la puerta. —Hizo una pausa y cogió un vasito de agua que supuse que contenía algún licor—. Más de lo normal —añadió—. Es como si supiera que esto iba a ocurrir.

Pensé en la última conversación que había tenido con Merle. Sabía muchas cosas (acerca de los semihumanos y de que había dos portales), y siempre había desconfiado de Val. Yo creía que se debía simplemente a que desaprobaba su relación con los hombres, como solía pasarles a las personas mayores, pero de pronto me preguntaba si no habría visto algo que a los demás nos había pasado desapercibido.

—Dime qué ha pasado.

Brighton se llevó el vaso a los labios y luego se quedó parada.

—¿Quieres algo de...?

—No, gracias.

Se mojó los labios y luego tragó con esfuerzo. Los nudillos de la mano con la que sujetaba el vaso se le transparentaban a través de la piel.

—Apenas duerme desde que se abrió la puerta. Una hora por las noches, quizá. Cuando me despertaba, la oía pasear por su cuarto, diciendo entre dientes que aquí ya no estaba segura. Al principio no me preocupé demasiado. Todos corremos cierto peligro desde que los caballeros y el príncipe cruzaron el portal, pero hace tres días las cosas cambiaron. Empezó a hablar de los sitios donde vivía el pueblo de las hadas.

Levanté las cejas. El pueblo de las hadas era otro nombre que se les daba a los faes, un nombre que normalmente solo usaban quienes creían en cuentos infantiles.

—¿Se refería al Otro Mundo?

—Eso pensé yo al principio, pero luego empezó a hablar de lugares concretos, y me di cuenta de que se refería a nuestro mundo.

Arrugué el entrecejo. No sabía qué tenía eso de particular. Los faes que habían

cruzado a nuestro mundo vivían entre los humanos. Incluso podía haber uno viviendo a una manzana de allí.

—Sé lo que estás pensando, y yo pensé lo mismo. Que estaba hablando de los faes, sin más. —Brighton soltó una risa ronca y crispada—. Luego, esta mañana, bajó con todos estos papeles y me dijo que esta casa ya no era segura para ella, ni para mí. Intenté tranquilizarla, pero no sirvió de nada. Estaba como loca. —Se acercó de nuevo el vaso a la boca y apuró su contenido de un solo trago—. Decía que la Orden no podría detener a los caballeros y al príncipe. Que solo podían los faes y que la Orden lo sabía.

Vi que se acercaba al otro lado de la mesa.

—Debería haberla seguido enseguida cuando salió, pero no lo hice. Pasaron unos cinco minutos y, cuando salí a ver, no estaba en el jardín. He buscado por todas las calles de los alrededores. Hace siglos que no se sube a un taxi. Sencillamente se ha... esfumado. No puede haber ido muy lejos, Ivy, pero no estaba por ninguna parte.

Muy bien. A menos que Merle hubiera llamado a Uber, lo cual era improbable, todo aquello era muy raro.

—Cuando volví a entrar, vi estos diarios y en cuanto empecé a leerlos ya no pude parar. Si les echas un vistazo comprenderás por qué. —Dejó el vaso sobre la mesa y cogió un cuaderno con las tapas de piel—. Tienes que leer esto.

Estiré el brazo por encima de la mesa y cogí el diario. Tenía un aspecto extraño. La piel de las tapas era suave y estaba desgastada, y el papel tenía un leve tono amarillo. Le di la vuelta y empecé a leer mientras Brighton se paseaba por la habitación.

Al principio no entendí nada. Fue como coger un libro y empezar a leerlo por el medio, pero al ir pasando páginas y seguir leyendo las cosas comenzaron a cobrar sentido.

Me quedé de piedra cuando empecé a comprender de verdad lo que tenía ante mis ojos.

—Dios mío —susurré con la vista fija en el diario—. Esto no puede ser...

Brighton dejó de pasearse y cruzó los brazos.

—Eso pensé yo también, pero mi madre no está *tan* loca. No son desvaríos de una lunática.

—Ya lo sé, pero es que esto... es una locura.

Releí las líneas, reconociendo nombres de antiguos líderes de la Secta, nombres relacionados con otros que no conocía y vinculados con la fecha en que habían pasado a nuestro mundo o nacido en él.

Me senté, por si acaso me desmayaba.

—No, no es una locura. Pero es inaudito.

—Pero no imposible —dijo Brighton, dejándose caer en otra silla, delante de mí.

—Tú sabes que en realidad nada es imposible.

En eso tenía razón, pero esto... esto superaba todo cuanto imaginábamos. Si lo

que decía el diario era cierto, la realidad que yo conocía había vuelto a saltar hecha pedazos.

Porque aquellas páginas afirmaban que había faes que vivían en nuestro mundo, faes que no se alimentaban de humanos.

Faes que habían colaborado con la Orden en el pasado.

Me recosté en la silla. Estaba estupefacta cuando volví un par de páginas atrás, hasta la lista de nombres de antiguos líderes de la Secta. La lista acababa unas dos décadas atrás, con Lafayette Burgos. Deduje que los nombres que aparecían junto a los de los jefes de la Secta pertenecían a faes, a juzgar por lo extraños que sonaban algunos.

—Hay faes buenos —dijo Brighton, y miré su cara pálida—. Casi me da miedo decirlo en voz alta. Temo que aparezca un miembro de la Orden de repente y me acuse de traición a mis congéneres. —Se rio de nuevo, mirando el techo—. Pero si sigues leyendo es lo que verás. Faes que llegaron a nuestro mundo y que decidieron no alimentarse de humanos. Tenían una esperanza de vida normal, como la nuestra. Y trabajaban codo con codo con miembros de la Orden.

La cabeza me daba vueltas mientras seguía hojeando el diario. Las anotaciones estaban cuidadosamente fechadas y detallaban investigaciones, búsquedas y hasta muertes. Muchas de las entradas incluían nombres de miembros de la Orden y de los faes con los que colaboraban.

Brighton estiró el brazo por encima de la mesa y cogió un cuaderno azul oscuro, mucho más fino que el que yo estaba leyendo.

—Mi madre lo anotaba todo minuciosamente, y no exagero. Yo no sabía que tenía todo esto escondido. En este cuaderno hay una lista completa de los miembros de la Orden hasta el momento en que... en que ella la dejó. —Dejó el cuaderno sobre la mesa—. Me entró curiosidad y me informé sobre los nombres vinculados con los faes. Algunos todavía viven, pero se marcharon de Nueva Orleans. Sin embargo hay uno que todavía sigue por aquí. Jerome.

—¡Santo...! —No podía ni imaginarme a Jerome colaborando con faes. Era complementamente absurdo—. Si eso es cierto, ¿por qué lo han borrado de la historia oficial? —pregunté—. ¿Por qué no se sabe?

—Lo ignoro. —Brighton señaló una docena de diarios y un montón de papeles sueltos dispersos por la mesa—. Es muy probable que haya alguna explicación entre todos estos papeles, pero ahora mismo no tengo ni idea.

Me eché hacia delante, apoyé los codos en la mesa y me pasé las manos por el pelo, apartándome los rizos de la cara. Abrí la boca pero no supe qué decir.

Brighton me dirigió una mirada comprensiva y apenada.

—Sé que ya tienes muchas cosas de las que preocuparte, pero no sabía a quién recurrir. Siempre has sido tan paciente y comprensiva con mi madre... Ella confía en ti. Y yo también.

Asentí y respiré hondo. Ninguna de las dos se fiaría de mí si supieran la verdad,

pero eso no venía a cuento. Observé de nuevo la mesa mientras procuraba ordenar mis ideas. Muy bien. Lo primero era lo primero.

—¿Tienes idea de dónde puede haber ido tu madre?

—Antes de marcharse me dijo que ya no era seguro vivir aquí y que iba a acudir a ellos. Al principio no supe a qué se refería —explicó Brighton—. Pero creo que se ha ido con ellos, con esos faes que no se alimentan de humanos.

Aparte de lo absurdo que sonaba todo aquello, me pregunté por qué habría dejado Merle sola a Brighton si creía que allí corrían peligro. No parecía propio de ella. Al margen de su estado mental, su hija era siempre su absoluta prioridad. Allí estaba pasando algo más de lo que imaginábamos.

Mucho más de lo que imaginábamos, pensé al mirar los diarios.

—Entonces, ¿tenemos alguna idea de dónde viven esos... faes buenos?

—Puede que sí. —Brighton estiró el brazo y cogió un cuaderno más grande y ancho que los demás—. Este diario contiene planos de la ciudad con sitios marcados donde se realizaron cacerías y matanzas. Confío en que haya algo aquí. Lo que ocurre es que voy a tardar un rato en echarle un vistazo. No puedo saltarme ni una página.

—¿Hay algún otro cuaderno como ese?

—Yo no he encontrado ninguno. —Colocó el cuaderno delante de ella y luego se acercó los dedos a la boca—. Mi madre dijo otra cosa más antes de marcharse.

En aquel momento, yo ya no tenía ni idea de a qué atenerme.

—¿Qué?

Sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Antes de irse me dijo que contactara con ese joven con el que vino Ivy. ¿Ren? Dijo que Ren sabría qué hacer.

Que Ren sabría qué hacer.

De vuelta en mi apartamento, me senté con las piernas cruzadas en la cama y miré fijamente el diario que me había llevado con permiso de Brighton. Había pasado un par de horas leyéndolo y, si las noticias que contenía eran falsas, formaban un embuste extremadamente bien montado y que abarcaba varias décadas.

—No es mentira —me dije en voz baja, poniéndome un rizo suelto detrás de la oreja.

Estaba convencida de que era todo cierto, o de que Merle creía que era cierto y lo había creído durante años, mucho antes de que la capturasen los faes.

Cerré el diario y miré el reloj mientras me rascaba la nuca. Faltaba poco para la una de la madrugada. Ren volvería pronto. Le había mandado un mensaje al llegar a casa, pero no le había dicho nada de Brighton ni de Merle. Pensé que era mejor decírselo en persona.

Ren sabría qué hacer.

¿Sabía él que había faes que eran... buenos? Y si lo sabía, ¿por qué no me lo había dicho en algún momento? Cerré los ojos con fuerza al bajar la mano. Ren formaba parte de la Elite, cuyos miembros seguramente tenían acceso a toda clase de información privilegiada de la que estábamos excluidos los miembros corrientes de la Orden. ¿Podía enfadarme con él porque no me lo hubiera dicho? Seguramente no, pensándolo bien.

¿Faes buenos? Me reí por lo bajo y abrí los ojos. Pero ¿por qué era una teoría tan sorprendente? Yo vivía con un ser del Otro Mundo: con un duende. Tink era una lata. Me salía muy caro, y tenía la horrible costumbre de callarse las cosas, pero no era malvado. Antes de conocerle, yo creía que todas las criaturas del Otro Mundo eran malas. Evidentemente, estaba equivocada. Así que cabía la posibilidad de que también hubiera faes que fueran como... como humanos.

Pero tenía tantos interrogantes... Si no se alimentaban, ¿cómo utilizaban la magia para ocultar su apariencia? Por lo que sabíamos de los faes, tenían que alimentarse para emplear sus sortilegios. Así pues, ¿la información de la que disponíamos era falsa?

Al llegar a casa le había preguntado a Tink si había faes buenos. Estaba muy atareado en *mi* ordenador, creando memes de «Si Daryl muere, nos rebelamos». Mi pregunta pareció sorprenderle sinceramente. Según mi diminuto compañero de piso, todos los faes eran malos. Los buenos no existían.

Pero a mí se me había ocurrido una idea mientras le veía concentrado delante de la pantalla, cuya luz blanquecina le iluminaba la cara.

—¿Alguna vez sales de casa, Tink? ¿Vas a alguna parte?

Me había mirado con el ceño fruncido, como si le hubiera preguntado por qué debía ver *The Walking Dead*.

—¿Y para qué iba a salir? Aquí tengo todo lo que necesito y, si no lo tengo, puedo pedirlo a Amazon. —Luego había hecho una pausa—. Aunque, ahora que lo pienso, nos vendría bien tener un cocinero en casa, porque tú cocinas de pena.

Yo había dejado la conversación en ese punto.

De modo que cabía la posibilidad —si Tink había sido sincero— de que, dado que nunca salía, no supiera que, en efecto, había faes buenos. Pensé en el día en que me pasé por casa de Brighton y Merle y me pareció ver otro duende. Vislumbré unas alas traslúcidas y pensé que eran imaginaciones mías, pero ahora ya no estaba tan segura.

Ya no estaba segura de nada.

Pero ¿qué cambiaba eso respecto a la Orden? ¿Y por qué habían ocultado aquella información tan eficazmente que apenas un par de décadas después ya nadie parecía estar al tanto de aquello, salvo unos pocos miembros mayores de la Orden?

Tanto pensar me estaba dando dolor de cabeza.

Me tumbé boca arriba, estiré los brazos y me quedé así hasta que oí girar la llave en la puerta del apartamento. No me moví. La puerta de mi cuarto estaba entornada,

así que sabía que Ren me vería en cuanto entrara. O que me vería a medias.

Unos segundos después chirrió mi puerta y oí una risa suave y provocativa.

—¿Se puede saber qué haces?

Levanté las manos en un gesto universal de «no tengo ni idea». Sus pasos se acercaron a la cama y entonces apareció ante mi vista. Tenía el pelo mojado y los hombros de la camisa húmedos. Debía de haber empezado a llover en algún momento.

—Estás extrañamente adorable ahora mismo. —Apoyó la rodilla derecha en la cama y la mano izquierda junto a mi cabeza—. Aunque tengo una pregunta que hacerte.

—¿Sobre qué?

—¿Por qué llevas pantalones cortos y calcetines hasta la rodilla? —Se inclinó, rodeándome con su cuerpo—. ¿Por qué no llevas pantalones largos?

Enarqué una ceja.

—En primer lugar, no llevo pantalones cortos. Llevo pantalones cortos *de dormir*.

—¿Es que hay alguna diferencia? —preguntó mientras bajaba la cabeza y me besaba en la mejilla.

—Pues sí, la hay. —Esperé a que me besara en la otra mejilla—. Y en segundo lugar, los calcetines son cómodos y peluditos, lo que los hace muy superiores a los pantalones largos.

—Muy bien. —Se rio otra vez, besándome en la frente.

—Y, por último, es una combinación perfecta. No tengo ni calor, ni frío —añadí.

—Lo que tú digas. —Me besó en la punta de la nariz—. Yo lo único que sé es que me va a encantar quitártelo todo dentro de un rato. Con los dientes.

Abrí los ojos como platos, me dio un vuelco el estómago y se me encogieron los músculos de la tripa. A mi cuerpo le encantaba cómo sonaba aquello. Su boca apuntaba hacia la mía y supe que, si dejaba que me besara, un momento después me estaría quitando *toda* la ropa con los dientes y, por desgracia para mi libido, no podía permitir que eso ocurriera. Aún.

Le puse las manos en el pecho y, cuando hablé, nuestros labios se rozaron.

—Primero tenemos que hablar de una cosa.

—Vale. —Sacó la lengua, la pasó por mi labio inferior y yo contuve la respiración, temblorosa—. ¿Vamos a hablar del sentimiento de abandono que tienen tus pechos? Porque llevo todo el día pensando en ponerle remedio. —Apoyó la mano en mi pecho izquierdo y pasó el pulgar por mi pezón—. ¿No llevas sujetador? Perfecto.

Respiré hondo, hice acopio de toda mi fuerza de voluntad y dije:

—Merle ha desaparecido.

Su boca se detuvo a escasos centímetros de la mía.

—¿Qué?

—Y ha dejado un montón de diarios y papeles, algunos de ellos fechados hace

varias décadas.

—Ajá. —Su pulgar hizo otra pasada por mi pezón.

A mí se me tensaron los dedos de los pies.

—Y en esos diarios tenía anotados los nombres de los anteriores líderes de la Secta y... —Dejé escapar un gemido cuando pellizcó el botón duro de mi pezón a través del fino algodón de mi camiseta—. Y afirmaba que antes la Orden colaboraba con los faes.

La mano de Ren se detuvo, y no supe si debía alegrarme o no de ello. Se incorporó un poco, lentamente, para que pudiera verle la cara.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—También dice que hay... que hay faes buenos que no se alimentan de humanos.

Parpadeó muy despacio.

—¿Te has tomado algo?

—Ojalá —mascullé yo, confiando en que su reacción fuera sincera—. Pero si me sueltas la teta puedo enseñártelo.

Ren vaciló.

—¿De verdad tengo que soltarte la teta?

Me quedé mirándole.

Un hoyuelo apareció en su mejilla derecha y apartó lentamente la mano, dedo a dedo.

—Muy bien. ¿De qué estamos hablando exactamente?

—Está todo en el diario que tienes al lado de la rodilla.

Miró un momento mi cara y luego ladeó la cabeza.

—Esto va en serio, ¿verdad?

—Eh, sí.

Arrugando el ceño, se inclinó para coger el diario. Se sentó a mi lado con el cuaderno en la mano.

—¿Y dices que Merle ha desaparecido?

Me incorporé.

—Sí, Brighton me llamó después de cenar. Dijo que su madre se había comportado de manera muy extraña desde que se abrió la puerta, que estaba más rara que de costumbre, y que esta mañana bajó con todos esos diarios y papeles.

—Vale —dijo él lentamente.

—Le dijo a Brighton que ya no estaban seguras allí y salió al jardín. Cuando Brighton fue a buscarla cinco minutos después, ya no estaba. Brighton buscó por las calles de alrededor y no encontró ni rastro de ella.

—¿Es posible que parara un...?

—Es posible, pero poco probable. El caso es que, cuando volvió a entrar en casa, Brighton echó un vistazo a todos esos papeles, incluido ese diario, y fue entonces cuando me llamó. Yo estuve hojeando el cuaderno y luego me lo traje a casa. He estado varias horas leyéndolo y, Ren, creo que es auténtico.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Ivy, no hay faes que no se alimenten de humanos.

—Según ese libro, sí los hay.

Frunció las cejas.

—No te lo tomes a mal, pero Merle está...

—Sí, está trastornada, pero estas cosas se remontan a décadas atrás, Ren, a antes de que la atraparan los faes. —Me puse de rodillas y le quité el diario de las manos—. Te aseguro que yo también tuve mis dudas al principio. No creía que fuera cierto, pero fíjate en esto. —Abrí el cuaderno por una anotación hecha en los años setenta y le di la vuelta—. Lee esto y presta atención a la fecha.

Me sostuvo la mirada unos segundos y luego miró el cuaderno. Yo sabía qué pasaje estaba leyendo. Trataba de una misión conjunta entre la Orden y los faes en la que estos ayudaron a localizar a varios humanos adolescentes secuestrados por los otros faes. Me acordaba de los nombres de los faes buenos: Handoc, Alena y Phineas. Naturalmente, ese último nombre me hizo pensar en *Phineas y Ferb*. Ja.

Ren abrió la boca y volvió a cerrarla. Sacudió un poco la cabeza.

—Yo...

Sonriendo, pasé varias páginas del diario, hasta llegar a la lista de nombres.

—Echa un vistazo a esto. Es una lista de miembros de la Orden que por lo visto cazaban conjuntamente con ciertos faes.

Leyó la página por encima.

—Yo...

—Y todavía hay más. En serio. Podrías pasar toda la noche leyéndolo. Es imposible que sean fantasías, cosas inventadas. Abarcan décadas.

Dejé que leyera unos minutos. De vez en cuando se paraba, como si quisiera releer algún pasaje en concreto. Cuando por fin me miró, tenía una expresión adorablemente perpleja.

—La mayoría de los miembros de la Orden de esa época están retirados y ya no viven en Nueva Orleans, o bien no llegaron a la edad de jubilación —expliqué—. Pero hay uno que todavía anda por aquí. Jerome.

Ren alzó las cejas.

—Y eso no es todo. —Me levanté de la cama—. Antes de marcharse, Merle le dijo a Brighton que contactara contigo. Que tú sabrías qué hacer.

—¿Qué? —Su reacción fue inmediata.

—Eso le dijo. —Crucé los brazos—. Que se pusiera en contacto contigo.

Meneó la cabeza, mirando el cuaderno.

—No sé qué decir.

—Entonces, ¿no sabías nada de esto? ¿Que hubiera faes... buenos?

—Sinceramente, es la primera noticia que tengo, y pertenezco a la Elite: lo sabemos todo. Esto es imposible.

—Tú sabes que nada es imposible —repliqué, repitiendo lo que me había dicho

Brighton—. Si es cierto, la Orden y la Elite lo tienen muy bien escondido. Han borrado prácticamente todas las pruebas, y los que siguen con vida evidentemente no hablan nunca de ello.

Volvió a mirar el diario.

—Esto... La verdad es que no sé qué pensar ni qué creer, pero te aseguro que no sé por qué Merle le dijo a su hija que recurriera a mí. No tengo ni idea. Es la primera vez que oigo hablar de este asunto.

Al mirarle comprendí que estaba diciendo la verdad. No mentía, no como yo.

—Si esto es cierto... —Volvió a mirarme—. Tenemos que encontrar enseguida a uno de esos faes bondadosos que no comen humanos.

—Sí. —Vi que pasaba algunas páginas—. Lo dices como si fuera fácil.

—Demonios... —Soltó una risa seca—. Creo que los dos sabemos por experiencia que nada es fácil.

—Tienes mucha razón —murmuré yo.

Me quité los calcetines y me tumbé en la cama metiendo los pies bajo la manta mientras Ren estaba enfrascado en los diarios. Me quedé callada, comprendiendo que tenía que estar tan confuso como yo cuando leí por primera vez los diarios. Qué demonios, todavía me daba vueltas la cabeza.

Curiosamente, me quedé dormida mientras él leía y me desperté un rato después de que se metiera en la cama. El calor y la dureza de su cuerpo debieron de filtrarse en mis sueños, agitando mis emociones, porque me desperté de repente. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero estaba acurrucada junto a su costado y él estaba boca arriba. Había dejado encendida la lámpara de la mesilla de noche, y al mirar vi el cuaderno apoyado en el borde de la cama. Ren se había quedado dormido leyendo, y no sé por qué pero me pareció increíblemente adorable.

Y muy sexy.

Había mucha piel apretada contra la mía. Ren se había desvestido y al apoyar mi pierna sobre la suya, descubrí enseguida que no se había puesto los pantalones del pijama. El vello de su pierna me hizo cosquillas cuando deslicé la pantorrilla por la suya.

Se movió y su mano, que estaba apoyada flojamente sobre mi cintura, se tensó. Agarró mi camiseta y a mí me dio un vuelco el corazón. Puse la mano sobre su pecho y seguí la forma de sus pectorales, que parecían esculpidos en piedra. Tenía un cuerpo alucinante.

Y mientras estaba allí, pegada a su costado, no pensé en todo lo que había ocurrido. No pensé en nada. Todo me parecía maravillosamente perfecto. Tenía la sensación de que hacía siglos que no tenía la mente tan despejada y el cuerpo tan relajado.

Bueno, había partes de mi anatomía que en ese momento estaban bastante tensas, pero por otros motivos.

Mordiéndome el labio, deslicé la mano por su vientre plano y sus duros

abdominales. Se puso tenso cuando seguí más abajo. Estaba despierto.

—Ivy... —dijo con voz gutural—. ¿Qué haces?

En vez de contestar, aparté las sábanas y me quité los pantalones del pijama. Eché mano de la goma de sus calzoncillos y, como no me detuvo, tiré cuidadosamente de ella. Levantó las caderas y le bajé los calzoncillos.

—Ivy... —gruñó de nuevo mientras me acariciaba la espalda.

Yo me sonrojé.

Me incorporé y me senté a horcajadas sobre él. El corazón me latía a toda velocidad cuando le miré. Tenía una media sonrisa cuando apoyó las manos sobre mis muslos desnudos. Agaché la cabeza y le besé en los labios. Seguí la silueta de su boca y deslicé la lengua por la comisura de sus labios, hasta que los abrió. Recorrí mis muslos con las manos y las metió debajo de mi camiseta ancha, hasta mis caderas. Yo me deslicé un poco hacia abajo y aquella fricción me hizo gemir. Sentía un latido ansioso entre las piernas.

Yo sabía que Ren lo deseaba tanto como yo. Su erección se apretaba contra mi sexo, y yo sentía su excitación en su mirada ebria y en cómo me apretaba las caderas. Volví a presionar con las caderas hacia abajo y le oí soltar un gemido delicioso. Moviéndome lentamente, me froté contra él hasta que empecé a jadear. Él levantó las caderas y fue como si estuviéramos bailando.

—Ren —murmuré con la boca pegada a la suya, y solo pude decir una cosa más—: Por favor...

—No hace falta que me supliques, cariño. —Deslizó las manos por mis caderas y me agarró el culo—. Saca la cartera de mis pantalones. Hay un condón dentro.

Con la garganta seca, asentí y me aparté de él. Busqué rápidamente sus pantalones por el suelo. Saqué la cartera y busqué el condón.

—Qué típico —murmuré.

—Quería estar preparado. Pensaba usarlo en cuanto llegara, pero me distraje.

Se sentó y me quitó el condón. Apoyé una rodilla en la cama y le vi ponérselo sobre su impresionante erección. Cuando terminó, sus ojos verdes parecían arder.

—Ven aquí —dijo.

Completamente excitada, hice lo que pedía y volví a colocarme a horcajadas sobre sus caderas.

—Maldita sea... —masculló.

Levantó una mano y me agarró de la nuca. Me hizo agachar la cabeza. Volvió a besarme, más profunda y largamente que antes. Nuestras lenguas se enredaron y, cuando me aparté, me mordisqueó el labio, haciéndome gemir.

Bajé la mano, agarré el bajo de mi camiseta, me la quité y la tiré a un lado. Desnuda, resistí el impulso de taparme mientras Ren me miraba sin prisas.

Su mirada se deslizó por mi pecho, seguida por sus manos. Pellizcó mis pezones, tirando de ellos hasta que me cosquillearon deliciosamente, y sentí que un montón de sensaciones deliciosas se agolpaban entre mis piernas. Mis pechos ya no se sentían

abandonados, y menos aún cuando se incorporó un poco y se metió uno de ellos en la boca, chupándolo y arrancándome un grito de placer. Bajé la cabeza cuando pasó al otro pecho. El pulso me latía frenéticamente en todo el cuerpo.

—Te necesito dentro de mí —susurré.

—Joder —gruñó—. Si sigues hablando así, no sé si voy a llegar a ese punto. Llena de orgullo y un poco aturdida por el deseo, me eché a reír.

—Confío en ti —dije.

—¿Sí? —preguntó con voz ronca al tiempo que agarraba la base de su rabo.

Deslicé un poco las rodillas hacia abajo.

—Sí.

Solté un lento gemido al colocarme sobre su rabo y bajar poco a poco. Ren apoyó las manos en mis caderas.

—Dios... —susurré.

—Maldita sea —dijo él, subiendo las manos por mis costados. Me sujetó un momento—. Me gustaría tenerte así siempre. —Levantó las caderas, y yo dejé escapar un gemido—. Así.

En ese momento, mientras todas aquellas sensaciones maravillosas se agitaban dentro de mí, estuve completamente de acuerdo. Me quedé allí sentada, balanceando las caderas con las manos apoyadas sobre su pecho. Era una sensación tan plena, tan intensa... Estiré los dedos de los pies cuando el placer inundó mi cuerpo.

—¿Lo estoy... lo estoy haciendo bien? —pregunté—. Nunca lo había hecho.

—Cariño... —Cogió mi pecho con una mano y pasó el pulgar por el pezón—. No podrías hacerlo mal. De ninguna manera.

Aumenté el ritmo de mis movimientos y él me siguió. Me penetró, más y más adentro. En aquella postura, tenía la sensación de que alcanzaba todas las partes de mi ser. Bajó la mano, la metió entre nuestras piernas y comenzó a acariciarme en círculos.

—Eres increíble —dije, restregándome contra él mientras la tensión iba apoderándose de mi cuerpo—. Creo que voy a... Ay, Dios...

Ren dijo algo, pero la oleada de placer que inundó mi cuerpo me impidió oírle. Eché la cabeza hacia atrás, dando la bienvenida a la potente descarga de placer que me atravesaba. Fue como si todas mis terminaciones nerviosas decidieran dispararse a la vez, y no paraban de estallar.

Seguía corriéndome cuando cambió de postura y, tumbándose de espaldas, empezó a penetrarme con fuerza, rápidamente. Sus caderas chocaban con las mías, y solo pude agarrarme. Le rodeé la cintura con las piernas y me agarré a sus brazos. Sus caderas descendieron una última vez y luego se quedó quieto, con la cara pegada a mi cuello, y dejó escapar un gruñido entrecortado.

Inundada todavía por el placer, pasé la mano por su pelo sedoso. Dios mío, era... era increíble. Todo en él era increíble.

Me abrazó con fuerza al retirarse y tumbarse de lado, apretándome contra su

cuerpo. Sentí el latido acelerado de su corazón cuando acerqué los labios a su garganta y le besé.

Te quiero.

Esas palabras me atravesaron como un susurro. Quería decirlas en voz alta pero no podía, así que me las repetí una y otra vez para mis adentros.

Te quiero.

Nos despertamos los dos al mismo tiempo al oír que alguien aporreaba la puerta del apartamento. Medio dormida, me incorporé y me aparté los rizos de la cara. Ren ya estaba mirando el reloj de la mesilla de noche.

—Son más de las tres de la madrugada. ¿Quién viene a estas horas?

Le miré.

—No tengo ni idea.

—Dudo mucho que sea un mensajero de Amazon. —Ren se levantó y se puso los pantalones. Se los dejó sin abrochar y a mí se me hizo un poco la boca agua al verlo.

Me levanté de un salto, me puse los pantalones del pijama y la camiseta y, cuando él abrió la puerta de mi cuarto, se me ocurrió una idea espantosa. ¿Y si...?

Desde donde estábamos vi que el pomo de la puerta giraba. Miré enseguida el cerrojo. Ren no lo había corrido. Maldiciendo, di un salto adelante y cogí una daga de hierro que había encima de la cómoda justo en el momento en que se abría la puerta.

Ante nosotros apareció un caballero.

El fae que entró en mi apartamento era indudablemente un caballero: un fae antiguo que había cruzado el portal junto con el príncipe. Era alto y corpulento, y tenía aquella misma piel intensamente morena. Llevaba el pelo oscuro cortado casi al rape. No portaba ninguna arma en las manos, pero yo había visto en una ocasión cómo un antiguo hacía aparecer una pistola de la nada.

Vestía como un motero, con camisa oscura y pantalones de piel, y Ren le lanzó una ojeada y se echó a reír. Se rio mientras estaba allí parado, sin camiseta y con la cremallera de los pantalones subida y el botón sin abrochar.

—Creo que te has equivocado de puerta —dijo con voz ronca.

El caballero respondió con una sonrisa tensa y avanzó bajando la barbilla. No hubo tiempo de preguntar qué hacía en mi casa. Los faes no suelen ir en busca de los miembros de la Orden. Éramos nosotros quienes les perseguíamos, no al contrario.

Ren se puso delante de mí, convertido en escudo humano, y aunque agradecí su gesto podía arreglármelas sola. Agarré la empuñadura de la daga mientras Ren blandía la estaca de espino.

El caballero lanzó un puñetazo, pero Ren fue más rápido. Agachando la cabeza, pasó por debajo de su brazo estirado y saltó tras él. Se apoyó en una pierna, se giró a medias y le lanzó una patada brutal a la espalda.

El caballero se precipitó hacia delante, pero enseguida recuperó el equilibrio y giró sobre sus talones. Aprovechando aquel momento de ventaja, di un salto adelante al mismo tiempo que Ren lanzaba la punta de la estaca hacia la garganta del caballero. Era la única forma de liquidar a un antiguo. Había que decapitarlo, y yo confiaba en que la cosa no se complicara demasiado.

Pero el caballero esquivó el golpe y levantó una mano hacia mí. No me tocó, ni siquiera se me acercó. Lo único que hizo fue levantar la mano y de pronto sentí que mis pies, cubiertos con calcetines, se deslizaban hacia atrás por el suelo de tarima. Choqué de espaldas contra la pared.

—¿Qué demonios...? —grité, mirándole con los ojos como platos.

Ren le asestó un puñetazo en la mandíbula. El caballero volvió la cara y se echó a reír.

—¿Te ha hecho gracia? —masculló Ren.

Dio la vuelta a la estaca, se abalanzó hacia él y le golpeó con la estaca en el pecho. El caballero dejó escapar un gruñido cuando Ren bajó la estaca con intención de golpearle de nuevo en un lugar donde sin duda le dolería.

—Como quieras —dijo el caballero y, asestándole un golpe de revés en la cara,

apartó a Ren, que chocó violentamente contra la mesa.

La lámpara cayó al suelo y se partió en varios trozos.

Ay, mierda, aquel tipo acababa de golpear a Ren. De pronto me cegó la ira, me aparté de la pared y salté hacia delante en el mismo momento en que Ren se incorporaba y le asestaba una patada en la pierna al caballero, que hincó la rodilla en el suelo. Le agarré por la coronilla y tiré de su cabeza hacia atrás al mismo tiempo que levantaba el brazo...

El caballero hizo un gesto con la mano y un instante después me vi cruzando bruscamente la habitación y choqué contra una maceta. El helecho cayó al suelo y la tierra se desparramó por todas partes. Esa vez acabé junto a la puerta de la terraza.

—¡Qué diablos...! —grité.

Ren saltó adelante y le lanzó otro golpe, pero el caballero consiguió esquivarlo. Le agarró del brazo, le giró bruscamente y acercó la espalda de Ren a su pecho. Yo me aparté de la puerta y me acerqué a ellos corriendo. Hundí la daga en la espalda del caballero y saqué la hoja al sentir de nuevo que una fuerza invisible me lanzaba hacia atrás, hacia la habitación. El caballero soltó a Ren.

De pronto, mientras me agarraba al marco de la puerta, me di cuenta de la verdad: el caballero trataba de mantenerme alejada de la pelea mientras se enfrentaba a Ren cuerpo a cuerpo.

Ren le agarró del hombro con una mano, levantó la pierna y le dio un rodillazo en el estómago. El caballero soltó el aire bruscamente al tiempo que empujaba a Ren hacia el sillón. El pequeño escabel que usaba Tink salió volando.

Se precipitaron el uno hacia el otro, asestándose puñetazos y esquivando golpes. Yo volví a acercarme, decidida a que no me arrojaran a un lado como si fuera una prenda de ropa. Estaba a menos de medio metro cuando vi que algo se movía a mi derecha.

Tink apareció en el pasillo, un poco más allá del cuarto de baño. Iba bostezando y movía las alas perezosamente. Llevaba puesto un... ¿un gorrito de dormir? ¿Qué cojones...? Si hasta llevaba unos minúsculos pantalones de pijama a rayas azules y blancas, y yo no tenía ni idea de dónde los había sacado. Absolutamente ni idea.

Estaba estirando los bracitos cuando echó un vistazo a la habitación.

—¿Qué patochada es esta?

¿Patochada?

El caballero se distrajo un momento y le miró con sorpresa. Un segundo después, los ojos del duende se dilataron y aquella expresión soñolienta se borró instantáneamente de su cara. Entró como una flecha en el cuarto de estar, se quitó el gorro de dormir de color azul claro y lo tiró al suelo.

—¡No pasarás! —gritó, lanzando la mano hacia el caballero y Ren.

Yo me detuve.

Ren se paró cuando estaba a punto de asestar un puñetazo.

El caballero le agarró del brazo para parar el golpe y ladeó la cabeza para mirar al

duende.

Tink pestañeó despacio.

—Jo, qué caca. En *El Señor de los Anillos* funcionaba.

Ay, Dios mío.

Ignorando a Tink —y confiando en que consiguiera escabullirse y salir de allí vivo—, me abalancé hacia el caballero.

—¡Esto tiene que parar inmediatamente! ¡No me estáis dejando dormir! —gritó Tink bajando los brazos mientras revoloteaba junto a la mesa baja—. Y os lo advierto, más vale que me dejéis dormir. Voy a daros una oportunidad más, señor. Marchaos, o si no...

—Santo Dios —masculló Ren, agachando la cabeza para esquivar un golpe del caballero—. ¿Qué vas a hacer, Tink? ¿Matarle de fastidio? Porque a lo mejor funciona.

—Tú no tienes ni idea de lo que soy capaz —replicó el duende.

Di un salto adelante, así al caballero por el brazo e intenté hacerle una llave, pero se giró de pronto. Levantó el brazo (y a mí con él), y me arrojó por encima del respaldo del sofá. Caí sobre los cojines y estaba empezando a incorporarme a toda prisa cuando vi que Tink se acercaba al caballero y a Ren, que seguían peleando.

—¡Retírate, Tink! —grité.

Maldita sea, aquello se nos estaba yendo de las manos.

—Tengo que hacerlo. —Me miró y respiró hondo—. Lo siento, Ivy.

Fruncí el ceño al levantarme del sofá.

—Estás...

Un leve resplandor envolvió a Tink, como una nebulosa de polvo dorado. Quedó completamente cubierto, no solo el cuerpo, también las alas. El polvo se extendió formando un torbellino que recorrió el suelo y se elevó casi hasta el techo. Se movía tan deprisa y eran tan espeso que dejé de ver a Tink dentro del remolino.

Di un paso adelante, asustada, pero aquel tornado resplandeciente se detuvo de pronto y se desplomó, desparramando por el suelo una nube de polvo dorado y...

—Santo Dios —musité.

El caballero dejó de luchar. Y también Ren. El mundo entero pareció detenerse. Estaban viendo lo mismo que veía yo, pero aquello era un disparate. Una locura total.

Un hombre había aparecido donde antes estaba Tink: un hombre adulto, tan alto como el caballero. Y aquel hombre, fuera quien fuese, se parecía a Tink. Tenía el cabello extremadamente blanco y los ojos muy azules. La linda carita de Tink se había transformado en el rostro de un hombre adulto de tamaño normal. Era un hombre alto y fornido, con los abdominales y los pectorales bien marcados y... Ay, Dios mío, ¡estaba desnudo! ¡En pelotas! Y aquella imagen ya no se me borraría de la memoria porque...

Porque aquel hombre era Tink.

—Ay, Dios mío. —Di un paso hacia un lado y noté que me flaqueaban las

rodillas. Me dejé caer en el sofá.

—¿Se puede saber qué cojones es esto? —exclamó Ren, resumiendo perfectamente mis sentimientos.

Tink avanzó derecho hacia el caballero, que parecía anonadado. Ren se apartó, creo que de la impresión, porque Tink llevaba *cosas* colgando y balanceándose, y yo estaba muerta de miedo.

—No hay nadie de tu especie en este reino —dijo el caballero—. No puedes estar...

—No, no, no. Estamos en plena noche y no tengo tiempo ni ganas de escucharte —replicó Tink.

Entonces se movió tan deprisa que no vimos lo que sucedía: estaba allí, completamente desnudo, acercándose al caballero, y un instante después el caballero tenía un tajo en el cuello. La sangre roja y azulada brotó empapando su camisa al tiempo que su cabeza rodaba hacia un lado.

El ruido espantoso que hizo al golpear el suelo resonó en medio del silencio. Su cuerpo se desplomó a continuación, arrugándose como una bolsa de papel.

—Sí, los antiguos no se evaporan. Habrá que hacer algo con el cadáver. Seguramente antes de que se haga de día —explicó Tink—, porque suelen descomponerse muy deprisa, y entonces no será solo sangre lo que se cuele por las rendijas de la tarima.

Eh...

Tink le devolvió la estaca de espino a Ren. No sé cómo lo había hecho, pero se la había quitado. Sonrió orgulloso mientras se sacudía las manos y miraba el cadáver del caballero.

—¡Buenos días os dé Dios, señor!

—Pero ¿se puede saber qué cojones...? —preguntó Ren otra vez.

Yo estaba boquiabierta.

Ren también parecía estupefacto. Miraba sucesivamente al caballero hecho pedazos y a Tink convertido en un hombre hecho y derecho, y además *desnudo*. Movía la mandíbula, pero daba la impresión de que se había quedado sin habla. Y no me extrañaba. Yo solo podía mirar pasmada a Tink.

—¿Cómo...? —susurré, sin saber si quería preguntarle cómo había logrado liquidar al antiguo o cómo se había convertido en un hombre de repente.

Tink tardó un momento en darse cuenta de que me estaba refiriendo a él.

—Soy muy poderoso, Ivy. Te lo he dicho mil veces, pero como no me haces caso... Las mejores cosas siempre vienen en paquetes pequeños.

—Eso... eso no es una explicación —dije yo.

Ladeó la cabeza.

—Bueno, soy una especie de elfo doméstico.

—¡Ay, Dios mío! —chillé levantándome de un salto del sofá—. ¡Tú no eres un elfo doméstico! ¡No vivimos en el puto mundo de los magos, joder! ¡Eres un hombre

adulto! ¡Y muy crecido, además!

—Voy a hacer como que no he oído que has dicho eso del mundo de los magos —replicó puntillosamente—. En todo caso, soy un duende. Y los duendes tenemos el don de encogernos a voluntad. Es como un mecanismo de defensa. Como las zarigüeyas cuando se hacen las muertas.

Yo arrugué toda la cara.

—¡Esto... esto no es lo mismo que una zarigüeya haciéndose la muerta!

—Pero la idea es la misma. Podemos hacernos pequeños para que nos subestimen —explicó encogiéndose de hombros—. Y funciona. Evidentemente. Ninguno de vosotros pensaba que podía...

Levanté una mano y pareció darse cuenta de que estaba cabreada porque se calló de golpe.

—Entonces, ¿me estás diciendo que todo este tiempo has estado fingiendo que eras pequeño?

—Fingiendo, fingiendo, no —contestó pensativamente—. Ser pequeño es lo mismo que ser grande.

Abrí los ojos como platos.

—Eso es absurdo.

—Te lo advertí, Ivy. Incluso te pregunté si sabías lo que tenías viviendo en casa —dijo Ren, aprovechando ese momento para recordármelo amablemente.

Le lancé una mirada asesina.

—¿Tú sabías que en realidad medía dos metros y que tenía una anatomía perfectamente formada?

Ren arrugó la nariz.

—Bueno, no.

—Entonces, ¡cállate la puta boca!

Ren levantó las manos.

—Está bien.

—¿Y se puede saber por qué creías que no tenía una anatomía perfectamente formada? —preguntó Tink, ofendido.

Me volví hacia él, hice oídos sordos a la pregunta y grité:

—¡¿Y dónde están tus puñeteras alas?!

Frunció el ceño.

—Ahora las tengo escondidas. Cuando adopto esta forma son bastante grandes. Tiraría cosas al suelo a diestro y siniestro, y teniendo en cuenta lo alterada que estás no creo que...

—¡Estoy alterada porque no eres del tamaño de una puta Barbie!

—No veo cuál es el problema —respondió—. La verdad es que esto es mucho más práctico. Así no tendrás que cargar con los paquetes cuando...

—¡Santo Dios! —grité otra vez.

No podía creerlo. Tink no era del tamaño de una muñequita. Simplemente había

escogido mostrarse de ese tamaño, y durante todo el tiempo que había vivido en mi casa era en realidad del tamaño de Ren, y me había visto en sujetador y bragas y...

—¡Dios mío! ¡Voy a matarte!

Tink se echó hacia atrás, con los ojos como platos.

—Bueno, eso es un poco drástico.

—Yo soy de la misma opinión que Ivy —comentó Ren con sorna.

—Te he salvado la vida —dijo Tink volviéndose hacia él—. ¿Cómo te atreves?

Ren puso los ojos en blanco.

—Lo tenía todo controlado.

—Pues no daba esa impresión. Al contrario, parecía que te estaban pateando el culo de lo lindo.

Yo me hundí en el sofá. No tenía ni idea de qué estaba pasando.

—Eso es lo que tú te crees. —Ren rodeó el sofá y recogió la lámpara rota. La colocó sobre la mesita—. ¿Te importaría ponerte algo encima?

Tink enarcó una ceja.

—¿Te incomoda ver a un hombre desnudo?

—Me molesta tener que verte el rabo.

—Pues tú bien que te paseabas por la casa con la tranca colgando delante de todos —replicó Tink, refiriéndose a la primera mañana que se vieron.

—Eso fue porque no sabía que estabas aquí.

Tink sonrió, satisfecho.

—¿Sabes cuál creo que es el problema? Que te intimida el tamaño de la mía.

Ay, Dios mío.

Ren se rio.

—Qué va. Ese no es el problema.

Yo, por suerte, conocía las dimensiones del miembro viril de Ren y, por desgracia, ahora también las del de Tink, y podía afirmar que, en efecto, ese no era el problema. Agarré un cojín y se lo tiré a Tink. Él lo cogió y, suspirando, se tapó esa parte de su anatomía que yo hubiera preferido no tener que ver.

Me llevé los dedos a las sienes.

—Esto es una pesadilla. Voy a despertarme dentro de unos minutos y la puerta no estará forzada, no habrá entrado ningún caballero y Tink seguirá midiendo treinta centímetros de alto y jugando con muñequitos troles.

—Bueno, voy a seguir jugando con mis troles —contestó Tink.

Cerré los ojos con fuerza.

—Si así te sientes mejor, puedo volver a encogerme —añadió.

—No voy a sentirme mejor ahora que te he visto con este tamaño. —Abrí los ojos.

—Vale. —Se sentó al borde de la mesa baja, con el culo al aire y los huevos desparramados *por todas partes*. Dios mío. Estiró sus largas piernas—. Esto es... un poco violento.

Ya lo creo que lo era. Todo ese tiempo yo había pensado que vivía con un duendecito monísimo, y resulta que en realidad era un tío del Otro Mundo hecho y derecho, que no solo era superalto sino que además estaba buenísimo. Porque para mí hasta entonces Tink había sido una cosita con alas, y nunca me había preocupado que me viera con las tetas o algo peor al aire.

—Aunque entiendo que estés impresionada por este espectáculo lamentable —dijo Ren señalando a Tink, que puso cara de ofendido—, voy a tener que hacer una pregunta muy jodida, y creo que solo va a ser la primera de una larga serie. —Se sentó en el brazo del sofá—. Sé que últimamente todo ha sido una locura. Bueno, y lo sigue siendo. —Miró al nuevo Tink de tamaño natural—. Pero ese caballero venía a por mí. A por mí, en serio. No quería saber nada de Ivy.

Yo puse unos ojos como platos. Ay, no. Ren también lo había notado. Claro, cómo no lo iba a notar. El caballero no había hecho ningún esfuerzo por disimularlo. No supe qué decir. Y no tuve oportunidad de improvisar sobre la marcha porque Tink, que seguía sentado en bolas sobre la mesa baja, dijo:

—Seguramente porque a ti te consideraba una amenaza más inmediata. Es lo que habría hecho yo. Eliminar primero al más fuerte.

Yo arrugué el ceño. Pero Tink no me hizo caso.

—Los caballeros siempre tienen en cuenta la táctica. Son auténticos estrategas.

Yo no sabía si estaba diciendo la verdad o si solo trataba de sacarme de apuros.

Ren me miró.

—Es un asunto muy grave —dijo.

Todo lo que había pasado esas últimas veinticuatro horas era muy grave.

—Si los caballeros empiezan a asaltar las casas de miembros de la Orden en plena noche... —Ren se pasó las manos por el pelo y luego las dejó caer—: Eso lo cambia todo.

Miré a Tink. Todo había cambiado ya.

—Lo siento, Ivy Divy. —Tink me siguió al dormitorio.

—Deja de hacerme la pelota —le corté yo al abrir de golpe la puerta de mi armario—. Ya no me gusta que me llames «Ivy Divy». Ahora mides casi un metro más que yo.

—No exageres.

Le lancé una mirada capaz de encoger las partes viriles que llevaba ocultas detrás de una toalla enrollada a la cintura, porque al parecer no tenía ropa de hombre a mano.

—Está bien. —Retrocedió unos centímetros—. No te dije nada porque...

—Déjame adivinar. ¿Porque creías que no tenía importancia? —Me reí con aspereza al descolgar un jersey de su percha. Cerré de un portazo el armario y miré a Tink, al Tink de tamaño hombre—. He oído esa excusa otras veces.

—Lo sé. —Miró hacia el cuarto de estar. Ren se había llevado el cadáver sabe Dios dónde para deshacerse de él, pero podía volver en cualquier momento—. Es solo que cuando entramos en el reino de los humanos, siempre adoptamos esa forma. Es una medida de protección, y como tú me descubriste así pensé que lo mejor sería...

—Dios mío, Tink, podrías haberme dicho algo. Como, no sé... «Oye, puede que parezca un enano, pero en realidad soy un gilipollas de tamaño gigante». Te lo habría agradecido.

Me puse el jersey y salí al cuarto de estar, sorteando las manchas de sangre, que olían levemente a crema y frutas del bosque. No podía ni pensar en eso.

—¡Esto vas a limpiarlo tú! —le grité.

—Vale, yo lo limpio, Ivy, pero no me gusta que te enfades conmigo.

Solté un bufido al entrar en la cocina y saqué el cepillo y el recogedor de la despensa.

—Entonces, ¿qué te parece si eres sincero conmigo, completamente sincero? Así dejaría de estar cabreada contigo.

Tink me siguió de nuevo al cuarto de estar y se quedó mirando mientras yo recogía la tierra tirada por el suelo.

—Si hubieras sabido que podía ser de este tamaño, no te habrías sentido cómoda teniéndome en casa —dijo.

Me paré y le miré. Por supuesto que no me habría sentido cómoda.

—Tienes mucha razón.

—¡¿Lo ves?! Seguramente habrías intentado matarme. Me conociste en mi forma

reducida, y decidí quedarme así hasta que no me quedara más remedio que intervenir. —Soltó un suspiro—. Mira, es posible que Ren hubiera podido ocuparse de ese caballero, pero los caballeros son increíblemente fuertes y mortíferos. He reaccionado sin pensar.

Seguí recogiendo la tierra.

—Me alegro de que te hayas cargado al caballero, pero eso no cambia nada. Me has mentido desde el principio. —Me agaché, levanté el recogedor y lo llevé a donde se había caído la lámpara, esquivando el charco de sangre azulada—. Me has mentido en muchas cosas.

Tink se quedó callado mientras enderezaba la maceta volcada y volvía a colocar dentro el helecho. La toalla que llevaba enrollada a la cintura permaneció donde estaba como por arte de magia.

No sabía qué decirle. Estaba siendo todo tan complicado y había tantas cosas que ocupaban mi mente, que casi no tenía espacio para pensar en él.

De pronto apareció a mi lado.

—Oye, por lo menos he matado al guerrero utilizando solamente mi fuerza y mi habilidad.

Solté otro bufido mientras recogía los trozos de la lámpara rota.

—Querrás decir más bien que le has dejado anonadado con tu desnudez.

—Bueno —contestó con una sonrisa—, la verdad es que tengo un tamaño impresionante.

—Puaj —rezongué yo, y luego le miré. Pasaron unos segundos—. Necesito saber de verdad si hay algo más que no me has contado. Y esta vez lo digo muy en serio. Si vuelves a mentirme... —Me interrumpí y tragué saliva. De pronto tenía un nudo en la garganta. Si había más mentiras, no podría soportarlo. Sería demasiado—. Ha llegado la hora de ser completamente sincero.

Tink clavó sus ojos azules claros en los míos.

—No hay nada más, Ivy. Ya lo sabes todo sobre mí.

—Eso que te pregunté antes sobre... sobre las comunidades de faes que... que quizá no sean malas... ¿Me has dicho la verdad? —pregunté.

—Sí. —Asintió con la cabeza para recalcar su respuesta.

De pronto me costaba sostenerle la mirada porque... porque estaba buenísimo y eso hacía que me sintiera muy violenta. Nunca había pensado en él de ese modo. Jamás se me había pasado por la cabeza.

—Nunca había oído tal cosa. Puede que las haya, pero te aseguro que si es así no lo sé. Y también es verdad que no he salido de aquí —añadió juntando las cejas—. Fue muy agobiante cruzar el portal. Había tanto ruido y... En fin, que no he vuelto a salir.

¿De verdad le daba miedo salir a la calle? Eso explicaba su obsesión con Amazon. Yo siempre había pensado que se debía a que era muy pequeñín y a que era difícil integrarse cuando uno medía dos palmos y tenía alas. Pero evidentemente

podría haberse transformado cuando yo no estaba en casa y haberse ido de fiesta a Bourbon Street.

—¿De verdad no has vuelto a salir? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Lo he pensado, pero no he adoptado esta forma desde que pasé a este lado. — Se miró el cuerpo—. Se me hace muy raro ser de este tamaño. —Respiró hondo, me miró a los ojos y añadió—: Aquí es más fácil ser pequeño. No hay nadie de mi especie. Nadie. Me siento más a gusto siendo pequeño.

De pronto me dio lástima, y no quería que me la diera porque me había mentido muchas veces. Enfurecerme era más fácil que comprenderle y perdonarle. Tenía motivos válidos para haberme mentido, pero aun así me fastidiaba. Dejé el recogedor sobre la mesa.

—¿Sigues enfadada? —Tink se atrevió a acercarse un poco más al sofá—. Puedo dejar de pedir cosas a Amazon. Bueno, está bien, puedo empezar a pedir menos cosas en Amazon. Reducirlo quizá a tres pedidos por...

—No hace falta. —Agarré el cepillo y miré hacia la puerta.

Ren iba a pasarse por un Walmart que había a unos diez minutos de casa para comprar una cerradura nueva. Iba a ser una noche muy larga, y aunque cambiásemos la cerradura, ¿hasta qué punto estábamos a salvo?

—Antes nunca habíamos tenido que preocuparnos porque los faes fueran a por nosotros —dije—. Esto es... Ni siquiera sé qué pensar.

Tink no dijo nada, porque ¿qué podía decir?

Ren y yo íbamos a tener que contarle a David lo ocurrido. No quedaba más remedio. Era demasiado importante, demasiado peligroso.

Pensé en el príncipe y en cómo había actuado el caballero. Me temblaron los dedos y apoyé el cepillo contra el sofá.

—He visto al príncipe.

—¿Qué? —preguntó Tink, sobresaltado.

—Le vi cuando salí —repetí—. Fui a comprar unos buñuelos y apareció delante de mí.

—¿Y me lo dices ahora? —Tink saltó por encima del respaldo del sofá y se quedó de pie sobre el cojín central.

Le miré pasmada.

—¿Cómo narices consigues que no se te caiga la toalla? A mí me cuesta que no se me caiga hasta cuando salgo de la ducha.

—Magia —contestó—. En serio. ¿Qué demonios pasó, Ivy?

—Si te bajas del sofá, te lo cuento.

Hizo un mohín, pero se bajó del sofá, se sentó y cruzó las manos sobre el regazo remilgadamente.

—Estoy esperando.

Me senté al borde de la mesa baja (aunque no en el mismo sitio donde él había

apoyado sus genitales) y se lo conté todo, hasta el momento en que el príncipe se alejó tranquilamente por la calle.

—No intentó secuestrarme ni nada. Se...

—Intentaba seducirte. Lo que yo decía. —Estiró el brazo y me tocó la punta de la nariz. Pero a mí de pronto se me hizo muy raro. Me aparté y le lancé una mirada de advertencia, pero no me hizo caso—. O puede que intente comprenderte para descubrir cuál debe ser su próximo paso.

—Me parece que todos sabemos cuál va a ser su próximo paso. —Crucé los brazos sobre el regazo—. El príncipe sabe lo de Ren, y ese caballero no quería pelear conmigo. Me apartaba todo el rato. No me hizo ni un rasguño. Estaba completamente centrado en él, como ha dicho Ren. Creo que vino a... —Me mordí el labio y no pude acabar la frase.

Tink pareció comprender de pronto.

—Le mandaron aquí a matar a Ren. A eliminar a la competencia.

La noche fue larga, como era de esperar. Ren se puso a cambiar la cerradura sin decir nada, y yo no le pregunté qué había hecho con el cadáver del caballero. Me alegraba de que hubiera traído el camión y no hubiera tenido que cargar con el cuerpo en el asiento trasero de una Ducati. Eran casi las cuatro de la madrugada cuando volvimos al dormitorio y cerramos la puerta con llave.

Pero tampoco hablamos entonces, excepto para preguntarnos mutuamente si estábamos bien. Luego, Ren me pasó el brazo por la cintura, me apretó contra su pecho y metió una pierna entre las mías.

Era difícil pegar ojo sabiendo que un caballero me (nos) había encontrado, pero estábamos tan cansados que nos quedamos dormidos casi enseguida. Dormimos con una daga de hierro debajo de la almohada, y no nos levantamos hasta última hora de la mañana del lunes para ducharnos. Por desgracia, nos duchamos por separado. Los dos habíamos recibido un mensaje de David. Había una reunión esa tarde.

Cuando salí del dormitorio mientras Ren todavía estaba en el baño, vi que ya no había sangre en el suelo. Y además me llevé una sorpresa al entrar en la cocina.

Tink había vuelto a adoptar su tamaño normal: era otra vez el Tink al que yo estaba acostumbrada, con alas y todo. Estaba sentado en la encimera, comiendo un montón de cereales que había vertido a su lado, y viendo un episodio de *Supernatural* en mi portátil.

—¿Sabes qué estaba pensando? —preguntó cuando me acerqué al armario y saqué el café—. Creía que no podría escoger entre Sam, Dean, Castiel y Crowley, y resulta que sí puedo.

—No me digas —murmuré mientras echaba como diez cucharaditas de café en la cafetera.

—Sí. Creo que optaría por Crowley.

Cerré la tapa del café y parpadeé. Aquello era muy sorprendente. Encendí la cafetera, me di la vuelta y me apoyé en la encimera.

—¿Escogerías al rey del infierno?

Asintió inclinando la barbilla, y no me resultó tan raro como creía verle de nuevo con aquel tamaño.

—Tengo mis motivos. Entre ellos, que me encanta su acento británico.

Levanté una ceja al volverme para coger una taza. La llené de café y me puse azúcar.

—Y me gusta que esté coladito por Dean —prosiguió—. ¿Quién no se enamoraría de Dean? Si no te enamoras de él, es que no tienes sangre en las venas.

—Ya —dije yo antes de beber un trago de café. No estaba suficientemente despierta para procesar aquella conversación.

Tink señaló la pantalla.

—Mira esos ojitos azules de bebé... Y esa sonrisa... Da gusto verla.

Dejé la conversación en ese punto, y fui a ducharme. Confiaba en que Ren no matara a Tink mientras me duchaba y me vestía. Me alegró ver que ya no tenía que ponerme tanto maquillaje alrededor del ojo y la barbilla para ocultar mis moratones.

Cuando salí del cuarto de baño, me encontré a Ren sentado en la cama, vestido para ir a trabajar, con una taza de café colgándole de los dedos. Era la mía, obviamente, y estaba vacía.

Sonrió, avergonzado.

—Perdona. He ido a la cocina, pero no he podido soportarlo más de cinco segundos, así que he vuelto aquí. He visto tu café. Y no he podido resistirme.

—¿Tink ha intentado hablarte de un tal Crowley?

—Sí. —Se inclinó y dejó la taza en la mesilla de noche—. No tengo ni idea de a qué se refería, y tampoco quiero saberlo.

Me acerqué a él y sonreí cuando puso las manos en mis caderas y me colocó entre sus piernas. Deslizó la mirada por mi camiseta de tirantes.

—Me alegro de que anoche pudiéramos estar juntos antes de que se montara ese lío.

—Yo también. —Me acaloré al recordar el rato que habíamos pasado juntos. Nuestros ojos se encontraron—. ¿Qué te parece lo de Tink? —pregunté.

—Voy a ser sincero contigo —dijo apretándome las caderas—. Me molesta que ese cretino no sea del tamaño de mi bota. Me da igual que haya vuelto a su tamaño de antes y que esté comiendo cereales sobre la encimera como si fuera un hámster.

Levanté las cejas.

—No estoy diciendo que le echas a patadas. No te lo estoy pidiendo, aunque te apoyaría al cien por cien si tomaras esa decisión —añadió con una sonrisa socarrona—, pero quiero que sepas que esta situación no me gusta ni pizca.

—Tomo nota. —Me incliné para besarle, y me encantó sentir cómo se curvaban sus labios en una sonrisa bajo los míos.

Teníamos que irnos a la reunión y solo disponíamos de unos minutos, así que volví a besarle y aprovechamos aquel rato para enrollarnos. Pero no fue buena idea, porque yo tenía ganas de más y, a juzgar por lo que notaba debajo de mí, Ren también.

Dejó escapar aquel gruñido ronco, y yo me restregué contra su regazo mientras sus labios se deslizaban por mi mejilla, hacia mi oreja.

—Esta noche, cuando acabemos de trabajar, estaremos solos tú y yo, y me da igual lo que nos espere o lo que haya que planear. En cuanto acabemos, te voy a quitar la ropa.

Clavé las uñas en sus hombros.

—Me gusta cómo suena eso.

—Seguro que sí, pero eso no es todo. —Lamió el lóbulo de mi oreja un segundo y luego lo mordisqueó. Yo dejé escapar un gemido—. Cuando te tenga desnuda, voy a dedicar toda mi atención a diversas partes de tu cuerpo, y luego voy a ponerte debajo de mí, y encima de mí, porque me pone a cien, y por último voy a ponerte delante de mí. Y voy a follarte. Sin piedad.

—Ay, Dios —gemí yo apretándole los hombros.

Aquello también me gustaba. Y mucho.

Me besó en el cuello.

—Me estoy acordando de un piropo malísimo.

—¿Sí?

—Sí. Lo oí hace poco y me lo estaba reservando para el momento oportuno.

Sonreí.

—Soy toda oídos.

—Eres una obra de arte. —Hizo una pausa—. Me encantaría clavarte a la pared.

—Dios mío. —Solté una carcajada—. Qué horror. Es un espanto.

Ren se rio.

—Lo sé. Ahora levántate para que se me baje la erección del siglo.

Volví a reírme y me levanté, pero no se lo puse fácil. Bajé la mano, busqué la erección del siglo y la apreté. Su gemido resonó en toda la habitación.

—Pero qué mala eres —masculló.

Sonriendo, le solté y retrocedí.

—Lo que tú digas.

Cerró los ojos y pareció contar en voz baja.

—Fuera no hace mucho calor, te lo advierto —dijo.

—Gracias por el informe del tiempo.

Me acerqué al armario, cogí mi plumas negro y me lo puse. Luego recogí mis armas y me guardé la estaca de espino, escondiéndola debajo de la pernera del pantalón.

Ren caminaba un poco rígido cuando salimos del dormitorio, y cuando se detuvo en la puerta entornó los ojos y me miró. Yo sonreí.

—Enseguida vuelvo —le dije, y entré en la cocina.

Tink no estaba por allí, y mi portátil tampoco. Seguía habiendo migas de cereales en la encimera. Algunas cosas no cambiaban. Toqué a su puerta con los nudillos.

—¿Tink?

—¿Sí? —respondió, y su voz me sonó como siempre, no como la del Tink de tamaño grande.

—Nos vamos a trabajar —le dije, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro—. Solo quería...

La puerta se abrió de repente y apareció agitando las alas lánguidamente.

—¿Querías avisarme? Vaya, qué raro. Normalmente os vais sin decir nada.

Fruncí el ceño al ver que llevaba puestas unas mallas de gimnasia cortas, muy, muy pequeñas. Y además eran de color plata y satinadas. Caray.

—Ya te he dicho...

—Que estás preocupada por mí por lo que pasó con el caballero. Pues no te preocupes. Sé valerme solito. —Se acercó a mí volando y me tocó la punta de la nariz—. Ten cuidado, y dile a Ren que se quede en su casa esta noche. —Luego me cerró la puerta en las narices.

No pensaba decirle eso a Ren.

—¿Va todo bien? —preguntó Ren cuando me reuní con él.

—Sí, solo he ido a ver qué tal estaba Tink. —Me paré para recoger mi bolso y me lo colgué del hombro—. Tengo que reconocer —dije en voz baja— que me preocupa un poco dejarle aquí solo, sin la estaca de espino.

Ren abrió la boca, pareció pensar cuidadosamente lo que iba a decir y luego volvió a cerrarla.

—Seguro que no le pasará nada.

—Ya.

Sonrió de medio lado y abrió la puerta. Bajamos la escalera y cruzamos el patio. Fuera hacía bastante frío, más de lo normal, pero no me quejé. Unos días antes había deseado que una ola de frío polar sacudiera Nueva Orleans, pero aun así la temperatura era extrañamente baja para esa época del año.

A esa hora de la tarde aún no había mucho tráfico, y no tardamos mucho en llegar en coche al Barrio Francés. Pero me pareció ver a una persona disfrazada de tiranosaurus rex segando el césped.

Como por arte de magia, Ren encontró un sitio libre en el aparcamiento subterráneo que usaba la Orden, más cerca que de costumbre, porque en Phillips no había sitio donde aparcar. Normalmente no había plazas libres porque la gente de Nueva Orleans sabía que allí se podía aparcar sin tener que darle las llaves de tu coche a nadie, pero estaba claro que Ren tenía mucha suerte.

—¿Estás preparada para hablar con David después de la reunión? —me preguntó cuando nos dirigimos al cuartel general—. No va a gustarle la noticia.

Claro que no: no iba a gustarle ni un pelo. De camino al Barrio Francés habíamos decidido no contarle lo de aquella presunta comunidad de faes buenos. Primero hablaríamos con Jerome, para ver cómo reaccionaba y qué podíamos sonsacarle antes de informar a David.

—Tampoco va a gustarle que no le llamáramos anoche, pero por lo menos se alegrará un poco cuando le digamos que nos hemos cargado a un caballero.

—Menudo consuelo.

Asentí con la cabeza y escudriñé las calles. Ren hizo lo mismo. Él estaba buscando faes. Yo, en cambio, buscaba al príncipe. De momento no se veían más que montones de turistas poco abrigados para el frío que hacía. Cuando faltaba una manzana para llegar al cuartel general de la Orden, Ren alargó la mano y tiró de un

rizo de mi pelo. Le miré.

Me guiñó un ojo.

—No puedo evitarlo: me encanta jugar con tus rizos.

Le aparté de un manotazo y meneé la cabeza.

—Déjalo para luego.

—No sé. —Me pasó la mano por la espalda—. Luego me apetecerá jugar con otras cosas.

Ay, señor...

El edificio apareció ante nuestra vista, y yo le aparté la mano mientras él se reía. Uno de los últimos reclutas montaba guardia a la entrada. La tienda seguía cerrada, lo que significaba que tendríamos que ir a buscar a Jerome a su casa. Pero seguramente era mejor así, dado que la tienda de regalos estaba vigilada con cámaras de vídeo.

Sonreí al nuevo recluta, y me saludó con una inclinación de cabeza.

—Hola, Glenn, ¿qué tal van las cosas? —preguntó Ren al abrir la puerta.

—Tirando —contestó. Era alto y de piel oscura, con la cabeza calva y tersa. Llevaba gafas de sol y su actitud parecía decir a gritos «No me toques las narices»—. Hay gente nueva arriba.

—No me sorprende —contestó Ren cuando entré.

—Sí, pero estos son distintos.

Intercambié una mirada con Ren, y se encogió de hombros. Cuando llegamos a la puerta, esta se abrió de repente. Rachel Adams estaba al otro lado. Tenía treinta y pocos años, era alta y esbelta. Yo no la conocía bien y, como casi todos los miembros de la Orden, era muy reservada. Vi que, a su espalda, la sala estaba bastante llena.

—Me alegra verte otra vez en forma —dijo, apartándose.

—Gracias. Yo me alegro de que tú no estés muerta. —Se me agrandaron los ojos al darme cuenta de cómo había sonado aquello—. Quiero decir que me alegro de que no murieras en la batalla, no que me alegre de que murieran los demás, pero sí...

Se quedó mirándome con una ceja levantada.

—Muy bonito —murmuró Ren en voz baja, y yo le di un codazo en el costado.

Sonrió, enseñando el hoyuelo de su mejilla izquierda. Estaba pensando en darle otro codazo cuando David apareció de repente delante de nosotros.

Yo no le veía desde que había salido del hospital, y de pronto me pareció avejentado, a pesar de que normalmente no parecía afectarle el paso del tiempo. Las pocas canas que tenía en las sienes se habían extendido por ambos lados de su cabeza, y unas arrugas profundas marcaban su piel morena en torno a los ojos. Parecía cansado.

Y cabreado.

Claro que David siempre parecía un poco cabreado.

Saludó a Ren con una inclinación de cabeza y luego me miró. Me puso una mano en el hombro y me lo apretó suavemente.

—Me alegra verte por fin cruzar esa puerta.

Pestañeé una, dos veces, y murmuré:

—Lo mismo digo.

Se retiró y yo me noté un poco aturdida por la emoción, porque aquello era muy bonito viniendo de David, el hombre al que siempre había sentido que decepcionaba, al que nunca parecía satisfacer nada de lo que yo hacía.

Casi me dieron ganas de ponerme a bailar.

Recorrí la sala con la mirada, pero no vi a Miles. Un poco nerviosa, miré a Ren. Fue entonces cuando vi que su sonrisa empezaba a borrarse. Dos hombres a los que no había visto nunca aparecieron junto a David. Uno era alto, de pelo oscuro, y parecía tener entre treinta y cinco y cuarenta y tantos años. El otro era más bajo y tenía la piel muy clara y el cabello aún más rojo que el mío (y ya es decir). Ren se puso tenso cuando el moreno se le acercó.

—Ren —dijo tendiéndole la mano—. Cuánto tiempo. Me alegra verte tan bien.

—Igualmente. —Ren le estrechó la mano, pero el tono de su voz no era nada cordial—. ¿Qué haces aquí, Kyle?

Abrí los ojos como platos. ¿Kyle? ¿Ese Kyle? ¿El que mató al mejor amigo de Ren por ser un semihumano? Ostras.

—Hemos venido porque se nos necesita. —Kyle se volvió hacia mí y me tendió la mano—. Tú debes de ser Ivy. David me estaba hablando de ti.

—Encantada de conocerte —mentí descaradamente mientras le daba la mano.

—Igualmente. —Observó mi cara un instante—. Luchaste contra el príncipe del Otro Mundo y sobreviviste para contarlo. Increíble.

Me obligué a no reaccionar.

—Sobreviví a duras penas para contarlo. —Puse una sonrisa tensa cuando me soltó la mano.

Se volvió y yo noté que una extraña presión me oprimía el pecho.

David se situó en el centro de la sala.

—Muy bien, chicos, escuchad. Tenemos a dos miembros de Colorado con nosotros. Se llaman Kyle Clare y Henry Kenner.

Ren había cruzado los brazos y un músculo vibraba constantemente en su mandíbula. No me cabía ninguna duda de que no le hacía ninguna gracia que estuvieran allí.

Y a mí tampoco.

—Iré al grano. Henry y yo estamos aquí para encontrar al semihumano —anunció Kyle.

Los demás no mostraron sorpresa. Al parecer estaban enterados de lo que ocurría, y de las actividades de la Elite, la sociedad secreta de miembros de la Orden, pero yo empecé a notar un hormigueo de nerviosismo en el estómago cuando Kyle recorrió la sala con la mirada.

—Hay algo de lo que no estáis informados. Si esa chica fuera de verdad la semihumana y los faes lo supieran, no habrían permitido que se acercara a la puerta

—explicó Kyle—. La habrían mantenido a buen recaudo. Ella no es la semihumana.

*M*e largué de la reunión en cuanto pude sin que pareciera sospechoso. Tenía que marcharme, porque la situación se me hacía cada vez más agobiante. El miedo me oprimía los pulmones y tenía el estómago revuelto.

Apenas escuché lo que dijeron Kyle y Henry, y no pensaba quedarme a hablar con David sobre lo ocurrido la noche anterior. Sabía que tenía que hacerlo y sabía que era importante, pero tenía que salir un rato a tomar el aire.

Una vez fuera, respiré hondo varias veces y eché a andar calle abajo, sin prestar atención adónde iba. Solo necesitaba alejarme de Kyle, del miembro de la Elite que había descubierto que el mejor amigo de la infancia de Ren era un semihumano y le había seguido tranquilamente desde casa de Ren para matarle.

Estaba allí y sabía que Val no era la semihumana. Los otros no tardarían en darse cuenta, y entonces...

—¡Ivy! —me llamó Ren, y yo seguí caminando entre la gente—. ¡Ivy, espera! — Me alcanzó enseguida y, agarrándome del brazo, me obligó a detenerme—. ¿Estás bien?

El corazón me latía tan deprisa que oía sus latidos. Negué con la cabeza, aturdida.

Frunció el ceño y una expresión preocupada se adueñó de sus ojos de color esmeralda.

—¿Qué te ocurre? —Como no contesté, tiró de mí hacia un callejón, entre dos edificios—. Cuéntamelo —dijo.

Yo casi no podía respirar cuando le miré. ¿Qué me había dicho Ren? Que no podía pasar por aquello otra vez. Tener que elegir entre alguien a quien quería y su deber. Y allí estaba de nuevo, metido en el mismo atolladero.

—Nena —dijo tomando mi cara entre las manos y acariciando mi mejilla con un dedo—, ¿qué sucede?

Se me planteaban dos alternativas. Podía seguir ocultándole lo que era y confiar en que no pasara nada, en que Kyle no descubriera que la semihumana era yo y en que pudiéramos librarnos del príncipe y de los antiguos sin que mi condición saliera a la luz. Pero al mirarle a los ojos comprendí que sería absurdo, además de muy peligroso, tener esa esperanza.

La otra posibilidad era contárselo todo, pero era terriblemente arriesgado hacerlo. Le quería. Estaba enamorada de él, y quizá eso me cegaba un poco, pero, precisamente porque le quería, no podía hacerle eso. No podía permitir que se enterara por Kyle o por otros miembros de la Elite. No sabía qué pasaría si se lo contaba, pero me daba cuenta de que equivaldría prácticamente a entregarle una pistola cargada. Ignoraba cómo reaccionaría, pero sabía que, si se lo decía, lo nuestro se acabaría de inmediato.

Y no podía pedirle que dejara de cumplir con su deber. Tendría que entregarme a la Orden o, peor aún, eliminarme con sus propias manos. Yo sabía que no podía permitírselo. Era demasiado luchadora. Me conocía. Me enfrentaría a cualquiera que viniera a por mí, aunque entendiera sus motivos para entregarme.

—Estás empezando a asustarme de verdad, Ivy. —Escudriñó mis ojos—. En serio.

El ruido del tráfico y el zumbido de las conversaciones parecieron apagarse a mi alrededor cuando respiré hondo. Tenía que decírselo. Ren tenía que saberlo. No podía permitir que la noticia volviera a pillarle desprevenido, como le ocurrió con su amigo. No podía seguir mintiéndole.

Me quedé un momento sin respiración. Tenía que hacer lo correcto.

*M*i corazón parecía a punto de pararse.

—Yo soy...

—Hey, ¿qué hacéis aquí? —preguntó alguien desde la entrada del callejón, y me paré en seco.

Me eché hacia atrás y casi se me salió el corazón del pecho cuando vi a Henry parado a unos metros de nosotros.

Joder, había estado a punto de confesar que la semihumana era yo delante de Henry, un miembro de la Elite.

—No hay nada como tener que explicar lo obvio —contestó Ren ásperamente—. Estamos hablando. Ya sabes, eso que hacen dos personas, o a veces más, o a veces incluso uno solo, a ser posible sin que te interrumpen.

Le miré de reojo.

Henry avanzó por el callejón. El color de sus mejillas empezaba a parecerse al de su pelo.

—Kyle me advirtió de que eras un listillo. Veo que no exageraba.

Ren esbozó una sonrisa burlona.

—¿Pasa algo?

—Kyle necesita hablar contigo. —Me miró y pareció decidir que carecía de importancia, porque volvió a centrarse en Ren.

Yo levanté las cejas.

—Pues ahora mismo estoy ocupado. —Ren cruzó los brazos—. Iré a ver a Kyle cuando...

—Es una orden —le interrumpió Henry, y también cruzó los brazos—. Así que lo que estés haciendo tendrá que esperar.

Pensé por un momento que Ren iba a seguir desafiándole. Su forma de apretar los dientes parecía indicarlo, igual que el brillo de sus ojos. Era hora de intervenir.

—Puedo esperar —le dije tocándole el brazo—. Ve a ver qué quiere Kyle.

—Joder —masculló Ren en voz baja, y comprendí que lo último que le apetecía era hablar con Kyle—. Luego hablamos, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza y le solté el brazo.

—El tiempo corre, tío —comentó Henry.

Ren no le hizo caso. Me agarró por la nuca, bajó la cabeza y me atrajo hacia sí, y yo no me resistí, adivinando que no pensaba ocultarles nuestra relación a los recién llegados, aunque no sabía si eso era bueno o malo.

Acercó la boca a mi oído y me susurró:

—¿Estás bien?

Yo no estaba del todo segura.

—Sí, estoy bien.

Dudó un momento. Luego me besó en la mejilla. Pensé que se conformaría con eso, pero luego me besó en los labios, apasionadamente. No fue un beso tierno, ni pudoroso, y casi se me olvidó que Henry estaba a nuestro lado.

—Me parece que acabas de dejarla embarazada —comentó Henry, carraspeando.

Ren levantó lentamente la cabeza sin apartar sus ojos de los míos.

—Creo que será mejor que mantengas la boca cerrada si quieres seguir usándola para respirar o comer.

Puse unos ojos como platos. Ay, Dios.

No oí lo que contestaba Henry porque Ren volvió a besarme rápidamente, y luego salimos los tres del callejón.

—Mándame un mensaje cuando acabes —le dije a Ren.

—Sí.

Miré a Henry, que seguía comportándose como si yo no existiera.

—Adiós, Henry —dije.

Rezongó algo. Ren me lanzó una media sonrisa y yo puse cara de fastidio. Me despedí de él moviendo los dedos, di media vuelta y eché a andar en dirección contraria al cuartel general. Esperé a llegar a la esquina de Royal y entonces me detuve y me apoyé contra la pared.

—Qué mierda —murmuré, inclinándome, mientras trataba de asimilar lo que había estado a punto de hacer—. Qué puta mierda.

Tenía el estómago revuelto. Había estado a punto de confesarle a Ren que era la semihumana, lo tenía en la punta de la lengua cuando apareció Henry. Seguía queriendo decírselo, pero aquello era como recibir el indulto del gobernador segundos antes de la ejecución.

Hice una mueca.

Era terrible verlo así, pero seguramente también era la forma más realista de afrontar la situación. Pero lo cierto era que no ayudaba nada.

Me quedé allí unos segundos, tratando de calmarme. Nadie me prestaba atención. Seguramente pensaban que iba a vomitar. Por suerte ya se me había pasado el mareo cuando me incorporé y miré a mi alrededor. Solté un suspiro y eché a andar hacia Bourbon.

Me costaba concentrarme en el trabajo, sobre todo porque no había faes a la vista y mi mente seguía rebotando de un lado a otro como una pelota de tenis en un tornado. No sabía de qué quería hablar Kyle con Ren. Seguramente se trataba de asuntos rutinarios de la Elite, pero yo había desconectado por completo después de que Kyle anunciara lo de la semihumana en la reunión. Debería haber prestado más atención.

Estuve dando vueltas por Bourbon y eran casi las ocho de la noche cuando me

cansé de esperar a Ren. Iba a pasarme por un restaurante para comer algo rápido y estaba sopesando mis opciones cuando vi un destello de color fucsia cerca del cruce de Conti Street.

Una extraña sensación se apoderó de mí, como si reconociera instintivamente aquella imagen. La parte lógica de mi cerebro sabía que era improbable que se tratara de Val, porque habría sido una locura que se acercara por allí, pero por otra parte era evidente que Val estaba un poco loca.

Al llegar a Conti Street, miré a ambos lados. Alguien tropezó conmigo y farfulló algo en voz baja cuando torcí a la izquierda, hacia Bourbon. ¡Allí estaba! Reconocí la blusa fucsia. Contuve el aliento al encaminarme hacia allí. Había cada vez menos gente en la acera, y pude ver unos rizos de color caramelo, muy prietos.

Joder.

Era Val.

Mi intuición me decía que era ella y no una chica cualquiera con el pelo rizado. Me puse en tensión y apreté el paso, manteniéndome junto al borde de la acera mientras la seguía. Siguió caminando por Bourbon y casi había llegado a la esquina de Bienville cuando miró hacia atrás.

Se me paró el corazón. Aunque había casi una manzana de distancia entre nosotras, tuve la sensación de que nuestras miradas se cruzaban. Se giró rápidamente y echó a correr a toda velocidad.

Yo la seguía, sorteando a la gente, lo cual no era fácil a aquella hora de la noche, pero no pensaba dejar que escapara. Con el corazón laténdome a toda prisa y el bolso golpeándome en la cadera, corrí tras ella.

No tuve tiempo de llamar a Ren ni a ningún otro miembro de la Orden y, sinceramente, tampoco me parecía prudente enfrentarme a Val delante de otras personas. Dado que se había pasado al bando de los faes, tenía que saber que yo era la semihumana.

Esquivé a un grupo de estudiantes que estaban viendo cómo un borracho cruzaba la calle tambaleándose, y estuve a punto de perderla de vista al llegar a Iberville. Pensé que había tomado esa calle, pero luego la vi algo más adelante, todavía en Bourbon, acercándose a Canal.

Maldita sea, qué rápida era.

No podía permitir que cruzara Canal. Desde allí podía subirse a algún tranvía e irse a cualquier parte. Así que apreté el paso. Me dolía el estómago, lo que me recordó que hacía pocos días que había estado a punto de morir, pero ignoré el dolor y seguí adelante.

Acorté rápidamente la distancia que nos separaba, pero entonces torció a la izquierda, hacia Canal, y echó a correr. Sin previo aviso, se metió en uno de los hoteles. Yo la seguí, pillando por sorpresa al botones, que no supo qué hacer.

La música y las risas resonaban en el vestíbulo del hotel. Me giré rápidamente, mirando en todas direcciones. Enfrente de los ascensores se cerró una puerta, y

comprendí automáticamente que era ella.

Joder, había subido por las escaleras.

Dios, iba a tener que darle un puñetazo en la cara solamente por eso.

Reuniendo toda mi fuerza de voluntad, abría la puerta y empecé a subir a todo correr. Al llegar al descansillo del primer piso, levanté la vista y la vi dos plantas más arriba.

—¡Val! —grité—. ¡Para!

No se detuvo.

Por supuesto que no.

Sabía cuánto odiaba yo las escaleras. Subirlas corriendo era para mí como tumbarse delante de un enorme tranvía y dejar que te pasara por encima.

Cuando iba por la mitad de la escalera, tuve que agarrarme a la barandilla y hacer un esfuerzo por seguir subiendo. ¿Cuántas plantas tenía aquel hotel? ¿Cien? Justo cuando pensaba que iban a fallarme las piernas, sentí que una ráfaga de viento fresco inundaba el aire estancado y agobiante de la escalera. Doblé un recodo más y vi que la puerta de la azotea estaba abierta de par en par y que el picaporte, oxidado, estaba hecho añicos en el suelo de cemento sucio.

Salí bruscamente a la azotea y la vi enseguida en el centro, de espaldas a mí. Se había puesto el sol y la luz de la luna se vertía por el suelo, entre las profundas sombras de las máquinas de aire acondicionado que cubrían gran parte del tejado.

Me detuve, agotada, y me llevé una mano al costado.

—¿Escaleras? —dije con voz chillona—. ¿En serio?

—Confiaba en que no me siguieras. —Se volvió lentamente para mirarme—. Odias las escaleras.

—No me digas —contesté casi sin respiración, preguntándome si iba a desmayarme—. ¿Cómo has roto el pomo de la puerta?

—De una patada —contestó—. Ya sabes que tengo mucha fuerza en las piernas.

Sí, tenía unas piernas de acero. Mientras respiraba hondo, tratando de recuperar el aliento, me fijé en ella, en aquella chica que había sido mi mejor amiga. Nos miramos la una a la otra unos segundos, sin decir nada. Luego, fue ella quien rompió el silencio.

—Tenías que seguirme, ¿verdad? —Se apartó los rizos de la cara y dejó caer las manos, meneando la cabeza—. No podías fingir que no me habías visto y seguir a lo tuyo, ¿verdad?

Yo la miraba fijamente.

—Qué pregunta más tonta.

Me miró con expresión burlona y desdeñosa.

—Estabas en la calle, donde cualquier miembro de la Orden podía verte. ¿Y te sorprende que te haya visto? —pregunté.

—He tenido mucho cuidado —contestó, y la manga de la blusa resbaló por su hombro—. No me había visto nadie hasta ahora.

Yo mantuve las manos junto a los costados, sin dejar de mirarla.

—¿Qué hacías en el Barrio Francés?

—Eso no voy a decírtelo, Ivy.

—Claro, cómo no —mascullé cuando volvió a mirarme a los ojos.

El dolor de su traición me brotó dentro del pecho como un horrible hierbajo.

—¿Por qué?

—Por qué ¿qué? —preguntó.

—No finjas que no sabes de qué estoy hablando. —Di un paso adelante, y se puso alerta—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo pudiste traicionarnos así?

Apretó los labios, pero no contestó.

—Murió gente, Val. Gente que conocías. Personas con las que trabajabas, que confiaban en ti —añadí, y la amargura de su traición dio paso a la ira—. Estuve a punto de morir, Val. Yo, tu mejor amiga. La persona que confiaba...

—No quería que te pasara nada —respondió de pronto, y cerró los puños junto a los costados—. Pero me seguiste, Ivy. Nos seguiste a mí y al príncipe. ¿Quién cojones hace eso?

—¡Yo! —grité—. Creía que te tenían bajo su control, que te estaban manipulando. Por eso te seguí. Te seguí porque estaba preocupada por ti, y por tu culpa casi me matan.

—Pero no te mataron, ¿verdad?

—Eso no es lo que importa, idiota.

Puso los ojos en blanco con expresión de fastidio.

—¿Se puede saber por qué estamos aquí, hablando de esto? Sé que has recibido orden de matarme o entregarme, pero por lo visto tienes intención de quedarte aquí hablando y matarme de aburrimiento.

—¡Quiero saber por qué coño lo has hecho! Ni siquiera me importa la Orden —reconocí, y se me quebró un poco la voz por la emoción—. ¡Es a mí a quien le has hecho esto! Quiero saber por qué.

Se encogió de hombros y noté que quería apartar la mirada, pero sabía que no podía hacerlo.

—Tú no lo entiendes.

—Tienes razón —repliqué—. Has conseguido que mataran a tus padres, Val. ¿Lo sabías? Los han ejecutado por tu culpa.

Se sobresaltó.

—Eso es muy... triste.

—¿Triste?

Se le inflaron las aletas de la nariz.

—Santo cielo, Ivy, hay que hacer sacrificios. De todos modos, tuvieron una vida larga y feliz.

Me quedé boquiabierta.

—No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Pues deberías.

—¡Deja de hablar con rodeos! —Yo empezaba a perder la paciencia.

—Dios mío, Ivy, ¿de verdad estás contenta trabajando para la Orden? Nuestro tiempo en este mundo es limitado, ¿y tú quieres pasarlo poniendo en peligro tu vida todos los días por un grupo de gente que se mata literalmente a beber? ¿Levantándote cada mañana sabiendo que hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que te maten ese mismo día y a cambio de qué? De nada.

Moví la mandíbula, apretando los dientes.

—Nos pagan muy bien.

—¿Por salir a defender a esos imbéciles, sabiendo perfectamente que en un momento u otro acabarán matándonos? —Estiró el brazo hacia el borde de la azotea—. No. No nos pagan suficiente. Y tú sabes perfectamente que no podemos irnos sin más. Nacimos para esto, el universo nos la jugó, nos tocó la china desde nuestro nacimiento.

Tenía razón en que no podíamos dejarlo sin más. Dejar la Orden no era fácil, aunque no fuera del todo imposible.

—Además, sé que no eres feliz —prosiguió—. Por eso vas a la universidad...

—Sí, voy a la universidad, pero no he traicionado a nadie —repliqué, anonadada—. Si estabas tan insatisfecha, podrías haberte marchado.

Soltó un bufido.

—Podría haberlo hecho, pero... Tú no sabes nada, Ivy. Ves el mundo de una manera, pero no tienes ni idea de cómo se ve desde el otro bando.

—¿Desde el otro bando? —repetí, desconcertada.

—No tienes ni idea de lo que son capaces los faes, y no me refiero a que puedan apoderarse del mundo. Bueno, sí, pero... Digamos simplemente que, cuando pruebas a ser una fae, ya no hay vuelta atrás.

—¿Lo dices en serio?

—Y cuando se alimentan... —Se lamió los labios—. Es mejor que un chute de heroína.

—¿Has...? —No tenía palabras.

—No me mires así, como si te diera asco. Cuando pasó, no fue como estaba previsto. Me acorralaron en una cacería, Ivy, hace muchos meses. Pero él no me mató. Ni siquiera sé por qué. Quería... jugar con la comida, supongo. Pensé que iba a morir, pero él me llevó a ver a Marlon.

—¿A Marlon... el antiguo?

Marlon Saint Cryers era un antiguo que llevaba una vida pública muy notoria en calidad de empresario. Yo había estado a un paso de él en el Flux.

Val asintió.

—Llegamos a un acuerdo. Él no me mataría si les ayudaba a encontrar a los miembros de la Orden que custodiaban las puertas. Me pareció que debía aceptar el trato, teniendo en cuenta que me gusta vivir y quería seguir respirando. Así que lo

acepté. Pero pasado un tiempo dejé de sentir que lo hacía por obligación, Ivy. Empecé a ver cómo iba a terminar todo esto. Van a ganar ellos, Ivy. Sobre todo ahora que el príncipe está aquí. Al final se apoderarán del mundo, ¿y sabes qué? Que yo prefiero estar en el bando ganador. Además, como te decía, los faes saben muy bien lo que hacen.

La miré horrorizada.

—Pero ¿tú te estás oyendo? ¿Te gusta que se alimenten de ti? Santo cielo, ¿se puede saber qué te pasa?

—No lo entenderás hasta que des con uno que no quiera hacerte daño. Y no tiene por qué doler. Es como un orgasmo de cuerpo entero. Créeme. —Se encogió de hombros—. Hay cosas peores por ahí.

—No, qué va. —Entonces, de pronto, lo entendí—. Ese tío nuevo con el que estabas saliendo. Es un fae.

—¿Ahora te das cuenta? —preguntó con sorna.

—¿Es Marlon? —No contestó, y tuve que hacer un esfuerzo para no darle un puñetazo—. ¿Le has estado pasando información, has hecho que mataran a gente y nos has traicionado a todos para poder seguir viva y que ese tío te folle y se alimente de ti? Por Dios, Val.

Avanzó y se detuvo a pocos pasos de mí.

—Sé lo que eres —dijo en voz baja—. ¿Cómo te atreves a sermonearme sobre lo que está bien y lo que está mal? Eres la semihumana. Y dentro de poco te estarás tirando al príncipe.

Me lancé hacia delante, encarándome con ella.

—Primero, yo no voy a tirarme al príncipe porque tengo mejor gusto para los hombres. Y, segundo, yo no elegí ser lo que soy, Val. No me desperté de repente y decidí ser una puta cobarde y traicionar a toda la gente que confiaba en mí, porque eso es lo que eres tú, básicamente. Una puta cobarde que jode a todo el mundo...

Se abalanzó sobre mí, y mi paciencia se agotó de golpe, como si hubiera pulsado un interruptor. Agaché la cabeza, di un salto hacia atrás y le lancé un puñetazo. No fallé. La golpeé en la mandíbula con los nudillos, echándole violentamente la cabeza hacia atrás.

Se tambaleó y giró la cabeza hacia mí. Movié la mandíbula.

—Zorra.

—Te mereces eso y más.

Respiró hondo.

—Tú sabes que no puedo matarte, y yo sé que no me...

Le asesté otro puñetazo en la cara. Sentí una punzada de dolor en los nudillos, pero esa vez no retrocedió. Se lanzó hacia mí como un tigre. Caí de espaldas y me quedé sin respiración al chocar contra el suelo.

—No es agradable que te peguen, Ivy. —Me agarró por los hombros e hizo amago de levantarme.

Pero no iba a permitírselo. Moviendo las caderas, la rodeé con las piernas y la tiré al suelo antes de que le diera tiempo a pestañear. Apoyé una mano sobre su pecho para sujetarla.

—Tú sabes que no puedes ganarme en una pelea, Val.

—No sé si quiero pelearme contigo, si me agarras así la teta —contestó.

—Yo no te estoy agarrando...

Me lanzó un puñetazo a la mandíbula. Caí de lado y vi las estrellas unos instantes. Joder, sí que sabía pegar.

Se levantó de un salto.

—Me lo has puesto casi demasiado fácil.

—No me digas. —Apoyé las manos en el suelo y le asesté una patada a las piernas, haciéndole perder el equilibrio—. ¿Qué te ha parecido eso, zorra?

Chilló al caer y yo me levanté de un salto. Val solo estuvo en el suelo un segundo. Se levantó y se abalanzó hacia mí con el ímpetu de un jugador de fútbol americano. Chocamos contra una máquina de aire que se tambaleó, chirriando.

Levanté la pierna para propinarle un golpe en sus partes bajas, pero se anticipó y le di en el costado. Reaccionó lanzándome un gancho al estómago y yo me doblé por la cintura, gimiendo, y me aparté de la máquina de aire.

Val me agarró por detrás y me pasó un brazo por el cuello.

—Esto ya resulta aburrido. ¿Por qué no te estás quieta de una puta vez y...?

Revolviéndome, la agarré del brazo y aproveché el impulso para hacerle una llave y lanzarla por encima de mi hombro. Cayó al suelo con un gritito muy gratificante. Me erguí sobre ella, jadeando.

—No puedo creer lo que estás haciendo, Val. Y tú sabes que no puedo permitir que salgas de aquí.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó, todavía en el suelo—. Sé que no vas a matarme. No tienes valor para hacerlo. Así que vas a intentar entregarme, pero no pienso permitirlo. Solo necesito ganar un poco más de tiempo.

—¿Qué...?

Se levantó de un salto, como una ninja, y me dio un cabezazo. Empezó a sangrarme la nariz y sentí una oleada de dolor. Me giré, lanzándole patadas. Se retiró y luego se abalanzó sobre mí y me agarró del pelo. Chillé al sentir una quemazón en el cuero cabelludo.

—¿Vas a tirarme del pelo? —dije entre dientes, agarrándola del brazo—. Eso es un golpe bajo, Val.

—¿Crees que es lo peor que he hecho?

—No, sé que hay mucho más.

Clavé las uñas en su muñeca y apreté hasta que dio un grito y me soltó. Salté hacia atrás, me giré y le asesté otra patada. Trató de esquivarla, pero le di en la cadera y cayó clavando una rodilla en el suelo.

—Te estás regodeando demasiado en...

Un viento helado fustigó la azotea, y sentí que me ardían los arañazos de la cara. Val se puso tensa y se levantó lentamente. Retrocedió, apartándose de mí. Abrí la boca, pero un gran pájaro se posó en ese momento en el borde de la azotea.

Era un cuervo.

Un cuervo enorme, de plumaje negro y lustroso. Pero no era un pájaro normal, eso estaba claro.

Me dio un vuelco el corazón y solo pude pensar «otra vez no» mientras el aire parecía agitarse en torno al pájaro. Un segundo después, apareció el príncipe agazapado donde antes estaba el cuervo.

El príncipe se quedó quieto un momento, y a mí me recordó a una de esas estatuas de los tejados, hechas de mármol y carentes de vida y calor. Solo su cabello del color de la noche se movía con la brisa, agitándose sobre sus facciones labradas a cincel.

Retrocedí instintivamente, y en ese momento me di cuenta de que no llevaba armas en las manos. Había estado peleando con Val, y no había sacado ninguna arma. Lo que había dicho era cierto: no tenía valor para matarla.

Pero en ese momento tenía otras cosas más urgentes en las que pensar.

El príncipe había vuelto, y yo me acordé de otra cosa que había dicho Val. *Solo necesito ganar un poco más de tiempo...* Val sabía que el príncipe iba a venir.

—Bruja —siseé.

—Sabía que vendría —dijo en voz baja.

La furia bulló dentro de mí como lava.

—Me dan ganas de pegarte otra vez.

—Chicas —murmuró el príncipe al erguirse en toda su impresionante estatura—. ¿Qué es lo que dicen los humanos? ¿Para qué luchar cuando se puede hacer el amor?

—Qué original —respondí, separando los pies para afianzarme en el suelo.

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios casi perfectos del príncipe cuando se bajó de la cornisa de la azotea. Iba vestido casi igual que el día anterior. El viento agitaba su camisa, pegándola a su pecho y sus abdominales.

—Tu cabello sigue siendo horriblemente llamativo, incluso de noche.

Me quedé mirándole con las cejas levantadas.

Se acercó unos pasos y levantó la barbilla, dilatando las aletas de la nariz.

—Huelo tu sangre.

—Esto se pone cada vez mejor —mascullé yo.

El príncipe ladeó la cabeza.

—Se me ocurren muchas maneras de hacer que la noche mejore.

Puaj.

Val se acercó a él y yo me puse en tensión.

—No te acerques —le advertí.

Ella levantó una ceja.

—Ya me he acercado a él, nena. Mucho, además, tú ya me entiendes.

Sí, la entendí perfectamente.

Y me dieron ganas de vomitar.

Pero no entendía por qué seguía intentando protegerla después de lo que había hecho.

—¿Por qué estás sangrando? —preguntó el príncipe. Como no respondí, miró a Val—. Explícate.

—Estábamos peleando —contestó ella de inmediato con timidez.

Yo nunca la había oído hablar así. Val no era tímida; todo lo contrario.

—Me ha atacado —añadió—. He tenido que defenderme.

El príncipe enarcó una ceja.

—Tenías que traérmela. No darle una paliza.

—Bueno, yo no diría que me ha dado una paliza —mascullé.

No me hicieron caso, y vi que Val empezaba a mover los dedos con nerviosismo.

—No tenía previsto que me viera esta noche. Ya sabes lo que estaba haciendo en el Barrio Francés. Lo que me habías pedido.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunté yo, pero esta vez tampoco me hicieron caso.

El príncipe se giró un poco hacia Val, lo que me dio cierta ventaja. Me agaché lentamente y metí la mano bajo la pernera del pantalón.

Val cambió de postura, apoyándose primero en un pie y luego en el otro.

—Te dije que debíamos darle tiempo, pero te prometí...

Desenganché la estaca de espino mientras el príncipe decía:

—Prometiste traérmela, pero no entiendo cómo pensabas lograrlo usando los puños.

Yo tampoco entendía por qué Val le había prometido algo que tenía que ver conmigo, pero mantuve la boca cerrada y me incorporé.

—Voy a cumplir mi promesa. Solo necesito tiempo. Ivy es complicada, Drake. — Val tenía los ojos muy abiertos—. Solo necesito más tiempo.

¿Drake? ¿El príncipe se llamaba Drake? Tomé nota de aquel dato y de pronto salté hacia él.

Levantó una mano sin mirarme siquiera. Choqué contra un muro invisible, caí suavemente hacia atrás y mis botas resbalaron en el pavimento.

—No tienes permiso para dirigirte a mí con tanta familiaridad.

—Lo lamento —se apresuró a susurrar Val—. Tenéis razón. Me he excedido.

Yo, que por fin había dejado de resbalar, no pude permanecer callada más tiempo.

—¿Acabas de disculparte por tutearle? ¿Por tutearle? Pero ¿es que estás fumada o qué? Además, que quede claro que Val no va a atraerme al lado oscuro. Eso es imposible. Así que no sé qué te habrá prometido, pero olvídale. —Avancé, y me alegré al ver que nada me lo impedía—. No puedes utilizarla a ella para conseguirme, Drake.

Giró la cabeza hacia mí y sonrió. Me dio un vuelco el estómago, y no en el buen sentido.

—A ti tampoco te he dado permiso para tutearme.

Abrí los brazos en cruz.

—Mira cómo tiemblo. Me importa una mierda que no me hayas dado permiso.

—Ivy —susurró Val—, para.

La fría sonrisa del príncipe se ensanchó.

—Vaya, mi pajarito no sabe cuándo parar. Tiene suerte de ser necesaria. Tú, en cambio... —Fijó la mirada en Val—. Tú no eres tan afortunada.

Sucedió tan deprisa que no le vi moverse. Val estaba a su lado, de pie, y un instante después el príncipe estaba de nuevo sobre la cornisa y Val había desaparecido. Se oían ruidos procedentes de la calle. Cláxones. Chirridos de neumáticos. Y el viento, que parecía gemir y chillar.

Me quedé allí parada unos segundos, presa del pánico.

—¿Has...?

—Era un problema para ti, ¿verdad? —preguntó Drake sin ninguna emoción—. Me he encargado de ella.

¿Se había encargado de ella? Le miré horrorizada.

—Pero ¿cómo...? Te estaba ayudando.

—Como tú misma has dicho, no podía utilizarla para conseguirme. —Encogió sus anchos hombros—. Era prescindible. Tú, no.

Ay, Dios mío.

—Te traicionó. Y yo te he vengado.

Ay, Dios mío.

Drake se acercó a mí y yo levanté la estaca de espino.

—No te acerques.

Bajó la mirada y suspiró.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que me amenazaste con un arma?

Sentí un escalofrío, porque lo recordaba perfectamente, pero aun así me mantuve en mis trece.

—¿De veras crees que eso va a impedirme pelear contigo?

—No —contestó—. Por lo visto, no escarmientas.

Apreté con fuerza la estaca y eché una ojeada a la cornisa.

—Puede que no, pero ahora mismo no me preocupa que puedas hacer daño a nadie. Estamos solos.

—Por eso precisamente deberías extremar la prudencia. —Levantó la barbilla y los mechones oscuros de su pelo rozaron sus hombros—. Podría hacerte lo que quisiera y nadie podría impedírmelo, ni siquiera tú.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Pasaron unos segundos. Luego, volvió a aparecer su sonrisa gélida.

—Adiós. Por ahora.

El aire pareció distorsionarse a su alrededor y en un abrir y cerrar de ojos se transformó de nuevo en cuervo. Desplegó sus grandes alas, pasó volando por encima de la cornisa y se perdió de vista.

Respiré hondo, temblorosa, y bajé lentamente la estaca.

Me acerqué corriendo a la cornisa, apoyé la mano en la fría piedra y me incliné

hacia delante. El viento agitó los mechones sueltos de mi pelo, apartándolos de mi cara. Ni siquiera sé por qué me molesté en mirar. Ya sabía lo que iba a ver.

Allí, sobre el techo de un todoterreno oscuro, yacía Val, con los brazos y las piernas torcidos y dislocados.

Estaba muerta.

El instinto se apoderó de mí, embotando mis sentidos. Sabía que tenía que alejarme del hotel sin que me vieran, y no iba a ser fácil hacerlo teniendo en cuenta que había entrado en el vestíbulo persiguiendo a Val, la mujer que ahora yacía muerta en la calle.

Ay, Dios.

Sentí un nudo de emoción en la garganta mientras bajaba corriendo las escaleras. Me metí en uno de los pasillos del hotel y me encaminé al ascensor. Por suerte no hacía falta tarjeta para usarlo. Me recogí el pelo hacia arriba y me hice un moño flojo. En el vestíbulo, la gente se agolpaba alrededor de la puerta giratoria de cristal. Me abrí paso como pude, salí a Canal y me dirigí a la derecha, sin hacer caso de los ruidos: de lo que veía la gente, de las exclamaciones de horror, de las sirenas. Cuando regresé a Bourbon, saqué mi teléfono. Iba a llamar a Ren, pero como no me había mandado ningún mensaje comprendí que seguía ocupado. Embotada todavía por la impresión, decidí no molestarle. Sabía que tenía que informar de lo ocurrido, así que busqué el número de David y pulsé la tecla de marcar mientras avanzaba por la calle sin mirar por dónde iba.

David contestó al cuarto pitido.

—¿Qué?

Siempre contestaba así. «¿Qué?». Ni siquiera era una pregunta, sino una exigencia. Por algún motivo, oír algo tan familiar consiguió aflojar un poco el nudo que notaba en el estómago.

—Soy Ivy.

—Ya me lo figuraba: lo ponía en la pantalla —contestó con sorna—. ¿Qué ocurre?

Una mujer mayor se fijó en mí y puso cara de preocupación. Me pasé la manga por la nariz sin darme cuenta de que había sangrado.

—Val está muerta.

El taco que soltó me resonó en los oídos.

—Necesito más detalles. Y rápido.

—La he visto en Bourbon y ha echado a correr. La he seguido hasta la azotea de un hotel de Canal —expliqué en voz baja mientras seguía andando por la calle—. No sé qué estaba haciendo en el Barrio Francés, no quiso decírmelo. Nos peleamos y... —Me quedé un momento sin respiración porque no podía contarle toda la verdad, ¿y

en qué me convertía eso? Ya aclararía todo aquel embrollo más adelante—. Se ha tirado desde la azotea.

—Mierda —masculló David.

Tomé aire, pero seguía costándome respirar.

—No la he matado yo. —David no contestó, y ni siquiera sé por qué seguí hablando—. Le he preguntado por qué estaba haciendo todo esto, por qué nos ha traicionado. Y...

—Da igual, Ivy. El porqué no importa. Lo hecho, hecho está. Fue ella quien decidió —respondió con un suspiro profundo—. ¿Sigue en Canal?

Se me revolvió el estómago.

—Sí.

—Voy a mandar a alguien. Llama a Robby. Avísales de que es de los nuestros. — Hizo una pausa—. Tómate el resto de la noche libre.

Me detuve en medio de la acera. Una mujer tropezó conmigo, y yo le lancé una mirada, avisándola de que no dijera una palabra.

—¿Por qué? Estoy bien. Puedo...

—Estabas muy unida a ella. Acabas de verla morir. Me da igual lo que digas. Tienes el resto de la noche libre. Apártate de las calles o tampoco trabajarás mañana —dijo David—. Hablo en serio. Es una orden.

Eché a andar otra vez, apreté los dientes y enseguida me arrepentí de haberlo hecho porque me dolió la mandíbula.

—Muy bien.

—Voy a necesitar que te pases mañana por aquí para que rellenes el informe — dijo—. No lo olvides.

No me apetecía nada hacerlo. Colgué, pero no había dado ni cuatro pasos cuando sonó mi teléfono. Era Ren.

—Hola —dije.

—Acabo de enterarme de lo de Val. ¿Dónde estás?

—Eh... —Miré alrededor—. En Bourbon. Enfrente de Galatoire's.

—Quédate ahí, nos vemos dentro de un rato.

—Ren —susurré con el corazón acelerado. Tenía muchísimas ganas de llorar—. Estás ocupado, eres un miembro de la Elite. No hace falta que vengas.

—Si tú me necesitas, es ahí donde tengo que estar —concluyó—. Enseguida estoy ahí, ¿de acuerdo?

Colgó antes de que me diera tiempo a responder, y tuve que respirar hondo para no derrumbarme. Miré a mi alrededor y, como no encontré ningún sitio donde sentarme, me apoyé contra la pared de color mostaza y esperé mientras aquel horrible ardor que notaba en el estómago me subía lentamente por la garganta.

Val había traicionado a la Orden. Casi había conseguido que me mataran, pero... también había sido mi mejor amiga, y ahora estaba muerta. Muerta en la calle por las decisiones que había tomado, por la confianza que había traicionado, por la fe que

había puesto equivocadamente en quien no debía. No entendía cómo podía sentir tanto dolor por una persona que había hecho algo tan atroz y, sin embargo, lo sentía. Sus actos no disminuían mi tristeza.

Al contrario.

*R*en tardó veinte minutos en llegar, cinco menos de lo que solía tardarse en recorrer esa distancia a pie, lo cual era impresionante. No dijo nada al verme apoyada contra la pared, y yo tampoco hablé, en parte porque me sentí enormemente aliviada al ver su pelo ondulado y revuelto, sus ojos verdes, cálidos y brillantes, y todo él, tan rebosante de vida.

Se acercó a mí y un segundo después estaba en sus brazos. Me estrechó con todas sus fuerzas, y no me importó lo que pensara de nosotros la gente que pasaba por la calle. Le rodeé con los brazos y me aferré a él. Subió y bajó una mano por mi espalda, y estuvimos así un rato muy largo, tan largo que pareció una eternidad.

—¿Estás bien? —Se echó hacia atrás y me rozó la frente con los labios—. Tienes la mandíbula un poco colorada.

—Estoy bien —contesté con voz ronca.

Me pasó el brazo por los hombros y me apretó de nuevo contra su pecho.

—Lo siento, cariño.

Clavé los dedos en su camisa.

—Yo no la he matado, Ren. Ha sido...

—Da igual cómo haya sido —dijo, pero no daba igual. Le estaba ocultando tantas cosas...—. No quería que te enfrentaras a ella. Es demasiado duro —añadió—. Sé cómo te sientes.

Abrí los ojos lentamente. Ren sabía, en efecto, cómo me sentía. Más o menos. Su mejor amigo no le había traicionado porque ni siquiera sabía que era un semihumano, pero Ren se había situado inadvertidamente en el bando enemigo al preocuparse por él, por alguien a quien quería.

Y ahora estaba haciendo lo mismo, sin saberlo.

Me acordé de lo que había sucedido unas horas antes. Había estado a punto de confesarle la verdad, pero me había detenido a tiempo. La aparición de Henry y lo que acababa de suceder con Val no cambiaba nada. Me aparté de él y me aclaré la garganta.

—Entonces, ¿qué quería Kyle?

Observó mi cara y me apartó unos cuantos rizos sueltos.

—Hablar de la semihumana y hacer planes para tratar de averiguar dónde se esconden los faes, a ver si podemos capturar a alguno y que nos dé una pista. Pero si Val ha...

El corazón comenzó a latirme con violencia otra vez. No sabía cuántos faes

estaban al corriente de que la semihumana era yo, pero probablemente eran muchos. No había escapatoria. Lo que acababa de sucederle a Val me lo había dejado claro.

—Val no era la semihumana, Ren.

Frunció el entrecejo.

—Sé que Kyle cree que...

—La semihumana soy yo —susurré.

Ay, Dios mío.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Había dicho la verdad, una verdad demoledora, allí parada, delante de un edificio que seguramente era un bar.

Ren levantó las cejas y entreabrió los labios carnosos. Pasaron unos segundos durante los cuales el corazón no dejó de latirme estruendosamente en el pecho.

—¿Qué? —dijo por fin—. Ivy...

—Soy yo. —La voz me temblaba tanto como las manos—. No me enteré hasta más o menos una semana después de luchar con el príncipe. No...

—Para —dijo levantando las manos—. No sé por qué crees eso, y me da igual lo que haya dicho Kyle. Val era la semihumana. Es lo más lógico.

—No, no lo es. —Di un paso atrás, tragando saliva con esfuerzo.

Las lágrimas se me agolpaban en la garganta, pero tenía que dominarme. Respiré hondo, a pesar de que me ardía la garganta.

—Lo que ha dicho Kyle es cierto. Si Val hubiera sido la semihumana, no la habrían puesto en peligro esa noche para abrir la puerta. Ni habría estado aquí esta noche. Habrían hecho todo lo posible por protegerla, para que estuviera disponible para... para el príncipe. No era ella.

—Está bien. De acuerdo. —Se pasó la mano por el pelo alborotado—. Entiendo lo que dices, y sé que has estado sometida a mucha tensión, pero...

—No es eso, Ren. No me estás escuchando. No es una teoría descabellada que acabe de inventarme. Ni siquiera yo entiendo cómo puede ser. Dijiste que mis padres estaban enamorados y que no había ninguna prueba de que hubieran estado con otras personas. Puede que fuera como lo que pasó con tu amigo. No sé qué ocurrió, pero soy yo. —Cerré los puños—. Soy yo.

Se quedó mirándome y respiró hondo.

—Eso es imposible.

Dejé escapar el aire bruscamente, le agarré de la mano y tiré de él hasta llegar a un callejón bien iluminado que daba a un patio. Olía ligeramente a moho y a fluidos corporales sospechosos, pero era el sitio más íntimo que había por allí.

Miré hacia la entrada del callejón y vi pasar gente, ajena a lo que sucedía a escasos metros de distancia.

—Sé que debería habértelo dicho en cuanto me enteré, pero... Confiaba en que no fuera necesario, en no tener que decírselo a nadie, y sé que fue un error, pero... —Volví a mirarle. Me miraba fijamente—. No puedo seguir mintiéndote. No puedo, estando ellos aquí. No puedo hacerte eso. No quiero que te pille desprevenido.

Abrió los labios y respiró hondo otra vez.

—Lo siento —murmuré—. Debo de darte asco.

Meneó lentamente la cabeza.

—¿Asco? Tú jamás podrías darme asco.

Una chispa de esperanza se encendió dentro de mí. ¿Quería decir que me aceptaba, aun sabiendo lo que era? ¿Que no iba a entregarme y que...?

—No sé qué te ocurre, pero podemos resolverlo. —Se acercó a mí y levantó una mano—. Tratar de llegar al fondo de la cuestión, descubrir por qué piensas eso.

Una oleada de decepción apagó mi esperanza. No me creía. Dios mío...

—Te lo demostraré —dije.

Frunció el entrecejo, preocupado.

—Cariño, no tienes que demostrarme nada.

Sentí una punzada de dolor en el pecho cuando me incliné para sacar la estaca de espino de debajo de la pernera del pantalón. Me incorporé y me giré un poco para que nadie pudiera verme desde la acera. Ren me miró con sorpresa y se lanzó hacia mí, pero llegó tarde. Me hice un corte en la mano, en el mismo sitio donde me había cortado la otra vez. El aire se me escapó entre los dientes cuando levanté la mirada y la clavé en él, sabiendo ya cómo se iba a comportar mi sangre. Burbujearía y chisporrotearía, y aunque apenas había luz en el callejón Ren lo vería. Vería que aquello no era normal.

Dio un salto atrás, tropezó, y yo deduje que rara vez perdía así el equilibrio. Se puso pálido y su boca comenzó a moverse sin emitir sonido.

Yo tragué saliva con esfuerzo y cerré la mano al tiempo que bajaba la estaca de espino.

—Soy la semihumana, Ren.

Me miró fijamente. Sus preciosos ojos verdes parecían llenos de horror y de otra cosa, de una emoción descarnada que no supe identificar.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. No podía seguir mintiéndote. Y menos estando ellos aquí. No te pido que mientas por mí, ni que hagas nada o dejes de hacerlo —añadí atropelladamente—. Odio hacerte esto, porque te quiero... —Contuve el aliento bruscamente. Ay, no. Se me habían escapado aquellas dos palabras. El espanto se apoderó de mí—. Ren...

—¿Qué? —susurró.

Yo tenía el corazón en la garganta. No podía repetirlo. No podía volver a decir esas palabras.

Su expresión cambió, y su mirada atónita se deslizó desde mi cara a mi mano.

—¿Me dices que eres esa... esa cosa y luego me dices que me quieres?

Ay, Dios mío.

—¿Cómo es...? ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? —preguntó.

Crucé los brazos sin saber qué decir. Notaba la presión de la estaca de espino en el costado. Ren me recorrió de nuevo con la mirada, meneando la cabeza.

—Tú...

Yo casi no podía respirar. Solo conseguía tomar pequeñas bocanadas de aire que no parecían servirme de nada. Sentía una especie de desgarró en el pecho que solo había experimentado una vez con anterioridad.

—Ren, no es...

—No puedo. —Levantó una mano para hacerme callar—. Ahora mismo no puedo asimilar esto.

Se me saltaron las lágrimas.

—Tengo... tengo que hablar con David —agregó.

A mí se me paró el corazón. Juro por Dios que se me paró el corazón en el pecho. Cuando volvió a hablar, su voz sonó ronca y rasposa:

—Tengo que contarle lo que pasó con el caballero.

Pestañeé lentamente, entendiendo por fin.

—¿No vas a...?

—No puedo. —Respiró hondo—. No puedo enfrentarme a esto ahora mismo.

Aquella sensación de desgarró se intensificó, abriendo dentro de mí un vacío que yo sabía que jamás podría llenar. No dije nada cuando se alejó y me dejó en el callejón.

No me fui a casa inmediatamente. No sé por qué. Estuve varias horas caminando sin rumbo, temiendo que Kyle o que otros miembros de la Orden salieran de un salto de algún carruaje de caballos de los que circulaban por las callejuelas, o de dentro de algún vehículo con los cristales tintados, y me secuestraran mientras recorría el Barrio Francés.

Pero no fue así.

No quería que se presentaran en mi apartamento para detenerme, estando Tink allí. Quizá por eso no me fui derecha a casa. Pero al final me cansé de caminar y, consciente de que debería haber llegado a casa hacía horas, decidí regresar.

Me crucé una vez con Dylan y otra con Jackie, otro miembro de la Orden, pero ninguno de los dos susurró «semihumana» ni intentó matarme. Ren no se lo había contado a nadie todavía o, si lo había hecho, aún no habían tomado medidas. Ni siquiera me importó que Dylan o Jackie le dijeran a David que seguía en la calle. Tenía problemas mucho más acuciantes.

Cada vez que oía un chirrido de neumáticos o que alguien se acercaba a mí por detrás, me ponía en tensión. Y eso no era bueno. Estaba hecha un lío, y me pasé toda la noche oscilando entre la furia y la tristeza. No me encontré con ningún fae contra el que pudiera descargar mi tensión, lo cual fue una pena, porque me daban ganas de liarme a puñetazos con la gente inocente con la que me cruzaba por la calle. Tenía ganas de golpearles en la garganta al pasar. Aquella marea de emociones turbulentas

era casi insoportable. Y cuando me di cuenta de lo horrible que sería ir por ahí golpeando a personas al azar, me sentí fatal y fue aún peor.

Entonces me acordé de Val y el dolor se intensificó.

Y luego pensé en Ren y se me volvió a partir el corazón. Le quería, estaba enamorada de él y... Dios, seguro que ahora me odiaba.

Miraba constantemente mi teléfono mientras deambulaba por las calles, y ni siquiera sabía por qué. Solo una mínima parte de mí creía que podía recibir un mensaje o una llamada perdida de Ren, una parte muy pequeñita y muy tonta de mi ser. Naturalmente, nunca había nada, pero aquella parte tan insignificante neutralizaba todo lo demás.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo por seguir caminando, por seguir buscando faes y no derrumbarme en medio de Orleans Avenue, por no sentarme en el bordillo de la acera y romper a llorar. Nunca me sentí tan aliviada de que acabara mi turno y al mismo tiempo tan reacia a abandonar mi puesto, porque me había acostumbrado a que Ren volviera conmigo a casa.

Esa noche, sin embargo, no fue así.

Seguramente no volvería nunca.

Volví en taxi a Coliseum, aturdida, y cuando entré en mi apartamento la lámpara que había junto a la puerta estaba encendida. Tink había encendido también la vieja caldera, de modo que el apartamento no estaba helado, pero olía a polvo y a pelo chamuscado.

Me pasé la tira del bolso por encima de la cabeza y lo dejó sobre la silla, junto a la puerta. Miré por el pasillo y vi que la puerta de Tink estaba cerrada. No se veía luz por las rendijas. Entré en mi habitación y cerré la puerta sin hacer ruido. Dejé mi móvil sobre la mesilla de noche. No me desvestí. Me quité solamente las botas y las armas y las dejé sobre la cómoda. Todas, menos una. Me quité los pantalones, dejándolos en medio del suelo, y me metí en la cama con la estaca de espino, que coloqué junto a la almohada.

No dormí.

Seguí con los ojos abiertos, mirando la oscuridad sin ver nada. El dolor que sentía en el pecho parecía triplicarse cada vez que latía mi corazón.

Aunque sonara mal, en parte me arrepentía de habérselo contado a Ren. Si no se lo hubiera contado, estaría allí conmigo, haciendo todas esas cosas que me había susurrado al oído antes de que nos fuéramos a trabajar. Me estaría abrazando y me haría olvidar la suerte que había corrido Val. Me besaría en los labios y, aunque eso no cambiaría lo que yo era ni lo que tendríamos que afrontar, todo parecería mucho más... sencillo. No estaría sola. Estaríamos juntos.

Pero entonces estaría mintiéndole.

Cerré la mano con fuerza, sin hacer caso del dolor que me producía el corte. Había hecho lo correcto al decírselo, pero eso no significaba que no fuera doloroso, que no me hubiera afectado en lo más profundo. ¿Qué había dicho Ren?

Esa cosa.

Eso había dicho que era yo. Una cosa. Quizá no lo hubiera dicho en serio, quizá solo había sido una forma atropellada de expresarlo, pero tenía razón. Ni siquiera era del todo humana. Era una cosa, y había sido una idiota.

¿Por qué me había engañado a mí misma creyendo que teníamos alguna oportunidad de seguir juntos? Debería haberme dado cuenta de que no era posible en cuanto descubrí que era la semihumana. Debería haber puesto fin a nuestra relación y haberme alejado de él. De hecho, no debería haberme enrollado con él. Siempre había sabido que aquello no terminaría bien. Me había resistido y había tratado de mantenerle a distancia, pero al final había cedido, y ahora me hallaba en aquella situación.

Cerré los ojos, tratando de respirar para contener la quemazón que me subía por la garganta y se agolpaba en mis párpados, pero no sirvió de nada. Se me saltaron las lágrimas y, en cuanto empecé a llorar, supe que no iba a poder dominarme. Las lágrimas se convirtieron pronto en sollozos que sacudían todo mi cuerpo. Me tapé la cara con las manos para sofocar el ruido.

Dios, era una sensación tan conocida para mí... Había sentido aquello mismo después de lo de Shaun. Aquello había sido distinto, porque había mucha culpa mezclada con el dolor, y Shaun había muerto. Por suerte Ren seguía vivo, pero lo que sentía en ese momento era igual de intenso.

Y me hacía trizas el corazón.

No conocía a Ren desde hacía tanto tiempo como a Shaun y, aunque Ren y yo habíamos tonteado mucho, en realidad solo habíamos estado juntos una noche y una mañana. Había tantas cosas que no habíamos experimentado juntos... Y lo mismo había pasado con Shaun. Su vida había terminado por culpa de mis errores absurdos, antes de que tuviera oportunidad de vivir de verdad. ¿Y Ren?

Lo cierto era que lo nuestro había llegado a su fin antes de empezar, y yo no sabía por quién lloraba, si por mí misma o por lo que habíamos perdido, o si era por Val.

Cuando desperté el martes por la mañana, el dolor me atravesaba la piel y me llegaba a los músculos y los huesos. Me dolían los ojos y me palpitaban las sienes de tanto llorar y no poder dormir. Había llorado tanto esa noche que estaba segura de que ya no me quedaban más lágrimas.

Me tumbé de espaldas, me quedé mirando el techo y respiré hondo, intentando calmarme. Notaba la cara recubierta por una especie de costra. Era asqueroso, y quizá también un poco patético. Y no porque llorar te convirtiera en un ser débil o penoso. En algún momento yo había pensado así, y luego había madurado.

Pero estaba harta de llorar. Aunque tuviera la sensación de que me habían clavado una estaca en el pecho y solo quisiera hundir la cara en la almohada, no podía hacerlo. Estaba dolida. Destrozada por la muerte de Val. Tenía el corazón roto, pero no podía regodearme en la autocompasión.

Tenía muchas cosas que hacer, y no sabía de cuánto tiempo disponía. El príncipe —Drake— podía reaparecer en cualquier momento y, aunque no dudaba de mis facultades de ninja, sabía que no podría vencerle en una batalla, por lo menos todavía, y menos aún después de ver lo fácilmente que se había... ocupado de Val el día anterior. Ni siquiera le había visto moverse. Si venía a por mí, estaba perdida.

¿Y quién sabía si Ren iba a entregarme a la Orden o a la Elite? Podían venir a buscarme en cualquier momento, aunque... aunque Ren no me delatara. Aquel tal Kyle podía descubrirlo por sí solo, porque sabía que Val no era la semihumana. De modo que no tenía tiempo que perder.

Tenía que hablar con Brighton para ver si había descubierto algo más sobre aquellas supuestas comunidades de faes inofensivos. Tenía que rellenar un informe absurdo aunque ir al cuartel general fuera como meterme en la boca del lobo con un montón de carne colgándome del cuello. Y también tenía que hacerle una visita a Jerome.

Y borrarle de mis clases en la universidad.

Era hora de ponerse en marcha.

Dejando escapar un gruñido, me puse de lado y me incorporé. Empecé a pensar en Ren mientras me quitaba el resto de la ropa, pero conseguí refrenar mis pensamientos para que no siguieran por ese camino desastroso. Luego la cara de Val apareció en mi cabeza, y tuve que contener la respiración hasta que empecé a sentirme mareada. No, no y mil veces no. No iba a perder ni un solo segundo pensando en él, en Val o en cómo me sentía, teniendo tantas cosas que hacer. Más tarde, cuando tuviera tiempo, me permitiría revivir todo aquello. Pero hasta entonces

tenía que dominarme.

Después de ducharme, me dirigí a la cocina vestida con mi vieja bata, pero me detuve antes de salir por la puerta del dormitorio. La bata era casi transparente en algunas zonas, y Tink ya no era ese duendecillo asexual.

Me puse colorada al recordar cuántas veces me había visto semidesnuda. No hacía falta repetirlo. Di media vuelta y me puse unos vaqueros viejos y una chaqueta de manga larga.

Me recogí en un moño el pelo todavía mojado y entré en la cocina. Tink estaba de pie junto al fregadero, mirando el interior de la pila. No levantó los ojos cuando me acerqué a la nevera.

—Anoche volviste sola —dijo.

Ignoré la pregunta, abrí la nevera y saqué una Coca-Cola.

—Y él no está aquí —prosiguió.

Me volví y me di cuenta de que tenía en la mano una especie de palito de cuyo extremo colgaba un hilo que desaparecía en el fregadero.

—No es que me queje —añadió—. Necesitaba dejar de verle una temporada.

Abrí la lata de Coca-Cola y bebí un sorbo. Tink había llenado de agua el fregadero. Yo no tenía ni idea de qué...

De pronto echó el brazo hacia atrás e impulsó el palito (o la caña, mejor dicho) hacia delante. Abrí los ojos como platos. Me lancé hacia delante y estuve a punto de tirar el refresco.

—¿Qué coño...? ¡Tink! ¿Estás pescando en mi fregadero?

Me miró.

—Pues sí —contestó alargando las sílabas.

Dejé la Coca-Cola en la encimera y me acerqué despacio al fregadero.

—Si hay un pez en mi fregadero, te juro por Dios que te echo al váter y tiro de la cadena.

Me lanzó una mirada aburrida.

—Como si fuera a caber por el desagüe.

—¡Tink!

Suspiró.

—Relájate. No son peces de verdad. —Se puso de rodillas, metió la mano en el agua y sacó un pecesito de plástico rojo—. He probado a pedir peces de verdad en Amazon, pero no los venden.

Me apoyé en la encimera y solté un suspiro de alivio. ¡Menos mal!

—Bueno, ¿dónde está Ren Tin Tin?

Como sabía que no iba a dejar de insistir hasta que contestara a la pregunta, decidí contarle parte de la verdad. No me sentía preparada para contarle todo lo que había pasado.

—Ayer nos peleamos.

—¿En serio? —Dejó caer la caña al agua y pareció encantado por la noticia.

Asentí, cogí mi Coca-Cola y le di un gran trago que hizo que me ardiera la garganta.

—Creo que no vendrá por aquí durante un tiempo.

—¿Tan grave ha sido la pelea? —Tink ladeó la cabeza—. No... no se lo habrás dicho, ¿verdad? ¿Lo que eres?

No dudé ni por un momento de que no debía confesarle que sí se lo había dicho. No tenía sentido preocuparle más.

—No, no se lo he dicho.

Se quedó mirándome un segundo.

—Entonces, ¿por qué discutisteis?

—No me apetece hablar de eso. —Me acabé la Coca-Cola y tiré la lata a la basura. De pronto se me ocurrió una idea y miré a Tink—. ¿Por qué eres de este tamaño?

—¿Y por qué no? —contestó mientras saltaba por el borde de la encimera.

—Porque ahora sé que ese no es tu tamaño real —señalé—. Así que ¿por qué sigues siendo pequeño?

Se encogió de hombros pero no contestó.

Mientras le miraba saltar por la encimera en dirección contraria, se me ocurrió otra cosa.

—¿Qué harías si yo muriera?

Se paró con una pierna levantada. Volvió lentamente la cabeza hacia mí.

—¿A qué viene eso ahora?

Entonces fui yo quien se encogió de hombros.

—Lo he pensado otras veces, pero... Bueno, ya sabes, con todo lo que está pasando, cabe esa posibilidad. Siempre cabe esa posibilidad, Tink. ¿Qué harías?

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Bajó las alas.

—No sé qué haría —respondió—. Supongo que tendría que buscar a otra persona que tenga Amazon Prime.

—Muy bonito —dije meneando la cabeza—. En serio. Al final tendrías que irte de aquí, ¿no? Adoptar tu... eh... tu tamaño grande. No es que así vayas a pasar desapercibido necesariamente, claro, pero al menos no serías del tamaño de una muñeca con alas.

—Sé lo que tendría que hacer, Ivy —contestó, sorprendentemente serio—. No tienes que preocuparte por mí.

Sentí un extraño alivio y asentí con la cabeza. Fui a salir al pasillo, pero me detuve otra vez y me volví hacia él.

—¿Quieres peces? ¿Como mascotas, no para pescarlos en mi fregadero?

Puso unos ojos como platos.

—Si te digo que sí, ¿me traerás alguno?

—Sí —contesté, decidiendo que lo haría—. Puedo traerte uno pequeño, para empezar. Un beta o un carpín dorado...

—¿Puedo tener un hurón? —me interrumpió.

Yo parpadeé.

—¿Qué? No, un hurón no.

Hizo un mohín mientras volaba hacia la mesa de la ventana.

—¿Y un gato? A veces veo gatos en el patio. Y veo vídeos de gatos en YouTube. Parecen muy... astutos, y eso me gusta de ellos.

—Tink, un gato seguramente te comería si sigues siendo de ese tamaño. —Hice una pausa—. Y no hay duda de que te rasgaría las alas.

—Qué va. —Puso las manos en las caderas—. Yo creo que me adoraría, sobre todo si me traes un cachorrito para que lo críe.

—Está claro que nunca has tenido gato —contesté con sorna—. Da igual que lo hayas criado: intentará matarte en algún momento.

Frunció el ceño.

—Me niego a creer eso.

Suspiré.

—¿Qué tal una tortuga?

Puso cara de fastidio.

—¿Qué voy a hacer yo con una tortuga?

—No sé. —Levanté las manos—. ¿Qué harías con un gato o un hurón?

—Mimirlo. Abrazarlo. Eso no puedes hacerlo con una tortuga.

—Yo creo que sí —repuse.

Echó a volar.

—Yo quiero algo peludo.

Meneé la cabeza y me di la vuelta.

—¿Sabes qué?, olvida que he dicho nada sobre...

—No, no pienso olvidarlo. —Me siguió por el pasillo—. No voy a olvidarlo nunca.

Puse los ojos en blanco mientras cogía mi bolso. Luego entré en mi cuarto, metí el móvil en el bolso y recogí mis armas.

—Mira, si tuvieras un gato tendrías que ocuparte de él.

—Lo sé. —Subió volando hasta el ventilador del techo y se agarró a una de sus aspas—. Tendría que comprar una caja de arena, preferiblemente una de esas que se limpian solas, y juguetes para gato y...

Al salir de la habitación pulsé el interruptor del ventilador, y sonreí cuando Tink soltó un chillido.

—Pero ¡qué mala eres! —me gritó mientras cruzaba volando la habitación—. ¡Yo eso jamás se lo haría a un gatito!

—Adiós, Tink. —Cerré la puerta y salí al porche.

De inmediato me envolvió el aire frío. Qué frío hacía. Me alegré de haberme puesto una chaqueta de manga larga. ¿Qué demonios le pasaba al tiempo? Normalmente, en octubre seguíamos a veintitantos grados.

Al cruzar el patio me di cuenta de que se estaban marchitando algunas enredaderas. Aflojé el paso y me acerqué a la valla de hierro forjado. Las enredaderas eran plantas muy fuertes. Normalmente duraban todo el año, y solo las había visto marchitas una vez, durante un periodo de intensa sequía. Eché un vistazo a lo largo de la valla. Todo el entramado de enredaderas parecía marchito y frágil. Y era muy raro, porque hacía pocos días estaban en flor y se extendían por toda la valla.

Estiré el brazo y cogí una ramita. Se rompió al instante, deshaciéndose en trocitos que se colaron entre mis dedos, hasta que solo tuve en la mano una fina capa de polvo.

*T*ras hacer una parada técnica en Loyola para borrarle de mis clases (lo cual me sentó fatal), llamé a Brighton y me fui al Barrio Francés. Brighton seguía empollándose los mapas. Eran muchos, según decía, pero en ninguno aparecían asteriscos marcando el sitio exacto donde vivían aquellos faes bondadosos.

No había tenido noticias de su madre y, cuando le dije que iba a pasarme por casa de Jerome, me dijo que no creía que pudiera sonsacarle ninguna información.

Yo rezaba por que se equivocase.

¿Qué otra opción teníamos, si Brighton no encontraba nada en aquellos mapas? Sobre todo teniendo en cuenta que su madre había desaparecido sin dejar rastro.

Jerome había vivido en Saint Bernard Parish, pero el huracán Katrina destruyó su casa y desde entonces vivía en Tremé, en una casita criolla. Tremé tenía mala reputación. Había algunas zonas muy cutres, sí, pero era un barrio antiguo y precioso, y muy orgulloso de su pasado. Había más delitos en el Barrio Francés, y entrar en Tremé no era como aventurarse en Little Woods (una zona que había quedado absolutamente arrasada por la tormenta y que años después seguía abandonada a su suerte) o en Center City, lo que sí podía dar un poquitín de miedo.

Tremé no había sufrido muchos daños durante el Katrina, sobre todo porque las casas antiguas tenían los porches elevados, pero aun así había requerido muchas reparaciones. O eso me habían dicho.

Como no podía llevarle a Jerome un bizcocho hecho en casa, me pasé por una pastelería de Phillips, le compré un pastel de chocolate lo bastante apetitoso y luego me fui a su casa.

Era una casa pequeña y blanca, con la puerta de color rojo vivo y un porche elevado. Me crucé por la acera con tres niños que se perseguían entre sí. Uno de ellos llevaba una pelota de béisbol. Los escalones de madera crujieron cuando los subí. Me cambié de brazo la caja de la tarta y llamé a la puerta.

—¿Qué? —retumbó la voz de Jerome desde dentro, y enseguida se oyó un ataque de tos.

Me puse de lado y abrí mucho los ojos.

—Soy Ivy.

—¿Y qué? —respondió, pero su voz sonó más cerca.

Me mordí la lengua para no contestarle mal.

—He venido a ver qué tal te encuentras.

—No me apetece tener visitas.

Pero se abrió la puerta y Jerome apareció ante mí vestido con una bata de color verde bosque. Tenía muy mala cara. Nos miramos un momento. Luego miró la caja de la tarta. Sin decir palabra, volvió a entrar arrastrando los pies.

Yo crucé la puerta y eché una ojeada al cuarto de estar. Sabía desde hacía tiempo dónde vivía Jerome, pero nunca había estado en su casa. Los sillones de piel dejaban claro que allí vivía un hombre solo. Igual que el videojuego que estaba puesto en la tele de pantalla plana.

—Tienes un aspecto horrible —dijo mirándome con los ojos entornados—. Para que lo sepas.

—Pues tu casa huele a polvo y a Vick's VapoRub —contesté.

Resopló y luego empezó a toser al dejarse caer en una butaca.

—Insultarme mientras me estoy muriendo es un acto despreciable incluso tratándose del demonio pelirrojo, o sea, de ti.

Puse los ojos en blanco.

—Pero te he traído tarta de chocolate.

—Eso compensa con creces tu mala educación. —Se ajustó la bata y añadió—: Ponla en la encimera de la cocina, ¿quieres?

No parecía una pregunta sino una orden, pero decidí no hacérselo notar. Entré en la cocina y dejé la tarta sobre la encimera, junto a una cafetera tan limpia que relucía.

—¿Dónde está tu chico? —preguntó.

Sentí otra punzada de dolor en el pecho mientras volvía al cuarto de estar.

—Por ahí, haciendo... cosas de chicos.

Me lanzó una mirada que podía significar «¿eres tonta?», o «¿por qué me haces perder el tiempo?», o una mezcla de las dos cosas.

—Me he enterado de lo de Val —dijo.

—Sí.

Yo me aclaré la garganta. No quería entrar en ese tema. Me senté en el borde del sofá y puse las manos sobre las rodillas.

—Entonces, ¿no te encuentras mejor?

Hizo otra mueca de fastidio.

—Niña, sé que no has venido a ver qué tal estoy.

—Me ofende que desconfíes así de mí —contesté.

—Venga ya —dijo; se echó a reír y luego empezó a toser—. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha mandado David a decirme que vuelva a la tienda? Porque puedes decirle que se meta la...

—No, David no sabe que he venido. No lo sabe nadie, en realidad.

Aquello le hizo callar, pero también surtió otro efecto: apartó la mano del reposabrazos y la acercó disimuladamente a la rendija entre la butaca y el cojín, y yo comprendí de inmediato lo que buscaba.

Una daga.

O una pistola.

—Dios —dije levantando las manos—. No he venido a matarte. ¿Se puede saber qué te pasa, Jerome?

Su mano se detuvo.

—Toda precaución es poca en estos tiempos.

Era cierto; triste, pero cierto.

—Mira, he venido por un motivo. Necesito preguntarte una cosa.

Me miró con sospecha.

—Ajá.

Decidí no andarme por las ramas.

—Quiero que me hables de los faes que no se alimentan de humanos.

La incredulidad se reflejó en su rostro una fracción de segundo. Después volvió a adoptar su expresión gruñona de siempre, pero yo ya lo había visto. ¡Bingo! Lo había visto.

—No sé de qué...

—Sí que lo sabes —añadí inclinándome hacia él—. Y es importante.

—Estás loca. —Meneó la cabeza y apartó la mirada, entornando los ojos—. No deberías hacer preguntas así. Tú no sabes...

—Sé que la Orden colaboró con esos faes hasta hace un par de décadas, y sé que lo ha ocultado para que nadie lo sepa.

Se quedó callado un momento.

—Merle se ha ido de la lengua.

Una oleada de excitación nerviosa se apoderó de mí.

—En realidad, no. Ha desaparecido.

Jerome me clavó la mirada.

—¿Qué?

—Se ha marchado. Creo que puede haber ido a una de esas comunidades.

—Imposible. —Sacudió de nuevo la cabeza—. Eso no puede ser. —Empezó a dar golpecitos con los pies, calzados con pantuflas—. Y no por lo que tú piensas. Esas comunidades ya no existen.

Dios mío, de pronto me costaba un poco respirar. Jerome iba a contármelo...

—Entonces, ¿es cierto que hay comunidades de faes que no se alimentan de humanos? ¿Que son buenos?

—He dicho que las había, en pasado. Fueron... fueron todas... eliminadas.

Arrugué el ceño.

Jerome se pasó la mano por la frente.

—David no sabe nada de esto. Fue antes de que se convirtiera en líder de la secta,

cuando era un chaval que trabajaba en la calle. No queda nadie por aquí que esté al corriente, excepto Merle. Y así debe seguir siendo.

—Espera. ¿Qué?

—Todo eso pertenece al pasado, a un pasado que no hay que tocar. Siento que Merle haya desaparecido, pero no está con los faes buenos. Y no tengo nada más que decir.

—Jerome, por favor. Está claro que sabes mucho más sobre esos faes buenos. — Intenté conservar la calma—. ¿Qué daño puede hacer que me lo cuentes?

Se rio.

—Qué sabrás tú, niña.

—Por eso estoy aquí, para que me lo cuentes.

—No tengo nada que decir —repitió.

Conté hasta diez antes de continuar.

—Es evidente que podrías contarme muchas cosas. Hace tiempo había faes que no atacaban a los humanos. ¿Por qué no puedes hablarme de ellos, de lo que ocurrió?

Se quedó callado.

—Sabes que los caballeros y el príncipe han cruzado las puertas y...

—Y eso no tiene nada que ver con lo que pasaba hace treinta años, más o menos. Esos faes no pueden ayudarte porque ya no existen —contestó con frialdad, ásperamente—. Lamento no poder decirte lo que esperabas oír, pero es hora de que te marches.

—Jerome... —Cerré los puños.

—Lo digo en serio, Ivy. Tienes que irte. Ahora mismo. —Me miró fijamente—. No me obligues a pedírtelo otra vez.

Le sostuve la mirada. No lo entendía. Jerome sabía algo. Me había confirmado que tiempo atrás había habido faes buenos, pero se negaba a entrar en detalles y yo no entendía por qué. ¿Por qué era tan importante mantener en secreto que había faes que no se alimentaban de humanos?

—Ya sabes dónde está la puerta —añadió.

Por más que me fastidiara, sabía que debía darme por vencida: no conseguiría sonsacarle nada más. Apreté los labios y me levanté.

—Espero que te guste la tarta —dije.

No dijo nada hasta que llegué a la puerta.

—No vayas por ahí haciendo preguntas sobre ese asunto. Hazme caso. No necesitas saber nada al respecto.

No respondí. Salí y cerré la puerta a mi espalda. Mientras bajaba los escalones, sonó mi teléfono. Lo saqué y vi que era David. Me dio un vuelco el corazón y procuré que no me temblara la voz al responder.

—¿Qué pasa?

—¿Ren está contigo?

Me detuve.

—No, ¿por qué?

—Mierda —masculló David—. Anoche tenía que volver a hablar conmigo sobre no sé qué asunto urgente. Pero no apareció. Le llamé anoche, y esta mañana. No contesta. Es como si se lo hubiera tragado la Tierra.

La conversación con Jerome y todo lo demás pasó de pronto a segundo plano. Me quedé mirando el teléfono, anonadada, con el corazón latiéndome a toda prisa. Ren no podía haber desaparecido. No hacía ni veinticuatro horas que le había visto. El tiempo no importaba, claro, pero me negaba a creer que hubiera desaparecido sin más. Era imposible. No me cabía en la cabeza.

Cabía la posibilidad de que se hubiera tomado un día libre después de la bomba que le había soltado el día anterior, pero ¿lo habría hecho sin avisar a David? Era demasiado responsable para eso.

Mientras regresaba a pie al Barrio Francés, intenté dominar mi nerviosismo y llamé a Ren. Era poco probable que cogiera la llamada teniendo en cuenta que no cogía las de David, pero tenía que intentarlo.

Saltó el buzón de voz. Dudé un instante si dejarle un mensaje o no, y luego me dije que estaba portándome como una idiota.

—Ren, soy Ivy —dije atropelladamente—. Te llamo porque David te está buscando. Te ha estado llamando y... Bueno, evidentemente ya sabes que no le has devuelto las llamadas. —Puse los ojos en blanco, exasperada conmigo misma, y me detuve en la esquina de Saint Louis y Basin—. ¿Puedes llamarle, por favor? No espero que me llames a mí. Pero llama a David, por favor.

Colgué, me guardé el teléfono en el bolso y me aparté el pelo de la cara. Miré hacia el cementerio. Se oían risas nerviosas mientras la guía relataba a los turistas historias acerca de Marie Laveau, la Reina del Vudú, y de su hija.

Se me revolvió el estómago como si hubiera tomado leche en mal estado. ¿Y si el príncipe tenía a Ren? Con solo pensarlo se me cortó la respiración. Ren tal vez me odiara, quizá no quisiera ni verme, pero yo no quería que muriera.

Muy bien. No podía dejarme llevar por el pánico. Tenía que ir al cuartel general porque antes de colgar David me había recordado que tenía que presentar el dichoso informe, pero antes pasaría por el parking donde Ren había dejado su camión el día anterior. Vería si seguía allí. Y si estaba allí, entonces... Entonces sí empezaría a preocuparme.

Apreté el paso y tardé un cuarto de hora en llegar. Al entrar en el pequeño parking mal iluminado, me estremecí. Allí la temperatura era como mínimo diez grados más baja que fuera. Ren había aparcado en el segundo nivel, el de más arriba. Me dirigí a las escaleras de cemento. Era un aparcamiento pequeño, con sitio para unos cincuenta coches, pero algunos días estaba atiborrado como una lata de sardinas. Era uno de esos días. Olía intensamente a tubo de escape y sudor.

Doblé la esquina del segundo nivel y corrí hacia el fondo, sorteando las columnas sucias y recorriendo frenéticamente con la mirada las filas de vehículos. Sabía que había aparcado más o menos en el medio, pero cuando llegué al fondo no vi su camión por ninguna parte.

Era buena señal, me dije al mirar por la ventana cubierta de polvo y suciedad, hacia la calle que se extendía más abajo. Si su camión no estaba, era porque había vuelto a buscarlo en algún momento de la noche. Que el camión estuviera allí significaría que no había podido volver a buscarlo, y eso supondría que le había pasado algo terrible.

Aun así, cuando me di la vuelta no estaba del todo tranquila. Di un paso y luego me detuve al oír pisadas. Miré a la derecha, entornando los ojos. La paranoia se apoderó de mí y eché mano a la daga que llevaba oculta a la altura de la cadera, debajo de la camisa.

Un segundo después, un hombre alto y delgado salió de detrás de una furgoneta verde oscura. A simple vista parecía supernormal: camisa de manga larga, vaqueros oscuros... Pero a los pocos segundos esa apariencia de normalidad se disipó, dejando a la vista lo que se ocultaba bajo el hechizo que le envolvía, un hechizo que mis ojos eran capaces de traspasar desde que nací.

Mierda.

Era un fae.

Había un fae en el aparcamiento. Normalmente no habría sido para tanto, pero, como nadie había vuelto a ver a un fae desde que se abrió la puerta, era una noticia bomba.

El fae avanzó hasta el centro del aparcamiento con paso lento y comedido. Parecía mayor que la mayoría y llevaba el pelo blanco y plateado casi cortado al cero. Desenganché mi daga.

Se detuvo y levantó las manos haciendo ese gesto universal que significa «no me mates», pero yo sabía que no debía fiarme. Así con fuerza la daga. El fae abrió la boca como si fuera a hablar.

De pronto, una fae apareció en lo alto de la escalera. Mierda. La mujer avanzó con paso decidido. Días y días sin ver a uno solo, ¿y de pronto me encontraba con dos?

Tenía, eso sí, un montón de agresividad contenida a la que dar rienda suelta, así que podía venirme muy bien.

El hombre se volvió y dejó caer los brazos.

—No...

Se interrumpió cuando la mujer echó a correr, agitando a su espalda su larga melena rubia, casi blanca. Llevaba algo en la mano. Una daga. Sí, una daga de hierro.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, la mujer hundió la daga en la tripa del fae, que dejó escapar un grito de sorpresa mientras su cuerpo se encogía y desaparecía.

—¿Qué coño...? —Miré a la única fae que quedaba—. ¿Qué ha pasado?

No esperaba que me contestara, y tampoco me esperaba lo que sucedió a continuación.

Corrió derecha hacia mí. Separé las piernas y levanté la daga, confiando en que intentara agarrarme o lanzarme un puñetazo. Pero no. Corrió derecha hacia mí y se precipitó sobre la daga, clavándosela.

Abrí la boca y retrocedí. Sus ojos azules claros me miraron un instante antes de que desapareciera. Su daga cayó al suelo y yo me quedé allí parada, boquiabierta de asombro.

Aquella fae se había lanzado sobre mi daga, se había ensartado en ella a propósito.

Miré a izquierda y derecha.

—Vale —murmuré.

Guardé mi daga en su funda al tiempo que añadía otra incógnita a mi ya larga lista de preguntas sin respuesta.

Me agaché para recoger la daga de la fae, salí del aparcamiento y me dirigí rápidamente al cuartel general. Fue Miles quien me abrió la puerta. A duras penas conseguí componer una sonrisa para saludarle.

—¿Dónde está David? —pregunté.

—En el despacho.

Me puse de lado para entrar, porque naturalmente Miles no se apartó para dejarme pasar, y le entregué la daga de la fae.

—Ten.

Miró la daga con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios quieres que haga con esto?

—Bueno, la mayoría de los miembros de la Orden las usan para matar faes —respondí—. Ya sabes, cuando salen a trabajar.

Farfulló en voz baja algo que rimaba con «gorra», y yo sonreí y crucé la sala común. La puerta del despacho de David estaba abierta y, al acercarme, vi que no estaba solo. Kyle y Henry estaban con él.

Uf.

Mi sonrisa desapareció.

Me miraron los tres cuando entré.

—Acabo de ver un fae en el aparcamiento —les dije—. La verdad es que he visto dos. Uno ha matado al otro y el que ha quedado se ha... empalado a propósito en mi daga.

David parpadeó lentamente.

—¿Cómo dices?

—Sí, has oído bien. —Entré un poco más en el despacho, manteniéndome alejada de los otros dos. Me detuve junto a la esquina de la mesa de David—. He visto cosas muy raras, pero esto... Sí, esto se lleva la palma.

—Ni siquiera sé cómo tomarme esa información —contestó David recostándose en su silla. Miró a los dos miembros de la Elite—. ¿Y vosotros, chicos?

—No. —Kyle me miró—. ¿Alguno de los faes dijo algo?

—Uno parecía a punto de hablar, pero la otra, una mujer, le mató antes de que pudiera decir nada. Llevaba una de nuestras dagas.

—Gracias a Val, sin duda —masculló David, y a mí se me encogió el corazón.

—Los faes adoptaron hace tiempo el uso del hierro para sus propios fines —repuso Kyle, apoyando tranquilamente un brazo sobre el respaldo de la silla—. Pero es muy raro que lo utilicen para atacar a otro de su especie.

Le miré. Menuda novedad.

—Me alegro de que estés aquí —añadió—. Quiero hacerte unas preguntas.

Se me encogió el estómago. Evidentemente, los dos faes les importaban un comino.

—¿Qué pasa?

—Anoche estábamos charlando con Ren y al poco rato se marchó para ir a reunirse contigo. David nos ha dicho que estáis saliendo —explicó.

Miré a David, al que parecía aburrir la conversación. Claro que a David parecía aburrirle casi todo. Levanté la barbilla.

—Estoy segura de que Henry te lo habrá confirmado, puesto que nos vio besándonos.

Henry enarcó sus cejas pelirrojas.

—Todavía me sorprende que no te dejara embarazada con ese beso. Santo Dios.

Le miré arrugando la nariz, pero me negué a contestar porque estaba segura de que Ren y yo ya no salíamos juntos.

—¿No habéis tenido noticias suyas?

—No —respondió David.

—Por eso he ido al aparcamiento —expliqué—. Ren aparcó allí ayer, y su camión no está. Así que tuvo que volver al aparcamiento. Creo...

—Anoche estuvo haciendo unas preguntas muy raras. —Kyle apoyó los pies sobre la mesa—. Preguntó si sabíamos algo de unos faes que no se alimentan de humanos.

Ay, mierda.

—¿Sabes por qué preguntó eso? —Kyle me miró ladeando la cabeza—. Porque es una pregunta muy extraña.

Mierda, mierda. Mi instinto me decía que debía mentir, pero mentir equivaldría a dejar en la estacada a Ren. Él me había hecho lo mismo nada más conocernos, y yo me acordaba aún de lo mal que me había hecho sentir. Pero si les decía lo que había descubierto Brighton, Kyle y Henry se interesarían por ella y por Merle, y no me fiaba ni un pelo de ellos. Seguramente porque era la semihumana, pero, en fin, esa era otra historia.

Además, Jerome me había advertido que no hablara con nadie de aquel asunto.

Así que negué con la cabeza.

—No sé por qué lo habré preguntado, pero Ren es muy curioso, todo le interesa.

—Ya —contestó Kyle—. Me parece una curiosidad muy extraña. Puede que tengas que buscar algún modo de distraerle.

Empecé a arrugar el ceño.

—Es muy chocante que haya desaparecido en estos momentos —afirmó Henry desde su rincón—. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

Empecé a notar un cosquilleo de nerviosismo.

—No —contesté—. Bueno, pensaba ir a buscarle a su casa, pero... Esto no es propio de él. —Miré a David y añadí—: Estoy un poco preocupada.

—Sí, bueno... —Sonó su teléfono y contestó de mala gana—: ¿Sí? —Se pasó la mano por la cabeza.

Yo confiaba en que fuera Ren, pero comprendí enseguida que no era él por cómo se tensó y se puso de pie, como si ocurriera algo malo. Pasaron unos segundos.

—Enseguida mando un equipo.

Agucé las orejas, llena de interés.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

David colgó el teléfono.

—Era Jackie. Dylan y ella han visto mucha actividad policial en torno al Flux. Varios coches patrulla. Y los periodistas se están congregando en la puerta.

—Creía que teníais ese sitio controlado —dije.

—Y así es. No había faes cuando entramos —contestó David mientras buscaba un número en su lista de contactos—. Puede que esto no tenga nada que ver con los faes, pero merece la pena investigarlo.

—Iré yo —dije. Y al volverme vi a Miles en la puerta. Dios. ¿Había estado allí todo el tiempo, escuchando a escondidas? El muy tarado...

—No, tú no —dijo David, deteniéndome—. Quiero que rellenes el informe sobre Val. Ahora mismo.

Giré sobre mis talones.

—Pero...

—¿Por qué siempre tengo que decirte que una orden es una orden? —David rodeó su mesa con una carpeta en la mano—. Cada vez.

Tenía razón.

Le quité la carpeta mientras Kyle se levantaba. Henry fue el primero en salir, no sin antes echarle una ojeada a mi carpeta.

—Prefiero que me peguen un tiro en la cabeza a rellenar papeleo.

Uf. Yo también odiaba el papeleo, pero aquello me pareció excesivo.

Kyle no dijo nada al pasar a mi lado. Me dieron ganas de tirar la carpeta sobre la mesa de David, pero sabía que no debía hacerlo.

Bajo la mirada atenta de Miles, salí a la sala común, me senté a la mesa y cogí un boli. Abrí la carpeta y me disponía a revivir algo que no me apetecía nada recordar en

ese momento cuando sentí unos ojos clavados en mí.

Al levantar la mirada vi a Miles apoyado contra la pared, observándome. Esperé un segundo y decidí aprovechar que le tenía delante, aunque fuera un cretino.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si te digo que no, ¿me la vas a hacer de todos modos?

—Seguramente. —Di vueltas al boli entre los dedos. Ese cristal que Val se llevó de aquí... ¿Qué importancia tenía?

Se encogió de hombros, pero su gesto me pareció demasiado forzado. Sospechoso.

—No era más que una baratija, no valía nada.

—Entonces, ¿por qué volvió para llevárselo?

Se encogió de hombros otra vez.

—Seguramente porque era una imbécil y creía que tenía algún valor.

Vale. No me lo creí ni por un segundo, pero estaba claro que Miles no iba a decirme nada más. Me puse a rellenar el informe y, cuando volví a mirar, seguía allí, el muy capullo. Suspiré.

—¿Qué pasa?

Sonrió, pero solo con la boca, no con los ojos.

—Tú y yo no nos conocemos mucho.

Ladeé la cabeza.

—Si te soy sincera, en la Orden nadie conoce a nadie.

—Excepto Val y tú. Vosotras sí os conocíais bastante bien, y ella traicionó a la Orden y ahora está muerta. —Se apartó de la pared y se acercó a la mesa—. Se cayó de una azotea. Vaya, qué lástima.

Me di cuenta perfectamente de que no hablaba de Val como si fuera la semihumana.

—Y además estás muy unida a Ren. Salís juntos. —Se sentó frente a mí, lo que me sentó fatal, porque significaba que no pensaba marcharse en un futuro inmediato—. Y ahora Ren ha desaparecido. Un miembro de la Elite, desaparecido. Es muy extraño.

Solté el boli.

—¿Adónde quieres ir a parar, Miles?

—A ningún sitio, en realidad. Solo estaba pensando en voz alta.

—¿Te importaría no hacerlo?

La silla chirrió cuando se echó hacia atrás.

—¿Sabes qué otra cosa no puedo hacer?

—No —contesté—. Tu pregunta me parece muy confusa.

—No puedo sacudirme la sensación que tengo desde hace unos tres años de que hay algo muy, muy raro en ti.

Contuve la respiración mientras nos mirábamos.

—David confía en ti. Incluso le caes bien. —La tensa sonrisa se le borró de la

cara—. No sé por qué, pero no me fío de ti, Ivy.

Me puse alerta pero no aparté la mirada, y la verdad es que me gustó escucharle decir que le caía bien a David.

—Bien, gracias por ponerme al corriente de tu opinión sobre mí, aunque sea irrelevante. Te lo agradezco.

—De nada —contestó con una sonrisa burlona. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa—. Voy a decírtelo muy clarito. Te estoy vigilando, Ivy.

Acabé mi informe, que no era más que un resumen genérico de los acontecimientos que desembocaron en la muerte de Val, bajo la mirada vigilante de Miles. Conseguí no prestarle atención, y no darle una patada en la cabeza antes de marcharme, y procuré olvidarme de mi conversación con él. Tenía otras cosas de las que preocuparme.

Por ejemplo, Ren.

El príncipe.

Y el hecho de que mi útero era una especie de bomba de relojería andante.

Cogí un taxi para ir a la antigua zona industrial, a casa de Ren. Mientras subía en el ascensor, parecido a una jaula, barajé los distintos escenarios que podían presentármese. No se me ocurría qué hacer en caso de que Ren no estuviera en casa, como no fuera recorrer las calles buscándole, sin mucha esperanza de encontrarle. Llevaba tres años viviendo en Nueva Orleans y sabía que sus calles podían tragarse a la gente sin que quedara de ella ni rastro. Y si Ren estaba en casa... Seguramente me pondría a llorar de alegría, le daría un abrazo y luego huiría avergonzada. Si estaba en casa y no contestaba a mis llamadas ni a las de David era porque no quería que le encontrarán.

Tenía el corazón desbocado cuando me acerqué a su puerta. Me detuve cuando estaba a punto de llamar. El miedo me dejó petrificada. Era absurdo. Podía enfrentarme a una pandilla de faes rabiosos, ¿y me daba miedo llamar a la puerta de Ren?

Puse los ojos en blanco.

Toqué con los nudillos en la puerta de acero, di un paso atrás y esperé... y esperé. Llamé otra vez y esperé otros cinco minutos. Nada. O bien no estaba en casa, o me había visto por la mirilla y no quería abrir. En todo caso, empecé a notar calambres en el estómago.

Me di por vencida y regresé al ascensor. Intenté no dejarme vencer por la angustia que me atenazaba el estómago. Necesitaba concentrarme y, como estaba cerca del Flux, decidí que podía ir allí. Valdría la pena ver la cara que pondría David cuando me viera.

Tardé unos quince minutos en llegar a aquel tramo de calle compuesto por edificios recientes y antiguas naves industriales reconvertidas en bares de copas y restaurantes. Saltaba a la vista que algo grave había ocurrido en el Flux. Las luces rojas y azules de las sirenas iluminaban la calle, proyectando sus destellos sobre las ventanas relucientes de los edificios cercanos.

Aflojé el paso al acercarme a la zona. La entrada al club estaba acordonada con cinta policial amarilla. Varios agentes mantenían a raya a los periodistas. Recorrí al gentío con la mirada, pero no vi a David ni a ningún otro miembro de la Orden. Acordándome de la puerta trasera en la que Ren y yo vimos al fae hablando con la policía, rodeé la muchedumbre de curiosos y los coches y me dirigí al callejón.

Al dejar atrás los bancos de piedra y los maceteros, me detuve y me asomé a la esquina. Había varios todoterrenos negros bloqueando las puertas. Había una entrada trasera que utilizaban el personal y los proveedores. Dudaba que pudiera alcanzarla fácilmente, pero...

—Hola.

Sofiqué un grito y me giré bruscamente. Glenn estaba detrás de mí, con los ojos marrones muy abiertos y las cejas levantadas.

—Santo cielo, ¿eres un ninja o qué? —exclamé—. No te he oído acercarte.

—A eso se le llama sigilo —contestó con una sonrisa—. A mí se me da bastante bien.

—Ya lo creo.

Se detuvo a mi lado.

—¿Qué estás haciendo?

Me volví hacia la zona de carga.

—Confíaba en poder colarme por detrás, a ver qué demonios está pasando ahí dentro.

—Es como una película de terror.

—¿Has entrado?

Asintió con un gesto.

—Vine en cuanto David dio el aviso. Nunca he visto nada igual. En serio. —Levantó una mano y se la pasó por el cráneo—. No hace falta que te cueles. Dentro solo hay miembros de la Orden y unos cuantos policías que conoce David.

—Mierda —murmuré.

Tenía que haber pasado algo muy gordo si la mayoría de los policías estaban fuera, y dentro de la discoteca solo había miembros de la Orden y unos cuantos polis que conocían nuestra existencia y la existencia de los faes.

—Vamos.

Glenn me condujo a las puertas donde estaban aparcados los todoterrenos.

—¿De dónde eres? —le pregunté, dándome cuenta de pronto de que sabía muy poco sobre él.

Me miró por encima del hombro.

—Eres la segunda persona que me pregunta eso.

Miré a mi alrededor.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ren también me lo preguntó.

—Ah —dije otra vez, en voz más baja.

Una bonita sonrisa apareció en su rostro.

—Soy de Nueva York. Me está costando un poco acostumbrarme a este sitio.

—Yo nunca he estado en Nueva York, pero siempre he querido ir. —Rodeamos uno de los coches—. Nací en Virginia.

—Entonces, ¿los veranos aquí son tan duros como me han dicho? —Abrió la puerta y la sujetó para que yo entrara—. Yo creía que a estas alturas del año haría más calor. Tengo la sensación de estar todavía en el norte.

—Sí. El tiempo está un poco raro.

Glenn pasó a mi lado y me condujo por un pasillo estrecho con varias puertas, algunas cerradas y otras abiertas. Una sala de descanso. Una puerta en la que ponía «Gerente». Un almacén que estaba abierto, con botellas de licor por todas partes.

—No sé qué habrás visto hasta ahora. Imagino que cosas muy raras, como todos, pero esto... —Se interrumpió al detenerse ante una puerta gris con una pequeña ventana—. Sí, esto es otra historia.

Sin saber qué me esperaba, crucé la puerta que me abrió Glenn y di un par de pasos antes de pararme en seco. El horror se apoderó de mí, dejándome sin la capacidad de hablar, o incluso de pensar.

Las luces del local, encendidas, centelleaban como diamantes. Vi a David junto a Miles y Henry. Dylan y Jackie estaban cerca de lo que habían sido los rincones más oscuros del local. Había también varios detectives mirando hacia arriba, y no tuve más remedio que preguntarme si alguna vez habrían visto algo así.

Había gente colgada del techo.

Humanos.

Sus cuerpos se mecían como ramas al viento.

Había gente tirada por el suelo.

Cadáveres abandonados como desperdicios.

Algunos estaban desnudos, y otros completamente vestidos. Parecían trabajadores del club. Los hombres vestían pantalón negro, y algunos llevaban aún la camisa blanca del uniforme. Otros tenían el pecho desnudo. Unas cuantas mujeres llevaban vestidos negros muy ceñidos.

El cadáver que tenía más cerca era el de una mujer. Aún tenía puesto un zapato de tacón alto en el pie. No sé por qué, pero me puse a buscar con la mirada el otro zapato. Aún no entiendo por qué me parecía de pronto tan importante encontrarlo, pero lo busqué y lo busqué, y entonces vi a alguien a quien reconocí.

Era la camarera a la que había visto la noche que Ren y yo estuvimos en el Flux. Estaba sirviendo a Marlon y al antiguo cuya sangre había abierto las puertas. Yo había sospechado entonces que la chica sabía perfectamente lo que eran, por la cautela con que se comportaba y porque pareció saber que el antiguo iba a alimentarse de ella cuando la agarró. Ahora estaba muerta en el suelo, helada y con la vista fija en los focos.

Estaban todos muertos: decenas y decenas de humanos. Algunos colgaban del

techo. Otros estaban tirados en el suelo, o entre las sillas y las mesas.

Y de todos ellos se habían alimentado hasta no dejarles más que la piel pálida y las venas ennegrecidas.

Llegué a casa la madrugada del martes, muy tarde. Tink estaba dormido, o al menos eso deduje, porque tenía la puerta cerrada y no se oía nada dentro de su habitación. Yo, en cambio, estaba demasiado alterada para poder dormir.

Me senté en la esquina del sofá, envuelta en una suave manta de felpa. La tele estaba puesta, con el volumen al mínimo, pero no le prestaba atención.

No podía quitarme de la cabeza lo que había visto en el club.

No podría olvidar aquella imagen mientras viviera. Glenn tenía razón: había visto muchas cosas raras y espeluznantes, pero ninguna como aquella. Tantas muertes sin sentido...

Incluso David estaba afectado, y no porque fuera imposible ocultar al público el asesinato de tantas personas. Los detectives de la policía informarían oficialmente de que se trataba de un suicidio colectivo o algo así relacionado con una secta, pero la gente no era tonta. Sin duda algunos sospecharían, pero de todos modos nunca creerían la verdad si la supieran.

Yo había oído decir a Kyle que había visto algo parecido en Dallas, donde los faes se habían vuelto contra los humanos que les servían sin razón aparente, alimentándose de ellos hasta aniquilarlos. También en aquel caso la policía atribuyó los hechos al suicidio colectivo de los miembros de una secta, debido a que un cometa no había aparecido o algo así.

Yo necesitaba entender por qué estaba sucediendo todo aquello. Los faes solo necesitaban a los humanos para alimentarse, pero contar con su ayuda en ciertos aspectos les era muy útil. ¿Para qué matarlos, y por qué ahora? Eran demasiados interrogantes.

Antes de marcharme del Flux, había cerrado los ojos de la camarera, y de vuelta a casa había llamado a Ren. No contestó, y esa vez no le dejé ningún mensaje.

Su cara se confundía con la de la camarera y viceversa, y en vez de verla a ella le veía a él, tendido boca arriba, con sus bellos ojos verdes fijos y desenfocados, sin vida. En cuanto aquella imagen se implantó por completo en mi cabeza, ya no pude sacarla de ahí.

Fueron pasando las horas y puede que me quedara dormida, porque tuve la sensación de que la mañana llegaba en un abrir y cerrar de ojos, y Tink estaba de pronto sentado en el brazo del sofá, a escasos centímetros de mi cara. Y no era Tink el pequeño. Ah, no. Era Tink el grandote... con pantalones.

Un modo estupendo de despertarse.

Me incorporé bruscamente y me eché hacia atrás, mirándole atontada.

—Estás... de tamaño normal.

Ladeó la cabeza.

—No sé por qué, pero eso me ha sonado ofensivo.

Bajé la mirada.

—Y te has puesto pantalones.

—¿Te gustan? —Se miró y asintió—. Me los he comprado en Amazon. Se llaman True Religion o algo así.

—¿Te... te has comprado unos vaqueros True Religion?

Tink me miró batiendo las pestañas de sus ojos azules.

—Costaban como doscientos dólares, así que supuse que eran buenos.

Los miré y me dejé caer otra vez en el sofá, hundiendo la cara en el cojín.

—Creía que te alegrarías de que no ande por la casa con la tranca colgando — dijo.

Cerré los ojos.

—Y yo que pensaba que había hecho bien... —Se quedó callado un momento—. Supongo que podría ir desnudo...

—No.

Hubo un momento de silencio.

—Creo que tengo una figura bastante atractiva cuando soy pequeño y cuando soy alto. Y también creo que la mayoría de las mujeres y muchos hombres estarían encantados de verme desnudo.

Cerré los ojos.

—Deberías estar contenta —añadió.

Hice una mueca.

—Porque soy bastante atractivo —prosiguió Tink—. Lo digo por si acaso...

—Ya te he entendido, Tink.

—Menos mal. —Otra pausa—. ¿Por qué estás durmiendo en el sofá?

No contesté.

Tink me tocó la pierna con la mano, y a mí me pareció muy raro porque tenía el tamaño de una persona normal.

—¿No te has reconciliado con Ren? Si es así, quizá te apetezca ver mi tranca.

Abrí un ojo.

—No quiero volver a ver tu tranca, Tink.

—Ah —contestó.

Pasaron unos segundos y luego dije con voz rasposa:

—Anoche mataron a un montón de gente. Se alimentaron de ellos hasta matarlos, y algunos cuerpos estaban colgados del techo.

—Ostras —dijo Tink—. Qué mal rollo.

—Sí —murmuré, respirando hondo—. Y además Ren ha desaparecido.

—¿Qué? —chilló, y yo me sobresalté.

Me senté y él se subió de un salto sobre la mesa baja (con sus dos metros de

altura). Se quedó allí agazapado, al borde de la mesa, haciendo gala de un equilibrio prodigioso.

—¿Cómo que ha desaparecido?

Le expliqué lo que había pasado, omitiendo que le había dicho a Ren que era la semihumana, y concluí diciéndole que no sabía qué hacer.

Dio otro salto y se sentó sobre la mesa.

—No sé qué decirte. Porque, ¿quién sabe? Puede que esté por ahí lamiéndose las heridas. O puede que le haya capturado el príncipe. Las dos cosas tendrían sentido. Ren es su rival.

Me dio un vuelco el corazón cuando me levanté. No podía seguir sentada, ni quedarme en el apartamento ni un minuto más. Me dolían los músculos por haber dormido encogida en el sofá.

—Eso no es de gran ayuda —dije.

—Perdona. —Se levantó—. No se me da muy bien decir «lo siento» y que suene sincero, pero lo digo en serio.

Rodeé el sofá y me detuve junto a la puerta de la habitación.

—Vale, lo comprendo.

Tink me siguió.

—¿Es mal momento para hablar de lo de ese gatito que...?

Cerré la puerta a mi espalda y entré en la habitación. Me duché y me cambié en tiempo récord, me recogí el pelo mojado en un moño, cogí mis armas y volví a salir.

Tink se levantó del sofá.

—¿Ya te vas? Pero si son como las nueve de la mañana...

—Lo sé. —Fui a recoger mi bolso—. Pero no puedo quedarme en casa. Necesito salir.

—¿Y qué vas a hacer?

Era una buena pregunta. Había estado pensándolo mientras me duchaba. En el cuartel general teníamos información secreta acerca de la posible localización de varias células de faes: casas donde sospechábamos que vivían faes. Las manteníamos vigiladas, pero no las habíamos atacado porque no estábamos seguros al cien por cien de que sus habitantes fueran faes. Estaba en un tris de ponerme a llamar a esas puertas.

—No irás a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—No. —Recogí mi bolso y me lo colgué del hombro—. Solo voy a salir.

Tink se inclinó sobre el respaldo del sofá.

—Puedo ir contigo.

Levanté una ceja mientras recogía mis llaves.

—Así no. Aún no he tenido tiempo de comprarme una camisa, pero puedo hacerme pequeño y meterme en tu bolso —propuso.

—No voy a meterte en mi bolso.

Cruzó sus brazos supermusculosos sobre su pecho superdefinido.

—Podría funcionar. Puedo ayudarte a buscar a Ren.

Me acerqué a la puerta.

—Puede que la próxima vez. —Me detuve, pensando en algo que debería haber hecho hacía tiempo—. Encárgame en Amazon un teléfono nuevo, uno que tenga contestador.

Tink arrugó la nariz.

—¿Por qué? Yo no uso el teléfono de casa.

Exhalé ruidosamente por la nariz.

—Lo sé, pero así podré llamarte y dejarte mensajes. Avisarte si voy a llegar tarde o si tengo algún problema.

—Ah. —Miró el techo—. Buena idea. Apuesto a que puedo encargarlo y que esté aquí dentro de una hora. Voy a ver.

Se dirigió a la cocina y no pude evitar fijarme en lo bajos que llevaba los pantalones y en que tenía un... ¡Ay, Dios, no! Parpadeé rápidamente mientras Tink se rascaba la cabeza.

—Acabo de darme cuenta de que nunca he usado el teléfono fijo para llamarte. Así podría haberte seguido la pista. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—Imagino que ya no tendré esa suerte —mascullé yo—. Pídelo, por favor.

Me marché antes de que pudiera convencerme de que le llevara conmigo, lo cual no le sería difícil, porque en el fondo tenía ganas de llevarle en el bolso. Con la cantidad de cosas que estaban pasando, era un buen as que guardar en la manga.

Recurrí a Uber para ir al Barrio Francés y me dejaron en Decatur. Pasé frente al Café du Monde, crucé la calle y entré en el parque.

Era todavía temprano cuando eché a andar por el camino, y el parque estaba relativamente tranquilo. Había un montón de ranas dispersas por la hierba y, si hubiera hecho un par de grados menos, me habría salido una nube de vaho de la boca al respirar.

Necesitaba un plan que no consistiera en ponerme a llamar a puertas al azar. Podía volver al cuartel general y leerme los informes acerca de los posibles escondrijos de faes. Si conseguía encontrar a un fae que no se suicidara nada más verme, tal vez pudiera dar con el príncipe, encontrar a Drake.

Me paré delante de la estatua de Jackson y crucé los brazos. Tal vez por eso había ido hasta allí. Quizá, en el fondo, había ido al parque porque allí había visto al príncipe una vez. Tink tenía razón. Estar allí, tratar de hacer salir al príncipe, era una estupidez, pero no me cabía duda de que, si Ren había desaparecido, tenía que ser por culpa del príncipe.

Si le había sucedido algo, jamás me lo perdonaría a mí misma. Todavía no había superado mi mala conciencia por lo que le sucedió a Shaun por mi culpa. Había tomado una serie de decisiones que condujeron inevitablemente a su muerte, junto con la de mis padres adoptivos, Holly y Adrian.

Miré la estatua de Jackson exhalando un suspiro. Sabía que no había hecho nada a

propósito, aparte de acercarme a Ren, pero no quería volver a pasar por lo mismo. No quería...

—Ivy...

Se me paró el corazón. Reconocí aquella voz. La conocía. Temiendo en parte que fueran imaginaciones mías, me volví lentamente. Me quedé sin aliento, y la emoción estalló dentro de mí como una bengala.

Ren estaba detrás de mí.

—Ren —susurré, mirándole, casi sin poder creer que estuviera allí.

De pronto me acordé de la primera vez que le vi.

Estaba tumbada en los escalones del cuartel general, sangrando por culpa de una herida de bala, y pensé que estaba alucinando. Ren me recordó a uno de esos ángeles pintados en los techos de las iglesias antiguas. Sonaba ridículo, pero el perfil clásico de su mandíbula y esas facciones como labradas a cincel armonizaban a la perfección. Incluso su pelo ondulado era como el de aquellos ángeles pintados que siempre me habían fascinado. Había visto a muchos tíos buenos en mi vida, sobre todo desde que vivía en Nueva Orleans. La ciudad era a veces un crisol de belleza física, pero Ren podía compararse con cualquier fae, y eso era mucho decir.

En ese momento, al verle delante de mí como un ángel vengador, me acordé de ello.

El corazón me latía tan deprisa que me sentí mareada y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Dónde has estado?

Se acercó hasta quedar a la sombra de la estatua de Jackson, a mi lado.

—Por ahí.

—David te ha estado llamando. Y yo también. Creía que...

Respiré hondo intentando calmarme, pero una energía nerviosa se había apoderado de mí. Hallarme delante de él ahora que sabía que era la semihumana resultaba muy estresante.

—Al principio pensé que habías desaparecido por lo que te conté sobre mí. Y luego temí que te hubiera atrapado el príncipe... Dios mío, ni siquiera te he contado lo del príncipe. —Hice una mueca—. Iba a contártelo, te lo juro, pero te fuiste cuando te dije que era la semihumana y luego no he tenido ocasión de decírtelo.

—Ivy...

—He visto dos veces al príncipe. Apareció aquí, al lado del parque, la primera vez que salí de casa, y también se presentó cuando seguí a Val —expliqué precipitadamente, ansiosa por contárselo todo antes de que dijera otra palabra—. Fue él quien mató a Val, Ren. La lanzó desde la azotea como si fuera un... —Respiré hondo—. Como si fuera basura. Luego viniste a verme y pensaba contarte la verdad, pero nos interrumpió Henry. No podía seguir ocultándotelo ni un minuto más, así que te lo dije y entonces desapareciste...

—Ivy. —Sus manos, frías por el aire de la mañana, se posaron en mis mejillas.

Yo me callé. Ren me estaba tocando. Me estaba tocando, a pesar de lo que sabía.

—No pasa nada.

Debía de haber oído mal.

—No entiendo.

Esbozó una sonrisa torcida.

—¿Qué es lo que no entiendes?

Quería tocarle, pero me daba miedo cómo podía reaccionar, así que cerré los puños.

—Soy la semihumana, Ren —dije en voz baja—. Soy una... una abominación.

Ladeó la cabeza.

—No, nada de eso.

Contuve el aliento.

—No lo dices en serio.

—Sí.

La incredulidad se apoderó de mí.

—Pero eso no tiene sentido. Tú sabes lo que significa ser una semihumana. Ni siquiera soy completamente humana. El príncipe quiere dejarme embarazada para tener un bebé que siembre el apocalipsis...

—Preferiría que dejaras de decir eso. —Frunció el ceño.

—Pero es la verdad. —Di un paso atrás y él dejó caer los brazos—. Sigo siendo Ivy, claro, pero también soy esa... esa *cosa*, y tú viniste a Nueva Orleans a buscar a la semihumana. ¿Por qué dices que no pasa nada? Y más aún después de lo que le pasó a tu amigo cuando eras pequeño. Y ahora que Kyle y Henry están aquí, miembros de la Elite que saben que Val no era la semihumana... ¿Cómo puedes decir que no pasa nada?

Su mirada de color esmeralda recorrió mi cara.

—Porque yo voy a arreglar las cosas.

Lo dijo con tanta sencillez que casi le creí. Abrí la boca, pero no supe qué decir, así que me limité a sacudir la cabeza. No entendía cómo iba a solucionarlo.

Ren alargó el brazo hacia mí.

—Ivy...

Levanté una mano para hacerle callar.

—Me llamaste «cosa» cuando te dije que te quería, y luego me dejaste plantada en la calle. Y no es que te critique por eso. Bueno, sí, fue una mierda, sobre todo porque después desapareciste, pero es cierto que te solté la noticia a quemarropa, y entiendo que necesitaras tiempo para asimilarlo, pero no sé por qué...

Ren se movió muy deprisa: me agarró por la nuca y, antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, su boca estaba casi pegada a la mía.

—No debí reaccionar así, pero estaba en estado de shock —dijo—. He tenido tiempo para pensarlo y estoy seguro de que todo se va a arreglar.

Era como si mi cerebro se hubiera bloqueado y hubiera perdido todas sus facultades, porque oía lo que estaba diciendo, pero no podía asimilarlo. Una parte de

mí muy pequeña confiaba en que Ren aceptara que yo era la semihumana, pero al mismo tiempo sabía que era una ingenuidad esperar que así fuera. Teníamos grabado a fuego nuestro deber desde la cuna. Para un miembro de la Orden, cumplir con su responsabilidad era lo esencial, y más aún en el caso de Ren, que formaba parte de la Elite.

Yo podía hacerme ilusiones, pero la realidad... la cruda realidad no ofrecía escapatoria.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Yo pestañeé.

—¿Qué?

—¿Te apetece comer algo? —Ren se echó hacia atrás y esbozó una sonrisa.

Me quedé mirándole, pasmada.

Su sonrisa se hizo más amplia, pero no vi aparecer sus hoyuelos. Estiró el brazo y me cogió de la mano.

—Vamos a comer.

Estaba tan perpleja que dejé que me llevara fuera del parque, al Café du Monde, cruzando la calle. Nos pusimos a la cola y me quedé allí parada, sintiendo patéticamente cómo su mano fresca rodeaba la mía. Cuando levanté la vista, le sorprendí mirándome y comprendí que no había dejado de hacerlo desde que había dicho mi nombre.

—¿Es una especie de broma? —pregunté.

Frunció el entrecejo.

—No creo, porque yo no le veo la gracia por ningún sitio.

Yo tenía un nudo en la garganta cuando susurré:

—Vale, entonces, ¿es un plan o algo así? ¿Vas a fingir que no pasa nada y a entregarme luego a los miembros de la Elite?

Negó con la cabeza, se inclinó hacia mí y acercó los labios a mi oído.

—No es ninguna trampa, Ivy. Y la Elite nunca te pondrá las manos encima.

Fui a responder, pero la garganta se me había cerrado del todo, así que solo conseguí hacer un gesto afirmativo con la cabeza y me quedé mirando hacia delante con los ojos llenos de lágrimas. ¿De verdad estaba pasando aquello? ¿Ren estaba allí y me había perdonado? ¿Todo se había arreglado y nos íbamos a comer unos buñuelos?

Por lo visto, sí. Pedimos buñuelos para llevar y una botella de agua para compartir. Había una mesa libre en la terraza, otra novedad que atribuí a la simple presencia de Ren.

Le vi abrir la caja de los buñuelos y sacar uno. Todo aquello era increíblemente surrealista. Tenía la sensación de que iba a despertarme en cualquier momento y a descubrir que era un sueño.

Tardé varios minutos en poder hablar sin que se me quebrara la voz. Y hasta cuando conseguí encontrar un tema normal del que hablar, mi voz sonó ronca.

—¿Has... has hablado con David?

Negó con la cabeza.

—Luego le llamaré. Ahora mismo no es lo prioritario.

Abrí los ojos como platos.

—Si te oyera decir eso, no le haría ninguna gracia.

—Me da igual. —Esbozó otra rápida sonrisa.

No le daría igual cuando David le echara la bronca.

—¿Qué pasa con Kyle y Henry? ¿Han...?

—Tampoco me preocupan. —Hizo una pausa, sosteniendo el buñuelo entre los dedos—. ¿Vas a comer?

Estaba desganada, pero aun así cogí un buñuelo y le di un mordisco. El azúcar glas salpicó por todos lados, pero el buñuelo, normalmente tan delicioso, no me supo a nada.

Ren dio un mordisco al suyo y puso cara de asco. Se giró y lo tiró a una papelera que había allí cerca.

—¿Le pasaba algo a tu buñuelo? —pregunté levantando las cejas.

Se sacudió el azúcar de los dedos.

—Sabía raro.

Mastiqué el mío, prestando atención.

—El mío está bien.

Ren se encogió de hombros.

—No me ha gustado.

—Eso es un sacrilegio.

Sonrió a medias.

—Se me ocurren cosas mucho más interesantes que podrían considerarse un sacrilegio, aparte de tirar un buñuelo a la basura.

Me acaloré al oír sus palabras, pero seguí dudando. Acabé de comerme mis buñuelos y bebí un trago de agua. Ren cogió la botella.

—¿Has terminado?

Me limpié la boca con una servilleta y asentí. Ren se bebió el resto del agua y tiró la botella a la papelera. Parecía todo demasiado sencillo, demasiado perfecto.

—¿Seguro que no te importa que sea... lo que soy, y todo lo demás?

Me miró a los ojos y me cogió de la mano, atrayéndome hacia sí.

—Ya te lo he dicho, Ivy. He estado dándole vueltas y... lo he asumido. —Hizo una pausa y acarició mi mejilla con la otra mano—. ¿No me crees?

—Sí. —*Quería* creerle—. Es solo que... creía que ibas a sentir rechazo por mí. —Bajé la mirada hacia su pecho—. Que iba a darte repulsión.

—Eso es imposible. —Deslizó la mano hasta mi nuca y la apretó—. Ojalá no pensaras eso.

Yo me sentía como un disco rayado.

—Pero trabajas para la Elite. Tu deber es...

—Tratándose de ti, me da igual cuál sea mi deber.

Fui a decir algo, pero en ese momento bajó la cabeza y mis preocupaciones se desvanecieron cuando acercó sus labios a los míos. Ren iba a besarme, y yo creía que eso no volvería a ocurrir jamás. Que nunca volveríamos a estar así. Nuestros alientos se mezclaron y nuestras bocas permanecieron separadas unos segundos deliciosos antes de que me besara. Sabía a azúcar y a... a menta, y a medida que el beso se hacía más profundo, me atrajo hacia sí, y acabamos tan juntos que pensé que todo el mundo debía de estar mirándonos.

—Vamos a algún sitio. —Sus labios rozaron los míos—. Donde podamos estar solos.

A mí se me aceleró el corazón, porque supuse que aquello significaba que quería que nos dedicáramos a todas esas cosas sacrílegas de las que había hablado un momento antes. Teníamos tiempo. Hasta esa noche no teníamos que trabajar, pero Ren debía hablar con David.

—¿Qué me dices? —preguntó, besándome otra vez, y yo volví a distraerme—. Ahora mismo solo deseo estar a solas contigo.

Yo también lo deseaba. Aunque fuera una locura, era lo que necesitaba. Lo que necesitábamos los dos.

—Tink está en mi casa.

—¿Qué?

—Bueno, siempre está allí, claro —añadí, dándome cuenta de lo absurdo que había sonado aquello—. Quería acompañarme, ayudarme a buscarte. Y creo que estaba siendo sincero, lo que es un gran paso —añadí atolondradamente.

De pronto tenía la sensación de que Ren y yo acabábamos de conocernos. Y quizá fuera cierto, ahora que por fin sabía lo que era yo. Ya no había ningún secreto entre nosotros.

—Quería esconderse en mi bolso, pero pensé que no convenía que me sorprendieran con un duende en el bolso.

Ren aguzó la mirada.

—No hace falta que vayamos a tu casa.

—¿A la tuya, entonces? —Al ver que asentía, procuré conservar la calma y no echarme a reír como una histérica—. ¿Dónde has aparcado?

—No he aparcado —contestó.

—¿No has traído el camión, ni la moto?

Dijo que no con la cabeza.

Le miré extrañada. ¿Por qué había cogido un taxi o el transporte público si tenía su propio vehículo?

—¿Has venido en taxi?

—No me apetecía conducir —contestó con una sonrisa, pero sin hoyuelos—. Tenía muchas cosas en la cabeza.

Era comprensible, pero no explicaba del todo por qué no había llevado su camión

o su moto.

—Vamos a bajar por Decatur —dijo—. Así será más fácil coger un taxi.

Eso hicimos: cogimos un taxi para ir a su casa en la antigua zona industrial. Durante el trayecto fui yo sobre todo quien habló. Ren, en cambio, se limitó a... mirarme. No apartó los ojos de mí ni un segundo, y no exagero. Yo me retorcí en el asiento trasero del coche, acalorada y un poco nerviosa. Su silencio resultaba un poco chocante, pero debía de tener mil cosas bulléndole en la cabeza.

Cuando llegamos a su casa, pagó al taxista, subimos en el ascensor y un momento después, casi sin que me diera cuenta, estábamos en su piso.

Estaba tan distraída, tan absorta, que no le vi abrir la puerta. Todo aquello me parecía un sueño.

Ren tiró las llaves sobre la mesa baja, así que, evidentemente, había abierto la puerta.

—¿Quieres beber algo? —preguntó.

Sacudí la cabeza mientras me quitaba las dagas de la cintura y las colocaba sobre la mesa, junto a mi bolso. Luego me senté en el sofá.

—No, gracias.

—Estás nerviosa —señaló al dejarse caer a mi lado—. No quiero que estés nerviosa.

—¿Tanto se me nota?

—Sí. —Miró mi pelo recogido en un moño suelto—. Imagino que estos días han sido muy duros.

—¿Duros? —Me reí, pasando las manos por mis rodillas—. Es solo que... No sé. No paro de pensar que esto es una especie de sueño. Qué tontería, ¿verdad?

—No, no es una tontería. —Se giró hacia mí y puso su mano sobre la mía—. Me despedí de ti sin darte la oportunidad de explicarte del todo. Desaparecí del mapa. Fue un error, sobre todo después de lo que le pasó a tu amiga.

—Sí, te portaste un poco como un... capullo.

Sus ojos brillaron como gemas.

—Reaccioné mal. Y me arrepiento, te lo aseguro.

—¿Sí?

—Más de lo que imaginas —contestó.

Respiré hondo, pero no me sirvió de mucho.

—¿Cómo vamos a solucionar este embrollo?

—No lo sé —contestó—. Pero estoy seguro de que encontraremos la manera.

Había tantas cosas que decir... Yo tenía la sensación de que mi cerebro giraba y giraba, repitiéndose constantemente, pero cuando Ren se inclinó y apoyó su frente contra la mía, cerré los ojos y me permití vivir aquel instante con el hombre del que me había enamorado.

Le agarré por los brazos y, no sé cómo, acabé tumbada de espaldas, con él encima. Las yemas de sus dedos se deslizaron por mi cara y por la curva de mi

mandíbula. Me costaba respirar.

Ren acercó su boca a la mía. No fue un beso que empezara lentamente. Me mordió el labio inferior, haciéndome gemir. Cuando abrí los labios, aprovechó la ocasión. Todavía sabía a menta y, cuando nuestras lenguas se entrelazaron, pasé la mano por su pelo sedoso y revuelto.

Mil preguntas se agitaban en mi cabeza. Teníamos que hablar de tantas cosas..., pero en ese momento solo podía pensar en saborearle, en sentir su cuerpo pegado al mío.

Me sobresalté cuando sus dedos fríos se deslizaron por mi vientre y mi costado, hasta la tira de mi sujetador. Separó sus labios de los míos y los deslizó por mi cuello. Con los ojos cerrados, eché la cabeza hacia atrás para dejarle el campo libre. Cerró la mano sobre la copa de mi sujetador y yo arqueé la espalda. Levanté las caderas instintivamente y empecé a restregarme contra él.

Me detuve un momento y abrí los ojos pestañeando. No *parecía* él, lo cual era muy extraño, porque normalmente no podía ocultar lo interesado que estaba, y *siempre* estaba interesado. ¿De verdad estaba excitado o solo quería...? Dios mío. Intenté no pensarlo, pero le puse las manos en el pecho.

—¿Quieres... quieres que vayamos más despacio?

—¿Parar? —Cambió de postura, metiendo una pierna entre mis muslos y golpeando *ese* punto con sorprendente precisión—. No, nada de eso.

—No estás...

Su boca me hizo callar, y volvió a besarme como antes, sin apenas dejarme margen para pensar.

Siguió tocándome. Sus manos ya no estaban frías, y la siguiente vez que di un respingo fue porque metió los dedos por debajo de las copas de mi sujetador.

—Increíble —murmuró mientras deslizaba la otra mano por mi cadera.

Me instó a moverme, y no hizo falta que insistiera. Comencé a mover las caderas, a restregarme contra su muslo al tiempo que metía las manos por debajo de su camisa.

Apartó su boca de la mía.

—¿Quieres...?

De pronto llamaron a la puerta. Giró la cabeza y miró por encima del respaldo del sofá. Pasó un segundo y luego me miró a los ojos.

—Ignóralo.

Decidí hacerle caso.

Ren retiró a un lado una de las copas de mi sujetador. Los golpes en la puerta se hicieron más insistentes. Su pulgar rozó mi pezón.

Siguieron aporreando la puerta, y de pronto oímos una voz.

—¡Ren! Si estás ahí, necesito que abras la dichosa puerta enseguida.

Yo reconocí vagamente aquella voz y saqué las manos de debajo de su camisa.

—Deberías abrir —dije en voz baja.

Dejó escapar un gruñido gutural al apartarse de mí. Aquel gruñido daba un poco de miedo, pero también era excitante, aunque yo no estuviera del todo segura de que estuviera muy centrado en lo que estaba pasando.

Se levantó rápidamente. Yo me incorporé y me coloqué el sujetador para que no se me saliera un pecho. Luego me bajé la camisa. Ren estaba junto a la puerta cuando miré por encima del respaldo del sofá. Abrió, y enseguida comprendí por qué había reconocido aquella voz.

Henry entró enseguida, rozando a Ren. Al verme en el sofá esbozó una sonrisa burlona y desdeñosa, y tuve la sensación de que estaba a punto de escupir en el suelo.

—Vaya, esto explica por qué no contestabas al teléfono.

Ren cerró la puerta y se volvió hacia él.

—¿Dónde diablos te habías metido? —preguntó Henry con aspereza—. Kyle dijo que eras de fiar, que podíamos contar contigo. Pero de momento con lo único que se puede contar es con que te pases el día follando.

Yo levanté las cejas.

—Hola, Henry.

Se giró hacia mí, dándole la espalda a Ren.

—Conque no sabías nada de él, ¿eh?

Esbocé una sonrisa tensa, pero decidí que no me apetecía explicarle que no había tenido noticias de Ren hasta una hora antes, aproximadamente. La actitud de aquel tipo empezaba a no gustarme nada.

—Esto es una mierda —soltó Henry, mirándome como si hubiera visto la escena que acababa de interrumpir y le diera asco.

Yo me sentí insultada.

—Ren —añadió—, no puedes estar...

Su cuello se giró bruscamente a la derecha. Yo me incorporé y me aparté del respaldo del sofá al ver las manos de Ren a ambos lados de su cabeza. Luego apartó las manos y Henry se desplomó y cayó al suelo con un ruido ensordecedor.

Ren le había roto el cuello.

El ruido que hizo el hueso al romperse resonó en mi cabeza, rebotando dentro de mi cráneo. Pasaron unos instantes y Ren levantó la mirada y soltó un suspiro.

—Es un pelmazo.

Me quedé boquiabierta.

—Bueno, *era* un pelmazo —puntualizó, mirando hacia abajo—. Ya no tanto.

Salté del sofá como impulsada por un resorte.

—¿Qué coño...?

Pareció sorprendido un instante. Luego, sus hermosas facciones parecieron suavizarse.

—Ivy...

—¡Le has roto el cuello!

Santo Dios. Santo Dios. Rodeé el sofá y se me revolvió el estómago al ver a Henry allí tendido, con los brazos estirados, los ojos vidriosos y la cabeza girada.

—Le has matado, joder.

—Sí —contestó—. Le he matado.

Parpadeando, aparté la mirada de Henry y miré a Ren.

—¿Es lo único que tienes que decir? ¿Que sí, que le has matado? ¡Ren! —dije casi gritando—. ¡Le has matado! —Señalé a Henry por si acaso no entendía de quién le estaba hablando—. Dios mío, Ren. ¿Por qué lo has hecho? Sí, ya sé que era un pelmazo, pero no puedes matar a alguien porque tenga poco sentido de la oportunidad. —Me incliné y apoyé las manos en las rodillas, mareada—. Mierda, Ren, en qué lío nos hemos metido. Esto es...

—Sabía lo que eres.

Me puse rígida, como si de pronto hubieran vertido acero líquido por mi Columna vertebral.

—¿Qué? —murmuré.

—Sabía que la semihumana eres tú —repitió—. Tenía que morir.

Puede que fuera por el shock (por la repentina aparición de Ren, porque nos hubiéramos reconciliado y le hubiera roto el cuello a Henry como si fuera una ramita), pero de pronto me entraron ganas de reír, a pesar de que aquello no tenía ninguna gracia.

—¿Cómo? —pregunté con voz ronca—. ¿Cómo que lo sabía?

—No sé cómo se ha enterado —respondió.

Arrugué el ceño.

—Entonces, ¿cómo sabes que lo sabía? Además, si él lo sabía, eso significa que

Kyle también lo sabe. Y si lo sabe, ¿cómo es que sigo aquí? Han tenido muchas oportunidades de venir a por mí. —Me froté la cara con las manos—. Y no parecen de los que esperan.

—Sí, si creyeran que podías conducirlos hasta el príncipe —repuso Ren, arrodillándose junto al cuerpo de Henry. Metió la mano en un bolsillo de sus pantalones y sacó un móvil—. A fin de cuentas, eliminar a la semihumana no es lo único que les interesa.

Pero al eliminarme a mí eliminarían también uno de sus principales problemas. Al menos temporalmente, hasta que el príncipe localizara a otra semihumana. En todo caso, si yo desaparecía del mapa tendrían más tiempo para descubrir cómo matar al príncipe. Porque tener una estaca especial no solucionaba del todo esa cuestión.

Ren se guardó el teléfono de Henry en el bolsillo y se levantó.

—Siento que te haya molestado, pero era necesario.

Contuve la respiración. ¿De veras era necesario? Si Henry sabía que era la semihumana, representaba un peligro para mí. Igual que Kyle. Eso lo entendía. También entendía que Ren intentaba protegerme, pero había matado a un hombre a sangre fría, y no parecía haberle afectado en absoluto.

—Tengo que deshacerme del cuerpo —dijo pasando por encima del cadáver.

Se acercó a mí y me sobresalté cuando me agarró por la nuca.

—Debería hacerlo solo —añadió.

Yo no supe qué decir. Me latía tan fuerte el corazón que me sentía mareada.

—No pasa nada, te lo prometo. —Bajó la cabeza y me besó, pero no sentí su beso. Estaba completamente embotada—. Luego hablamos —dijo.

Me descubrí asintiendo con la cabeza y luego me desasí de él. Recogí mis armas y fui a pasar a su lado, pero me agarró del brazo. Le miré.

—Sabes que tenía que hacerlo, ¿verdad? —preguntó.

Asentí, a pesar de que no sabía por qué lo hacía. Solo sabía que tenía que marcharme de su apartamento, que necesitaba salir de allí y pensar.

—Luego hablamos —repitió—. ¿Nos vemos de nuevo aquí?

—Vale —conseguí decir haciendo un esfuerzo, y bajé la mirada hacia su garganta.

Me soltó y yo crucé la habitación a toda prisa. Al llegar a la puerta me detuve y miré el cadáver de Henry. No paraba de pensar que aquel hombre, aquel ser humano, había muerto a manos de Ren. Literalmente. A veces, cuando luchábamos contra los faes, moría algún humano, atrapado en el fuego cruzado. Y otras veces, cuando los faes se alimentaban demasiado de ellos, los humanos perdían la cabeza, se descontrolaban y había que... «dormirlos». Yo odiaba aquello, odiaba esa parte de mi trabajo más que nada en el mundo, pero a veces sucedía. Pero eso... Me recorrió un escalofrío. Eso era distinto. No tenía vuelta de hoja: había sido un asesinato a sangre fría, al margen de lo que supiera Henry.

Y yo jamás, ni una sola vez desde que había conocido a Ren, le había creído

capaz de eliminar a otro ser humano así, con esa eficacia, con esa frialdad. No, era imposible. Me acordé de aquel día en el Barrio Francés, cuando mataron a aquel tipo en la calle y Ren no pudo salvarle la vida. Aquello le dejó hecho polvo. Yo lo había visto en su mirada. En eso era como yo: sufría cuando se perdía una vida humana, a diferencia de otros miembros de la Orden.

Ahora, en cambio, apenas había pestañado.

Después de salir de la antigua zona industrial, cuando me encontraba cerca del Palace Café, en Canal, tuve de pronto la sensación de que acababa de salir de un extraño trance. Así me había sentido en casa de Ren: como si estuviera bajo los efectos de un hechizo y solo hubiera tenido fuerzas para salir de su apartamento y montarme en un taxi. Notaba la cabeza extrañamente vacía, pero al echar a andar hacia Royal aquel embotamiento se desvaneció. La realidad se me hizo presente, como el viento helado que fustigaba la calle.

Respiré hondo, calmosamente. Muy bien. Lo que había sucedido en casa de Ren era cierto. Ren había matado a Henry y en esos momentos estaría sin duda deshaciéndose de su cadáver. Abrí las manos y volví a cerrarlas. Tenía ganas de vomitar, pero sabía que eso no resolvería nada. Ni siquiera sabía si aquella situación podía resolverse.

Seguí por Royal, aunque no sabía muy bien adónde me dirigía. Solo quería seguir moviendo las piernas para despejarme, para aclarar mis ideas, porque todo aquello carecía de sentido para mí.

Necesitaba aclarar los hechos. Henry constituía una amenaza para mí. Ren se había encargado de eliminar esa amenaza. Eso era lo único que había pasado. No es que Ren hubiera... asesinado a nadie.

¿O sí?

Me detuve y pegué la espalda a la fría pared de un edificio. Cerré los ojos con fuerza y maldije en voz baja. No conseguía aclararme, y notaba el estómago revuelto.

Amaba a Ren. Estaba locamente enamorada de él, pero lo que acababa de hacer me parecía espantoso. Abrí los ojos. No cuadraba con lo que sabía de él. Si Henry hubiera hecho algo que demostrara que era un peligro inmediato, las cosas habrían sido distintas. Pero no había hecho nada.

—Muy bien —me dije en voz baja—. Es hora de concentrarse.

Quizá no supiera qué sentía respecto a lo que había hecho Ren, pero sabía que no me parecía bien. Teníamos que hablar de ello, aunque en el fondo sabía que eso no arreglaría nada, y que desde luego no devolvería la vida a Henry. Pero no se me ocurría qué otra cosa hacer.

Ojalá Val estuviera aquí.

Contuve la respiración al sentir un alfilerazo de dolor en el pecho. Lo cierto era

que, si Val estuviera viva y no nos hubiera traicionado, la habría llamado. Era de esas amigas —o eso creía yo, al menos— capaces de ayudarte a esconder un cadáver o de encarar cualquier peligro a tu lado.

Pero Val ya no estaba, y a Jo Ann no podía llamarla. A la pobre le daría un infarto. Tenía que enfrentarme a aquello sola.

Me aparté de la pared y seguí caminando mientras trataba de olvidarme de lo que había hecho Ren. Si tenía razón y otros miembros de la Elite sabían que la semihumana era yo y pretendían utilizarme de cebo para atraer al príncipe, estaba claro que corría peligro. El cronómetro que pendía sobre mi cabeza se había acelerado de pronto.

El sonido de mi móvil interrumpió mis cavilaciones. Lo saqué del bolso y vi que era Brighton. Hice una mueca, sintiendo una punzada de mala conciencia. Me había olvidado por completo de Merle y de ella.

—Hola —dije, parándome en la esquina y mirando a derecha e izquierda.

Al otro lado de la calle había un policía y un grupito de gente reunido en semicírculo. Vi dos piernas tiasas tendidas en el suelo.

—He encontrado algo —dijo Brighton con evidente nerviosismo—. Por fin he encontrado algo.

Tardé un momento en acordarme de a qué se refería. La desaparición de su madre. Las comunidades de faes inofensivos.

—¿Qué?

—Uno de los planos antiguos, dibujados a mano, muestra una ciudad completamente distinta —dijo.

Fruncí el ceño mientras cruzaba la calle.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído —respondió casi sin aliento—. Al principio pensé que estaba viendo un plano corriente. Aparecían muchos negocios y monumentos, pero... No te lo vas a creer. Están *por todas partes*. Los hemos tenido delante de nuestras narices todo este tiempo.

Sonó un claxon y me tapé el oído con la mano.

—Brighton, vas a tener que darme más detalles, porque no tengo ni idea de adónde quieres ir a parar.

Respiró hondo.

—Vale, perdona. Es que... Esto es algo muy gordo, Ivy. Muy gordo.

Se oyeron risas al abrirse la puerta de un restaurante, y tuve que esquivar a una pareja que avanzaba lentamente.

—Detalles, Bri.

—Al principio no me fijé en el plano. Los hay a montones, hechos a mano, pero uno de ellos tenía unas marcas extrañas dibujadas delante de ciertas casas y negocios. Parecían unas alas dibujadas toscamente, y me acordé de que había visto ese mismo dibujo en uno de los diarios de mi madre —explicó—. He tardado siglos en encontrar

el cuaderno, pero las alas señalan los edificios que eran un refugio seguro para los faes.

Estuve a punto de pararme en medio de la calle.

—¿Estás segura?

—Eso es lo que pone. Sabemos que los faes tienen, evidentemente, algún tipo de red en el mundo de los humanos. La labor de la Orden consiste en encontrar los lugares donde se agrupan, pero creo que los lugares sobre los que escribía mi madre eran los sitios donde podía encontrarse a los otros faes, a los faes buenos.

—Espera —dije—. No lo entiendo. Si tu madre conocía esos lugares, el resto de la Orden también tenía que conocerlos, ¿no?

—No puedo contestar a esa pregunta, pero eso no es todo —añadió precipitadamente—. Creo que sé dónde está mi madre. Hay una casa, una mansión, en realidad, que aparece en todos los planos. Tiene ese símbolo dibujado. Y mi madre la rodeó con un círculo en otro plano. Sé que no es una prueba muy contundente, pero... tengo una corazonada.

—¿Una corazonada? —repetí.

—Sí. Sé que parece una estupidez, pero estoy segura de que está ahí —insistió Brighton.

Me mordí el labio. Aquella conversación era tan confusa como el resto de mi vida en esos momentos, y «una corazonada» no significaba nada en realidad, pero Brighton estaba desesperada: necesitaba encontrar a su madre. Y eso significaba que posiblemente iría a llamar a la puerta de aquella casa.

—¿Dónde está ese sitio del que hablas?

—Bueno, eso es lo raro —contestó, y yo esperé. Pasó un instante—. Que no puede estar donde dice el plano que está.

Levanté las cejas.

—Explícate.

—He comprobado una y otra vez su ubicación —dijo—. Y siempre aparece el mismo sitio. La mansión está situada en South Peters Street.

—¿En serio? —Intenté recordar qué había allí, pero solo veía imágenes de antiguas fábricas y naves industriales. Ninguna mansión.

Brighton respiró hondo otra vez.

—Está en el mismo sitio que la central eléctrica de Market Street.

Abrí la boca sin decir nada y me detuve un momento para pensar.

—¿Ese enorme edificio abandonado que hay en Peters Street? ¿El que da tanto miedo?

—Sí —contestó—. Como lo oyes. He comparado distintos planos. Algunos muestran una ciudad distinta, lugares que, que nosotros sepamos, no existen. Es lo que intento decirte.

Aquello era absurdo.

—¿Vas a estar en casa todo el día?

—Sí. ¿Dónde iba a estar, si no?

Me paré junto a un camión de reparto.

—Voy a pasarme por allí. Pero prométeme que no vas a ir a la central eléctrica. ¿De acuerdo? Quiero echarle un vistazo primero.

Brighton no contestó.

Apreté con fuerza el teléfono.

—Prométemelo, Bri. Están pasando muchas cosas raras, y no me apetece que te secuestren o que el suelo de ese sitio esté podrido y te caigas por él. Dentro de un rato me paso por tu casa. Tú aguanta, ¿de acuerdo?

Vaciló un momento y luego suspiró.

—De acuerdo.

—Gracias. —Fui a colgar, pero me detuve—. He hablado con Jerome. Sabe algo, pero me advirtió que dejara de preguntar por esos faes. —Bajé la voz al ver que pasaba gente—. Tú no se lo has dicho a nadie más, ¿verdad?

—¿A quién voy a decírselo? —Se rio, y su risa sonó forzada—. Todo el mundo piensa que mi madre y yo estamos locas. ¿Para qué iba a darles más munición?

Tenía razón.

—Está bien. No tardaré mucho. —En cuanto puso fin a la llamada, volvió a sonar el teléfono. Era el número de mi casa. Contesté—. ¿Tink?

—¿Cómo has sabido que era yo? —preguntó.

Puse los ojos en blanco.

—¿Quién, si no, me llamaría desde mi apartamento?

—No sé. Gente. Fantasmas.

—¿Fantasmas? —Di media vuelta y regresé hacia Canal.

—A lo mejor saben usar el teléfono. Nunca se sabe.

—Estoy segura de que los fantasmas no llaman por teléfono —contesté secamente—. ¿Me llamas por algún motivo?

Tink resopló.

—Pues sí, te llamo para decirte que he instalado el contestador.

Me había olvidado por completo de aquello.

—Gracias.

—Y también para informarte de que quizá haya encargado otra cosa. Bueno, sí, lo he pedido, no hay duda. Pero no a Amazon. Es algo que no puede pedirse a Amazon.

—Vale. —Apreté el paso; sabía que habría más taxis en Canal—. ¿Qué has pedido?

—Es una sorpresa.

Ay, no.

—Tink, no me gustan tus sorpresas.

—Esta sí te gustará.

—Lo dudo. ¿Qué es?

—Lo verás cuando llegues a casa. ¡Adiós! —Me colgó.

Miré mi teléfono y me dieron ganas de volver a llamarle, pero pensé que en ese momento no tenía espacio mental suficiente para enfrentarme a lo que estaría tramando Tink. Cogí un taxi en Canal y, cuando le di al taxista la dirección de South Peters, me miró extrañado, aunque estoy segura de que había llevado a gente a sitios más raros.

Mientras miraba por la ventanilla, me acordé del chasquido que había hecho el cuello de Henry al romperse e hice una mueca. ¿Qué iba a hacer al respecto? No tenía intención de acudir a David o a la policía, y sabía que eso no hablaba muy en mi favor. Necesitaba que Ren me explicara con más detalle por qué estaba tan convencido de que Henry era una amenaza para mí.

Había mucho tráfico y tardé unos veinticinco minutos en llegar a la antigua central eléctrica. En cuanto salí del taxi, el taxista se largó de allí como si le persiguiera el demonio. Supuse que tendría que recurrir a Uber para marcharme de allí.

Observé el enorme edificio de ladrillo, que tenía varias plantas de alto y muchas ventanas rotas. Me acerqué a una que tenía un agujero en el cristal, como si lo hubiera atravesado una pelota de baloncesto, y eché un vistazo dentro.

—Uf, vaya sitio —murmuré al ver sillas y bancos de trabajo volcados.

Por la ventana desde la que estaba mirando no se veía nada más. Estaba todo increíblemente oscuro.

Me aparté de allí, avancé hasta la esquina del edificio y seguí por el costado. La parte de atrás estaba cerrada por una valla metálica bastante alta que impedía ver la mayor parte de la parte trasera del edificio, pero dentro no había ninguna mansión. Allí podía esconderse una caravana. O una casa de una sola planta, pero desde luego no una mansión. Recorrí toda la valla buscando alguna abertura, pero no encontré ninguna. El olor del río cercano fue haciéndose cada vez más fuerte. Apareció un callejón, tan abandonado como la central.

Allí no había nada.

Una ciudad totalmente distinta.

Iba a tener que ponerme delante de Brighton y ver qué estaba viendo ella exactamente para entender a qué se refería. Di media vuelta y regresé a toda prisa por el lateral del edificio, hacia la fachada. En ese momento volvió a sonar mi teléfono. Era Ren. Me dio un vuelco el estómago, una mezcla de excitación e intranquilidad.

—Hola —contesté.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Eh... —Me asomé por una de las ventanas rotas y distinguí un aleteo. Una paloma—. En ninguna parte. Y tú, ¿dónde estás?

—En mi casa. Ya me he ocupado de ese asunto.

Me rodeé con el brazo y miré los nubarrones que se habían acumulado en el cielo, sintiendo un escalofrío. Qué rapidez.

—Ren...

—¿Qué?

Tragué saliva y miré a mi alrededor. Enfrente de la antigua planta eléctrica había una especie de fábrica. Se veían montones de camionetas, pero no parecía haber nadie por los alrededores.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado.

No respondió.

Bajé la barbilla y me mordisqueé el labio. Tenía que ir a casa de Brighton, pero primero necesitaba resolver eso.

—Nos vemos en tu casa, ¿de acuerdo?

Se hizo otro silencio. Luego dijo:

—Te estaré esperando.

Colgué y eché a andar de nuevo. Solo había andado unos pasos cuando sentí un olor dulce, a menta, que me recordó los besos que Ren me había dado unas horas antes.

Me volví y miré hacia atrás. No sabía qué esperaba ver, pero no había nadie por allí, ni nada que justificara aquel olor. Qué raro.

Tardé muy poco en llegar a casa de Ren, porque la central eléctrica quedaba muy cerca de allí. Mientras subía en el ascensor, no conseguía estarme quieta. Ren abrió la puerta en cuanto llamé. Parecía el mismo de siempre, alto y guapísimo, pero yo, sin saber por qué, busqué algo distinto en él. Como si tuviera las palabras «he matado a una persona por ti» estampadas en la frente.

Se apartó para dejarme pasar. Olía intensamente a café. Se me encogió el estómago. Le había roto el cuello a Henry, se había deshecho del cuerpo, y al volver a casa había hecho café.

Cuánta sangre fría.

Le miré atentamente cuando cerró la puerta, y la inquietud que notaba en la boca del estómago se redobló. Me di la vuelta, me quité la tira del bolso del hombro y lo dejé sobre el brazo del sofá. No miré el lugar del suelo donde había caído Henry.

Ren pasó rozándome y entró en la cocina.

—¿Te apetece beber algo?

—No. —Le seguí, con los brazos pegados a los costados—. ¿Qué has hecho con Henry?

—Seguramente no conviene que lo sepas. —Cogió su taza de café y tomó un sorbo—. Pero nadie va a encontrarle.

Le miré a los ojos y tuve que apartar la mirada, estremecida por su indiferencia.

—¿Quién eres? —balbucí.

Bajó lentamente la taza.

—¿Perdona?

—Me estás asustando un poco. Bueno, mucho —reconocí, poniendo las manos sobre la isla de la cocina—. Has matado a Henry a sangre fría y te comportas como si fuera un miércoles cualquiera.

—No he matado a nadie a sangre fría. Iba a hacerte daño. Igual que Kyle. Y no puedo permitir que eso suceda. —Dio un paso atrás y cruzó los brazos—. Te estoy protegiendo.

Me quedé mirándole.

—Lo entiendo, pero Henry no intentó nada. No había peligro inmediato.

—Podía haberlo. Todavía lo hay —argumentó—. Y si te estás preguntando si haría lo mismo con Kyle, la respuesta es sí.

Me quedé boquiabierta.

—¿Por qué te sorprende tanto? Van a matarte, Ivy. El hecho de que no lo hayan intentado todavía no significa que no lo hagan en cuanto descubran que no es fácil que te utilicen como cebo para atraer al príncipe.

Tenía razón, pero lo que me sorprendía era la frialdad con que había actuado. Y no se trataba solo de eso. Aquello no era propio de Ren. En absoluto. Frustrada, estiré el brazo y cogí su taza de café.

—¿Puedo?

—Claro —dijo con un ademán.

Bebí un sorbo y enseguida di un respingo al notar su sabor amargo.

—Uf. —Dejé la taza y saqué la lengua—. Está superamargo.

—Me gusta así —afirmó.

Fruncí el entrecejo.

—No, no es verdad.

Ladeó la cabeza.

—Te gusta el café con azúcar, igual que a mí. De hecho, normalmente le pones seis azucarillos o más. Nunca lo tomas solo.

Abrió los labios.

—Me gusta de las dos formas.

—A nadie le gusta el café de las dos formas.

Bueno, tal vez hubiera alguien en el mundo a quien le gustara con y sin azúcar, pero yo nunca había conocido a nadie en la vida real.

Se encogió de hombros.

—Solo es café.

Pero no era solo el café. Entonces se me ocurrió una idea. Esa mañana había tirado el buñuelo alegando que sabía mal. Yo también había comido buñuelos, y los míos estaban bien. A Ren le encantaban los buñuelos desde que los había probado por primera vez, como a todo el mundo que tenía buen gusto para los dulces. Era como si de pronto se hubiera vuelto alérgico al azúcar. Y lo que le había hecho a Henry... Eso tampoco era propio de Ren, del Ren al que le gustaban el café y los dulces con azúcar, del Ren que consideraba como algo precioso cualquier vida humana.

Un frío helador se extendió por mi pecho cuando di un paso atrás. En mi fuero interno, ya lo sabía. Lo *sabía*, y me estaba poniendo enferma.

—¿Qué estaba estudiando en la universidad?

Parpadeó, mirándome con sus fríos ojos verdes.

—¿Qué?

El corazón empezó a latirme con violencia.

—¿Qué estaba estudiando en Loyola?

Se rio en voz baja.

—¿Por qué me preguntas eso, Ivy? ¿Te encuentras bien?

No. No me encontraba bien en absoluto.

—Contesta, Ren.

Su media sonrisa desapareció, y aquella sensación de frío se apoderó de mi pecho.

—¿Qué me llamaste la primera vez que nos vimos?

Un músculo vibró en su mandíbula mientras descruzaba lentamente los brazos.

No respondió, porque no podía responder. Era imposible que lo supiera porque... porque aquel no era Ren.

Con el corazón desbocado, me llevé la mano derecha a la cadera, donde tenía sujeta la daga de hierro. Miró mi mano y luego me miró a los ojos. No le pasó desapercibido mi gesto.

Por supuesto que no.

Me invadió una sensación de horror al darme cuenta de lo que ocurría. Aquella... aquella cosa que tenía delante no era Ren. Como tampoco era Ren el de Jackson Square. Ni el que me había besado y tocado en el sofá. Me tembló la mano de repulsión. Parecía él, pero no lo era, y eso significaba que el verdadero Ren...

Dios mío.

El dolor me atravesó el pecho.

—¿Dónde está Ren?

Aquella cosa que tenía delante de mí levantó las cejas.

—¿De qué estás hablando? Me tienes delante.

—Tú no eres Ren. —Deslicé la mano debajo de mi camisa y agarré el mango de la daga.

—De acuerdo. —Levantó las manos—. No sé qué te ocurre, pero no me cabe duda de que podemos solucionar esto juntos.

Dios mío, hasta su forma de hablar era distinta. Aquella cosa hablaba con demasiada formalidad. ¿Cómo era posible que no lo hubiera notado antes? Desenganché la daga y me puse en guardia.

—¿Dónde está el verdadero Ren?

Salió de detrás de la isla y yo me puse en tensión.

—Ivy...

—No digas mi nombre —ordené, asiendo con fuerza la daga.

Dios, ¿cuándo había suplantado a Ren? Se me encogió el estómago como si lo atravesara un frío puñal. No. El que había luchado con el caballero tenía que haber sido él. Habíamos hecho el amor. Me habría dado cuenta si no fuera él, pero ahora no podía pensar en eso.

—Dime dónde está Ren o te juro que te haré sufrir antes de matarte, seas lo que seas.

Aquella cosa solo podía ser un fae capaz de transmutarse, de cambiar de forma, pero, que nosotros supiéramos, ninguno había cruzado las puertas desde que se cerraron por última vez. Nunca habíamos atrapado a uno y, según la tradición, para que uno de ellos habitara en nuestro mundo, el humano cuyo cuerpo ocupaba tenía que estar en el Otro Mundo. Pero eso no era posible. Las puertas estaban cerradas.

Comencé a barajar los peores escenarios posibles al tiempo que separaba las piernas para afianzarme en el suelo.

—Más te vale empezar a hablar *ahora mismo*.

Levantó la barbilla y se me quedó mirando. Luego, una sonrisa gélida se extendió lentamente por aquel rostro idéntico al de Ren. Parpadeó y, cuando volvió a abrir los ojos, ya no eran de color esmeralda sino azules como el hielo. Contuve la respiración.

—Confiaba en que no me descubrieras tan rápidamente —dijo aquella cosa que llevaba la cara y el cuerpo de Ren—. Por desgracia, eres más lista de lo que creía.

Avanzó hacia mí y yo levanté la daga.

—Para —le ordené—. No te acerques más.

—¿Y qué vas a hacer para impedírmelo? —preguntó.

Abrí la boca para decirle que le cortarí una parte importante de su anatomía y se la haría tragar, pero en ese instante se abalanzó hacia mí. Me aparté en el último segundo y salté hacia atrás. Le lancé un golpe con la mano libre, pero me agarró de la muñeca.

—Podrías haber intentado apuñalarme, pero no lo has hecho. —Tiró de mí bruscamente y choqué contra su pecho, de puntillas—. Mientras tenga su aspecto, no podrás hacerme nada.

Tenía razón. Maldita sea. Aunque sabía que aquel no era Ren, le había lanzado un puñetazo, no había podido apuñalarle. Y había pagado un precio por ello. Me agarró de la otra muñeca y me la retorció. El dolor me atravesó el brazo. Me temblaron los dedos. La daga cayó al suelo.

Empecé a maldecir cuando el falso Ren me soltó. Di un paso atrás y levanté la rodilla intentando asestarle un golpe en una zona delicada, pero se anticipó a mi movimiento y se giró. Mi rodilla chocó contra su muslo.

Soltó un gruñido.

—Eso no ha sido muy amable, pajarito.

Pajarito. Levanté la mirada y un escalofrío recorrió mi espalda.

—Tú —susurré, y me embargó el horror al comprender lo que estaba sucediendo, lo que había estado a punto de hacer con él—. Drake.

El príncipe que se ocultaba tras el rostro de Ren sonrió.

Sentí un nudo de pánico en la boca del estómago. ¿El príncipe podía adoptar otra forma? Le había visto transformarse en cuervo, claro, pero ¿en humano? Ignoraba que fuera capaz de algo así, y no imaginaba que pudiera hacerse pasar por otra persona, por Ren. Pero nada de eso importaba en ese instante.

—¿Dónde está Ren? —grité, apartándome de él.

Me giré violentamente para poner distancia entre nosotros. Me incliné hacia atrás, lanzándole un puñetazo con la mano libre, conseguí que me soltara el brazo.

—Qué agresiva —dijo, riendo.

Di un salto atrás sin dejar de mirarle y eché mano de mi otra daga.

—¿Dónde está? —pregunté otra vez.

—Está un poco... ocupado en estos momentos.

Empuñé la daga, tratando de que no me temblara la mano.

—¿Qué quieres decir?

Siguió sonriendo mientras se acercaba.

—¿Está vivo? —Como no respondió, estuve a punto de perder el control—.
¡Contesta!

—La última vez que pregunté, sí. —Se encogió de hombros—. Claro que eso puede cambiar en cualquier momento.

Dios mío. El pánico que bullía dentro de mí amenazaba con paralizarme.

—Más te vale que esté vivo.

Una mueca desdeñosa reemplazó a su fría sonrisa.

—¿Y si no lo está?

No respondí. Mi instinto me pedía a gritos que huyera, que me alejara todo lo posible del príncipe, pero era mi único lazo con Ren... si es que de verdad estaba vivo.

—Tienes que admitir que ha sido impresionante —dijo Drake—. Si no hubiera sido por el maldito café, no te habrías dado cuenta.

—Me habría dado cuenta.

Y era cierto. Con un poco de suerte, me habría dado cuenta antes de que las cosas fueran más lejos. Pero debería haberlo notado enseguida. Había visto indicios de que aquel no era Ren desde el momento en que apareció en Jackson Square. Su forma de hablar. El hecho de que no hubiera querido conducir. Su sabor a menta (ay, Dios). La frialdad de sus caricias.

Y el hecho de que hubiera matado a Henry sin contemplaciones.

—¿Te habrías dado cuenta cuando tuviera mi lengua metida en tu boca y estuviera penetrándote? —preguntó—. Porque si te hubiera follado, habría sido yo quien te follara y no esta criatura patética.

No pensé. Reaccioné por pura furia y me lancé hacia él, dibujando un gran arco con la daga. Se apartó de un salto, pero cuando estoy enfadada soy muy rápida. Le acerté en el pecho, rasgándole la camisa y haciendo brotar la sangre oscura y rutilante. Podía parecer Ren, pero no era él. Me preparé para asestarle otro golpe.

Dejó escapar un sonido que hizo que se me erizara el vello de la nuca. Lanzó las manos hacia mí en el instante en que bajaba la daga y salí despedida hacia atrás. Choqué contra la pared pero no solté la daga y, antes de que me diera tiempo a moverme, el príncipe se echó sobre mí.

Me agarró de la muñeca derecha y me oprimió el brazo y el cuerpo contra la pared.

—Te habrías dado cuenta de que era yo cuando empezaras a correrte —dijo, casi rozando con los labios la curva de mi cuello—. Y antes has estado a punto, ¿verdad que sí?

Una furia cegadora inundó mis sentidos.

—Creía que era Ren. *Tú* me das asco.

—Sigue intentando convencerte de eso. —Mordió el lóbulo de mi oreja y yo volví a gritar.

—Suéltame —gruñí.

—No, nada de eso. —Bajó la cabeza y respiré hondo, temblorosa.

Pasó un instante. Luego, Drake levantó la cabeza y un escalofrío gélido recorrió un lado de mi cuello.

—Deseas este cuerpo y esta forma. No entiendo por qué, pero si es lo que hace falta...

La única arma de que disponía era mi cabeza, así que la estrellé contra su mandíbula. El dolor del golpe me cegó un instante. Drake maldijo violentamente y retrocedió. Yo eché el brazo hacia atrás y le lancé la daga, sabiendo que no le mataría pero que al menos le haría algún daño.

Se le clavó profundamente en el pecho. El príncipe soltó un exabrupto y agarró la empuñadura. Extrajo la daga de su pecho y la lanzó contra la pared con tanta fuerza que la punta atravesó los azulejos. El mango empezó a vibrar.

Ay, mierda.

Inclinándome, intenté coger la estaca de espino. Rocé con los dedos su superficie lisa un segundo antes de que una mano me agarrara del pelo. El príncipe tiró de mí hacia un lado con tanta fuerza que resbalé por el suelo de la cocina. Un dolor ardiente me recorrió la cadera.

Drake me agarró por la bota y me levantó la pierna, tan alto que mi espalda chocó con el suelo. La pernera de mi pantalón se rasgó unos centímetros cuando tiró de ella. Agarró la estaca de espino y la lanzó al otro lado de la habitación. Golpeó la pared cerca de la nevera y cayó al suelo. Drake soltó mi pierna.

—No vas a clavarme eso.

Maldita sea.

Me di la vuelta y me puse en pie de un salto. Agarré la taza de café que había sobre la encimera y se la lancé. La esquivó sin esfuerzo. La cerámica se estrelló contra la pared, manchándolo todo de café.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —preguntó riendo.

Me lancé a por la estaca, pero me agarró por la cintura y solté un grito de rabia. Le clavé las uñas mientras me arrastraba fuera de la cocina. Pataleé y volqué de una patada la lámpara metálica negra, que cayó al suelo y se abolló.

—¿Por qué te resistes, Ivy? Sabes que no puedes ganar.

Mierda.

Me quedé quieta. Drake no se lo esperaba y aflojó un poco la presión de los brazos, así que aproveché para darle un pisotón y un codazo en el estómago.

—Por los dioses antiguos, estás poniendo a prueba mi paciencia. —Tiró de mí hacia la derecha y me rodeó el pecho con el brazo, sujetándome con fuerza.

Entonces sentí que volaba.

Choqué contra el sofá y caí de bruces sobre los cojines del respaldo. Quedé aturrida un momento. Después, me giré para ponerme boca arriba y empecé a mover las piernas, pero Drake se me echó encima de pronto. Su mano me agarró por la garganta.

Me revolví, pateando y asestándole puñetazos en los brazos. Levanté las caderas para apartarle de mí, pero pesaba mucho, no había forma de moverle. Su peso me oprimía el pecho, impidiéndome respirar. El instinto se apoderó de mí y comencé a forcejear frenéticamente. Intenté arañarle los ojos, pero mantuvo la cabeza echada hacia atrás.

Entonces aumentó la presión y sentí lo que no había sentido cuando estábamos en el sofá y pensaba que me estaba enrollando con Ren, a escasos segundos de pasar a mayores. Un terror distinto inundó cada una de mis células cuando acercó su boca a la mía, deteniéndose cuando nuestros labios estaban a punto de tocarse.

—Me gusta que te resistas.

Paré inmediatamente.

—Me das asco —le espeté.

—Es una lástima —murmuró—. Pero ya habrá tiempo para eso después.

Me obligué a estarme quieta y traté de respirar mientras le observaba. Parecía Ren. Tenía su misma voz aunque no hablara igual, pero no era Ren quien me estaba haciendo daño, quien iba asfixiándome poco a poco. No era Ren quien me estaba aterrorizando, quien me enfurecía y me revolvió las tripas.

Solo se parecía a él.

Era la maldad más cruel envuelta en la belleza más íntima.

Recorrió mi cara con la mirada al tiempo que introducía la otra mano entre nuestros cuerpos. Cogió la parte delantera de mi camisa y durante un instante no supe qué se proponía. Luego agarró mi cadena. Dio un tirón. Me sentí impulsada hacia delante y un instante después el príncipe tenía en la mano mi collar: el ojo de tigre con el trébol dentro.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—Voy a disfrutar de esto mucho más de lo que imaginas.

Acercó su boca a la mía y yo cerré los labios con fuerza.

—Cuánta resistencia —dijo al tiempo que me agarraba por la barbilla.

Clavó los dedos en mis mejillas, obligándome a abrir la boca. Sentí que aquel sabor a menta inundaba mi boca, pero Drake no intentó besarme.

Respiró hondo.

Todo mi cuerpo se sacudió cuando un ardor gélido bajó por mi garganta e invadió mi vientre. Se estaba alimentando. Dios mío, se estaba *alimentando*. Cada vez que aspiraba, me robaba energía, absorbía mi fuerza vital. Noté un peso en el estómago, un pinchazo agudo como el filo de una navaja. Aquella punzada me atravesó, y recordé vagamente que Val me había dicho que podía ser placentero, más aún que el sexo. A mí no me lo pareció: tuve la sensación de que estaba absorbiendo cada

partícula de mi ser.

La oscuridad se agolpó a mi alrededor, cubriendo la luz y el sonido. Sentí entonces que no solo me estaba robando la energía. Luché por seguir notando mi cuerpo. Había demasiadas cosas en juego, pero aquella quemazón me había invadido por completo. Traté de apartarme de ella, de encogerme y alejarme. Solté sus brazos y mi voluntad pareció desmoronarse y evaporarse, hasta que mi cuerpo quedó inerte y mis brazos cayeron hacia los lados. Vi cómo la negrura invadía las venas de mis manos, extendiéndose hacia fuera.

Y luego ya no vi nada.

Despertar fue como luchar por salir de un mar de arenas movedizas. Cada vez que creía haber alcanzado la superficie, volvía a hundirme, hasta que por fin conseguí abrir los párpados. Salió a mi encuentro una luz cegadora, un sol intensamente cálido.

¿Estaba muerta?

Ladeé la cabeza a la izquierda y vi un ventanal y unas cortinas de gasa blanca, sujetas con unas franjas de tela. Deduje enseguida que estaba viva.

Y tumbada en una cama.

Una cama grande.

Me incorporé bruscamente y dejé escapar un gemido cuando una oleada de mareo estuvo a punto de derribarme. Me dolía la garganta, y también otras partes del cuerpo. Tenía la sensación de que necesitaba una prótesis de cadera. Cerré los ojos con fuerza y me puse a contar lentamente mientras recordaba lo que había sucedido con el príncipe.

Se había hecho pasar por Ren.

Se había alimentado de mí.

Abrí los ojos y miré mi mano derecha. Las venas sobresalían más que antes y eran más oscuras, pero el color negro había desaparecido, junto con la mayor parte del veneno. La sensación de pesadez duraría aún varias horas. Eso lo sabía por experiencia.

Ren...

Contuve la respiración al mirar la colcha de color azul claro. No sabía si Ren estaba vivo o muerto o... o algo peor. Solo sabía que no estaba a salvo. El príncipe, Drake, había dicho que estaba vivo de momento, pero yo no estaba segura de poder fiarme de su palabra. Sentí un nudo de angustia en el pecho y las lágrimas se me agolparon en los ojos.

Si estaba...

Clavé los dedos en la colcha y exhalé con fuerza. No podía dejarme dominar por la tristeza. Había muchas cosas en juego, y corría peligro. Tenía que averiguar dónde estaba y cómo alejarme de aquel lugar.

Levanté la vista e inspeccioné la habitación con la mirada. Era enorme y estaba decorada lujosamente. Delante del ventanal había dos grandes sillones que recordaban a tronos y, enfrente de la cama, una cómoda de roble macizo. En el rincón había un espejo de cuerpo entero, al lado de una puerta abierta que conducía a lo que parecía ser un cuarto de baño de grandes dimensiones.

Un aroma balsámico dominaba la habitación.

Haciendo acopio de energías, me acerqué al borde de la cama y miré el reluciente suelo de madera. Una alfombra blanca y mullida que parecía tan suave como la lana de cordero cubría la mitad del suelo. Descolgué cuidadosamente los pies de la cama. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba descalza. Mis botas y mis calcetines habían desaparecido, al igual que la estaca de hierro oculta en mi bota izquierda.

Estaba desarmada.

—Mierda —mascullé.

Con mano temblorosa, palpé el cuello desgarrado de mi camisa. Mi collar también había desaparecido. Mierda, mierda. Ahora estaba expuesta a la manipulación de los faes. El miedo empezó a crecer dentro de mí y a extenderse por mi piel helada. Mi única defensa era extremar la prudencia y no mirar a los ojos a los faes, pero eso era como intentar no quedarse embarazada mediante el método de la marcha atrás.

Cerré el puño y lo dejé caer sobre el regazo. Al tocar con los pies la alfombra suave y blanda, me asaltaron un montón de ideas espantosas. ¿Cuánto tiempo llevaba Drake suplantando a Ren? Mi instinto me decía que le había suplantado después de la noche en que le confesé a Ren lo que era, justo antes de que desapareciera. Rezaba por que fuera así, porque cuanto más tiempo llevara Ren bajo su control peor sería su estado.

Drake me había tocado. Me había besado y yo...

—Dios —gemí cerrando los ojos con tanta fuerza que vi pequeños destellos de luz.

Los ácidos me revolviaron el estómago cuando una mezcla de vergüenza, rabia y humillación se apoderó de mí. Iba a matar al príncipe. Buscaría primero un cepillo de alambre y me frotaría con él todo el cuerpo, y luego le mataría.

Me levanté y recorrí la habitación con la mirada. Al acercarme a la puerta arrastrando los pies, descubrí que estaba cerrada con llave, lo que no me sorprendió. Otra puerta conducía a un armario vacío. El cuarto de baño no tenía ventanas, pero sí un jacuzzi descomunal.

Entre los dos tronos había una mesita y, en medio, una bonita jarra de cerámica que yo dudaba que se hubiera usado alguna vez. Rodeé la mesa para inspeccionar la ventana. No tenía cerradura. Al mirar afuera, vi que estaba a bastante altura del suelo y dejé caer los hombros, desanimada. Era imposible que sobreviviera a la caída. Miré hacia arriba. La finca estaba rodeada por grandes árboles. La hierba que se veía abajo parecía intacta desde hacía siglos. Me pareció ver agua fangosa entre los árboles.

No estaba en Nueva Orleans, eso estaba claro.

Oí resonar unos pasos en el pasillo. Me giré y busqué frenéticamente un arma con la mirada. Lo único que encontré fue la jarra. Agarré su asa fresca y me sorprendió que pesara tanto. Me puse en guardia cuando se abrió la puerta.

Entró una mujer alta. A pesar de que no llevaba encima mi trébol, pude ver a través de su hechizo de seducción. Era una fae, una fae de piel lisa y plateada y orejas

puntiagudas. Su mirada pálida se posó en la cama. Frunció el ceño y se volvió hacia mí.

—Está despierta —dijo dirigiéndose hacia el pasillo.

Agarré con fuerza la jarra.

—¿Dónde estoy?

La mujer entró en la habitación sin contestar.

—¿Dónde estoy? —repetí.

Levantó una sola ceja.

—Yo no hablo contigo, vaca.

¿Vaca? Me esforcé por no poner cara de fastidio.

—Deberías encontrar insultos un poco más originales.

Su risa sonó fría.

—Y tú deberías dejar esa jarra donde estaba antes de que te hagas daño.

—No, gracias.

Miré por encima de su hombro. La puerta seguía abierta. Podía tratar de alcanzarla. Solo necesitaba distraerla. Pero no sabía qué me encontraría cuando saliera al pasillo.

Ladeó la cabeza.

—Vamos a traerte comida. Si te portas mal, tendrás que asumir las consecuencias.

—Uy, qué miedo.

Esbozó una sonrisa.

—Opino que deberíamos matarte de hambre. Quizá así, cuando el hambre te devore por dentro, te animes a abrirte de piernas...

Le lancé la jarra y salté hacia la puerta. O lo intenté, porque mis músculos no cooperaron demasiado. La jarra se estrelló contra la cabeza de la fae, y su grito de furia resonó al mismo tiempo que mis piernas se ponían en movimiento. Rodeé el sillón dando trompicones y me lancé hacia la puerta.

La fae saltó sobre mí por la espalda, tirándome al suelo. Me quedé sin respiración. Ella me dio la vuelta y aproveché ese instante para lanzarle un puñetazo. Le rocé la mejilla con los nudillos y volvió la cabeza hacia un lado.

—¡Zorra! —me espetó agarrándome del brazo.

Luego, todo sucedió muy deprisa.

Clavó los dientes en mi piel y sentí un dolor agudo. Chillando, le golpeé la cabeza con la mano libre. ¡Me estaba mordiendo! ¡La muy zorra me estaba mordiendo el brazo! La golpeé otra vez al lado de la sien y me soltó. Un hilillo de sangre le corría por la comisura de la boca.

Se lamió los labios.

—Sabes a vino.

Me aparté de ella rodando y traté de ponerme en pie, pero en ese instante vi que unas piernas entraban en la habitación, cortándome el paso a la puerta. Pero estaba preparada para llevarme por delante a quien se interpusiera en mi camino.

—¡Hazlo! —gritó la mujer—. ¡O la parto en dos!

—Al príncipe no le agrada verla herida —dijo una voz de hombre.

Traté de levantar la cabeza, pero algo me lo impidió. Noté un frío metal en el cuello y un chasquido resonó en mi cabeza. Aterrorizada, levanté la mano y mis dedos resbalaron por una banda metálica, una banda conectada a algo. Una cadena. Santo Dios, una cadena.

—Como una perra. Una perra de cría —dijo la fae un instante antes de que otra oleada de dolor estallara en mi cabeza, seguida por una luz blanca y cegadora.

Luego, ya no vi nada más.

*E*sta vez, cuando me desperté, fue distinto. No hubo arenas movedizas, ni me costó abrir los ojos. Estaba profundamente dormida y, un instante después, me incorporé bruscamente. Bajé las piernas de la cama a pesar de lo mucho que me dolía la cabeza. Tenía un vendaje blanco en el antebrazo izquierdo. Solo conseguí dar tres pasos. Luego, algo tiró de mí hacia atrás.

Me llevé las manos al collar metálico que tenía alrededor del cuello. Era muy suave, con excepción del diminuto ojo de la cerradura. Me giré, con los ojos dilatados por el horror. La cadena descansaba, estirada, sobre la colcha. Cuando la cogí, me pareció fina y ligera.

Dios mío.

Tiré de ella y vi que estaba sujeta al poste superior de la cama. Me acerqué a él apresuradamente mientras trataba de contener las náuseas. No, no estaba sujeta a la cama. Había un gancho metálico en el poste. Parecían haberlo puesto allí a propósito para la ocasión, y la anilla estaba completamente cerrada.

Dios mío.

—Hijo de puta. —Tiré de la cadena. El metal resonó sacudiendo la cama, pero no conseguí nada. ¡Me había encadenado a la puñetera cama!—. Voy a matarle. ¡Le mataré!

La rabia me inundó la boca. No podía creerlo. Agarré la cadena con las dos manos y tiré de ella con todas mis fuerzas. La madera crujió, pero no cedió. Supuse que debía alegrarme de que la cadena no pesara. Sentí el escozor de las lágrimas en los ojos. Seguí tirando de la cadena hasta que empezaron a dolerme las palmas de las manos y las lágrimas me corrieron por las mejillas. *Esto no puede estar pasando*. Me repetí una y otra vez esas cinco palabras, pero estaba pasando. Era real.

De pronto, sin previo aviso, se abrió la puerta detrás de mí. Solté la cadena y me volví, respirando agitadamente. Allí estaba. El príncipe. Drake. Con su aspecto normal: la piel morena y el cabello largo y oscuro. Fue un pequeño consuelo que ya no se pareciera a Ren.

—Voy a matarte —le juré.

Enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Riéndose, se acercó a la cama y se detuvo a escasa distancia de mí, pero fuera de mi alcance.

—No has tocado tu cena. —Señaló la mesilla de noche, donde había un plato tapado, todavía intacto—. Deberías comer.

Eché mano del plato, pero Drake pareció intuir que no tenía intención de comer. Veloz como el rayo, apartó la bandeja de mi alcance antes de que me diera tiempo a lanzársela a la cabeza. Mis manos se cerraron en el aire, vacías.

—Quítame la cadena —ordené.

—No, ni hablar. —Dejó la bandeja sobre la mesa donde antes había estado la jarra—. Estuviste despierta cinco minutos y te dio tiempo a maltratar a una de mis servidoras.

—Tu sirvienta me mordió. —Levanté el brazo izquierdo.

—Y ha sido castigada por ello. —Drake me miró, cruzando los brazos—. No quiero que nadie te haga daño.

—No me digas. —Me reí ásperamente—. Pues tú no tuviste reparo en hacérmelo.

—Eso fue antes de saber lo que eras.

—Ah, entonces ¿a otras mujeres sí puedes matarlas de una paliza? ¿O alimentarte de ellas contra su voluntad? —pregunté cuando parecía a punto de proseguir—. Además, también me hiciste daño antes...

—Me estabas atacando —contestó tranquilamente—. ¿Debería acaso quedarme quieto y no defenderme?

—¡Me has encadenado a una puta cama! —grité como una loca.

Siguió sonriendo burlonamente.

—Es para proteger a los demás. Es evidente que no puedo fiarme de que vayas a comportarte civilizadamente.

—¿Comportarme civilizadamente? ¿Estás loco? Te alimentas de mí, me traes aquí contra mi voluntad, ¿y se supone que tengo que *portarme bien*?

Me lancé hacia él por pura rabia, pero la cadena me retuvo de inmediato. Solté un exabrupto de frustración. No podía creer que estuviera manteniendo aquella conversación.

—Voy a matarte.

—¿Cómo? Ni siquiera puedes tocarme.

La cabeza me iba a estallar.

—Pero en algún momento tendrás que acercarte.

—Cierto —dijo—. Y, cuando me acerque, tú me dejarás.

—Lo dudo mucho.

Su sonrisa se agrandó. Y mi rabia también.

—No puedes volver a hacerte pasar por Ren. Ahora lo sé.

—No me hace falta hacerme pasar por él.

Empecé a pasearme hasta donde me permitía la cadena, es decir, desde la mesilla de noche hasta la mitad de la cama.

—Creía que, para concebir un hijo, no podía haber trucos ni coacción —dije.

—Así es.

Le miré fijamente mientras se acercaba.

—Pero hacerte pasar por Ren era un truco.

—¿Sí? No hay un manual de instrucciones que aclare estas cosas. Si hubieras dicho que sí, me habrías dado tu consentimiento.

Sentí el regusto amargo de la vergüenza a pesar de que sabía que lo que había pasado entre Drake y yo no era culpa mía. Lo sabía, pero aun así me sentía avergonzada.

—Le habría dado mi consentimiento a Ren, no a ti.

—Eso es irrelevante.

Se sentó al borde de la cama. Seguramente podría haberle alcanzado, pero solo para agarrarle del pelo, y no habría servido de nada.

—Valía la pena intentarlo —añadió.

Retrocedí hacia la mesilla de noche para distanciarme de él todo lo posible.

—Me pones enferma.

Sonrió desdeñosamente.

—Y a mí me encanta verte así. —Estiró el brazo y pasó un dedo por la cadena tensa; yo me puse en guardia—. Es como tener encadenado a un gato rabioso.

—Joder...

Drake tiró de la cadena y yo caí de rodillas.

—También me encanta verte así, pajarito.

Miré sus botas, con los ojos llenos de lágrimas de humillación.

—¿De verdad crees que alguna vez voy a estar contigo, después de todo esto?

—Sí, creo que sí. —Se levantó, obligándome a levantarme con él.

—Te odio —dije con furia, mirándole.

Se encogió de hombros al tiempo que se metía la mano en el bolsillo y sacaba una llave.

—Yo tampoco te tengo especial cariño —dijo.

—Ni siquiera te sientes atraído por mí. —Me acordé de aquel momento en el sofá, cuando se estaba haciendo pasar por Ren—. ¿Cómo vas a conseguirlo?

—Bueno, hay momentos en que te encuentro deliciosamente atractiva.

Desenganchó la cadena de la cama y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, se la enrolló alrededor de la mano. Tiró de mí hacia delante, contra su pecho.

—Ahora mismo, por ejemplo. Así que no te preocupes por mi capacidad para cumplir. —Acercó la boca a mi oído y dijo—: Me he visto en situaciones peores.

Intenté apartarme de él todo lo posible.

—Pues yo no.

—Dentro de poco cambiarás de opinión.

Acortó la cadena y echó a andar. No tuve más remedio que seguirle.

En el pasillo, muy ancho, había varias puertas cerradas. Dos antiguos montaban guardia al fondo. Esbozaron una sonrisa desdeñosa cuando pasamos por su lado. Yo no quería avanzar, quería arrastrar los pies, pero el ritmo que imprimía el príncipe me lo impedía. Traté de mantenerme a su paso cuando bajamos por una escalinata.

—Eres como mi animal de compañía —dijo cuando llegamos a la que supuse era la planta baja.

El sol entraba a raudales por las numerosas ventanas. Drake tiró de la cadena cuando me detuve.

Había faes por todas partes: recostados en los sofás y en los sillones del cuarto de estar, y apoyados contra las paredes. Los recorrí con la mirada, frenética, mientras Drake tiraba de mí hacia el fondo de la casona. Ellos me observaban con expresiones de sorna o de repulsión grabadas en sus bellos y gélidos rostros. Todos menos uno: una mujer con una larga trenza plateada echada sobre el hombro. Tenía una mirada horrorizada. Aquello me desconcertó. La expresión de temor de sus ojos pálidos era casi palpable cuando el príncipe tiró de mí hacia otra puerta ante la que montaba guardia un antiguo.

Pero entonces el antiguo abrió la puerta, dejando al descubierto un estrecho pasadizo, y tuve que seguir al príncipe como un perro sujeto a una correa.

—Los humanos a los que pertenecía esta casa decían que estas eran las habitaciones de la servidumbre —comentó Drake—. Claro, que creo que empleaban el término «servidumbre» con poco rigor.

Me condujo a una estancia amplia: la antigua cocina del servicio. Los armarios seguían colgados de la pared y la vieja nevera zumbaba suavemente. La habitación todavía servía como cocina.

Aunque no era el tipo de cocina que yo habría querido en mi casa.

Había varias decenas de catres alineados en fila y ocupados por humanos que mostraban indicios de haber servido de alimento a los faes. Estaban pálidos y tenían las venas ennegrecidas. De un hombre se estaban alimentando en ese momento. Sus gemidos eran una mezcla de dolor y otra cosa completamente distinta. Y no intentaba apartarse del fae que se estaba alimentando de él. Le agarraba de los hombros, atrayéndole hacia sí.

—Dios mío —susurré horrorizada, con el estómago revuelto—. Qué...

—Tenemos que alimentarnos —contestó Drake, y tiró de la cadena hasta que le miré a los ojos—. Ellos disfrutaban. Tú también disfrutarías si dejaras de resistirte.

—¿Que disfrutaban? —pregunté, asqueada—. ¿Qué clase de vida es esta?

El príncipe no respondió. Abrió otra puerta y me acordé de lo que había ocurrido en el Flux. Ignoraba si todos los humanos que trabajaban en el club conocían la existencia de los faes, pero algunos sin duda sí, y mira lo que les había pasado. Habían sido asesinados.

—Matasteis a toda esa gente en el club. Os...

Tiró de la cadena hasta que me obligó a ponerme de puntillas.

—Me hicieron enfadar. Te aconsejo que lo tengas en cuenta.

Quise preguntarle qué habían hecho, pero me hizo entrar en una habitación del tamaño aproximado de una despensa. Estaba iluminada por una sola bombilla que colgaba del techo. Contuve la respiración. Ya no pensaba en el club, ni en los humanos tumbados en los catres. Había una persona agazapada contra la pared, con las manos atadas. Una cadena más gruesa que la mía iba desde sus muñecas a la pared. El cabello, rojizo y ondulado, le caía sobre los pómulos altos y pálidos. Un hematoma azulado cubría el lado izquierdo de su cara. No llevaba camisa, tenía los pantalones desabrochados y su pecho estaba lleno de arañazos y marcas de mordiscos.

No. No, no, no.

No quería que fuera él, pero lo era. Era Ren.

—¡Ren! —grité abalanzándome hacia él.

Drake agarró la cadena y tiró de mí. El metal se me clavó en la tráquea. Cogí la cadena e intenté que aflojara la presión.

—¿Te he dado permiso para que te acerques a él? —preguntó.

Una oleada de odio se apoderó de mí, más poderosa de lo que creía posible. Ren respiraba entrecortada y lentamente. Estaba vivo, pero la red de venas que se veía bajo su piel estaba extrañamente ennegrecida. No tuve que preguntar qué le habían hecho para que se hallara en ese estado.

Sin apartar los ojos de Ren, luché por respirar y dije con esfuerzo:

—Por favor, por favor, deja que me acerque a él.

El príncipe tardó siglos en contestar, o eso me pareció. Luego, sentí que la cadena se aflojaba.

—Espero no tener que arrepentirme. Si me desobedeces, será él quien pague las consecuencias.

Odiando al príncipe con toda la fuerza de mi ser, me acerqué a Ren y me arrodillé sobre el suelo de madera arañada.

—Ren —susurré, poniéndole la mano en la mejilla.

Le levanté la cabeza con cuidado. Tenía unas ojeras profundas y oscuras, pero seguía siendo la cosa más bella que había visto nunca.

—Dios mío, Ren...

—No te compadezcas de él —dijo Drake al acercarse—. Breena se ha encaprichado de él y ha sido muy... cariñosa.

Yo no sabía quién era Breena, pero a ella también iba a matarla. Le retiré el pelo de la cara y le besé en la frente.

—Qué romántico —comentó Drake con sorna.

Cerré los ojos para no sentir el escozor de las lágrimas, pero no podía dejar de ver los arañazos y las marcas de mordiscos. Ignoraba qué le habían hecho aquella tal Breena y los demás, pero estaba claro que no era nada bueno.

—Lo siento —susurré, apoyando la mejilla en su cabeza—. Lo siento mucho.

De pronto respiró hondo y alzó los hombros y, al apartarme yo, abrió los ojos. Dios mío, aquellos ojos tan bellos sí eran los suyos. Parecían un poco apagados y un poco desenfocados, pero eran sus ojos. Se me saltaron las lágrimas cuando me miró. ¿Cómo podía haberme dejado engañar por el príncipe?

Compuse una débil sonrisa.

—Hola.

—¿Ivy? —murmuró.

—Soy yo. —Le acaricié la mejilla y noté su barba de varios días.

Exhaló otro suspiro.

—No... no deberías estar aquí.

Sentí una opresión en el pecho.

—Tú tampoco.

Cerró los ojos y se apoyó contra mí. Sus labios se movieron, pero no emitió ningún sonido. Yo no sabía cuál era su estado mental, pero no podía ser bueno. Me dieron ganas de destrozar la habitación. Ignoraba si recordaba algo de nuestra última conversación, o si me odiaba por ser lo que era y por la situación en que le había metido, pero no me importaba. No soportaba verle así.

—Te dije que estaba vivo —dijo Drake—, pero que siga estándolo depende únicamente de ti.

Besé a Ren en la sien y miré al príncipe. Estaba a menos de un metro de nosotros, con mi cadena colgando de la mano.

En cuanto le miré, sonrió con frialdad.

—Le dejaré marchar si tú te entregas.

Me quedé petrificada, sin saber si había oído bien.

—¿Qué?

—Le soltaré ahora mismo si aceptas estar conmigo.

Abría los labios para tomar aire. Su oferta resonó en mi cabeza, pero estaba demasiado horrorizada para sopesarla. No podía hablar en serio.

—Si no, no puedo prometerte que Breena no vuelva a... hacerle gozar como otras veces —añadió Drake.

Di un respingo.

—No —gruñó Ren levantando la barbilla. Miré su cara magullada—. No puedes...

—Sí puede —le interrumpió Drake—. Si quieres que viva, puedes.

—Esto es... es coacción —murmuré, mirándole.

—No, si decides entregarte a mí libremente.

Sentí una náusea mientras le miraba. Hablaba absolutamente en serio. Para salvar a Ren, tenía que entregarme a él... y posiblemente acabar con el mundo al tener un bebé que abriría todas las puertas del Otro Mundo.

—Puedes elegir —dijo el príncipe—. Si te sometes, liberaré a este humano. O bien puedo entregárselo a Breena, pero te garantizo que no durará ni una noche.

En realidad, no tenía alternativa.

No podía dejar morir a Ren. Aunque él me odiara, no podía hacerlo. La Orden le necesitaba. El mundo le necesitaba para luchar contra los faes y los antiguos. Yo le necesitaba vivo.

Ren se movió, tratando de echarse hacia delante, pero cayó de lado. Le agarré antes de que chocara contra el suelo. Estaba aturdida, pero sabía que no podía

permitir que siguieran haciéndole daño. Tenía que haber otra alternativa. Necesitaba tiempo.

Tiempo.

Necesitábamos tiempo.

De pronto se me ocurrió una idea y me agarré a ella como si fuera el único salvavidas en todo el océano. Si conseguía sacar de allí a Ren y ganar algún tiempo, tal vez encontrara la manera de salir de aquel embrollo.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo? ¿Cómo voy a saber que le has soltado y que está a salvo?

—Te doy mi palabra. —Los ojos de Drake centellearon con una expresión de triunfo—. Una vez dada, solo puede romperla la muerte.

Era cierto. Yo no tenía ni idea de por qué los faes estaban ligados de esa forma a sus promesas, pero no podían incumplirlas. Ni siquiera un príncipe o una reina.

—¿Y prometes liberarle inmediatamente y no hacerle más daño?

—Sí.

—Ivy, no. No puedes —gruñó Ren.

Me dolió no hacerle caso, pero en ese momento no podía escucharle.

—Necesito tiempo.

El príncipe ladeó la cabeza.

—Necesito tiempo para... para estar contigo —dije con esfuerzo mientras Ren se tensaba a mi lado—. No puedo hacerlo sin más. Yo no funciono así.

Drake entornó los ojos.

—No...

—Solo te pido tiempo. Si no me lo concedes y sigues haciendo daño a Ren, encontraré un modo de poner fin a esto y volverás al punto de partida. Tendrás que buscar otra semihumana.

Agarró con fuerza la cadena y la sentí alrededor de mi cuello.

—¿Cuánto tiempo?

—Un mes.

—No. Una semana —replicó.

No era tiempo suficiente para que encontrara una manera de salir del atolladero.

—Cuatro semanas.

—Eso es un mes. —El príncipe suspiró—. Dos semanas.

—Tres —contesté—. Necesito tiempo para acostumbrarme a esto. Para sentirme cómoda.

—No necesitas sentirte cómoda. Solo tienes que dejar que te fecunde.

Hice una mueca.

—Sí, vale. Por eso necesito tiempo, porque dices cosas así mientras tengo una cadena al cuello, y me dan ganas de vomitarte en la cara.

El príncipe hizo una mueca de asco.

—Eso es repugnante.

—Exacto —le espeté—. Necesito tiempo.

—Hijo de puta —gruñó Ren, tirando de sus cadenas. Había entreabierto los ojos y la rabia había coloreado sus mejillas—. No vas a tocarla. —Los músculos de sus brazos y sus hombros se marcaron—. Voy a matarte. Maldito hijo de puta, voy a acabar contigo.

El príncipe le lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Tres semanas y te someterás a mí?

Se me revolvió el estómago, pero asentí.

—Dilo —ordenó.

—Tres semanas y me... someteré a ti —contesté entre dientes.

El príncipe sonrió, enseñando unos dientes blancos y horriblemente afilados.

—Trato hecho.

Dio media vuelta y gritó algo en un idioma que no entendí. Se abrió la puerta y un antiguo de pelo corto entró en la habitación.

—Soltadle.

—Espera —dije—. Prométeme que no le haréis más daño y que le liberaréis, y que me concederás tres semanas. Prométemelo.

Un músculo se movió en su mandíbula. Mi corazón latía con violencia.

—Necesito oír cómo me lo prometes.

—Ivy... —Ren abrió las manos y las cerró compulsivamente.

—Prometo que será liberado sin que se le cause más daño y que te concederé tres semanas, ni un día más, para que te acostumbres a esto —dijo Drake.

El collar pareció oprimirme más el cuello cuando susurré:

—Trato hecho.

—¡No! —exclamó Ren—. Ivy, no puedes...

—No pasa nada —le dije tocándole la mejilla—. Lo tengo todo controlado, ¿vale? Confía en mí. —Antes de que pudiera responder le besé en la boca—. No pasará nada —añadí.

Intentó tocarme, pero Drake tiró de la cadena y no tuve más remedio que ponerme en pie y retroceder. Ren, que tenía las manos atadas, se contuvo, y su expresión de dolor me rompió el corazón en mil pedazos.

—No lo hagas —dijo con voz grave—. No merezco que lo hagas. No puedes... no puedes hacerlo.

—Claro que lo mereces —le dije—. No podría vivir si... —Apreté los labios y le sostuve la mirada mientras Drake salía de la habitación—. Te quiero —dije.

Caminando hacia atrás, mantuve la mirada fija en su cara hasta que las lágrimas cubrieron mis ojos y solo pude oír el ruido que hicieron sus cadenas cuando luchó por ponerse en pie.

—Pase lo que pase, te quiero —añadí.

El antiguo se puso delante de mí, impidiéndome verle, pero le oí gritar:

—¡No se te ocurra tocarla, cabrón! ¡Te haré pedazos! ¡Ivy, no!

Respiré hondo, entrecortadamente, cuando la puerta se cerró, ahogando las amenazas de Ren, y un segundo después choqué de espaldas con la pared y el príncipe se inclinó hacia mí. A nuestro lado, un humano gemía en un catre.

El príncipe acercó su cara a la mía.

—Si se te ocurre engañarme o hacerme alguna jugada, sufrirás tanto que desearás la muerte, pero no te dejaré morir hasta que tu cabello se vuelva blanco y tu piel se arrugue —dijo con mortífera calma, en voz baja—. Y esa es una promesa que no pienso incumplir. ¿Entendido?

Me estremecí al pensar en los humanos a los que había visto colgando de las vigas del Flux.

—Entendido.

Me quedé mirando el plato de pollo asado, inhalando su delicioso aroma a hierbas.

Olía de maravilla. Debería tener hambre. Lo último que había comido había sido un plato de sopa la noche anterior, hacía casi veinticuatro horas, pero la sola idea de comer hacía que se me revolviera el estómago.

Sería seguramente por la cadena que rodeaba mi cuello. Cada vez que tragaba, me acordaba de que estaba cautiva. Solo me la quitarían esa noche, cuando me permitieran ducharme. Me permitían ir al baño periódicamente, pero se limitaban a desenganchar la cadena de la cama y dejaban la puerta del cuarto de baño abierta.

Miré con rabia el plato de comida y me dieron ganas de arrojarlo contra la pared. Iba a volverme loca en aquella habitación, preguntándome angustiada qué estaría pasando fuera, en el mundo real.

¿De verdad Ren estaba a salvo? El príncipe me lo había prometido, pero eso no significaba que estuviera bien. ¿Brighton había encontrado a Merle y a ese supuesto grupo de faes bondadosos? ¿Tink se encontraba bien, o habría prendido fuego a mi apartamento sin querer, presa del pánico? ¿Sabía lo que me había pasado? ¿Y qué habría pasado con David y el resto de la Orden? Ya tenían que haberse enterado de la desaparición de Henry y de mi secuestro. Ni siquiera sabía si Henry o Kyle creían *de verdad* que yo era la semihumana, o si Drake me había mentado.

Tenía tantas preguntas y tan pocas respuestas...

Estiré las piernas y me aparté un rizo grasiento de la cara. Drake solo me había hecho una visita desde que me había llevado a ver a Ren. El día anterior. La cosa no había ido bien. Yo había tratado de... portarme bien. Ganarme su confianza era mi única oportunidad de escapar, pero aquel tipo me sacaba de quicio.

Al pasear la mirada por la habitación, vi lo de siempre. No había ninguna vía de escape. Mi única posibilidad de escapar era quitarme la cadena del cuello y salir de allí de algún modo. Ignoraba dónde estábamos, pero si salía tendría una oportunidad de huir. Allí dentro no tenía ninguna.

Me puse tensa y levanté las rodillas cuando se abrió la puerta del dormitorio. Entraron dos faes, las dos hembras. A una ya la conocía. Era aquella mujer de cabellera plateada que había puesto cara de horror al verme frente a la celda donde tenían encerrado a Ren. Me había traído la comida la noche anterior y esa mañana, junto con el príncipe y otro antiguo. Se llamaba, casualmente, Faye, o eso me había parecido.

No sabía quién era la otra, la de cabello oscuro, tan bella y esbelta como todos los demás. Rara vez había visto a un fae de pelo oscuro, pero combinaba

maravillosamente con su piel plateada. Vestida con vaqueros ceñidos y una camiseta de tirantes también ceñida y casi transparente, tenía unos pechos perfectos a pesar de que no llevaba sujetador. Lo sabía porque se le transparentaban los pezones.

Faye miró mi plato intacto.

—No has comido.

No contesté, porque ¿para qué?

La otra cerró la puerta de la habitación y se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros.

—Bueno, hemos venido para que te duches, así que has perdido tu oportunidad de comer.

—Puede comer después, Breena. —Faye se mantuvo un poco apartada—. El príncipe no quiere que se muera de hambre.

Descolgué las piernas de la cama.

—¿Tú eres Breena?

Sus labios rojos y carnosos esbozaron una sonrisa desdeñosa cuando me miró.

—Sí.

Me puse en pie lentamente.

—Algún día te mataré.

—¿Ah, sí? —Se encogió de hombros—. Me apuesto algo a que sé por qué.

La rabia me caló hasta los huesos.

—Seguro que sí.

—Te dije que no era prudente que vinieras —le dijo Faye con un suspiro—. El príncipe le habló de ti. No lo ha olvidado.

—Eso esperaba yo. —Breena hizo una pausa; sus ojos azules claros rebosaban malicia—. ¿Y sabes qué otra persona no va a olvidar mi nombre? Mi pequeña mascota humana.

—Para, Breena —le advirtió Faye, lanzando una ojeada a la puerta.

Cerré los puños.

—Eres repugnante.

—A Ren no se lo parecía —replicó al tiempo que sacaba la llave—. Sobre todo cuando acercaba mi boca a su piel, cuando nuestras lenguas se entrelazaban y su...

Me lancé hacia ella con un chillido. Me esquivó fácilmente, saliendo fuera de mi alcance, y la cadena tiró de mi cuello.

—Parece que te sientes orgullosa de forzar a otra persona —le grité.

—¿Quién dice que le forcé? —Soltó una risa siniestra—. Puedo ser muy, muy persuasiva.

—Y yo voy a matarte —le prometí.

Breena resopló.

—Mi mascota tenía un tatuaje alucinante. Yo dibujaba esas enredaderas con la punta de la lengua.

—¡Cállate!

Me invadió la rabia, mezclada con una amarga punzada de celos. Era absurdo concederle a Breena ese poder, pero no pude refrenarme. Yo sabía que lo que hubiera pasado entre ellos no había sido responsabilidad de Ren. Yo no habría hecho lo que había hecho con el príncipe de haber sabido que no era Ren, y todavía me avergonzaba recordarlo, pero Breena me estaba sacando de quicio.

—Dame la llave —ordenó Faye.

Breena se la pasó sin quitarme ojo.

—Sabía a hombre y a sal. No es mala combinación. Puede que le haga una visita.

—No vas a tener ocasión —repliqué mientras Faye se acercaba a mí.

La miré de repente. Se detuvo y me miró con desconfianza, levantando las manos.

—Voy a quitarte la cadena para que puedas ducharte. Nada más.

En cuanto me liberara, cogería la cadena y se la echaría al cuello a Breena.

—Por favor, no —dijo Faye mirándome a los ojos como si me hubiera leído el pensamiento—. Si la agredes o causas algún problema, vendrá un macho. ¿Entiendes?

Yo cerré tan fuerte la boca que empezó a dolerme la mandíbula.

—Se quedará aquí mientras te duchas —explicó Faye en tono casi suplicante, lo cual me sorprendió—. Y tú no quieres eso, ¿verdad?

—No —contesté con esfuerzo.

—Entonces, por favor, no le hagas nada —dijo en voz baja—. No estuvo con él tanto tiempo. Se alimentó de él, pero nada más.

—Tú sigue diciéndole eso, a ver si así duerme mejor por las noches. —La risa de Breena tintineó como una campanilla.

—Ignórala —insistió Faye—. Solo quiere que te enfades y que te castiguen. No le hagas ese favor.

Respiré hondo y sentí que el aire me quemaba los pulmones.

—¿Y a ti qué más te da?

Faye desvió la mirada y no respondió. Yo no entendía de verdad qué le importaba a ella que tuviera que desnudarme delante de un batallón de faes machos, pero tenía razón. No quería que entraran mientras me duchaba, y la verdad era que estaba deseando darme una ducha.

—De acuerdo —dije.

Faye pareció aliviada, pero Breena sonrió como si hubiera ganado una batalla. Yo esboqué una sonrisa agria, porque *después* de ducharme y volver a vestirme ya no tendría nada que perder y pensaba hacerle pagar por lo que había dicho.

Faye desenganchó la cadena, pero sujetó el extremo.

—¿Lista?

Asentí.

Entramos en el cuarto de baño y Breena nos siguió. Yo intenté ignorarla, pero fue posiblemente una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida, sobre todo cuando se puso a hablar otra vez.

—Tienes que dejar la puerta abierta —dijo con una mueca burlona.

Faye puso mala cara.

—No es necesario —les dije—. ¿Qué voy a hacer aquí dentro?

—No me fío de ti. —Breena me dio un empujón en el hombro al pasar a mi lado y se sentó en el borde de la bañera cruzando elegantemente las piernas.

Me puse tensa mientras Faye abría la banda metálica que ceñía mi cuello y me la quitaba. Me toqué enseguida la piel y tragué saliva con cuidado. Faye se acercó a la ducha y abrió el grifo para regular la temperatura.

—Desnúdate —ordenó Breena.

Bajé las manos, mirándola con rabia. Su sonrisa satisfecha se hizo más amplia.

—O te quitas tú la ropa o te la quito yo.

Faye suspiró.

—Breena...

—No lo digo en broma —insistió ella.

Me hormigueaba la piel de rabia y exasperación. En parte deseaba que tratara de desnudarme, pero por otro lado no quería que el cuarto de baño se llenara de faes mientras me duchaba. Breena ya me había alterado bastante. Le había hecho cosas a Ren (y con Ren) y ahora pretendía intimidarme. No pensaba darle pie.

Agarré el bajo de mi camiseta sucia, me la quité y se la lancé a Breena. La cogió al vuelo, pero su sonrisa se borró cuando soltó la prenda.

—Qué monada. ¿De verdad llevas un sujetador con margaritas?

Sí, lo llevaba. Me desabroché los pantalones, me los bajé por las caderas y los muslos y me los quité. El cuarto de baño empezaba a llenarse de vapor.

—¿Braguitas rosas? —preguntó Breena en tono burlón—. ¿Cuántos años tienes?

—Que te jodan —repliqué mientras me desabrochaba el sujetador. Noté que me ardían las mejillas al bajarme los tirantes.

—¿Qué te parece si voy a follarme a tu novio? —respondió Breena.

Voy a matarla. Me temblaron las manos cuando dejé caer el sujetador al suelo. *Voy a matarla,* me repetía para mis adentros mientras me quitaba las bragas.

—No entiendo qué ve en ti —comentó Breena enarcando una de sus cejas morenas—. Tus tetas no están mal, pero el resto... Has hecho bien saltándote la cena.

—Cállate, Breena. —Faye le lanzó una mirada de reproche—. Cállate.

Breena no le hizo caso.

—Uy, mira. Tienes un tatuaje en el mismo sitio que tu novio. Qué monada.

Me puse tensa. Ren tenía el tatuaje (el símbolo de la libertad que llevábamos todos los miembros de la Orden) en el bajo vientre, casi en el pubis, lo que significaba que tenía que haberle visto sin pantalones. Sintiendo un nudo en el estómago, luché por respirar. Nuestras miradas se encontraron. Los ojos pálidos de Breena me retaban descaradamente.

—A la ducha, Ivy. —Faye me tocó el brazo con delicadeza—. Anda, dúchate.

Me ardía la piel, y tuve que hacer un enorme esfuerzo para darme la vuelta y

meterme en la ducha. El agua caliente me produjo un escozor en la cadera. Faye cerró la puerta de la ducha, pero era de cristal transparente, de modo que no disponía de ninguna intimidad. Sentía tanta vergüenza que me movía con torpeza y cogí bruscamente el bote de champú.

Breena no paró de hablar mientras me duchaba. Habló de lo viva que se sentía después de alimentarse de Ren, y de cómo flexionaba él los músculos bajo sus manos. Luego habló de cómo serían las cosas cuando el príncipe me dejara «preñada» y yo tuviera a su hijo. Yo sería apartada y ella ocuparía mi lugar. Por lo que pude deducir, conocía íntimamente a Drake.

Qué tópico.

Yo no le hice caso y me concentré en el placer de lavarme, aunque me dieron ganas de hacerle tragar el bote del gel. Tendría que esperar una oportunidad más favorable, así que me tragué mi sentimiento de humillación y refrené mi ira mientras acababa de ducharme. La puerta se abrió una vez y me ofrecieron una maquinilla desechable. Me quedé mirándola y luego miré a Faye.

Sus mejillas plateadas se sonrojaron.

—Él quiere que te afeites.

—Quiere... —Yo sabía por qué. Asqueada, traté de controlar una arcada—. No. Ni hablar.

—Qué asco —masculló Breena—. Los humanos son tan peludos...

¿Acaso los faes no tenían pelo en los mismos sitios que nosotros? No tenía ni idea y, francamente, tampoco me interesaba. No pensaba afeitarme.

—No voy a hacerlo —dije.

Faye pareció mirarme casi con aprobación, pero pensé que debían de ser imaginaciones mías. Asintió con un gesto y se apartó de la ducha. Yo quería estar limpia, pero si dejando de lavarme y de depilarme conseguía mantener alejado al príncipe, no me importaría estar todo lo sucia que fuera humanamente posible. Cuando acabé, Faye me pasó una toalla.

Se me puso la piel de gallina al salir de la ducha. Fue entonces cuando me di cuenta de que Faye sostenía en los brazos un montón de tela negra. Mi pelo mojado goteaba cuando me pegué la toalla al cuerpo.

—El príncipe quiere que te pongas esto —explicó Faye.

Esto resultó ser un vestido de noche negro, de manga larga y cintura alta, muy escotado. Sin necesidad de tocarlo, me di cuenta de que era increíblemente fino.

—¿Lo dices en serio? —pregunté y, cuando Faye dijo que sí con la cabeza, hice una mueca—. Podré ponerme algo más.

—O te pones esto o vas desnuda. —Breena se levantó ágilmente—. Tú decides.

La vi salir del cuarto de baño y miré a Faye. No entendía por qué se mostraba tan amable y servicial conmigo, pero confié en que me buscara otra cosa que ponerme.

—Por favor. No puedo... No puedo ponerme eso.

—Lo siento. —Y parecía sentirlo de verdad.

Su actitud volvió a sorprenderme.

La cadena y el collar metálico descansaban sobre la cama, esperándome. Frustrada, le quité el vestido de las manos. No había ropa interior, y deduje que era a propósito. Asqueada, le di la espalda a Faye.

Salió del cuarto de baño para que me vistiera con un poco de intimidad, y yo dejé caer la toalla y me pasé el vestido de seda por la cabeza. El bajo llegaba hasta el suelo, y los dedos de mis pies asomaban bajo la falda.

Sin ropa interior, me sentía desnuda.

Me saqué el pelo mojado de dentro del vestido, pero me negué a mirarme al espejo. El corpiño era tan ceñido que apenas dejaba nada a la imaginación, y el escote se abrió ligeramente cuando me incliné. Genial.

—¿Cuánto tiempo tarda una humana en vestirse? —preguntó Breena desde el dormitorio.

Me alisé el vestido pasándome las manos por los costados y compuse una sonrisa forzada al levantar la cabeza. Salí del cuarto de baño sorteando a Faye. Me acerqué a la cama con calma y me detuve a escasos centímetros de Breena.

—Con ese vestido, parece que vas disfrazada —dijo.

Sonreí más aún mientras la miraba. Breena me observaba expectante. Eché el brazo hacia atrás y le di un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas.

Faye ahogó un grito de sorpresa cuando Breena cayó hacia atrás sobre la cama. No le di ocasión de recuperarse. Me senté a horcajadas sobre sus caderas, la agarré por la cabeza y le hundí los pulgares en los ojos.

—Voy a matarte —le dije, ignorando una punzada de dolor cuando me arañó los brazos a través de la tela del maldito vestido—. Puede que no ahora, pero algún día te mataré.

Breena chilló y se revolvió, pero yo la sujeté como un pulpo, esperando a que interviniera Faye. De pronto se abrió la puerta del dormitorio y un antiguo irrumpió en la habitación. Yo seguí clavándole los dedos a Breena, que chillaba de dolor, hasta que dos manos me agarraron por los hombros y me apartaron de ella. Caí de culo al suelo.

La banda de metal se cerró alrededor de mi cuello y la cadena se tensó, obligándome a levantarme. Breena se puso en pie de un salto. La sangre le goteaba por las comisuras de los ojos. Chillando como una loca, se lanzó hacia mí pero no llegó muy lejos.

Faye la agarró por la cintura y tiró de ella hacia la puerta abierta, sorteando la cama. Yo solté una risa histérica cuando el antiguo me lanzó de un empujón a la cama. Me agarré y me giré bruscamente hacia él. Estiró un brazo y me golpeó en la mandíbula con el dorso de la mano. Noté un estallido de dolor en la boca. Me toqué la barbilla e hice una mueca al ver que tenía las yemas de los dedos manchadas de sangre.

—Al príncipe no va a agradarle tu actitud —me advirtió, mirándome como si

quisiera darme un coscorrón.

Con el labio todavía dolorido, le dediqué una sonrisa sanguinolenta.

—Ha merecido la pena.

El cuarto día me comí el almuerzo, aunque no fue muy agradable comer mostaza teniendo el labio partido. Faye me trajo un sándwich poco después de la una. No se quedó a charlar, y eso me fastidió porque sentía curiosidad por ella y quería saber por qué era tan amable conmigo. No íbamos a hacernos grandes amigas, claro, pero saltaba a la vista que no era como las demás. Sin embargo, lo único que me dijo antes de salir fue que no debería haber atacado a Breena.

Y tenía razón, no debería haberla atacado, pero en fin...

De todas las cosas de las que podía arrepentirme en la vida, no creo que esa estuviera entre las treinta primeras.

No sé por qué me puse a pensar en Val. ¿Cómo me trataría ella si no hubiera muerto y yo estuviera aquí? ¿Se portaría bien o mal conmigo? En parte quería creer que trataría de ayudarme, pero me daba cuenta de que en realidad sabía muy poco sobre Val.

Pensar en ella hacía que me doliera todo.

Acababa de comerme el sándwich cuando se abrió la puerta del dormitorio. Me puse en guardia al ver que era Drake. Llevaba unos pantalones de lino que no le quedarían bien a casi ningún hombre, y la camisa medio desabrochada. Estaba descalzo.

Al verle así vestido empecé a ponerme nerviosa. Se había pasado por mi habitación la noche anterior para gritarme por haber agredido a Breena y para decirme que se alegraba de que ya no estuviera «sucio». Supuse que Faye no le había dicho que no me había depilado.

—¿Me echabas de menos? —preguntó al detenerse delante de la cama.

Resoplé.

—No, ni lo más mínimo.

—Si tuviera sentimientos, tampoco me importaría.

Poniendo los ojos en blanco, me desplacé hasta el borde de la cama y apoyé los pies en el suelo. No tenía mucho espacio para moverme, pero no me gustaba estar en la cama cuando Drake se encontraba en la habitación. Cada vez que entraba, yo me levantaba.

—¿Te gusta el vestido que elegí para ti?

No me lo había preguntado antes.

—No —contesté meneando la cabeza.

—No me sorprende. —Se rio y, moviéndose a la velocidad del rayo, me agarró por la barbilla y me echó la cabeza hacia atrás—. ¿Sabes?, Valor podría haberte

dejado la cara mucho peor.

Valor (qué nombre tan irónico, en su caso) era el antiguo que me había dado una bofetada el día anterior.

—Ya hemos tenido esta conversación —contesté apartando la barbilla.

Me parecía despreciable que hubiera *consentido* que me abofetearan, solo que me abofetearan, nada más.

—Y lo repito: voy a matar a Breena.

—No me parece probable.

Entorné los ojos y cerré los puños.

—¿No me crees capaz?

Esbozó una sonrisa torcida e inclinó un poco la cabeza hacia delante. El pelo moreno le resbaló por los hombros.

—¿Serías capaz de matarla por haber tocado a tu macho humano?

—Sería capaz de matarla por lo que le forzó a hacer —repliqué—. Porque no fue algo consentido. Si lo hubiera sido, entonces no tendría problema con ella.

—¿Cómo sabes que no fue consentido? —me espetó Drake.

Contuve la respiración.

—Lo sé porque... porque *esto* no lo es. Porque Ren no habría querido que se alimentaran de él. Porque...

—¿Y crees que a ti te desea de verdad, aun sabiendo que eres una semihumana?

Tensé los hombros. Preguntarme si Ren todavía me quería no era una de mis prioridades desde que estaba cautiva.

—Permíteme hacerte una pregunta. —Se sacó la llave del bolsillo—. ¿Cómo crees que atrapamos tan fácilmente a tu hombre?

—Dudo que fuera fácil.

Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios. Tensé los músculos cuando me retiró el pelo del cuello con una mano.

—Fue el lunes pasado —dijo.

Sentí una opresión en el pecho. Tal y como me temía, había sido el lunes, cuando le dije a Ren que era una semihumana. Él desapareció esa misma noche, la madrugada del martes, y luego, el miércoles, apareció Drake haciéndose pasar por él.

—No fui yo quien atrapó a tu macho. —Me quitó la banda metálica del cuello y la dejó sobre la cama—. Fue Breena.

No me atreví a moverme, a pesar de que ahora tenía cierta libertad de movimientos. Drake seguía agarrándome del pelo y estaba muy cerca. Cuando hablé, su aliento fresco me acarició la mejilla.

—Consiguió que se fijara en ella y no le resultó difícil atraerle —me dijo.

Cerré los puños.

—Ren vio a través de su hechizo de seducción. Nuestro deber consiste en perseguir a los faes cuando los vemos.

—¿Y cómo sabes que solo estaba cumpliendo con su deber? Breena es preciosa y

tú... Bueno, tú tienes este pelo. —Lo levantó—. No sé muy bien cómo calificarlo.

—Vaya, gracias.

Se rio y soltó mi melena rizada, pero no retrocedió. Apoyó la mano en mi hombro y me sentía agobiada por su presencia.

—Le dejó inutilizado muy fácilmente —prosiguió—. Imagino que estaba distraído.

Claro que lo estaba, y no por la razón que creía Drake.

—Sé lo que intentas y no va a dar resultado.

—¿No? —Deslizó la mano desde mi hombro a mi nuca y me obligó a echar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos—. ¿Y sabes también que cuando nos alimentamos podemos leer el pensamiento? ¿Ver el interior de esa persona? ¿Fragmentos de su personalidad, sus deseos y sus anhelos?

No, eso no lo sabía.

Sus ojos eran como estanques de hielo azul.

—¿Cómo crees que pude convencerte durante un tiempo de que era Ren?

—Solo durante unas horas —le recordé.

Me apretó el cuello con más fuerza.

—Si no nos hubieran interrumpido, habría conseguido lo que quería.

Sentí una oleada de vergüenza y de rabia. Traté de apartarme, pero me retuvo.

—Descubrí ciertas cosas sobre él cuando me alimenté, como sin duda hizo Breena. —Hizo una pausa—. Una de las cosas que averigüé sobre tu macho humano fue que estaba preocupado por esos dos hombres, Henry y Kyle.

Genial. Pero ahora mismo ese no era uno de mis mayores problemas.

—Deberías darme las gracias por haber eliminado al menos a uno de ellos —añadió, y yo cerré la boca con fuerza—. Hice lo que tu hombre no podía hacer.

—Ser capaz de matar a alguien a sangre fría no es precisamente una virtud —repliqué.

—En eso no estoy de acuerdo. —Me soltó y dio un paso atrás—. ¿Sabes qué más descubrí?

Yo crucé rápidamente la habitación para poner la mayor distancia posible entre los dos. La puerta estaba cerrada, y yo sabía que no podría escapar de él. No sabía por qué me había soltado, pero no iba a quejarme. Necesitaba conservar la calma, porque mi única oportunidad de salir con vida de allí era ganarme su confianza.

—¿Qué? —pregunté.

Esbozó una tensa sonrisa.

—Tu macho humano no está seguro de lo que siente por ti. Se siente *dividido*. Le importas, pero al mismo tiempo detesta una parte de ti, tu mitad no humana. No puede reconciliar esas dos mitades.

Respiré hondo y un nudo se formó en mi garganta.

—¿Por qué habría de creer lo que dices? —pregunté con voz ronca.

—Porque he estado dentro de tu cabeza y tú también tienes esos miedos —

contestó—. Temes que sienta así, y tienes razón. Eso es lo que siente.

Me puse a pasear de un lado a otro delante de la cómoda, cruzando los brazos. El nudo que notaba en la garganta era cada vez más grande.

—¿Por qué quieres estar con alguien que no te acepta tal y como eres, por completo? —preguntó.

Era una pregunta magnífica, que yo misma me hacía a menudo. Exasperada, empecé a pasearme por la mullida alfombra que rodeaba la cama. Cada vez me parecía más improbable ser capaz de mantener la calma.

—¿De verdad crees que decirme estas cosas va a servir de algo?

—Sí.

Cerré los puños.

—Pues te equivocas.

—Hicimos un trato, así que, en resumidas cuentas, da igual, ¿no te parece? —contestó—. Te quedan diecisiete días.

Me estremecí.

—Prefiero que me mates a que me lo recuerdes.

—Creía que no querías morir.

Se dejó caer en el sillón que había junto a la ventana y se acomodó en la postura de siempre, con los muslos separados y los hombros echados hacia atrás. Drake convertía cada sillón en un trono, y aquello me fastidiaba enormemente.

—Cuando estabas tendida de espaldas, después de que te diera esa paliza, ¿no querías vivir? ¿Has cambiado de idea?

—Sí. —Pasé otra vez delante de la cama, y el dichoso vestido pareció susurrar alrededor de mis tobillos—. Tu sola presencia hace que desee poder tirarme desde la ventana más alta de un edificio de cincuenta pisos, y que haya una acera de cemento debajo. O un foso. Un foso lleno de cocodrilos hambrientos.

Sonrió.

—Tus palabras pintan siempre unas escenas tan bellas, pajarito...

—Voy a pintar bellas escenas con tus intestinos —repliqué.

Drake se rio.

Yo le odié.

Con toda mi alma.

—Resístete todo lo que quieras. —Hizo un gesto desdenoso con la mano al fijar la mirada en la ventana—. Hemos hecho un trato. Al final, te tendré debajo y plantaré mi semilla en tu vientre.

Torcí la boca, asqueada, y dejé de pasearme. Me dije a mí misma que debía callarme, pero mi boca se movió como si tuviera vida propia.

—Eso es lo más asqueroso que he oído nunca.

Se encogió de hombros elegantemente.

La ira, mi compañera casi constante, volvió a apoderarse de mí.

—¿De verdad crees que quiero estar contigo? —Abrió la boca—. No contestes —

le advertí—. No te deseo, y desde luego no quiero tener un hijo tuyo.

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en sus labios perfectos y su mirada pálida se clavó en mí.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Me reí amargamente.

—No, nunca voy a desearlo, eso es imposible. Nunca jamás, como dice Taylor Swift en su canción.

Pareció desconcertado.

—Sé que no te serviré de nada una vez dé a luz al bebé del apocalipsis —añadí.

Suspiró.

—Me gustaría que dejaras de llamarlo así.

No le hice caso.

—En cuanto tenga al bebé del apocalipsis, me matarás. Me da igual lo bueno que creas estar, o lo prodigioso que creas que es tu rabo. No desearte es mi seguro de vida.

—Creía que querías tirarte por una ventana a un foso lleno de cocodrilos hambrientos.

Entorné los ojos.

—Quizá no esté dispuesta a cumplir nuestro acuerdo. A diferencia de los faes, yo no estoy obligada por mis promesas.

Eché la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Yo tensé la espalda. Me sentí ofendida. Insultada. Era una luchadora impresionante, ¡y él me tenía tan poco miedo que iba a echarse una siesta!

—¿Sabes una cosa, pajarito? —dijo lentamente mientras tamborileaba con los dedos sobre el brazo del sillón negro—. Pienso quedarme contigo después. Me divierte cómo hablas. Puede que encargue una linda jaula para guardar a mi lindo pajarito pelirrojo.

Le miré boquiabierta.

—Deberías actualizar tu perfil en <Match.com> con esa información. Las mujeres harían cola para conocerte. No hay nada tan romántico como que te mantengan cautiva en una jaula.

Soltó una risa siniestra.

—Ah, qué graciosa eres.

—¡No soy graciosa! —Levanté la barbilla—. Estoy *cabreada*.

—¿En serio? —contestó con sorna—. Jamás lo habría adivinado.

Sentí una oleada de calor cuando la rabia volvió a adueñarse de mí.

—Voy a matarte. Encontraré la manera de hacerlo y te mataré por todo lo que le has hecho a Ren y por lo que me estás haciendo a mí.

El príncipe ladeó la cabeza.

—Y no es una advertencia —añadí—. Es una promesa que pienso cumplir.

Sus dedos se detuvieron, lo cual debería haberme servido de advertencia, pero

estaba demasiado cabreada para darme cuenta de que me había pasado de la raya.

En menos de medio segundo se levantó del sillón y se puso delante de mí. No me dio tiempo ni a pestañear. La velocidad con que se movía nunca dejaba de asombrarme, ni de aterrorizarme.

Me agarró del brazo y me hizo girarme bruscamente. Apoyó la mano en el centro de mi espalda, pero no caí hacia delante. No, *volé* hacia delante. De un extremo a otro de la habitación. Estiré los brazos y mis manos se estrellaron contra la pared un segundo antes que mi cara.

El príncipe apareció a mi espalda en menos de un nanosegundo y me apretó contra la pared.

—Mi paciencia tiene un límite, pajarito. —Sentí su aliento gélido en la oreja—. Hay una cosa en la que no pareces haber reparado, y ya me he cansado de esperar que te des cuenta. Podría hacerte cosas mucho peores que acabar con tu vida. Va siendo hora de que aprendas la lección.

Ay. Mierda.

No me sorprendió que volviera a ponerme la banda metálica alrededor del cuello, pero sí que cogiera la cadena y me llevara a rastras hasta el pasillo.

Ya podía despedirme de mi plan de ganarme su confianza.

Drake no dijo nada mientras bajábamos las escaleras, y a mí ni siquiera se me pasó por la cabeza intentar escapar de él, estando, como estaba, tan enfadado.

No era tonta. Tal vez lo pareciera por no haber sabido refrenarme, pero era lo suficientemente lista para reconocer el sabor del miedo cuando lo notaba en la punta de la lengua.

Vi caras borrosas de faes mientras me conducía a aquella sala llena de catres y seres humanos. El antiguo que custodiaba la puerta miró la cadena que Drake llevaba en la mano y sonrió al apartarse. A mí me ardieron las mejillas por la humillación. Que me condujeran de aquel modo, tirando de mí de acá para allá con una cadena y vestida con aquel ridículo atuendo, se me hacía insoportable.

Drake avanzó hasta el centro de la habitación y yo me detuve junto a la puerta, clavando los dedos de los pies en la fresca madera del suelo. Los camastros no estaban, ni mucho menos, tan llenos como la vez anterior. Solo tres estaban ocupados. Uno de los humanos, una mujer que parecía tener unos treinta y cinco años, miraba apáticamente el techo. Los otros dos eran hombres que parecían tener poco más de veinte años, y estaba dormidos o inconscientes.

Solo había un fae en la sala, un macho que miraba fijamente su teléfono móvil, apoyado contra la pared. Me pregunté si estaría mirando su cuenta de Facebook y tuve que ahogar una risita histérica.

Drake me miró, ceñudo. Cuando nuestros ojos se encontraron, esbozó una sonrisa cruel. Un segundo después dio un tirón a la cadena.

Yo me resistí, y la cadena comenzó a oprimirme el cuello, dificultándome la respiración. Sentí un nudo de pánico en la boca del estómago, que de pronto me pesaba como si lo tuviera lleno de piedras. Mi instinto entró en acción y agarré la cadena.

—Te resistes a mí aun sabiendo que es absurdo. —Drake se me acercó y la presión de la cadena se aflojó.

El aire que penetró en mi garganta hizo remitir el pánico. Drake se colocó delante de mí.

—Una de dos: o eres increíblemente idiota, o increíblemente valiente. ¿Cuál de las dos cosas eres?

Le miré a los ojos, pero me negué a contestar a su pregunta.

Enarcó una ceja al inclinarse hacia mí. Su boca estaba junto a mi mejilla.

—Sigues luchando hasta cuando no tiene sentido hacerlo. Mereces todo mi respeto por ello, pero de todos modos voy a doblegarte.

Volví la cabeza y exhalé bruscamente.

—No vas a doblegarme.

—¿No? Yo creo que ya casi lo he conseguido. —Levantó la cadena y la hizo resonar—. Te tengo encadenada, comes la comida que te doy, duermes en mi cama y llevas la ropa que yo te consigo.

Ladeó la cabeza al tiempo que deslizaba un dedo por mi cuello. Yo me eché hacia atrás, y Drake se rio como si le hiciera gracia.

—Ya has aceptado estar conmigo —añadió—. ¿Puedes decirme exactamente en qué sentido no te he doblegado, pajarito?

La ira me atravesó como un fogonazo, haciendo que el latido de mi corazón me retumbara en los oídos. Clavé la mirada en él.

—No vas a vencerme.

Su sonrisa se ensanchó, helando el ardor de mis venas. Era una sonrisa sagaz y solapada, como si ya hubiera leído el libro y supiera cómo terminaba.

—Solo he conocido a un par de semihumanos en mis muchos siglos de vida.

¿Siglos? Yo sabía que era viejo, pero ¿tanto?

Se giró y me condujo al catre donde yacía la mujer. Ella no se movió, ni nos miró.

—Antes teníamos muchos humanos en el Otro Mundo. No duraban mucho. La comida o el ambiente siempre acababan con ellos, pero los criábamos en cautividad para reponer nuestras existencias antes de su muerte inevitable.

Me estremecí, asqueada. Los faes trataban a los humanos como a ganado.

Drake no pareció advertir mi desagrado.

—Por desgracia, el Otro Mundo se está extinguiendo. Todo se está volviendo frío y yermo. El entorno ya no permite la vida humana y, sin humanos, envejecemos y... morimos.

De pronto se me ocurrió una idea.

—¿Que se está volviendo frío? —pregunté—. ¿Como el tiempo, quieres decir?

Drake asintió. Yo abrí los ojos como platos.

—También está sucediendo aquí —añadí—. Esta ola de frío. —Me acordé de las enredaderas marchitas de mi apartamento—. Es porque estáis aquí.

—El tiempo se está ajustando a nuestras necesidades —contestó.

—Pero ¿vuestra presencia tendrá los mismos efectos aquí que en el Otro Mundo?

Se encogió de hombros.

—Podría ser, pero en todo caso será un proceso de miles de años. El clima seguirá enfriándose. A fin de cuentas, llevamos el invierno en la sangre.

Me quedé muda de asombro un instante.

—Yo creía que las cortes ya no existían. Que invierno y verano se habían unido y...

Su risa grave me hizo callar.

—Las dos cortes no se unieron sin más. Nosotros conquistamos la corte de verano hace siglos. El invierno lo domina todo.

A mí no me dio tiempo a asimilar todo aquello antes de que empezara a hablar otra vez.

—De vez en cuando, un fae concebía con un humano. A veces las cosas se... descontrolan mientras nos alimentamos —dijo con una sonrisa.

Me acordé de lo que me había contado Tink que había visto una vez en un claro del Otro Mundo: al príncipe con varias mujeres. Supuse que aquello debía ponerse bastante complicado.

—Antes de que conociéramos la profecía, la fisura que rodea las puertas, los semihumanos solían considerarse una aberración. Los eliminábamos.

—Dios —mascullé.

—¿Acaso los de tu especie los tratan mejor?

Apreté los labios, porque tenía razón.

—Pero en ocasiones un ejemplar de nuestra especie se encaprichaba del humano, o de su cría, y el semihumano llegaba a hacerse adulto.

Drake avanzó entre los camastros, tirando de mí. La mujer desvió la mirada hacia nosotros. Drake me puso una mano en el hombro y me obligó a sentarme junto a ella.

—¿Sabes qué descubrimos respecto a los semihumanos?

Sentí un hormigueo de inquietud que fue creciendo hasta que me pareció que mil agujas arañaban mi piel. Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron rígidos cuando el príncipe se sentó a mi lado. El catre era pequeño, así que había poco espacio. El príncipe pegó su costado al mío, y mi muslo presionaba la pierna de la mujer.

Drake se inclinó, me pasó un brazo por la cintura y tensó la cadena.

—Descubrimos que los semihumanos podían alimentarse igual que nosotros.

Le miré a los ojos al tiempo que el pavor se adueñaba de mí, helándome la piel.

—No —susurré.

—Sí —contestó en voz baja—. Es bastante sencillo. Como un beso. Solo tienes que inhalar y desearlo, y sucede. Únicamente es necesario que sepas que puedes hacerlo. Las primeras veces es como... como meterse un chute. A tu organismo le cuesta asimilarlo, pero al final lo consigues.

Negué con la cabeza, comprendiendo de pronto por qué sonreía el príncipe. Aquello no podía ser. No, imposible.

—Opino que necesitas explorar tu otro yo.

Quitó la mano de mi cintura y la movió a mi espalda, hacia la mujer. Ella cambió de postura y comenzó a incorporarse.

—Es hora de que descubras quién eres en realidad —añadió.

—Ni hablar.

Traté de levantarme, pero Drake sujetó la cadena, obligándome a permanecer sentada. La angustia me cerraba la garganta y no conseguía que me entrara aire en los

pulmones.

—No pienso alimentarme de nadie. Yo no soy así.

—Tú no sabes lo que eres —replicó—. No tienes ni idea.

—Sé quién soy.

Miré a la mujer. Nos estaba mirando. A la espera. Tenía una expresión vacua, desprovista de todo pensamiento y de toda emoción. ¿Se daba cuenta de lo que estaba pasando?

—Soy Ivy Morgan. Pertenezco a la Orden. Soy *humana* y no me alimento de otros humanos.

—Eres una semihumana y vas a hacer lo que yo te diga.

—Jamás —musité cerrando los puños.

El príncipe se inclinó y me agarró de la barbilla imperiosamente. Su contacto me repugnó.

—Recuerda que puedo obligarte.

Se me encogió el corazón al darme cuenta de lo que quería decir. En efecto, podía obligarme. Podría obligarme a hacer cualquier cosa. Desnudarme y bailar por la habitación. Que me arrodillara ante él. Que me tirara por la ventana. Ya no tenía mi trébol para protegerme. Era tan manipulable como cualquier ser humano. Por alguna razón absurda me había aferrado a la idea de que Drake no podía obligarme a acostarme con él para concebir un hijo, pero ese impedimento no era aplicable a ningún otro caso.

—No. —Traté de apartar la cabeza, pero siguió agarrándome con mano de hierro. El miedo me atenazó las tripas—. No lo hagas, por favor. No me obligues a hacerlo.

—Lo vas a desear.

Guio mi mirada hacia la suya y, antes de que me diera tiempo a cerrar los párpados o a prepararme, nuestros ojos se encontraron y vi en los suyos *algo*, no sé qué, que me impidió desviar la vista. El tiempo pareció ralentizarse. Solo era consciente del latido veloz y errático de mi corazón, y de su mirada. Me di cuenta entonces de que sus ojos no eran de un solo tono de azul. Tenían distintos matices de azul claro y violeta, y eran tan profundos como un iceberg en medio del océano.

—Puede que hasta te guste —murmuró mientras acariciaba mi mandíbula con el pulgar—. Mi voluntad es la tuya.

Entreabrí los labios, pero no le di la razón. No conseguía recordar exactamente por qué, pero sabía que no debía hacerlo, sobre todo cuando empezó a hablarle a la mujer tumbada a mi lado. Yo me había olvidado de ella y me sobresalté un poco cuando apoyó su pequeña y frágil mano sobre mi hombro. Me giré hacia ella aunque sabía que no era prudente.

—Enséñaselo —ordenó Drake, dirigiéndose a la mujer.

Yo no entendía a qué se refería, pero ella parecía saberlo porque cerró los ojos lentamente y se inclinó hacia mí, apoyándose contra mi cuerpo. Pensé que iba a besarme. Su boca se alineó con la mía.

Drake deslizó la mano desde mi barbilla a la banda que rodeaba mi cuello. Yo odiaba aquel collar metálico. Simbolizaba todo cuanto había perdido.

—Tienes hambre, ¿verdad? —murmuró el príncipe junto a mi oído, interrumpiendo mis pensamientos—. Tienes muchísima sed. Un ansia arde en tu estómago, iluminando cada célula de tu cuerpo. Lo necesitas.

Tenía razón.

Sentía el estómago vacío y la garganta reseca. Había comido poco antes, pero de pronto estaba... estaba hambrienta. Sentía *necesidad*.

—No es comida lo que ansías. No es agua lo que puede apagar tu sed. Necesitas vida. Necesitas una parte de ella. Y ella puede darte lo que necesitas —explicó con una voz tan suave como una nana—. Tómalo.

El corazón me retumbaba en el pecho. No podía...

—Ella quiere dártelo —añadió, y no sé por qué pero pensé que tal vez no fuese cierto—. Enséñaselo.

Otra mano se apoyó en mi hombro y alguien tiró de mí hacia delante. Ninguna cadena me retuvo. La mujer comenzó a hablar y a mover las manos, pero yo no entendía lo que decía. Me pesaban los párpados y no lograba mantenerlos abiertos.

—Inhala —ordenó aquella voz, y aquella palabra lo ocupó todo de pronto, fuera y dentro de mí, y entonces hice lo que me pareció... correcto.

Inhalé.

La mujer dio un respingo y sus dedos se contrajeron sobre mis brazos. Una extraña frescura inundó mis labios y mi lengua. Me recordó a un café helado, el día más caluroso del verano. Fue como desnudarse y lanzarse al agua. Pero no era solo eso. Era una sensación electrizante. Un subidón de pura cafeína, envuelto en hielo. Se deslizó por mi garganta e inundó aquel espacio vacío.

Y luego se difundió por todo mi ser.

Era arrollador.

Mis sentidos cobraron vida de pronto. Sentidos que ni siquiera sabía que existían. Sentía que algo me envolvía y que era... que era *invencible*. Todavía tenía los ojos cerrados, pero veía todos los colores. Rojo. Azul. Verde. Amarillo. Y más, una y otra vez. Como si dentro de mí hubiera un arcoíris. El ansia remitió y la sed fue apagándose. Ya no me sentía vacía. No, me sentía repleta y acalorada, pero seguía notando aquel frescor en la punta de la lengua.

—Eso es —dijo una voz ronca y masculina—. Aliméntate.

Inhalé otra vez sin detenerme a pensar.

Unas uñas se clavaron en mi fino vestido de seda, tirando de la tela y rasgándola. Se oyó un sonido, un gemido lastimero, pero yo estaba viva y mi piel vibraba, rebosante de electricidad. No sé cuánto tiempo pasó, pero poco a poco fui cobrando conciencia de que la mujer ya no me agarraba los brazos. Estaba tumbada boca arriba y yo me inclinaba sobre ella. Luego, de pronto, me aparté del catre y me puse de pie, y el príncipe apareció a mi lado. Acercó la boca a mi cuello y apoyó la mano en mi

pelo, pero no entendí ni una sola palabra de lo que me dijo. Después empezamos a movernos, a avanzar.

Cuando salí de la habitación, dando traspiés, mi mirada tropezó con alguien que conocía. Alguien que había sido amable conmigo. Faye. Quizá no fuera ella. No estaba segura. No podía concentrarme. Las paredes temblaban y el suelo parecía ondularse.

Después, ya no caminaba. Iba flotando, rodeada de calor, al tiempo que una corriente de aire fresco bañaba mi piel erizada. Me movía sin descanso y estaba inmóvil. No estaba allí. No. Ni siquiera estaba cerca. Era como estar cubierta por un manto de nubes. Quizá fuera eso. Quizá estuviera en el cielo, donde nadie podía hacerme daño.

Una sensación placentera hizo arder mi piel, sacándome bruscamente de mi aturdimiento. Pestañeeé despacio y de pronto reconocí el techo. El dormitorio. No estaba en las nubes. Estaba en la cama. El ardor que notaba en la pierna era el calor de una mano, y un peso agobiante oprimía parte de mi cuerpo.

Levanté la vista.

Un cabello tan negro como el ala de un cuervo. No rojizo, ni cálido. Aquellos ojos no eran verdes. Eran de un azul claro como el hielo. Mi corazón volvió a acelerarse, y aquella horrible sensación que notaba en la boca del estómago se extendió por todo mi cuerpo. Aquello no podía estar pasando. Yo no quería. Nunca había querido.

—No —murmuré débilmente, y tuve que aclararme la garganta—. No —repetí en voz más alta.

Él se quedó quieto y pude ver trozos de su pecho y su vientre. Se había desabrochado la camisa. A mí se me revolvió el estómago. *Puede obligarte a hacer cualquier cosa.* Cerré los ojos con fuerza.

—Quieres...

—No. —Aquella palabra me abrasó la lengua, y tuve la sensación de que me debatía intentando librarme de unas arenas movedizas. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para seguir hablando—. No. No quiero. No te deseo. No.

Pensé por un instante que iba a continuar, que seguiría hablando y me obligaría a abrir los ojos. Que caería de nuevo bajo su hechizo, y supe, aunque me costara recordar el motivo, que aquello era espantoso. Pura maldad. Algo en lo que no quería tomar parte.

El príncipe gruñó, exasperado.

—Dentro de poco.

Se incorporó, pero yo seguí notando su peso y pensé que iba a vomitar. Ya no veía arcoíris.

—Dentro de poco dirás que sí —añadió—. No tienes alternativa.

Dormí una eternidad, o eso me pareció.

No recordaba que el príncipe hubiera salido de la habitación, ni que hubiera cerrado la puerta antes de que me quedara dormida, pero el sol se puso y volvió a salir antes de que me despertara. Estaba un poco desorientada cuando abrí los ojos, sobre todo porque no sabía cuánto tiempo había pasado, pero cuando me incorporé me sentí... me sentí llena de energía. Como si hubiera dormido todo lo profundamente que era posible dormir, y ese sueño me hubiera rejuvenecido. No era una energía artificial, como si hubiera tomado *speed* o alguna otra droga, pero me sentía de maravilla y...

Y me acordaba de todo.

El día anterior me había alimentado de una humana.

Me eché bruscamente hacia delante e hice una mueca cuando la cadena raspó mi piel, todavía sensible. Me di cuenta de que no estaba encadenada a la cama, pero aun así no me moví. Me quedé petrificada al darme cuenta de otra cosa. Mi vestido estaba rasgado y la tela se amontonaba alrededor de mis codos. Tenía arañazos en los brazos. Me los había hecho la mujer, por lo que yo le había hecho a ella.

—Dios mío.

Me levanté de un salto de la cama. Arrastrando la cadena, entré corriendo en el cuarto de baño y caí de rodillas. Unos segundos después, vomité todo lo que había comido el día anterior. Cuando acabé, me dolía el costado. Me eché hacia atrás, sujetándome el vestido contra el pecho y apoyándome en la otra mano. Un sudor frío perlaba mi frente.

Dios mío, había hecho daño a aquella mujer. Le había quitado lo que no podía quitarle. Ni siquiera sabía si se encontraba bien o si me había excedido al alimentarme de ella. Los humanos podían morir cuando un fae comía de ellos.

Ignoraba que pudiera alimentarme como un fae.

Crispé los dedos sobre el vestido mientras miraba vagamente el suelo de baldosas. Ya no sabía quién era. Contuve la respiración. Había olvidado lo fácil que era caer bajo el control de un fae. Me había ocurrido anteriormente, cuando era más joven, pero había olvidado lo fácilmente que podía ocurrir.

Una sola mirada y el príncipe me había puesto bajo su control. Era completamente dueña de mí misma y un segundo después ya no lo era, y había hecho algo que iba en contra de todas mis convicciones.

Esa pobre mujer...

Yo era consciente de que no me había alimentado de ella por propia voluntad,

pero eso no aliviaba mi sentimiento de culpa, que era cada vez mayor porque no se debía únicamente a lo que le había hecho a aquella mujer.

De nuevo se me revolvió el estómago.

No recordaba con detalle lo que había ocurrido entre el príncipe y yo. Después de... alimentarme, fue como si quedara separada de mi cuerpo, como si me trasladara a otro lugar. Fue como si me hubieran hecho ingerir una droga con engaños. Y en cierto modo había tenido suerte porque él había parado, de eso sí me acordaba, pero no hacía que me sintiera mejor.

Una sensación oleaginosa se apoderó de mí, extendiéndose por todo mi cuerpo. Me sentía pesada, lastrada, y tenía la impresión de que mi piel, mis huesos y mis músculos no me pertenecían. El día anterior había tenido esa misma sensación. Ya no era dueña de mí misma, y lo sabía. Mi cerebro me decía una y otra vez que lo sucedido la víspera con aquella pobre mujer no era culpa mía. Me habían manipulado, habían forzado mi voluntad, pero no le había dado permiso a Drake para tocarme, para hacer *nada* conmigo. No era culpa mía, pero aun así me daban ganas de arrancarme la piel a tiras. Quería quitarme aquel vestido y quemarlo, junto con la cama y la casa entera.

Deseaba rebañar de mi cabeza, con un cuchillo de mantequilla, los pocos recuerdos que conservaba.

Lo que había hecho Drake no estaba bien. Yo no me hallaba en pleno dominio de mis facultades. Me había manipulado, me había obligado a alimentarme y luego se había aprovechado de que estaba completamente colocada.

Se me revolvió de nuevo el estómago y tuve que echarme hacia delante y agarrarme al váter. Me dieron arcadas y, aunque solo eché saliva y aire, me ardió la garganta y el estómago comenzó a dolerme. Cuando se me pasaron las náuseas, me aparté del váter.

Me apoyé contra la bañera y dejé caer el extremo de la cadena sobre mi regazo, cerré los ojos y esperé a que mi corazón dejara de latir a toda prisa. Me concentré en respirar hondo y en pensar qué debía hacer a continuación. Tenía que hacer algo. Lo que fuese. No podía quedarme sentada en el suelo del baño.

Necesitaba ducharme.

Eso podía hacerlo.

Abrí los ojos y me obligué a levantarme. Cerré la puerta, y entonces me di cuenta de que habían desmontado la cerradura. No sabía cuándo había ocurrido. Abrí a tope el grifo del agua caliente y coloqué la cadena sobre el lavabo. Me quité el vestido de noche y recogí la cadena sin mirarme al espejo.

Me metí bajo el chorro de agua caliente y sofoqué un gemido cuando el agua tocó mis brazos. Los arañazos comenzaron a picarme al mojarse. No me importaba que la ducha oxidara la cadena y el maldito collar. Permanecí bajo el agua hasta que la piel se me puso roja. Luego cogí la pastilla de jabón y me enjaboné no una sino tres veces, y aun así seguí sintiendo que podía enjabonarme de nuevo. Los ojos me ardían, llenos

de lágrimas.

No puedo hacer esto.

Dios mío... No sabía si podría seguir soportando aquello ni un segundo más, y mucho menos hasta que descubriera cómo salir de allí. No me arrepentía de haber hecho aquel trato con el príncipe. Tenía que asegurarme de que Ren no corría peligro, pero mi plan era tan absurdo, tan descabellado... Con mi empeño de ganar tiempo para descubrir una salida solo había conseguido ponerme bajo el dominio del príncipe, brindarle oportunidades que no había previsto. ¿Y ahora qué? Ignoraba cómo podía ganarme la confianza de Drake, teniendo ganas de sacarle los ojos la próxima vez que le viera.

Tengo que hacerlo.

No tenía alternativa, en realidad. Tirar la toalla no impediría que el tiempo siguiera corriendo, y aunque no pensaba cumplir nuestro acuerdo cuando llegara el momento, tenía que salir de allí. Debía dominarme, porque no había otra alternativa posible, excepto que...

Excepto que yo misma me eliminara de la ecuación.

Me quedé mirando los azulejos de mosaico de la ducha. ¿Sería capaz de hacerlo? La cadena pendía pesadamente de mi cuello. Sería fácil utilizarla, sería facilísimo, pero ni siquiera en mis momentos de mayor depresión, tras la muerte de Shaun, había contemplado seriamente la posibilidad de quitarme la vida.

Aquello, sin embargo, era distinto, porque lo que me inducía a pensar en ello no era la tristeza, ni el desánimo. Mi existencia misma era un medio para conseguir un fin, y no podía seguir viviendo así, viéndome forzada a alimentarme de humanos. Sabía, además, que Drake no se detendría siempre, que en algún momento seguiría adelante, hasta el final.

Un sollozo sacudió mis hombros. Retrocedí, pegándome a la pared de azulejos. Tapándome la cara con las manos, traté de calmarme. Me temblaba todo el cuerpo. Quería salir de allí. No deseaba pasar ni un segundo más en aquel lugar, pero mis deseos no podían cumplirse.

—Contrólate, Ivy. —Agarré la cadena y me obligué a cerrar el grifo y a salir de la ducha—. Luego podrás enfrentarte a todo esto, pero ahora tienes que calmarte.

Repitiéndome esas palabras una y otra vez, conseguí rehacerme poco a poco. No me quedaba otro remedio, porque no iba a despertarme de pronto y a encontrarme a salvo. Me tranquilicé todo lo que pude, aunque mi calma, como una costura mal hecha, tuviera rendijas y agujeros. La única posibilidad que tenía de salir de allí con mi vida y mi cordura intactas era seguir el plan que había ideado, y conservar la calma. A fin de cuentas, era lo único que podía controlar en esos momentos.

Esa noche Faye me trajo un sándwich, pero yo no tenía hambre. Una energía

nerviosa atenazaba mi estómago, y cada vez que oía pasos al otro lado de la puerta temía que viniera Drake. Pero no vino.

Al menos aún.

Faye evitó mirarme a los ojos mientras yo picoteaba mi comida. Me comí las lonchas de jamón cocido solo porque sabía que necesitaba comer algo. Cuando ya no pude tragar más, dejé el plato en la mesilla de noche y al levantar los ojos vi a Faye junto a la ventana.

Recordaba haberla visto el día anterior cuando entré en aquella sala, y también cuando salí. O al menos me pareció verla al salir.

—¿Vas a volver a enganchar la cadena a la cama?

Irguió los hombros al mirarme por fin.

—No me han dicho que lo haga. Espero no tener que hacerlo, pero imagino que depende de ti.

A mí me subió la presión sanguínea de repente.

—No entiendo cómo puede depender de mí que me encadenéis a la cama o no.

—No debería ser así —convino, lo cual me sorprendió—, pero así es.

Me quedé mirándola un momento y meneé la cabeza.

—Yo... no te entiendo.

Levantó sus cejas rubias, casi plateadas.

—Sabes lo que soy, ¿verdad? No lo de que sea una semihumana, ni el motivo por el que estoy aquí. ¿Sabes que pertenezco a la Orden...?

—¿Y que si me vieras en la calle tendrías el deber de matarme? —me interrumpió—. Sí, lo sé.

Sujetando el extremo de la cadena, apoyé los pies en el suelo.

—Entonces, ¿por qué eres tan amable conmigo?

Se apartó de la ventana.

—¿Tiene que haber un motivo?

Recorrí la habitación con la mirada.

—Pues sí, teniendo en cuenta cómo están las cosas.

Arrugó el ceño y aun así siguió pareciendo... mágica. Como todos los faes. Eran bellísimos, deslumbrantes de un modo etéreo, sobrenatural.

—¿Tanto te cuesta creer que cuando te veo a ti, o cualquier otra persona como tú, mi primer impulso no sea alimentarme de vosotros y mataros?

De nuevo paseé la mirada por la habitación.

—Teniendo en cuenta lo que soy y dónde estás, sí.

Avanzó como si flotara y se detuvo a escasa distancia de mí. Empezó a hablar, pero la puerta de la habitación se abrió de golpe y entró Valor, el antiguo.

—El príncipe quiere que te presentes ante él —anunció abriendo del todo la puerta.

—No —contesté.

Faye asintió con la cabeza y retrocedió.

—Si vienes voluntariamente, no tendré que llevarte de la cadena —dijo.

Aquella migaja de libertad que me ofrecía resultó más convincente de lo que había imaginado. Sentí un nudo en la garganta, hice un gesto afirmativo y me levanté, sujetando el extremo de la cadena. No me llevarían a rastras a ver al príncipe. Iría por propia voluntad.

—Gracias —susurré dirigiéndome a Faye mientras seguíamos a Valor.

Faye no pareció oírme, y avanzamos en silencio por el pasillo. No nos dirigíamos a las escaleras. De pronto sospeché que íbamos al dormitorio privado de Drake, y no me gustó la idea.

Nos paramos delante de dos grandes puertas correderas. Valor llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo el príncipe.

Valor abrió las puertas y entró. Faye también pasó, y yo la seguí. Lo primero que vi fue la enorme cama de cuatro postes que ocupaba el centro de la estancia, una cama aún más grande que la de mi habitación. Luego me fijé en lo que había en la cama, y ya no pude fijarme en nada más.

Drake no estaba solo.

Estaba tumbado de espaldas, con los brazos doblados y la cabeza apoyada en ellos, y encima de él había una mujer. Lo estaba cabalgando de espaldas, al estilo vaquera o como lo llamaran. Era aquella zorra de Breena, y estaba completamente depilada. Completamente.

Aquel espectáculo porno no era lo que esperaba encontrarme.

Estaban los dos desnudos. Y yo lo veía todo. *Todo*. Breena levantó las caderas y pude hacerme una idea bastante precisa de lo bien armado que estaba el príncipe. Luego ella volvió a bajar, curvó los labios en una sonrisa y fijó los ojos en nosotras (por desgracia, yo no la había dejado ciega). Por el modo en que gruñó el príncipe, deduje que habíamos llegado casi en el momento culminante.

—Dios mío —susurré, retrocediendo, y choqué contra Valor—. ¿Quieres que volvamos luego?

—No. —Drake soltó una risa ronca—. Te estaba esperando.

—¿En serio? —pregunté con voz aguda.

Agarró las finas caderas de Breena y la levantó para apartarla. Ella cayó en la cama, a su lado, y rebotó, contoneándose. Yo aparté rápidamente la mirada. No quería ver nada más.

—¿Ha comido? —le preguntó Drake a Faye.

—Un poco —respondió ella en tono sorprendentemente sereno, como si hablar con el príncipe mientras estaba practicando el sexo fuera de lo más normal para ella. Y quizá lo fuera.

—Si no te comes la cena, no tendrás postre —me advirtió el príncipe.

Le lancé una mirada. No quería mirar, pero tuve que hacerlo. Era como tener delante un choque de trenes: imposible apartar la mirada.

—No quiero postre —dije.

—¿Seguro? —Estiró el brazo y metió la mano entre la cabellera morena de Breena. Tiró de ella para que se pusiera de rodillas—. ¿Y tú? ¿Quieres postre? —le preguntó.

Breena le miró y se lamió los labios.

—Claro que sí. —Apoyó una mano sobre su muslo, se inclinó y se apretó contra su costado. Luego le lamió la mejilla—. ¿Sabes a quién le gustaba también el postre?

Me puse tensa, adivinando lo que iba a decir.

—¿Quieres que esta vez te saque los ojos de verdad? —le pregunté.

Volvió la cabeza hacia mí y sonrió.

—Me gustaría que lo intentaras.

—Creo que ya te he demostrado que puedo hacerlo. —Le devolví la sonrisa al tiempo que asía con fuerza la cadena.

—Ya basta —ordenó Drake, divertido, y miró a Breena—. Ya sabes en qué puedes emplear la boca.

—Claro —masculló ella.

Drake me miró mientras Breena se inclinaba para dar mejor uso a su boca.

—Como si tu hombre no pensara lo mismo.

—Estoy segura de que él me respeta —repliqué.

—¿Respetarte? —Drake se rio mientras acariciaba la cabeza de Breena como si fuera una mascota—. ¿Qué tiene esto que ver con el respeto?

Casi no pude creer que me hiciera esa pregunta, aunque tampoco me sorprendió del todo.

—Absolutamente todo —contesté.

—¿Ah, sí? ¿Sabes qué me hace gracia?

—No. —Pero estaba segura de que iba a decírmelo.

Se echó hacia atrás, dejando más espacio a Breena para que siguiera con lo que estaba haciendo.

—Que te plantes delante de mí como si creyeras que algún día vas a volver a reunirte con tu amante humano. Eso me hace gracia. Y también que creas que te aceptaría, en caso de que yo decidiera devolverte a él envuelta con un bonito lazo.

Contuve la respiración.

—Si sintiera lo mismo que tú, ¿no crees que habría encontrado el modo de volver? ¿Que habría asaltado las puertas de nuestro complejo? Estamos bien escondidos, pero, si pusiera empeño, encontraría la manera de hacerlo.

Sus palabras fueron como una bofetada. Drake no sabía de lo que estaba hablando. No sabía lo que había entre Ren y yo, pero aun así me escocieron sus palabras porque apelaban al miedo y a las inseguridades que habían arraigado en lo más hondo de mi ser.

—No necesito que él me salve —dije, enunciando un hecho.

Drake sonrió, burlón.

—Tampoco puedes salvarte tú sola.

Resistiendo el impulso de convertirme en la princesa Leia, abalanzarme sobre la cama y rodearle el cuello con la cadena como si fuera Jabba el Hut pero en flaco, pregunté altivamente:

—¿Me has hecho venir para que hablemos de Ren mientras practicas sexo?

—¿Tan evidente es?

Breena se rio, aunque su risa sonó ahogada porque tenía la boca llena. Movía la cabeza arriba y abajo y tenía una mano entre las piernas. Yo notaba que me ardía la cara. Santo Dios, aquello era... No había palabras. Miré a Faye, que tenía los ojos clavados en el suelo. Tal vez yo debería hacer lo mismo.

Eso haría, sí.

Pero primero miré hacia atrás, a Valor. El antiguo contemplaba ávidamente la escena que se desarrollaba sobre la cama, y a mí me dieron ganas de lanzarme por la ventana más próxima. Como no podía hacerlo, fijé los ojos en el suelo y traté de ignorar los sonidos procedentes de la cama. No me atreví a volver a mirar hasta que oí gruñir de nuevo a Drake.

Apartando la cabeza de Breena de su entrepierna, se levantó. En cueros, por supuesto.

Pensé en Tink. Le daría un ataque de pánico si estuviera allí en ese momento. Se me escapó una risa histérica y traté de sofocarla.

Drake se acercó a una silla, cogió una bata y se la echó sobre los hombros. La dejó abierta, claro, porque ¿para qué iba a cerrarla? Total, qué sentido tenía si ya había visto...

—Es la hora.

Aquellas tres palabras me sacaron bruscamente de mi ensimismamiento. Un escalofrío recorrió mi espalda, convirtiéndose rápidamente en miedo.

—¿La hora de qué?

El príncipe avanzó hacia nosotras.

—La hora de comer.

*P*erdí casi por completo la noción del tiempo.

Los minutos se convertían en horas y las horas en días. Calculaba que habían pasado diez días desde la primera vez que me alimenté de aquella mujer, pero no estaba del todo segura. Tenía que concentrar todo mi ser en mantenerme a flote, pero con cada minuto que pasaba me hundía más y más.

Se instauró un ritual siniestro y perturbador, un ritual en el que no quería participar pero al que no podía sustraerme. Hiciera lo que hiciese, me arrastraban a él.

El príncipe venía todos los días, a veces por la tarde. Esos eran los mejores días, porque no tenía que pasarme horas esperando a que apareciera, consciente de que vendría y temerosa de lo que iba a ocurrir. En parte estaba deseando acabar de una vez. Pero en otras ocasiones se presentaba por las noches, cuando yo ya estaba agotada después de pasar horas y horas en tensión.

Venía siempre, en todo caso, y nunca volvieron a llevarme a su habitación.

Yo trataba de resistirme a su manipulación manteniendo las distancias, dado que no habían vuelto a encadenarme. Pero no servía de nada. No tenía adónde ir y después... después no me acordaba de haber salido de la habitación con él.

Solo recordaba fragmentos sueltos. Bajar las escaleras. Sentarme en el catre de la mujer y preguntarme por qué tenía las venas tan oscuras. Y alimentarme. Recordaba que me sentía bien, que después no sentía nada en absoluto y que finalmente me quedaba dormida. Me despertaba llena de energía, repleta de una vida que me habían obligado a robarle a otra persona. Luego me duchaba. *Siempre* me duchaba. Y los detalles del tiempo transcurrido después de alimentarme eran sombras difusas que no me atrevía a examinar detenidamente.

Todos los días transcurrían igual.

Cuando llevaba doce o trece días así, me quitaron la cadena, pero me dejaron puesta la banda del cuello para que me sirviera de recordatorio: un recordatorio absurdo, porque, cuando el príncipe no estaba conmigo, me pasaba el día durmiendo o paseando por la habitación. La puerta estaba cerrada con llave y era imposible reventar la gruesa madera de un golpe, al estilo ninja. Nadie más se acercaba a mí.

Ni Breena.

Ni Faye.

La comida estaba siempre sobre la mesilla de noche cuando me despertaba. No sabía si era Faye quien la traía o si era otra fae, pero siempre era un sándwich. Era la única comida que veía en todo el día, y a veces no tenía apetito porque... porque ya estaba llena de otra cosa.

Cuando tenía completo dominio sobre mi mente y mi cuerpo, me costaba un inmenso esfuerzo no arrancarle el corazón de cuajo al príncipe con mis propias manos. Habría sido engorroso, pero estaba casi segura de que podría haberlo hecho. El odio que llevaba dentro ardía con la fuerza de mil soles y, sin embargo, a pesar de toda esa rabia, *siempre* tenía frío. Cada día que pasaba me sentía más llena de hielo y de sombras. Solo cuando dormía dejaba de sentirme así.

Entonces no sentía nada.

Una vez, el príncipe me explicó por qué me quedaba dormida después de... comer. Su descripción me recordó a las ganas de echar un sueñecito que le entran a uno después de la cena de Acción de Gracias, pero también al sopor de después de un colocón. Al final, te da el bajón y tu cuerpo se da por vencido. Pero yo no tenía resaca, ni necesitaba recuperarme. Lo único que necesitaba era dormir, y me encontraba mejor que antes, por despreciable que fuera pensarlo.

Durante esos periodos no pensaba en Ren. No podía permitírmelo porque, cuando pensaba en él, me preocupaba su seguridad. Sabía que el príncipe no podía hacerle daño. No podía incumplir su promesa ni siquiera atacándole indirectamente, pero cualquier otro fae podía intentar complacer a su señor presentándole la cabeza de Ren en bandeja. Y aunque intentaba que no me afectaran, las palabras de Drake y de Brena me obsesionaban. Me trastornaban, como pretendían ellos, y a menudo pensaba que, si no estuviera encerrada en aquella habitación, si no me viera obligada a hacer cosas horribles cada día, tendría fuerzas para no ceder a sus insinuaciones.

Ya no estaba segura de nada.

Pero durante los minutos y las horas que pasaba sola, dando vueltas por la habitación, sufría por Ren aunque intentara evitarlo, porque, aunque saliera viva de allí y volviéramos a encontrarnos, no creía que el destino nos deparara un final feliz.

El decimosexto día, el príncipe vino por la tarde. Yo estaba preparada, inquieta y ansiosa, de pie junto a la cómoda, con otro vestido puesto, muy parecido al primero pero de color verde oscuro. No sé qué tenían los faes en contra de los pantalones, pero parecía una princesa Disney.

El príncipe se detuvo nada más entrar en la habitación y miró primero la cama y luego a mí. Yo sabía por experiencia que lo primero que haría sería someterme a su hechizo y que, una vez eso pasara, estaría perdida.

—¿Podemos hablar un momento? —balbucí antes de que pudiera hacer nada.

Levantó las cejas.

—¿Hablar?

Asentí, cruzando los brazos.

—Sí, es lo que suele hacer la gente.

—Pero nosotros no somos gente.

Respiré hondo, exasperada. *Mantén la calma, Ivy*, me dije.

—Lo sé, pero creo que no nos vendría mal hablar. Solo me quedan unos días más...

—Seis, contando hoy —me interrumpió.

—Gracias por llevar la cuenta —contesté, y esbozó una sonrisa burlona—. Pero sigo sin... sin sentirme a gusto contigo.

Se acercó a mí y me puse tensa. Bajé los ojos y miré sus botas, aunque sabía que solo era una solución momentánea. Cuando un día utilizaba la manipulación, su voz cambiaba. Era como una nana, y tenías que escucharla y mirar. Y, en cuanto mirabas, estabas perdido.

—Yo creía que a estas alturas ya te sentirías a gusto —dijo al pararse a unos pasos de mí.

Sentí una repugnancia infinita. Drake no había... Dios, ni siquiera podía pensarlo, y mucho menos decirlo en voz alta, y odiaba aquella situación porque hacía que me sintiera avergonzada a pesar de que no había hecho nada malo. Nada. Él se aprovechaba de mí una y otra vez, demostrando que era un ser repulsivo, y si no había llegado hasta el final era sin duda, o eso pensaba yo, porque en realidad no me deseaba.

Solo se excitaba cuando yo me resistía y forcejeaba, por retorcido y atroz que pareciese.

Tardé un par de segundos en sentirme con fuerzas para contestar.

—Me manipulas para que me alimente, y después es como si no fuera yo. Eso no cuenta. No me ayuda a sentirme cómoda contigo.

Se apoyó contra la cómoda y cruzó los brazos.

—No estoy seguro de que sea necesario que te sientas más cómoda.

—No estoy de acuerdo.

—Seguro que no —respondió—. He sido increíblemente tolerante contigo.

Pestañeé, y estuve a punto de mirarle.

—¿En serio?

—Sí. Te he quitado la cadena. No te he presionado y, si crees que lo he hecho, es que no has aprendido nada. —Se incorporó y me agarró del brazo—. Podría haberte hecho decir que sí varias veces estos últimos días. Y no lo he hecho. ¿Debería?

—Habría dicho que sí únicamente porque no soy dueña de mí misma —dije, mirando el suelo—. Y supongo que si no lo has hecho es porque sabes que no funcionaría. Puedes conseguir que acceda, claro, pero no puedo estar bajo tu dominio, y lo estoy todo el tiempo.

Tardó unos segundos en responder.

—¿De qué quieres hablar? —dijo soltándome el brazo.

Su pregunta me sorprendió. ¿Se estaba ablandando?

—Tengo... preguntas.

—Pues hazlas.

Su tono de aburrimiento me molestó, pero lo dejé pasar.

—¿Tenemos que quedarnos aquí?

Se quedó callado un momento.

—Supongo que no. ¿Dónde te gustaría ir?

Dentro de mí se encendió una chispa de esperanza.

—Fuera.

—Eso no puede ser.

Levanté la mirada automáticamente, pero me detuve en su pecho.

—Llevo más de dos semanas encerrada en esta casa y en este cuarto. Me gustaría salir al aire libre. ¿Es demasiado pedir?

—Sí.

Descrucé los brazos.

—Voy a volverme loca si sigo aquí encerrada.

—Creía que ya lo estabas.

Algún día le daría un buen puñetazo en la tráquea a aquel tío.

—Lo único que te pido es poder pasar unos minutos fuera, al sol y al aire libre. Nada más.

Masculló algo en otro idioma y se apartó de la cómoda. Se dirigió a la puerta y yo levanté la mirada.

—Si intentas algo, no te gustarán las consecuencias.

Sentí una oleada de euforia.

—Para tu información, las amenazas tampoco hacen que me sienta cómoda.

Sostuvo la puerta abierta.

—Para tu información, eso me trae sin cuidado.

Apreté los labios al pasar a su lado, consciente de que, si le hacía enfadar, empezaría todo de nuevo. Me haría bajar a aquella habitación espantosa y me obligaría a hacer cosas terribles a personas inocentes.

Aquella sensación nebulosa y horrible volvió a embargarme, y me sentí helada hasta la médula. El solo hecho de estar a su lado y de respirar el mismo aire que él me hacía sentir que tenía un iceberg dentro del pecho.

Lo odiaba.

Pero tenía que aguantarme.

Procuré olvidarme de esa idea (ya me preocuparía por eso después) y le seguí por la escalera curva. En la puerta de entrada había un antiguo. No dijo nada al abrirla y apartarse.

El aire fresco me envolvió, poniéndome la piel de gallina. El fino vestido que llevaba no me protegía del frío, pero no pensaba quejarme. Estaba fuera, y aunque sabía que no llegaría muy lejos si intentaba huir, podían surgir otras oportunidades. Solo tenía que... portarme bien. Uf.

Drake salió a un porche amplio y vacío. Supuse que en otro tiempo había habido frondosos helechos que colgaban por encima de las barandillas y cómodas tumbonas, perfectas para pasar el día leyendo. Ahora, aquella casa no tenía nada de humano. Todo en ella era frialdad y vacío.

Un camino asfaltado que no se reparaba desde hacía una eternidad partía en dos la

hierba muerta y desaparecía en el bosque, unos metros más allá del porche trasero. Bajé los viejos escalones de piedra y me detuve al sol. Respiré hondo, cerré los ojos unos segundos y procuré concentrarme. Notaba un olor intenso que me recordó el aroma de la hierba segada. Reconocí aquel olor. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. No lo veía, pero sabía que teníamos que estar cerca de los pantanos.

—Pregunta lo que tengas que preguntar.

Había muchas cosas del príncipe del Otro Mundo que detestaba, pero una de las principales era su tono imperativo.

—¿Podemos dar un paseo?

Suspirando, bajó los escalones de mala gana.

—Pregunta.

Miré con furia su espalda, pero eché a andar tras él. Tenía muchas preguntas que hacerle y decidí empezar por la más importante.

—¿Qué piensas hacer una vez tengas a tu bebé del apocalipsis?

Drake me miró.

—¿Podrías dejar de llamarlo así, por favor?

—¿Qué planes tienes? Nace el bebé y se abren las puertas. Y luego ¿qué?

Crucé los brazos otra vez mientras contemplaba el paisaje. No había más caminos a la vista que el que seguíamos. Yo sabía que no había ninguno en la parte de atrás de la casa, porque la habitación en la que dormía daba a esa parte de la finca. Allí atrás solo había hierbajos y árboles.

—Hay muchos humanos. Unos siete mil millones o algo así. Sé que a ti eso te suena a bufé libre, pero habrá muchos humanos que no estén dispuestos a formar parte del menú.

Se rio, mirándome.

—Los humanos son idiotas.

Meneé la cabeza.

—Vaya, no me digas.

—Ignoran lo evidente. Tienen tendencia a esconder la cabeza en la tierra y a inventar explicaciones lógicas para aplacar sus temores, en vez de afrontar lo que tienen delante de las narices —dijo, y en eso tuve que estar de acuerdo con él—. No se darán cuenta de que hemos tomado el control hasta que sea demasiado tarde.

—¿Y cómo vais a tomar el control? —pregunté.

Se detuvo en medio del camino resquebrajado y me miró de frente. Yo bajé instintivamente los ojos.

—Puede que en este reino no haya siete mil millones de faes, pero ya somos cientos de miles.

La Orden siempre había sabido que había muchos faes, pero ¿cientos de miles? Santo cielo, eran muchos.

—Un fae equivale a mil humanos —añadió, y yo pensé que sus cálculos eran poco objetivos—. Y cuando abramos las puertas, vendrán todos y seremos millones.

El viento me echó los rizos sobre la cara mientras miraba su pecho. No podíamos permitir que eso pasara, por razones evidentes.

—Aun así nosotros seremos más.

—Quieres decir que *serán* más —puntualizó—. ¿Crees que no llevamos décadas planeando esto? ¿Siglos, incluso? —Se acercó a mí y me puse en guardia—. No somos bárbaros que solo saben conquistar mediante la guerra. Aunque no descartamos por completo esa opción, si se hace necesario.

Bueno era saberlo. Eché a andar hacia el final del camino.

—¿Pero?

—Pero hemos hecho planes —repitió, alcanzándome sin dificultad—. Estamos por todas partes. Algunos son ciudadanos corrientes. Y otros ocupan posiciones de poder.

Pensé en Marlon. Era uno de los constructores más conocidos de la ciudad y tenía mucho poder en Nueva Orleans, pero yo sabía que Drake no se refería únicamente al negocio urbanístico.

—Os habéis infiltrado en el gobierno, ¿verdad?

Sin necesidad de verle la cara, supe que estaba sonriendo.

—En el gobierno local. Federal. Global. Estamos por todas partes, y solo es cuestión de tiempo que nos hagamos con todo el poder.

Hacía que pareciera muy sencillo, y en cierto modo lo era. Si ocupaban suficientes puestos de poder, podían apoderarse del mundo y cambiarlo lentamente, a su antojo.

—Aun así no será fácil —dije—. Cuando descubramos lo que está pasando, nos defenderemos. Y aunque los faes tienen habilidades de las que nosotros carecemos, nosotros tenemos un motivo para luchar a toda costa.

—¿Y cuál es ese motivo?

Habíamos llegado a la arboleda y curiosamente, aunque no me sorprendiera del todo, no se oía ningún ruido. Ni pájaros, ni insectos. Nada.

—Valoramos la libertad por encima de todo.

—Pero la mayoría de los humanos ya estarán sometidos a nuestra voluntad y lucharán *para* nosotros —respondió—. Carne de cañón humana.

Era repugnante. Y aterrador.

—Estoy harto de esto —dijo de pronto, sobresaltándose—. Es la hora.

Me dio un vuelco el corazón y retrocedí.

—Espera. Llevamos muy poco tiempo fuera. Todavía tengo preguntas que hacerte.

—Puedes hacérmelas después.

Di otro paso atrás, luchando por dominar mi angustia.

—¿Podemos caminar un poco más? No...

—Estás retrasando lo inevitable —contestó con impaciencia.

Empezaron a sudarme las manos.

—No tengo que... no tengo que alimentarme. Ya he comprendido lo que querías decirme. Lo entiendo. Sé que puedes obligarme a hacer lo que quieras. No necesito alimentarme. Ni quiero hacerlo.

—Está claro que no has entendido nada, puesto que sigues hablando de ti misma como si fueras humana. Es hora de que recuerdes lo que eres —dijo.

Yo sabía que no podía ganar aquella discusión. Me giré rápidamente, dispuesta a regresar corriendo a la casa.

—Ivy, para.

Me detuve.

Mi cuerpo le obedeció, a pesar de que mi cerebro me pedía a gritos que huyera, que me pusiera en marcha, que hiciera cualquier cosa con tal de impedir lo que iba a suceder.

—Mírame.

Su voz se deslizó por mi piel como si fuera de seda. Me zumbaban los oídos y sentí que me giraba lentamente para mirarle. Fijé los ojos en los suyos, en contra de mi voluntad. Esperé.

Sus ojos parecieron hacerse más profundos.

—Vas a hacer lo que te diga.

Y, en efecto, lo hice.

Fue muy extraño. Estaba allí fuera, helada por el aire frío, y un instante después me encontraba otra vez en aquella sala. Había personas distintas. La mujer ya no estaba, y me pregunté qué había sido de ella. Luego me hallé sentada junto a un hombre mayor al que no conocía. Tenía canas en las sienes y, tras susurrar unas palabras, me... me alimenté, y luego me encontré en el piso de arriba, sumiéndome en un sueño profundo.

Me desperté sobresaltada. Una mano se clavaba en mi hombro. La habitación estaba a oscuras y una cara pálida y plateada me observaba.

Faye.

Me aparté de ella, poniéndome de lado. Tenía el cerebro lleno de telarañas y no recordaba las horas anteriores. Solo sabía que no debía despertarme aún. Necesitaba más tiempo. Mis párpados empezaron a cerrarse.

—Tienes que despertarte —dijo, agarrándome del brazo y apretándolo con fuerza. Aturdida, me resistí cuando empezó a tirar de mí.

—No...

—No hay tiempo para explicaciones. Tienes que levantarte inmediatamente —dijo—. Es tu única oportunidad, si quieres escapar.

—¿Q-qué?

Faye se inclinó para encender la lámpara de la mesilla de noche. Una luz suave inundó la habitación.

—Tienes que levantarte, Ivy. El príncipe no está y puede que no tengas otra oportunidad como esta.

Sus palabras atravesaron mi cerebro como un arbusto rodando por una calle desierta. Tardé en comprenderlas, pero no volví a cerrar los ojos. Al incorporarme en la cama, sentí una náusea y me despejé lo suficiente para darme cuenta de que no me sentía igual que otras veces, después de... alimentarme.

Alimentarme...

Miré a Faye.

—Me alimenté otra vez.

Puso cara de exasperación al alargar los brazos para quitarme la banda metálica del cuello. La arrojó sobre la cama.

—Lo sé. Y si sigues haciéndolo, te vas a convertir en una adicta. Seguramente ya lo eres.

—¿En una adicta? —repetí, amodorrada. Nunca había oído mencionar esa posibilidad—. ¿Qué quieres...?

—Ivy. —Me agarró de los hombros y me zarandeó—. Tienes que concentrarte. Tenemos que irnos enseguida. ¿Me entiendes? Es tu única oportunidad antes de que el príncipe se meta en esta cama y engendre un hijo que abrirá las puertas del Otro Mundo.

Engendrar un hijo...

Mierda. Me aparté el pelo de la cara mientras los últimos jirones de sueño desaparecían y la niebla que envolvía mi cerebro se despejaba.

—¿El príncipe no está?

—No. —Faye se incorporó—. Se fue hace una media hora y se llevó a tres antiguos. El viaje estaba previsto, pero no disponemos de mucho tiempo. Hay que aprovechar la ocasión, por pequeña que sea.

Me levanté de la cama y gemí, mareada. Intenté controlar el mareo mientras me incorporaba.

—Perdona —dije jadeando—. No me encuentro muy bien.

—Es lógico. Hasta que te acostumbras a los efectos más desagradables, tienes que pasarlos durmiendo. —Se acercó a la puerta y aplicó la cara al panel de madera—. Los faes no siempre sufren los efectos adversos, y solo los más jóvenes, cuando

empiezan a alimentarse, experimentan la euforia y el sopor subsiguiente, pero los semihumanos... Con ellos es distinto. Pero eso no importa ahora mismo.

Enarqué una ceja mientras me ponía el pelo revuelto detrás de las orejas. Tenía la sensación de que lo que me estaba diciendo tendría importancia posteriormente, pero en ese momento no era lo prioritario. Más tarde tendría que hacerle muchas preguntas.

—Entonces, ¿vas a ayudarme a escapar?

Asintió.

—Y antes de que preguntes por qué, lo único que debes saber en este momento es que la Orden no es la única interesada en que las puertas permanezcan cerradas.

La miré con atención. Confiar en ella era arriesgado, pero ¿por qué iba a ser aquello una trampa? Y si lo era, ¿acaso las consecuencias podían ser peores que el destino que me aguardaba?

—De acuerdo —dije—. Adelante.

—No he podido conseguir una estaca de espino. —Se metió la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros y sacó una daga de hierro que me puso en la mano—. Pero bastará con esto.

Agarré la empuñadura de aquella arma con la que estaba tan familiarizada. Tenía la impresión de que hacía siglos que no sostenía una, y me alegró sentir su peso en la mano.

—Sí, bastará —afirmé mientras Faye se acercaba a la puerta. De repente se me ocurrió una idea—. Espera —dije.

Me miró.

Agarré la tela de mi vestido, me levanté un poco la falda y usé la daga para hacerle una raja que me permitiera mayor libertad de movimientos.

—Lista —dije.

Faye agarró el pomo de la puerta, pero se detuvo.

—Yo no voy a matar a ninguno —me advirtió—. Los dejaré incapacitados, *pero* no los mataré.

Me quedé pensando un momento.

—De acuerdo. Pero yo probablemente sí voy a matarlos.

Dejó escapar una queja exasperada, pero abrió la puerta y se asomó fuera.

—Despejado.

A pesar de que sabía que aquello podía volverse contra mí, decidí aprovechar la oportunidad de intentar salir de allí, respiré hondo y procuré olvidarme de todo lo demás. No era momento de pensar en lo que me había visto forzada a hacer mientras estaba prisionera, ni en Ren, ni en ninguna otra cosa, excepto en escapar.

Salí al pasillo detrás de Faye y avanzamos hasta las escaleras. Al llegar a ellas, dijo en voz baja:

—Hay tres faes abajo, en la sala principal. Hay más en la casa, pero espero que podamos salir antes de que se den cuenta de lo que ocurre. Valor está... está ocupado

en la habitación de atrás.

Yo, que sabía para lo que se usaba la habitación de atrás, no pude evitar estremecerme.

—¿Puedes incapacitarles sin hacer ruido? Porque yo puedo matar sigilosamente.

—Sí.

Miré escaleras abajo, pero no vi a nadie.

—Vamos.

Bajamos cuidadosamente las escaleras, pero los peldaños crujieron un par de veces, retumbando como truenos. Lo cierto era que yo no sabía hasta qué punto podía matar sin hacer ruido. Nunca me lo había propuesto seriamente.

Faye llegó primero al rellano. Estábamos a unos seis metros de la puerta de entrada a la casa, muy cerca, pero el vestíbulo daba a otras dos habitaciones. Cabía la posibilidad de que nos vieran. Con el pulso acelerado, bajé al vestíbulo apretando la daga contra mi pierna. No había dado ni dos pasos cuando se oyó una voz procedente de la habitación contigua.

—¿Adónde vais vosotras dos?

Maldiciendo en voz baja, giré la cabeza y vi que un fae venía hacia nosotras seguido de otro. Faye no respondió, así que decidí que no quedaba otro remedio: tendría que cargármelos.

Me acerqué al fae. Puso cara de sorpresa un segundo antes de que le hundiera la daga en el pecho y luego hizo puf y se evaporó.

—¿Qué demonios...?

El otro se abalanzó hacia mí, pero Faye le salió al paso. Girándose ágilmente, se colocó tras él, le agarró del brazo y le hizo una llave lanzándole de espaldas. Se giró al agacharse y se oyó el crujido de un hueso al romperse. El fae gritó. Adiós a nuestra idea de no hacer ruido.

—Perdón —dijo Faye un segundo antes de romperle el cuello al fae.

Ostras, era una auténtica bestia.

Los faes no morían si se les rompía el cuello, pero quedaban incapacitados durante un rato. Yo pasé a toda prisa junto a ella y abrí la puerta. Faye me siguió.

El aire frío de la noche salió a nuestro encuentro. Y también el tercer fae, que estaba fuera, fumando.

Era una mujer. Al vernos, arrojó el cigarrillo lejos del porche y se lanzó hacia nosotras. Yo la esquivé fácilmente y eché el brazo hacia atrás, preparada para asestar un golpe mortal.

—¡No hace falta que la mates! —gritó Faye—. No saben lo que hacen.

—¿Que no la mate? —Agaché la cabeza cuando la fae me lanzó un puñetazo—. Creo que vamos a tener que hablar de ese asunto después.

Apoyándome en una pierna, me giré y le propiné a la fae una patada que la lanzó volando contra la barandilla del porche. La madera se astilló y cedió. Haciendo aspavientos, la fae cayó hacia atrás, fuera del porche.

Ya no parecía tan elegante.

Me lancé hacia delante, salté del porche y cogí una madera larga que se había desprendido de la barandilla. Podría haberme cargado a la fae en ese mismo momento, y no estaba segura de por qué tendría que hacer caso a Faye, pero lo cierto era que me estaba ayudando. O eso esperaba yo.

La fae empezó a incorporarse, pero yo la clavé al suelo con el trozo de barandilla. Brotó un chorro de sangre y, cuando abrió la boca para gritar, la dejé inconsciente de un codazo en la sien.

Me incorporé, echándome el pelo hacia atrás.

Faye me miraba boquiabierta.

—¿Qué pasa? —pregunté—. No la he matado.

Meneó lentamente la cabeza. Tenemos que bajar por el camino. Lleva a una carretera a unos dos kilómetros de aquí. Tenemos que cruzarla y seguir adelante. ¿De acuerdo?

¿Unos dos kilómetros? Dios, odiaba correr. Pero también odiaba que me obligaran a hacer cosas en contra de mi voluntad, así que, si hacía falta, estaba dispuesta a correr diez kilómetros. Tal vez acabara muerta, pero lo haría.

Sentí el frío del pavimento resquebrajado en los pies descalzos cuando echamos a correr, alumbradas únicamente por la luz de la luna y las estrellas. Faye, más rápida que yo, iba por delante. Empecé a albergar esperanzas. Casi habíamos llegado al bosque, y entonces ya no nos verían desde la casa y estaríamos más cerca de la carretera. Más cerca de...

—¡Alto! —ordenó una voz de hombre.

Faye miró hacia atrás.

—Maldita sea, dos faes. Tenemos que seguir.

No la contradije, y preferí ignorar el hecho de que a ella ni siquiera parecía faltarle la respiración.

—Nos alcanzarán —dije jadeando cuando entramos en la zona boscosa—. Tenemos que quitarlos de en medio.

Se detuvo de repente y me miró. Yo me había quedado muy atrás.

—Tienes razón.

Miré a mi alrededor, aflojé el ritmo y luego me detuve. Ni siquiera disponíamos de tiempo para escondernos y tenderles una emboscada. Tendríamos que enfrentarnos a ellos cara a cara.

—Esta vez voy a matar —le advertí, mirándola—. Sería demasiado arriesgado no hacerlo.

Apretó los dientes, pero asintió.

Uno de los faes nos alcanzó antes que el otro. Era el macho que estaba en la sala la primera vez que me alimenté, el que estaba concentrado en su teléfono. Me lancé hacia él sacando la daga. Se giró hacia un lado y esquivó por poco el golpe. La ira crispó sus facciones, dándoles un aspecto animal. Saltó sobre mí y yo me agaché

mientras Faye se enfrentaba al otro fae, una hembra, agarrándola por la cintura y tirándola al suelo como un defensa de fútbol americano. Maldición.

Me arrodillé para esquivar el siguiente golpe. Lanzándole una patada a las piernas, derribé al fae. Me levanté de un salto y le clavé la daga de hierro. Me incorporé mientras se encogía, ganándose un billete de ida al Otro Mundo. Cuando levanté la vista, vi que Faye le había roto el cuello a su rival.

Oí ruidos entre la vegetación y me volví, rezando por que no fuera un caimán que intentara comerme. Escudriñé la zona pero no vi nada. Menos mal que...

—¡Cuidado, Ivy!

Me volví rápidamente y ahogué un grito de sorpresa. Valor estaba a menos de treinta centímetros de mí. Salté hacia atrás, pero no sirvió de nada. Me agarró del brazo y me lanzó hacia el otro lado del camino. Caí de lado en la tierra empapada, sin tiempo para prepararme para el impacto, y rodé entre los matorrales. Un agujonazo de dolor me atravesó la espalda, pero conseguí incorporarme.

Faye también salió despedida. Chocó contra un árbol y cayó de bruces sobre la tierra. No se levantó enseguida, y tuve que confiar en que se encontrara bien.

—Mierda —mascullé al levantarme. Todavía tenía la daga y estaba bastante orgullosa de lo bien que la manejaba.

—¿Cómo se os ha ocurrido? —preguntó Valor mientras avanzaba hacia mí cruzando el camino—. ¿De verdad creíais que podíais escapar?

—Pues sí.

—Idiota —gruñó—. Y por culpa de tus actos, ella morirá y tú desearás habértelo pensado mejor.

No creí necesario aclararle que yo no había obligado a Faye a hacer nada. Esperé a que estuviera a menos de medio metro de mí y entonces hice una finta hacia la izquierda. Valor picó el anzuelo y se lanzó en esa dirección. Yo me giré y le lancé una patada al costado derecho. Se tambaleó y me asestó un puñetazo en la mandíbula que me dejó aturdida un segundo y me hizo ver las estrellas. Yo sabía que tenía que pelear con todas mis fuerzas. Tenía que derribarle y no darle ni una sola oportunidad de utilizar sus capacidades de antiguo ni de debilitarme. Sabía que eliminar a un antiguo no era fácil.

Le propiné otra patada en la pierna derecha, me incorporé y le clavé la daga en el costado. Gruñó y se giró, pero yo me anticipé y, agachando la cabeza, pasé por debajo de su brazo. Colocándome delante de él, le clavé la daga en el pecho y levanté de inmediato la pierna, dándole un rodillazo en los testículos.

Se dobló por la cintura y yo le agarré por los hombros y le empujé hacia el suelo con todas mis fuerzas. Se derrumbó, agarrándose la entrepierna. Rodó por el suelo y yo aproveché la oportunidad. Tenía que hacerle daño de verdad si quería incapacitarle.

Me arrodillé en el suelo, a su lado, y la tierra mojada me empapó el vestido. Rodó de costado, me agarró por el brazo izquierdo y tiró con tanta fuerza que pensé que iba

a descoyuntármelo. Gritó, y yo no pensé en lo que iba a hacer, porque era asqueroso. Sencillamente, lo hice. Le lancé una puñalada al ojo y dio en el blanco. Su bramido se interrumpió de repente y sus brazos cayeron, inermes. Brotó un chorro de sangre y de otro líquido sobre el que no quise pararme a pensar por si me daban ganas de vomitar, y me salpicó la cara y el pecho.

La puñalada no mataría a aquel hijo de perra, pero lo mantendría incapacitado un tiempo.

—¡Ivy! —gritó Faye, que al parecer estaba viva—. ¡Vamos!

Extraje la daga del ojo de Valor, me incorporé y eché a correr, cruzando la carretera detrás de la figura de Faye, iluminada por la luz de la luna. Corrimos un trecho más, y las ramas caídas y los palos que había en el suelo me hirieron las plantas de los pies. Las piedras se me clavaban en la piel, pero aun así seguí adelante. Tenía la sensación de que el corazón iba a salirseme del pecho, pero aquella sería mi única oportunidad de escapar. Si no huía ahora, ya nunca podría hacerlo.

Oí pasos a mi espalda. Miré atrás y vi que el antiguo al que acababa de apuñalar en el ojo cruzaba el bosque corriendo. Un líquido oscuro le chorreaba por la cara. Dios, era como Terminator, solo que en antiguo. Apreté el paso, corriendo con todas mis fuerzas.

Pero no sirvió de nada.

Me quedé sin respiración cuando se abalanzó sobre mí por la espalda, derribándome. El impacto me hizo soltar la daga, y su peso me hundió varios centímetros en el fango. La boca se me llenó de tierra y hierba, y el barro me taponó los orificios de la nariz. Por un instante, no pude respirar.

Escupí y tomé aire frenéticamente mientras Valor me tiraba del pelo echándome la cabeza hacia atrás.

—Maldita zorra —me espetó—. Podría partirme el cuello en un abrir y cerrar de ojos.

Clavé los dedos en el suelo, buscando mi daga.

—No creo que a tu príncipe le agradara mucho.

Valor me dio la vuelta, tumbándome de espaldas, y se cernió sobre mí, asiéndome aún del pelo. Tenía la cara destrozada: no era una visión muy agradable.

—¿Crees que eso va a detenerme? Encontraré otra semihumana. No eres la única.

—Pero soy la que tiene más a mano —repliqué levantando las caderas para apartarlo de mí, pero no se movió.

Tiró de mi pelo con más fuerza y sentí que me ardía el cuero cabelludo. Si seguía así, iba a dejarme calva.

—Pensaré que te has escapado, pero en realidad estarás muerta.

Iba a decirle que seguramente al príncipe tampoco le haría mucha gracia que me hubiera escapado mientras él estaba de guardia, pero no tuve tiempo de hacerlo. Bajó la otra mano, me agarró por la garganta y empezó a apretar, cortándome la respiración antes de que me diera cuenta de que había inhalado mi última bocanada

de aire.

Se acabó.

Se me desorbitaron los ojos y le agarré de la muñeca, le arañé y le desgarré la piel, pero no conseguí que aflojara la presión. ¿Dónde demonios se había metido Faye? ¡Me estaba estrangulando! Sentí una quemazón en el pecho que se extendió rápidamente a mi garganta. Intenté alcanzar su ojo reventado, pero se apartó. El pánico se apoderó de mí cuando mi campo de visión empezó a oscurecerse.

Valor iba a matarme de verdad.

Había llegado mi hora.

Iba a morir en los pantanos, como una pobre víctima de asesinato en un programa de sucesos de Discovery Channel.

Se me estaban agotando las fuerzas y no podía seguir defendiéndome. Mi mano resbaló por su brazo, y solo pude pensar...

Valor se estremeció de pronto y aflojó las manos alrededor de mi cuello. El aire entró bruscamente en mis pulmones al tiempo que él se miraba el pecho, atravesado por una estaca. Y no era una estaca de hierro.

Su cuerpo se convulsionó, pero de su boca abierta no salió ningún sonido. Yo me aparté de él atropelladamente. El antiguo estaba acabado. Muerto. El oxígeno me quemó la garganta en carne viva, y mis ojos se llenaron de lágrimas cuando rodé de lado. Mi cerebro me ordenaba levantarme y echar a correr de nuevo, pero no parecía tener ningún control sobre mis miembros entumecidos.

Una mano suave y cálida tocó mi hombro.

—Ivy...

Me quedé quieta. Levanté la cabeza lentamente y, con mano temblorosa, me aparté el pelo de la cara. Mi voz sonó ronca y débil cuando dije:

—Ren...

Anonadada y muda de asombro, miré a Ren y me pregunté si estaba viendo alucinaciones, porque no entendía qué hacía allí.

Se arrodilló lentamente a mi lado. La luz de la luna realzaba sus pómulos y su boca carnosa.

—Ivy, ¿estás bien?

Me quedé sin voz mientras le miraba. El pelo le caía en ondas sobre la frente. En la penumbra, sus ojos verdes parecían casi negros. Estaba un poco pálido, un poco trémulo. Parecía Ren y había matado a Valor, pero yo... ya no estaba segura de nada.

Mi corazón, que nunca se había calmado del todo, volvió a latir a toda velocidad, tan deprisa que pensé que iba a pararse en cualquier momento.

No era la primera vez que me engañaban. Ya en otra ocasión había permitido que mi deseo de reencontrarme con Ren nublara mi juicio. Si hubiera prestado atención, si no me hubiera dejado llevar por mis emociones, habría notado enseguida que aquel no era Ren, sino un impostor.

Él alargó la mano como si fuera a tocarme.

Incapaz de confiar en mi propio juicio, retrocedí asustada. Se quedó paralizado y yo estiré el brazo, advirtiéndole que no se acercara. No hizo intento de acercarse. Era buena señal, pensé mientras me levantaba a duras penas. Él también se levantó, y entonces vi que tenía en la mano la estaca de espino. Tenía que ser él, ¿no? Drake no tendría una estaca de espino. Había tirado la mía cuando estábamos en el apartamento de Ren, pero podía haber vuelto a buscarla. O podía haber mandado a alguien. Aquello podía ser una trampa. Yo no tenía ni idea de dónde estaba mi daga, y tampoco me serviría de mucho para defenderme de Drake.

Me erguí lentamente. Mareada, di un paso atrás y miré el suelo fangoso, pero estaba todo tan oscuro que no vi la daga.

—Ivy —dijo él, y le miré—. No pasa nada. Va todo bien.

Me humedecí los labios. No, no todo iba bien. Cuando hablé, se me quebró la voz.

—¿De veras eres tú?

Frunció el ceño y una expresión de dolor cruzó su rostro.

—Sí, soy yo —dijo con voz ronca—. Soy yo de verdad, cariño.

Cariño. Ren me llamaba así. El Drake que se había hecho pasar por él, no.

Empezaron a temblarme las manos. ¿De verdad podía ser él? ¿Había vuelto después de... después de todo? El temblor se extendió a mis piernas. No. Aquello era imposible.

—Ivy...

Una voz penetró en mis pensamientos. Era Faye. Estaba viva, al lado de Ren. Y no estaba sola. Había otros dos faes con ella. Me puse en guardia.

—Tenemos que irnos. Se nos agota el tiempo —dijo.

—Tú... —Tragué saliva, aturdida.

Miré a Ren. Estaba petrificada, mi cuerpo y mi mente no respondían.

—No sé si eres tú —dije—. No sé qué hacen estos faes aquí.

—Soy yo —afirmó Ren con voz rasposa—. Luego te lo explicaré, pero ahora tenemos que irnos. Sé que es mucho pedirte, nena, pero necesito que confíes en mí. En nosotros. Si no nos vamos, perderemos la oportunidad de escapar. Nos quedan...

—Se interrumpió, se metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil—. Nos quedan unos segundos más —dijo, pulsando un botón del teléfono.

Estaba llamando a alguien, y a mí no se me ocurrió a quién.

Faye meneó la cabeza y se acercó. Los otros dos faes, ambos machos, se quedaron atrás, vigilando.

—No tenemos tiempo. Vendrán más.

—Hola —dijo Ren, sin hacerle caso—. Te necesito aquí. Sí, ya sé que te dije que te quedaras en el coche, pero tienes que venir. Enseguida. Estamos más o menos a dos kilómetros de tu posición. —Se quedó callado un momento, mirándome—. Está aquí, pero necesito que... —Se interrumpió bruscamente y añadió en tono exasperado—: Maldita sea, ven aquí *ahora mismo*.

Yo no tenía ni idea de qué estaba pasando, pero estaba temblando y ni siquiera sabía por qué. Aturdida, vi que Ren colgaba y se guardaba el teléfono en el bolsillo. No apartó los ojos de mí ni un instante, y eso me hizo sentirme incómoda por... En fin, por *todo*.

De pronto no me sentía yo misma. No era Ivy Morgan. No era una luchadora que confiaba en su instinto, porque esa Ivy echaría a correr, temiendo que aquello fuera una trampa. Ivy se arriesgaría, iría a por todas y moriría luchando. No se quedaría petrificada, llena de indecisión y de miedo. Yo era esa... esa cosa que se alimentaba de gente porque un monstruo me obligaba a hacerlo para sobrevivir. Ya no... ya no sabía quién era.

Dios, no podía ponerme a pensar en eso. Tenía que dominarme. Estaba perdiendo la cabeza en el momento más inoportuno de la historia de la...

—¡Ivy!

Me giré a la derecha y abrí los ojos como platos. Una figura alta venía corriendo entre los árboles, con la velocidad de un ciervo. Yo conocía aquella voz, y él estaba allí, entonces era que Ren era de verdad Ren y todo iba bien.

Tink entró en el claro. Era del tamaño de un hombre y llevaba puestos unos vaqueros y una camisa. En serio, llevaba una camisa.

—¡Ivy! —gritó.

—Baja la voz —ordenó Faye.

Tink no le hizo caso, porque era Tink, pero yo nunca me había alegrado tanto de verle. Volvió a gritar mi nombre, se lanzó hacia mí y estuvo a punto de tirarme al suelo. A mí me dolieron todas las heridas y las magulladuras, pero le abracé.

—¡Ah, mi reina Mab, creía que estabas muerta! O embarazada, por lo menos. Y pensaba que iba a morirme, porque nadie sabía que existía, excepto este capullo, y creía que iba a morirme de hambre. ¡De hambre!

—Tink —le advirtió Ren en voz baja.

—Y estaba allí, en casa, completamente solo. Bueno, completamente solo no, pero no creo que eso te apetezca que te lo cuente ahora mismo. El caso es que estaba muy preocupado. Tú no aparecías, iban pasando los días y yo tenía que pedir los cereales por Amazon y... —Tomó aire rápidamente—. Creía que no te volvería a ver. Incluso cuando apareció Renny. Pensaba que estaba todo perdido —gimió, apretándome con todas sus fuerzas mientras se mecía adelante y atrás—. Y que tendría que vivir con él y... Espera, ¿por qué llevas puesto ese vestido?

Le estreché con fuerza entre mis brazos. Sentí que me ardían los ojos y que las lágrimas me corrían por las mejillas, porque yo... yo también creía que nunca volvería a verle.

*T*uvimos que echar a correr otra vez.

En cuanto Tink consiguió tranquilizarse, yo pude ponerme en marcha. Su presencia no solo me consolaba. Era la confirmación de que aquello no era una trampa. Ren era real. Faye y sus misteriosos amigos no trataban de llevarme de nuevo con Drake, ni de encerrar a Ren en la despensa.

Con Tink allí, dándome la mano, volví a ser la Ivy de siempre. Más o menos. Al menos sabía lo que tenía que hacer para tener alguna posibilidad de sobrevivir. Mis dudas quedaron en segundo plano.

Faye y los dos faes misteriosos avanzaban a nuestro lado, flanqueándonos a Tink, a Ren y a mí. Yo apenas podía correr. Tink casi me llevaba a rastras. Recorrimos así cerca de dos kilómetros, hasta llegar a un tramo de carretera estrecho y a oscuras. Aflojamos el paso, envueltos en un olor a tierra y a agua estancada. Un gran todoterreno negro estaba aparcado en la cuneta.

Los dos faes abrieron el portón de atrás y subieron al coche. Tink también subió, pero no se sentó. Encogió su largo cuerpo y se quedó agazapado, a la espera. Una mano tocó mi hombro y me sobresalté.

—Soy yo. —Ren apartó la mano, con el rostro en sombras—. Solo iba a ayudarte a subir.

Me puse colorada, asentí con nerviosismo y le di la mano. Subí a la parte de atrás del todoterreno y ocupé el asiento.

—¡Maldita sea! —exclamó Ren de pronto, y le miré. Me estaba observando con

atención.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tus pies. ¡Dios! —Abrió la puerta trasera del coche con expresión preocupada—. Habrá que echarles un vistazo en cuanto lleguemos.

Yo ya ni siquiera sentía los pies, pero al bajar la mirada vi que los tenía cubiertos de sangre y polvo.

Ren dudó un momento y luego cerró la puerta. Le vi rodear el capó del todoterreno mientras Faye se sentaba en el asiento del copiloto. Él ocupó el del conductor. Yo me puse alerta, temiendo que Drake o algún antiguo aparecieran de repente.

Arrancamos, salimos a la carretera y ganamos velocidad inmediatamente. Miré a Tink. Estaba muy callado, lo cual era extraño. Tink *nunca* estaba callado.

Respiré hondo y miré hacia delante. Ren agarraba el volante con tanta fuerza que se le transparentaban los nudillos a través de la piel. Miró un segundo el retrovisor y nuestros ojos se encontraron.

¿En qué estaría pensando? Yo no lo sabía, pero no debería haberme sorprendido que estuviera allí, tomando parte en aquella misión de rescate. Era un miembro de la Elite y, evidentemente, no podían dejarme en manos del príncipe.

Apreté los labios, me volví hacia la ventanilla y miré el paisaje en sombras. Faye hablaba con Ren en voz baja, y yo quería saber cómo se habían conocido. Cómo se habían cruzado sus caminos. ¿Había sido mientras él estuvo cautivo en la mansión o después? ¿Y quiénes eran aquellos faes que iban sentados detrás de mí? Tenía un montón de preguntas que hacer, pero no hice ninguna. Me quedé mirando por la ventanilla, observando cómo los árboles borrosos daban paso a las praderas y los pantanos.

En parte me preguntaba si aquello no sería un sueño. ¿De verdad estaba allí, sentada en el coche con Tink y Ren? Apoyé la frente en el cristal fresco. Sí, era real. El dolor de mi cadera y de mi garganta lo confirmaban. Cuando soñaba no me sentía tan... tan fría por dentro. Cuando soñaba, no me sentía llena de sombras.

Estaba contenta, encantada de estar fuera, y cada segundo que pasaba me alejaba más y más de aquella casa, pero no podía... no podía relajarme. Estaba demasiado agotada para relajarme, aunque no tuviera sentido. Me temblaban las manos, así que me las metí entre las rodillas.

Pasado un tiempo llegamos a la ciudad y empecé a reconocer dónde estábamos. Habíamos tardado un buen rato en volver al país de la normalidad, lo que me dio una idea de lo lejos que había estado esas dos semanas. En cuanto nos acercamos al río Misisipi y Ren tomó Market Street, me di cuenta de adónde nos dirigíamos.

Saqué mis manos de entre las rodillas y me volví hacia la parte delantera del coche.

—¿Vamos...? —Me aclaré la garganta—. ¿Vamos a la antigua central eléctrica?

—Sí —contestó un fae detrás de mí.

Cuando miré hacia atrás, vi que era el que iba sentado a la derecha. Tenía el pelo rubio, más claro que el otro. No me miró al hablar.

—Me llamo Kalen —dijo—. Y este es Dane.

Sus nombres eran típicos de los faes.

—Ivy —murmuré.

—Yo soy Tink —anunció Tink—. Pero eso ya lo sabéis.

—Sí —contestó Dane con un suspiro—. Lo sabemos.

Tink sonrió.

Me volví hacia delante.

—No entiendo. Inspeccioné este sitio. Aparecía en un... —Me interrumpí. No quería explicar cómo lo sabía.

—¿Aparecía en un plano que dibujó Merle? —preguntó Kalen, y me giré de nuevo. Sonrió débilmente—. Lo sabemos. Merle está con nosotros. Y también su hija. Están a salvo.

Entonces comprendí lo que ocurría y me sentí un poco tonta por haber tardado tanto tiempo en darme cuenta.

—¿Vosotros sois... sois los faes buenos?

—Te dije que no todo es lo que parece —contestó Faye desde el asiento delantero—. El bien y el mal son subjetivos —añadió, mirándome—. Pero nosotros no matamos humanos. No utilizamos nuestras facultades para manipular a los humanos, excepto para ocultar lo que somos y dónde vivimos. Y la mayoría no nos alimentamos de humanos.

—Envejecen —dijo Tink—. Y mueren como los humanos. Yo soy un duende. Por lo tanto, no necesito alimentarme. Y envejezco muy, muy despacio.

—Entonces imagino que todavía estás en tu etapa de bebé —masculló Ren.

Tink resopló.

—Para que lo sepas, tengo doscientos años.

Le miré pasmada.

—¿Qué?

Faye se rio suavemente.

—Los duendes pueden vivir más de mil años. En años humanos, no tiene más de veinte.

Ren se rio burlonamente. Tink entornó los párpados. Yo intervine antes de que empezaran a discutir porque, aunque me alegraba comprobar que eran los mismos de siempre, tenía muchas preguntas que hacerles.

—Vale. Inspeccioné la antigua central eléctrica. Está abandonada y en ruinas.

—Sabemos que estuviste allí. —Dane se inclinó entre los asientos—. Te vimos, pero solo te permitimos ver lo que queríamos que vieras. Mantiene a los humanos a distancia. Y nos permite vivir en paz, lejos de...

Entonces lo entendí.

—Lejos de la Orden.

—Exacto. —Se echó hacia atrás—. El hechizo de seducción que utilizamos con el edificio no puede traspasarse con la vista. No hay forma de romperlo.

—¿Y no es el único edificio de este tipo? —pregunté.

—No —contestó Ren mientras aminoraba la marcha—. No es el único.

Exhalé lentamente y me recosté en el asiento. Había tantas cosas que no sabía... Lo cual no era una sorpresa. La antigua central eléctrica apareció más allá de la ventanilla. Seguía pareciendo el escenario ideal para que un asesino en serio abandonara los cuerpos descuartizados de sus víctimas. Ren se desvió hacia la parte trasera del edificio. Dejamos atrás la vieja alambrada y entramos en un callejón estrecho donde nos detuvimos.

Ren apagó el motor y, al mirar su perfil, se me desbocó el corazón. Apartó las manos del volante y vi que levantaba los hombros. Se volvió y me miró a los ojos un momento, en la penumbra del vehículo. Ninguno de los dos dijo nada durante aquellos preciosos segundos que parecieron una eternidad y que sin embargo no duraron lo suficiente.

—Confiamos en ti, Ivy —dijo Faye, rompiendo el hechizo—. Hemos traído a Ren. También confiamos en él, y le he jurado a mi gente que no corríamos peligro al traerte aquí. Podemos protegerte del príncipe, pero no podemos poner a nuestro pueblo en peligro.

—¿Y no correréis peligro cuando el príncipe descubra que he desaparecido? —pregunté.

—El príncipe no es lo único que nos preocupa —contestó Kalen desde el asiento de atrás—. La Orden tampoco puede saber dónde estamos.

Miré a Ren. Evidentemente, si estaba allí era porque había accedido a ocultar todo aquello a la Elite y a la Orden, y eso era muy grave. Yo ignoraba cómo había dado con aquel lugar y por qué había decidido confiar en ellos, porque para cualquier miembro de la Orden cooperar con los faes era algo casi inconcebible, por muy buenos que aseguraran ser. Todavía me costaba creer lo que Merle había escrito en sus diarios.

Pero Faye me había sacado de aquella casa y me había alejado de Drake, y Tink estaba allí, y también Ren.

—De acuerdo —dije, a pesar de que sabía que me echarían de la Orden por aceptar aquello. Claro que ser una semihumana también anulaba automáticamente ni carné de miembro.

Sabía que estaba haciendo lo correcto, pero no podía evitar sentirme inquieta.

—No os traicionaré.

Faye me estudió con la mirada un momento.

—No os traicionaré. —Tink abrió la puerta de su lado—. A mí me ha tenido en casa todo este tiempo y no se lo ha dicho a nadie. Ren Tin Tin no se enteró de que existía hasta que entré en la cocina desnudo con la tranca colgando y...

—Voy a darte un puñetazo —le interrumpió Ren—. Y te va a doler.

Tink ya había salido del coche.

—No diré nada —le dije a Faye—. Lo que dice Tink es cierto. No le hablé a nadie de él hasta que Ren... Hasta que le descubrió por accidente.

Pasó otro segundo. Luego, Faye hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo.

Tink abrió mi puerta desde fuera y yo oí que Dane le susurraba a Kalen:

—¿Desnudo?

Me alegré de que Ren ya estuviera fuera del coche.

Salí e hice una mueca de dolor cuando mis pies tocaron el suelo. Empezaba a notar el dolor, y era un fastidio. Cada vez que daba un paso, tenía la sensación de que caminaba sobre ascuas ardientes.

Dane se acercó a la puerta mientras Kalen se sentaba al volante del todoterreno. Arrancó y se alejó de allí, y Dane apoyó una mano en el edificio. La puerta metálica se sacudió y comenzó a desplazarse hacia un lado.

—El hechizo se desvanecerá dentro de unos segundos —dijo Ren, colocándose a mi lado—. Cuando estés dentro, verás cómo es esto en realidad.

Esperé sin tener ni idea de lo que iba a encontrarme, hasta que Dane abrió un hueco lo bastante grande para que pasáramos por él. Entró él primero, seguido por Tink, que se detuvo nada más pasar para esperarme.

—¿Puedes andar? —me preguntó Ren.

Yo en realidad no quería caminar, pero dije que sí con la cabeza. Me puse en marcha, sintiendo a Ren a mi espalda. Faye fue la última en cruzar, y se encargó de cerrar el muro metálico a nuestra espalda. Al principio solo vi una oscuridad turbia, una especie de chatarrería, pero luego el aire se estremeció y brilló como si un millar de luciérnagas levantaran el vuelo. Un telón de chispas deslumbrantes cayó de repente, dejando al descubierto lo que había en realidad al otro lado.

—Dios mío —susurré.

Estábamos en un patio precioso, en un jardín salido directamente de un cuento de hadas. Los árboles se elevaban hasta el firmamento. De sus ramas colgaban farolillos de papel que alumbraban el camino. Había por todas partes enredaderas y plantas a

las que no parecía haber afectado el frío. Allí hacía más calor, diez grados más, como mínimo. Aquel lugar parecía mágico, casi irreal.

—Es alucinante, ¿verdad? —dijo Ren en voz baja—. La primera vez que estuve aquí, no podía creer lo que veían mis ojos. Que esto hubiera estado aquí todo el tiempo. —Me miró—. Lo que escribió Merle en sus diarios es cierto, Ivy. Llevan aquí mucho tiempo, y hay lugares como este escondidos por todas partes.

—Dicho así suena un poco siniestro —comentó Faye—. En realidad, no estamos *por todas partes*. Nos escondemos en muchos lugares, sí, pero lo hacemos por seguridad.

—Así es Ren, siempre tan agorero. —Tink se adelantó, con los brazos oscilando junto a los costados—. No es muy simpático, que digamos. En mi opinión le faltan habilidades sociales. O puede que simplemente sea un poco corto.

Ren suspiró y pareció ponerse a contar en voz baja.

Crucé los brazos y les seguí por el sendero flanqueado de hierba, hasta una carpa contigua a la parte de atrás del edificio, que ya no era una antigua fábrica abandonada.

Allí no reinaba el abandono; al contrario. No faltaban ladrillos y las ventanas estaban intactas. Una pared entera era de cristal. Había unas puertas cristaleras que estaban abiertas de par en par, y a través de ellas pude ver el interior iluminado.

Tink ya estaba dentro cuando crucé la carpa, pasando junto a numerosos sillones con mullidos cojines de aspecto confortable. Sentí un aroma delicioso a café y vainilla cuando entré en una estancia que me recordó al vestíbulo de un hotel.

Del alto techo colgaban lámparas doradas, y el edificio tenía que ser más grande de lo que parecía por fuera, porque el techo tenía dos pisos de altura. Había sillones por todas partes, algunos alrededor de las chimeneas y otros delante de grandes televisores que en ese momento estaban apagados.

Al seguir avanzando vi que había una cafetería y seguramente me quedé boquiabierto de asombro.

—¿Estás bien? —preguntó Ren en voz baja, a mi lado.

No se había apartado de mí desde que habíamos entrado. Llevaba la camisa remangada y vi el tatuaje que tenía en el brazo. Era el mismo tatuaje que tenía Drake cuando se hizo pasar por él, pero no sé por qué el suyo me pareció de pronto algo distinto. Más auténtico. Más suyo.

—¿Ivy?

Al darme cuenta de que estaba esperando una respuesta, me obligué a hacer un gesto afirmativo a pesar de que en realidad no estaba bien. Todo aquello me desbordaba. Tenía la impresión de haber caído por la madriguera del conejo y de que en cualquier momento aparecería un gato y se pondría a hablar conmigo como si me hubiera tomado un tripi.

—¿Qué es... qué es este sitio? —pregunté, y me di cuenta de que me temblaba la voz.

Faye me miró, con su larga melena plateada perfectamente peinada, sin un pelo fuera de su sitio.

—Es una especie de refugio. Cerca de un centenar de faes viven aquí.

Abrí los labios y contuve la respiración, dejando colgar los brazos.

—¿Un centenar de faes...?

—Hay sitio para más. Hay una tienda al final de ese pasillo. —Señaló a mi izquierda, más allá de la cafetería—. Y tenemos una cafetería.

Sentí el impulso de preguntarle si servían humanos o comida normal, pero por suerte me refrené y no hice aquel comentario absurdo. Pero me quedé con las ganas.

—Ivy necesita ducharse y descansar. —Tink me agarró de pronto de la mano—. ¿En qué habitación puede quedarse? Creo que la que da al jardín le gustaría. Y además no está muy arriba, solo en el séptimo piso.

¿Había tantos pisos? Pero, claro, en aquel lugar vivían más de cien faes. El hechizo que lo protegía tenía que ser superpoderoso.

Faye arrugó el entrecejo, pensativa.

—La habitación del jardín está bien —dijo.

—Vale. —Tink empezó a tirar de mí hacia mi derecha—. Vamos. Hasta luego, chicos.

Miré a Ren. Estaba junto a Faye, con los brazos cruzados y los dientes apretados, pero sus ojos verdes tenían una expresión tan triste que me dolió mirarlos. Con un nudo en la garganta, di media vuelta y dejé que Tink me llevara a los ascensores.

No dijo nada al pulsar el botón del séptimo piso, pero me dio la mano. Se me hizo raro, pero en el buen sentido. Había algo de reconfortante en aquel gesto.

—Este lugar... es como un hotel —dije cuando se abrieron las puertas.

—Eso dijo también tu novio. —Entramos en el ascensor y las puertas se cerraron sin hacer ruido. Tink me miró—. No hace falta que te duches si no quieres, pero la verdad es que estás bastante sucia. Tienes los ojos fatal y estás toda manchada de tierra.

—Puedo ducharme —contesté secamente.

—También he pensado que querrías pasar un rato a solas, porque son como las dos de la mañana y estos faes se levantan al amanecer. Y son un montón, Ivy. Un montón. Los hay a patadas.

—Qué... tranquilizador.

—Pero son buenos. Te lo prometo. Algunos están un poco nerviosos ahora mismo, por Ren, no por mí.

El ascensor se detuvo y Tink me condujo a un amplio pasillo. Torció a la izquierda y me llevó a una habitación en cuya puerta ponía «Jardín».

—A mí me adoran. Verás, en el Otro Mundo los duendes somos... somos la pera. Así que aquí soy la pera suprema.

Fruncí el ceño, preguntándome si se daba cuenta de cómo sonaba aquello.

Abrió la puerta de una habitación espaciosa que me recordó a un estudio diáfano.

A un lado había una cama bastante grande, una mesilla de noche y una cómoda, y al otro un pequeño sofá delante de una tele. Había también una nevera y un microondas, aunque no cocina. Una puerta conducía al cuarto de baño.

Me giré lentamente, abrumada y dolorida, y un poco descolocada por todo lo sucedido.

—¿Cómo... cómo ha pasado todo esto?

Tink pareció comprender a qué me refería.

—Es una larga historia, Ivy Divy.

—Necesito saberlo. Necesito entender qué ha pasado mientras estaba en... en ese sitio —expliqué—. ¿Cómo acabasteis aquí? ¿Cómo han conseguido que Ren se fíe de ellos? ¿Brighton y Merle están...?

—Te lo contaré todo, pero quizá deberías ducharte primero. Y luego quizá deberías echarte un rato —añadió—. ¿Vale? Muy bien, me alegra que estés de acuerdo.

Me quedé mirándole con la clara sensación de que me estaba ocultando algo. Seguramente muchas cosas.

—Voy a traerte algo de ropa. Te he traído algo de casa porque sabía que te encontraríamos. Solo tengo que ir a buscarla. Hay una bata en la puerta. No es la tuya, pero es más bonita. Y no tiene agujeros. —Se paró en la puerta—. Ay, y voy a traerte una llave.

Me paré, conteniendo la respiración.

—¿La puerta tiene cerradura?

Ladeó la cabeza.

—Puedes cerrarla con llave cuando estés dentro o cuando salgas, pero no es necesario.

Tragué saliva y dije:

—Ah, vale.

Se quedó mirándome un momento y dijo con extraña seriedad:

—Aquí no estás prisionera, Ivy.

Cerré los ojos, respirando por la nariz. Luego asentí y me obligué a entrar en el cuarto de baño. Cerré la puerta, me acerqué al pequeño plato de la ducha y abrí el grifo. Mi cerebro funcionaba a mil por hora cuando me quité el vestido destrozado y me metí debajo del agua caliente. Me concentré en los dolores y los pinchazos que sentía mientras me duchaba, y en quitarme de encima la suciedad y la sangre. Luego cerré el grifo, me sequé y cogí la bata. Tink tenía razón. Aquella bata gris y esponjosa era mucho más bonita que la mía.

No me miré al espejo al salir del baño.

Tink no había vuelto aún. Me acerqué a la cama y me senté. Había una montaña de almohadones junto al cabecero. Miré a mi alrededor, pasando las manos por la bata. Aquella habitación no se parecía nada a la de Drake, pero aun así se me encogió el estómago.

—Ya no estoy allí —susurré.

Seguí repitiéndomelo una y otra vez mientras me recostaba en los almohadones. Sí, estaba en otra casa llena de faes, y en otro dormitorio, pero no era lo mismo. No se parecía nada a aquello, y además...

Oí que llamaban y un instante después se abrió la puerta y entró Tink llevando una de mis bolsas de viaje, que rara vez usaba. Se acercó a la cómoda y dejó la bolsa encima. Me pareció que también llevaba en las manos varias dagas y estacas, pero no presté atención a ninguna de esas cosas.

Tink llevaba colgada una especie de bandolera, como esas en las que las mamás llevan a sus bebés recién nacidos. ¿Qué demonios...?

—Te he traído algunas armas, pero no dejes que los otros faes las vean. —Las colocó sobre la cómoda como yo las tenía en casa, y me pareció ver que la bandolera se movía—. El hierro les da pavor.

—Es lógico —murmuré entornando los ojos—. Tink...

—Te he traído unos vaqueros y unos jerséis y, bueno, también tuve que traerte braguitas, así que estuve revolviendo en tu ropa interior... —Oí un sonido procedente de la bandolera, una especie de gemido—. Y la verdad, guapa, deberías comprarte unos tangas, porque lo de llevar calzoncillos de chico está muy pasado de moda.

Fruncí los labios.

—Eh, Tink, ¿qué llevas ahí?

—Ah, ¿esto? —Sonrió con nerviosismo y se pasó la mano por el pelo, alborotándose algunos mechones rubios—. Pues, ¿te acuerdas de que antes de que te raptara el príncipe del Otro Mundo te dejé un mensaje? No, seguramente no te acuerdas.

¿Me había dejado un mensaje?

—Ni siquiera sé si lo recibiste.

Se acercó a la cama y volví a oír aquel sonido. Dentro de la bandolera se movió algo, algo pequeño, y Tink se detuvo a mi lado.

—No lo compré en Amazon. Bueno, la bandolera sí, pero a *Dixon* no. —Metió la mano dentro de la bandolera y sacó una bolita de pelo gris. La sostuvo en alto y dijo —: *Dixon*, te presento a Ivy.

La bola de pelo maulló patéticamente.

Yo me quedé de piedra.

Lo que Tink tenía en la mano era un gatito, un gatito adorable. Un gatito que yo le había dicho que no podía tener en casa y, sin embargo, allí estaba, y encima lo llevaba de acá para allá en una bandolera. Se sentó y depositó la bolita de pelo gris sobre la cama.

El gatito maulló otra vez, dio unos pasos por la cama y luego se subió por mi pierna, cubierta con la bata, y se sentó en mi regazo. Era todo gris, excepto la punta de la cola, que parecía haber mojado en pintura blanca.

—Necesitaba una mascota —alegó Tink—. Y todavía no la he matado por

accidente, así que todo va viento en popa.

—Sí —susurré, cogiendo al gatito y levantándolo para mirarlo. Dejó escapar otro maullido encantador mientras contemplaba sus preciosos ojos azules.

—¿Estás enfadada, Ivy? Ya sé que me dijiste que no, pero... En fin, la verdad es que no tengo excusa. Hice lo que me apetecía.

Me acerqué el gatito a la cara y sonreí cuando estiró su patita y me plantó la zarpa en la nariz.

—No estoy enfadada, en serio. —Dejé al gato sobre la cama y se fue a investigar los dedos de Tink—. ¿Le has puesto *Dixon* por el personaje de *The Walking Dead*?

—Claro. —Se señaló clavando los pulgares en la camisa—. Soy el fan número uno de Daryl: me chifla.

Me reí, y mi risa me sonó ronca y extraña. No recordaba la última vez que me había reído de veras. Respiré hondo, trémula.

—¿Qué ha pasado?

Tink movió los dedos, jugando con el gatito.

—Quizá deberías contarle a Tink qué te ha pasado a ti.

Me mordí el labio y sacudí la cabeza.

—Yo... ¿No puedes contármelo tú primero?

Pensé por un momento que iba a protestar.

—Te fuiste el miércoles por la mañana y ya no supe nada más de ti. Luego, como una semana después, apareció Ren. Me dijo que te había secuestrado el príncipe. Que no sabía cómo rescatarte. Dijo que casi no se acordaba del tiempo que había pasado en la casa donde os tenían prisioneros, y que no tenía ni idea de cómo encontrarla.

Dios, ojalá a mí me pasara lo mismo. Habría sido un regalo, una auténtica bendición no tener recuerdos.

—Luego se presentó un fae en tu casa. Uno de los malos. Nos encargamos de él. Entre los dos. —Hizo una pausa, sonriendo con orgullo—. Estaba empeñado en matar a Ren. Dijo que iba a llevarle su cadáver al príncipe y que a cambio le darían una recompensa asquerosa, humanos para cenar o algo así. Pero, evidentemente, sus planes no salieron como esperaba.

Cerré los puños. Hijo de puta. Lo sabía. El príncipe no podía tocar a Ren, pero yo sabía que otros faes irían a por él para congraciarse con su líder.

—Hablamos de recurrir a la Orden, pero Ren sabía que no sería prudente, por lo que eres. Se lo dijiste.

Abrí la boca.

—No puedo enfadarme contigo por habérselo dicho. Sería absurdo, teniendo en cuenta que le capturaron y que se habría enterado de todos modos. Pero me mentiste. Cuando estabas tan triste y me dijiste que os habíais peleado, fue porque le habías dicho la verdad. Pero, en fin, eso ya no importa. —Mientras hablaba, el gatito se cansó de intentar subirse a sus dedos de un salto y volvió a encaramarse a mis piernas, resbalando sobre mi regazo—. El caso es que al día siguiente del ataque de

ese fae, se presentó Kalen. ¿O era Dane? No sé. Se parecen todos tanto...

Levanté las cejas mientras acariciaba las orejas de *Dixon*.

—Dane, o puede que fuera Kalen, dijo que podía ayudarnos a rescatarte. Naturalmente, Ren intentó matarle. Fue bastante dramático, pero por fin Dane, o Kalen, mencionó el nombre de esa tal Merle, que, por cierto, es un encanto aunque esté como una cabra. Y Ren empezó a prestarle atención. Dane, o Kalen, dijo que tenían a alguien infiltrado que se pondría en contacto con nosotros cuando creyeran que podían intentar sacarte de allí —añadió—. Primero tratamos de encontrarte por nuestra cuenta. Salí de casa con Ren. Había muchísimo ruido. Se me había olvidado lo ruidoso que es este mundo. Pero no sabíamos dónde buscarte.

—¿Saliste con él a buscarme? ¿Con Ren? —pregunté.

Por lo menos ya sabía cómo habían conocido a aquellos faes. Seguía teniendo muchas dudas, pero las cosas empezaban a aclararse.

—Me extraña —añadí.

Se encogió de hombros.

—Tenía que encontrar a mi Ivy Divy.

Sonreí cuando el gatito estiró sus patitas. Que Tink hubiera salido de casa con Ren era algo muy serio, aunque él no quisiera reconocerlo.

—Gracias —le dije, exhalando un suspiro tembloroso. Sentí un hormigueo en la piel cuando me miró—. Gracias por buscarme y...

—No hay de qué —dijo—. Para eso están los amigos. Y nosotros somos muy amigos.

Volví a sonreír.

—Y para eso están también los novios, ¿no? Aunque yo no soy ningún experto. Actualmente no tengo novio, ni novia —añadió, y luego puso los ojos en blanco—. Ren no pensaba parar hasta rescatarte.

Contuve la respiración. ¿Novio? ¿Novia? Dios, sentí una opresión en el pecho y un ardor en la garganta, y no porque Valor hubiera intentado estrangularme.

—No sé si Ren es mi... Creo que solo intentaba cumplir con su deber, Tink. Sabía que no debía quedarme allí.

Tink arrugó el ceño.

—No creo que sea solo eso. Quiso asaltar esa casa desde el momento en que Dane, o Kalen, le dijo que tenían a alguien infiltrado. La Orden no sabe nada de esto.

Seguí acariciando a *Dixon*, cuyo cuerpecillo vibraba como un motor en miniatura. Las cosas no podían ser como antes, era imposible. Imposible.

—Aunque me duela en el alma decirlo, y sí, creo que tengo un alma llena de arcoíris y brillantina, creo que estás siendo injusta con Ren —añadió Tink y, si no hubiera estado sentada, me habría caído de espaldas—. No sé qué pasó exactamente entre vosotros ni lo que os ha pasado en esa casa, pero Ren... apenas ha dormido ni comido durante este tiempo. Te... te *echaba de menos*, Ivy. Estaba muy preocupado.

Observé cómo temblaba la zarpa de *Dixon*, que se había quedado adormilado, y

pensé en lo que acababa de decirme Tink. Se me ocurrían un montón de razones por las que Ren podía haber tenido problemas para comer y dormir, aunque no recordara exactamente lo que le había sucedido. Y era lógico que estuviera preocupado. A fin de cuentas, mi útero era una bomba de relojería.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Tink en voz baja.

Le miré a los ojos y las palabras se me agolparon en la punta de la lengua. Podía contárselo, pero no quería que se angustiara. Y tampoco estaba segura de qué podía contarle. Tenía la cabeza hecha un lío y aquella oscuridad que me invadía parecía haberse infiltrado en todas y cada una de mis células. Tenía *frío*.

—Muchas cosas —dije.

—No eres... —Bajó la barbilla y yo adiviné lo que iba a decir. No era la misma, no—. Sé... sé cómo pueden ser los faes. Sé lo crueles que pueden ser. —Cerró los ojos y yo me puse tensa—. Sé de lo que son capaces, pero también sé que... que tú eres fuerte. Saldrás de esta.

Respiré hondo y de pronto sentí deseos de escapar de mi piel y convertirme en otra persona. Pero eso no era posible. Y aunque lo hubiera sido, no tuve ocasión de hacerlo: alguien llamó a la puerta y *Dixon* se despertó. Tink se levantó y fue a abrir.

Contuve la respiración, confiando en que fuera quien yo creía que era y al mismo tiempo rezando por que no fuera él. Pero sí, era Ren. Parecía haberse duchado y se había cambiado de ropa. Llevaba una camiseta gris de cuello redondo, muy ceñida, y unos pantalones de chándal de cintura baja. Iba descalzo.

Fijó de inmediato la mirada en la cama. Se detuvo nada más entrar y se quedó allí, inmóvil, sin desviar la mirada.

—Tengo sueño —anunció Tink de repente. Se acercó antes de que yo pudiera decir nada, recogió al gatito y se inclinó para darme un beso en la mejilla—. Hasta mañana.

Salió de la habitación con sorprendente tranquilidad, sin decirle nada a Ren al cerrar la puerta. No me cabía duda de que estaba preocupado por mi estado mental, y no era de extrañar.

Yo también estaba un poco preocupada.

Apoyándome contra el montón de almohadones, cerré los puños sobre la colcha mientras Ren se acercaba a la cama a paso lento.

Se sentó al borde y sus ojos, aquellos ojos tan verdes y cálidos, tan *humanos*, se clavaron en los míos. Me sorprendió de nuevo haberme dejado engañar por el príncipe, haberle confundido con él. Los ojos eran del mismo color, pero nada más. Cuando había visto a Ren en aquel lugar espantoso, tenía la cara magullada. Ahora no quedaba ni rastro de cortes o magulladuras, pero parecía atormentado. Lo vi en sus ojos.

Me di cuenta entonces de que era la primera vez que estábamos en un entorno estable y seguro, sin que ninguno de los dos estuviera atado o encadenado, desde que le había dicho que le quería y que era la semihumana.

Habían pasado tantas cosas desde entonces...
Demasiadas.
Y nosotros ya no éramos los mismos.

Ren suspiró lentamente mientras contemplaba mi cara. Yo no sabía qué aspecto tenía, y en aquel momento caí en la cuenta de que estaba todavía en bata, una bata que ahora estaba, además, llena de pelos de gato grises. Me dolía la mandíbula y sabía que seguramente la tenía magullada, y mi pelo era una maraña de rizos mojados.

—Tu ojo —dijo en voz baja, y al principio no entendí a qué se refería—. Parece que tienes un derrame en el ojo izquierdo.

—Ah. —Parpadeé, desconcertada—. No me duele.

Ladeó la cabeza y miró mi cuello.

—Debería haber llegado antes. Pero había un accidente en la carretera y tardamos más de la cuenta.

—No es culpa tuya. —Crucé los brazos y miré el estampado de cachemir de la colcha—. Y llegaste justo a tiempo. Conseguiste detenerle.

—Es culpa mía.

Levanté los ojos y le descubrí mirándome.

—¿Qué? —dije.

—Todo esto. —Hizo un ademán con el brazo—. Es culpa mía. No supe manejar este asunto. Estaba tan ensimismado que no presté atención a lo que ocurría fuera de mi cabeza. Caí en la trampa. Y gracias a mí ese cabrón consiguió echarte el guante.

Sentí de nuevo aquella opresión en el pecho. No podía creer que se estuviera culpando a sí mismo.

—Ren, no puedes considerarte responsable de lo que ha pasado.

—Sí que puedo. Aquella noche, cuando me dijiste lo que eras, te dejé sola. Estaba hecho un lío. Debería haberme dado cuenta de que no debía ir detrás de esa fae. Estaba descentrado y me dejé atrapar.

Desvié la mirada y respiré hondo, trémulamente.

—Entonces, ¿no crees que es más bien culpa mía? Te lo conté por sorpresa y ni siquiera te dije lo del príncipe. Te... te lo oculté. Si te hubiera advertido que rondaba por allí, habrías estado más alerta.

—No te di oportunidad de decirme nada —respondió, e hizo una pausa—. Ojalá no hubieras esperado para decírmelo. Entiendo por qué lo hiciste, por qué dudabas en contármelo. Pertenezco a la Elite. O pertenecía a ella, en todo caso.

—¿Qué? —susurré.

—No es que haya dejado de pertenecer a ella oficialmente, pero llevo semanas desaparecido. Y los jefazos no van a perdonármelo.

—No —convine yo, porque sabía que tenía razón—. No volverán a fiarse de

nosotros.

Ren se volvió hacia mí. Nos miramos a los ojos un momento, y luego yo volví a fijar la mirada en la colcha. Me dolía el pecho como si se hubiera partido por la mitad. Pasaron unos segundos.

—La verdad es que ahora mismo nada de eso me importa —prosiguió Ren—. Puede que sea un error pensar así, pero la Orden me importa una mierda en estos momentos. No quiero hablar de ellos. Quiero hablar de nosotros.

Me dio un vuelco el corazón. No sabía si estaba preparada para mantener esa conversación, porque intuía lo que iba a decirme. Flexioné las rodillas, tapándomelas con el borde de la bata.

—Tengo bastante sueño. Ha sido una noche muy larga y solo quiero...

—No —dijo él en un tono tan suave que tuve que mirarle, y ya no pude apartar la mirada—. No me des la espalda, Ivy. Sé que me lo merezco, pero, por favor, no lo hagas.

—¿Que te lo mereces? —Se me quebró la voz.

¿De qué demonios estaba hablando? No lo entendía. ¿Cómo podía pensar que aquello era culpa suya?

—Se hizo pasar por ti —dije precipitadamente.

Ren se echó hacia atrás tensando los hombros.

—¿Lo sabías? —pregunté, y añadí antes de que contestara—: Te marchaste el lunes por la noche, y el martes nadie sabía dónde estabas. Luego, el miércoles, apareciste, o al menos eso pensé, que eras tú, y me dijiste que no te importaba que fuera lo que soy. Que seguías queriendo estar conmigo. Y yo... yo tenía tantas ganas de creerlo que no vi lo que tenía delante de las narices. Se hizo pasar por ti: tenía tu mismo aspecto, hablaba casi igual, pero no eras tú. Debería haberme dado cuenta enseguida, pero tardé unas horas. Debería haberlo sabido inmediatamente.

—Sé que se hizo pasar por mí —dijo Ren—. Me lo dijo él mismo, el primer día, en aquella maldita casa. Me contó lo que iba a hacer. Recuerdo que se alimentó de mí y que luego se transformó en mí. Intenté salir de allí, pero, joder, estaba encadenado a la puta pared.

Se me encogió el estómago.

—¿Qué recuerdas del tiempo que pasaste allí?

Respiró hondo.

—No mucho, después del primer día, pero sí lo suficiente como para saber que hay muchos faes allí a los que tengo pendiente matar. Una lista muy larga.

—¿Te... te acuerdas de Breena? —pregunté, e hice una mueca porque quizá no debería haberle preguntado por ella.

Entornó los párpados.

—Es la segunda de mi lista. El príncipe es el primero. Breena es un puto parásito que tiene serios problemas para saber dónde están los límites.

Dio un respingo. Sabía a qué se refería. Quería preguntarle si lo que decía Breena

era cierto, si habían hecho cosas (si ella le había hecho cosas), pero me refrené. Tenía que ser sincera conmigo misma. No estaba lista ni mental ni anímicamente para saber qué había pasado. Así que me limité a decir:

—Le saqué los ojos. Bueno, lo intenté.

Esbozó una sonrisa.

—¿Sí?

Asentí.

—No me caía nada bien.

Su sonrisa se borró mientras me observaba. Puede que supiera por qué lo había hecho.

—¿Qué hiciste...? —Se interrumpió y meneó la cabeza—. Estás siendo demasiado dura contigo misma. Ese cabrón no consiguió engañarte ni un día entero cuando se hizo pasar por mí.

—Debí darme cuenta enseguida.

La tristeza crispó sus hermosas facciones.

—Ivy...

—No le gustaban los buñuelos. Debí darme cuenta en ese preciso momento de que no eras tú. Por eso y por cómo hablaba, de esa manera tan formal... Mató a Henry. Le rompió el cuello. Allí, delante de mí, sin ningún motivo, y aun así no me di cuenta de que no eras tú. Me dijo que Henry sabía lo que era yo, y le creí, a pesar de que en el fondo sabía que si Henry o Kyle sabían que yo era la... la semihumana, no me habrían dejado vivir. Pero tenía... tenía tantas ganas de que fueras tú, de que aceptaras lo que era, como por arte de magia... —expliqué, rodeándome las rodillas con los brazos—. Y si no hubiera llegado Henry, yo...

—Me enteré por Brighton de que había desaparecido. Deduje que estaba muerto. Desconozco los detalles —dijo Ren al cabo de un momento—. ¿Qué habría pasado si no hubiera llegado Henry?

Cerré los ojos y apoyé la mejilla sobre mis rodillas. Tenía el estómago revuelto.

—Creía que eras tú —musité.

—Lo sé. Cuando le vi, hasta yo pensé que me estaba viendo a mí mismo. Era alucinante. Así que lo entiendo. —Pasó un instante—. ¿Te... te tocó?

Volví la cabeza, metí la cara entre las rodillas y cerré los puños.

—No llegó muy lejos —dije con voz ahogada, y sentí que me ardía la cara—. Estábamos en tu casa. Llegó Henry buscándote y... y nos interrumpió.

Silencio.

Luego Ren gruñó:

—*Joder.*

La cama se sacudió cuando se puso en pie, y yo cerré los ojos con tanta fuerza que empecé a ver estrellitas. El deseo de escapar de mi propia piel volvió a apoderarse de mí, con más intensidad que antes.

—Cuando me soltaron, me dejaron tirado en Little Woods —dijo, y yo abrí los

ojos, sorprendida—. Estaba hecho polvo, pero conseguí llegar a mi casa. Tardé horas. La casa estaba patas arriba. Encontré tu bolso y tu teléfono. Y tu collar. Supe que habías estado allí. Y que él había ido a por ti, porque me había dicho lo que se proponía. No hablaba de otra cosa, joder. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Voy a matar a ese cabrón. Le voy a cortar el rabo y se lo voy a hacer tragar.

Levanté la cabeza y le vi pasearse de un lado a otro de la habitación. Se detuvo a los pies de la cama y se puso las manos en la cintura. Inclino la cabeza, apretando los dientes.

—No... —dije con un hilo de voz—. No pasó nada. Nunca. Salí de allí antes de que...

Levantó los ojos y un músculo vibró en su mandíbula.

—Aun así, te hizo cosas. Intentó acostarse contigo. Todo esto es una mierda, se han cruzado muchos límites y tú no te merecías esta putada. ¡Nadie se merece algo así! —estalló.

Dio media vuelta y se pasó la mano por el pelo. Luego se volvió para mirarme, con el pelo revuelto.

—Te tenía encadenada. Recuerdo haberte visto. Recuerdo que te trajo a verme con una puta cadena alrededor del cuello.

Ay, Dios.

Me temblaron las manos y estiré las piernas. No podía seguir. Metiéndome el pelo detrás de las orejas, empecé a desplazarme hacia el borde de la cama.

—Hiciste un trato con ese cabrón para que me liberara —dijo Ren, deteniéndome. Me quedé paralizada al oír su tono de ira.

—Te sacrificaste por mí —añadió—, y no pude hacer nada por impedirlo, por impedir que te hiciera daño.

Abrí la boca, pero sacudí la cabeza sin decir nada. No estaba lista para mantener aquella conversación. Sentía que no podía respirar y que tenía que moverme. Me levanté a pesar de que me flaqueaban las piernas y estaba aturdida. Me acerqué a la puerta, pero di media vuelta en el último momento. Deteniéndome en medio de la habitación, miré por la ventana, por encima de la tele, y sentí que iban a estallarme los pulmones. Luego me giré lentamente hacia él.

Sus ojos brillaban como esmeraldas.

—Eres la persona más valiente que conozco —dijo.

Cerré los puños. Aquello era una locura. Ren no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—No soy valiente. Es solo que... No podía permitir que siguiera haciéndote daño. Yo...

—Me quieres —dijo en voz baja—. Ese es el motivo.

Una parte de mí ansiaba negarlo y salvar la cara, pero ¿qué sentido tenía hacerlo? En aquel momento, llevaba prácticamente tatuado en la frente «Quiero a Ren».

—Sí, pero...

—Te quiero, Ivy.

Parpadeé una vez y luego otra. Pensé que estaba alucinando.

—¿Qué?

—Te quiero. Estoy enamorado de ti, joder. —Dio un paso adelante—. No sé cuándo me enamoré de ti, pero seguramente fue la noche que te abalanzaste sobre mi espalda y me pusiste una daga en la garganta. Y, si no fue esa noche, fue la primera vez que dejaste que me acercara a ti, cuando me dejaste ver cómo eres de verdad.

—Estás loco —susurré.

—Loco de amor por ti.

Empecé a reírme, pero me detuve porque sabía que mi risa no sonaría alegre y despreocupada.

—Soy una semihumana, Ren.

—Lo sé —contestó, y dio otro lento paso hacia mí—. Sé lo que eres.

—No, por lo visto no lo sabes —dije con voz ronca—. No soy del todo humana. Soy medio fae. Soy...

—Eres Ivy Morgan. —Respiraba agitadamente—. Eres una mujer valiente, preciosa y apasionada. Eres increíblemente leal y no merezco tu amor, pero lo acepto. Quiero tenerte cerca de mí, y jamás me arrepentiré de ello. Da la casualidad de que también eres una semihumana. Pero eso no cambia nada: sigues siendo la misma de la que me enamoré.

Minúsculos destellos de luz iluminaron mis entrañas, disipando la oscuridad. Quería creer lo que estaba diciendo. Lo deseaba con todas mis fuerzas, pero era ilógico.

—Cuando te lo dije, te alejaste de mí. Te dije que era la semihumana y que te quería, y te marchaste.

—Y lo lamento cada vez que respiro.

—No. No. —Cerré los ojos y me froté la cara con la mano—. No tienes que lamentarlo. Te pillé desprevenido. Entiendo que necesitaras tiempo.

Ren siguió acercándose muy despacio.

—Supe que me importabas muchísimo la primera vez que te tuve debajo y estuve dentro de ti —dijo.

Una oleada de calor inundó mi cuerpo al recordarlo, y me alegró comprobar que al menos eso seguía funcionando con normalidad. Ren respiró hondo.

—Entonces no sabía que era amor —prosiguió—. Nunca había sentido por nadie lo que sentía por ti, pero tampoco había estado enamorado hasta ese momento. Y cuando estaba en aquella maldita habitación, antes de que se me fuera la cabeza, solo podía pensar en ti. En escapar de allí y rescatarte. En estar contigo, en ponerte a salvo. Me importaba una mierda que fueras la semihumana.

—Te enviaron aquí para buscarme y matarme —le recordé.

Su mandíbula pareció endurecerse.

—A la mierda con eso. Me da igual por lo que me enviaran aquí, jamás te pondría

un dedo encima para hacerte daño.

—Eso no puede ser —protesté, retrocediendo—. ¿Recuerdas lo que le pasó a Noah? Era tu mejor amigo y tuviste...

—Recuerdo lo que tuve que hacer, y ahora sé que hice mal —respondió—. Pero esto no tiene nada que ver con Noah.

—No puedes volver a pasar por eso —le dije.

—No pienso hacerlo. Y me da igual lo que seas. Te aseguro que cuando me secuestraron, cuando nos secuestraron a los dos, tuve que afrontar lo que siento por ti. Durante esas semanas, mientras estabas allí y yo no podía hacer nada por ayudarte, descubrí de golpe lo que me importaba de ti y lo que no —añadió, y sus ojos verdes centellearon de nuevo—. Te quiero, Ivy. No vas a convencerme de lo contrario.

—Pero...

Pero no sabía todas las cosas que había hecho. No tenía ni idea. Volví a pasarme la mano por la cara.

—Él, el príncipe, me obligó a hacer cosas, Ren. Creo que no sentirías lo mismo si supieras lo que me obligó a hacer.

Cerró los ojos un momento y los abrió de nuevo.

—No puedo imaginarme lo que te obligó a hacer, pero quiero saberlo todo, quiero que me lo cuentes todo cuando te sientas con fuerzas para hacerlo, cuando tú quieras. Pero te digo desde ya que eso no va a cambiar lo que siento por ti. Solo hará que tenga más ganas de matarle.

Me dio un vuelco el estómago. No fue una sensación desagradable, pese a que mis pensamientos sí lo fueran.

—Eso no lo sabes, Ren. No lo sabes.

—Sí lo sé. —Su tono se endureció—. Te quiero. Eso no va a cambiar. Te quiero.

—¡Hizo que me alimentara de gente! —grité.

Se paró en seco y palideció.

—¿Lo ves? No puedes querer a alguien que ha hecho eso. No puedes estar conmigo sabiendo lo que soy, sabiendo lo que he hecho. —Las lágrimas me abrasaban la garganta y los ojos—. Hice daño a una mujer. Sé que se lo hice. Puede que hasta... Dios mío, puede que hasta la matara. No lo sé. Ni siquiera sabía que podía hacer eso, pero así es. Lo hice. Me alimenté de esa mujer y ella intentó detenerme, y yo no pude parar. Podría hacerte lo mismo a ti.

Una expresión casi salvaje se reflejó en su rostro.

—Tú jamás me harías eso.

Cerré la mano, agarrando un lado de mi bata.

—Eso no lo sabes.

—¿Te alimentaste por propia voluntad o te manipuló el príncipe para que lo hicieras?

—¿Importa eso?

—¡Sí! —gritó—. Joder, claro que importa, Ivy.

Desviando la mirada, me mordí el labio.

—Me obligó.

—¡Hijo de puta! —estalló de nuevo, y me volví hacia él. Había cerrado los puños—. Te obligó a alimentarte. Jugó contigo, no estabas en tu sano juicio. Es absolutamente comprensible, pero el caso es que te obligó, Ivy. No tuviste elección, y la Ivy que yo conozco, esa Ivy que me ponía a cien cada vez que me regañaba, la Ivy a la que llegué a respetar y admirar, la Ivy de la que me enamoré como un loco, jamás habría hecho algo así por propia voluntad. Así que no te culpes. No eches sobre ti esa carga.

Abrí la boca, pero... Ren tenía razón. Dios, tenía razón. Yo sabía quién era. Sabía que esa Ivy seguía estando dentro de mí, debajo del frío y de la oscuridad. Seguía estando allí. Jamás me habría alimentado de nadie si hubiera dependido de mí, pero no había tenido elección. La situación había cambiado, sin embargo. Antes no sabía que podía alimentarme como un fae, pero podía, y era espantosamente sencillo. Lo único que tenía que hacer era desearlo y respirar hondo.

El miedo me atenazó, haciéndome un nudo en el estómago, y solté la bata.

—Pero ¿y si te hiciera daño? —susurré. Las lágrimas me nublaron la vista—. Jamás podría perdonármelo. Sería mi fin. No podría soportarlo.

Ren se movió a la velocidad del rayo. Tomando mi cara entre sus manos, acercó su boca a la mía y me besó sin vacilar un instante. No se mostró precavido ni temeroso. Devoró mi boca con ansia, frenéticamente, besándome con desesperación, con mil emociones distintas pero, sobre todo, con amor. Yo le devolví el beso, agarrándole de la pechera de la camiseta. Él retiró una mano de mi mejilla y me agarró del pelo. Yo comprendí que aquello no iba a convertirse en algo retorcido y sórdido. No era eso lo que quería de él. Ni de él, ni de nadie.

Solo le deseaba a él.

Y Ren me quería.

Estaba *enamorado* de mí.

Dios, aquel beso sabía a él (a pasta de dientes y a Ren), y era tan cálido... Todo en él era cálido: sus manos, sus labios, su lengua. Era él quien me estaba besando. Quien me estaba *amando*. No se trataba de simple lujuria, ni era un truco. Yo lo sabía en lo más hondo de mi ser, en la médula de los huesos, en el alma.

Se retiró, respirando agitadamente.

—Tú jamás me harías daño. Jamás. Y no porque yo te quiera, sino porque me quieres.

Me quedé mirándole y entonces... entonces pasó lo peor que podía pasar. O lo mejor. Intenté hablar, pero se me escapó un sollozo y las lágrimas que había estado conteniendo desde hacía siglos manaron libremente.

No sé cómo, pero acabamos tumbados en el suelo, delante de la cama, yo medio sentada en su regazo, medio recostada en el suelo, entrelazados en un abrazo. Ren me estrechó entre sus brazos como si temiera no volver a abrazarme nunca.

Yo había temido lo mismo.

—No pasa nada —dijo, apretándose con fuerza—. No pasa nada.

Siguió repitiéndolo, una y otra vez. Y yo quería que fuera cierto. Quería dejarme llevar por el rayo de luz que habían creado sus palabras. Quería concentrarme en el hecho de que, contra toda probabilidad, a pesar de todo, Ren me quería, y yo le quería a él, y estábamos juntos. Estábamos el uno en brazos del otro, y era maravilloso, pero dentro de mí había una enorme oscuridad, un frío inmenso. Había tantas cosas que Ren no sabía...

Pero sabía lo suficiente y aun así... aun así allí estaba, abrazándose. Enamorado de mí, aún.

Agarrando su camiseta, apreté la cara contra su pecho y aspiré ese olor fresco, a aire libre, que siempre irradiaba de él. Lloré, y la fuerza de mis lágrimas sacudió todo mi cuerpo. Mis mejillas se empaparon. Moje su camiseta, pero no podía parar. Lloré por él y por todo lo que había sufrido. Lloré por Val, cuya muerte —lo comprendí entonces— me había dejado un inmenso poso de tristeza, todavía intacta. Lloré por la mujer de la que me había alimentado.

Y lloré por mí.

Lloré por todo lo que había visto y por las cosas que me habían contado. Por lo que había tenido que sacrificar para sacar a Ren de allí y para mantenerme a flote. Lloré por lo que me había visto obligada a hacer, y supe que el fantasma de mis actos tardaría mucho tiempo en dejar de atormentarme.

Y aquellas lágrimas brotaban de ese lugar frío y oscuro que las palabras de Ren —esas bellísimas dos palabras— habían empezado a deshelar y a inundar de luz.

Mi cuerpo se dio por vencido en algún momento, y me quedé dormida en el suelo, acurrucada entre las piernas de Ren y apoyada contra su pecho. Recuerdo vagamente que me llevó a la cama y que se quedó largo rato a mi lado. Lo sé porque me desperté de madrugada y no reconocí la habitación.

El pánico estalló dentro de mí como un disparo y me incorporé bruscamente. Durante unos segundos espantosos, pensé que estaba otra vez en la otra habitación, encerrada y esperando a que apareciera el príncipe. Me llevé la mano al cuello, buscando el collar metálico.

Ren se despertó y al verme allí sentada, palpándome el cuello como una loca, adivinó lo que pasaba dentro de mi cabeza. Me rodeó la cintura con el brazo y me hizo tumbarme a su lado.

—Estás aquí —susurró en medio de la oscuridad—. Estás conmigo.

Al cabo de un rato volví a quedarme dormida, y dormí como un tronco. Es posible que no me moviera ni una sola vez. Puede que incluso roncara. No sé. Solo recuerdo que oí la voz sedante de Ren y que, cuando volví a abrir los ojos, la luz del sol entraba en la habitación y yo estaba sola en la cama.

Me tumbé de lado e hice una mueca de dolor cuando mis músculos protestaron. Me di cuenta de que notaba una sensación muy distinta a las otras veces, cuando me despertaba después de un sueño tan profundo. La diferenciaba estribaba en que esas veces me había alimentado. Pero no quería detenerme demasiado a pensar en eso. Todavía no.

Recorrí la habitación con la mirada y la posé en el sofá que había delante de la tele. Se me aceleró el corazón al ver que Ren se levantaba y se volvía hacia mí.

Su cara reflejaba un profundo alivio.

—Hola —dijo al acercarse a la cama—. Empezaba a preguntarme si te despertarías alguna vez.

Un poco mareada, me incorporé y me aparté el pelo de la cara.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —pregunté con voz ronca.

Él se sentó en la cama, a mi lado.

—La primera noche te despertaste varias veces, pero después caíste en un sueño profundo, y dormiste ayer todo el día, y toda la noche.

—Vaya. —Bajé la mano y carraspeé—. No quería dormir tanto.

—No pasa nada. Necesitabas descansar.

Alargó el brazo y me cerró la bata, que se me había abierto y dejaba ver mi cuerpo desnudo. Yo ni siquiera me había dado cuenta. Me puse un poco colorada

mientras él buscaba el cinturón y lo ataba. Su voz sonó más ronca cuando habló.

—Todo el mundo lo entiende.

—Perdona por... por haber llorado tanto.

—No te disculpes por eso jamás. Puedes volver a llorar todo lo que quieras, para eso estoy aquí. No quiero estar en ningún otro sitio.

Miré la camiseta negra que llevaba, fijándome en cómo se le tensaba en los hombros, y luego posé la mirada en aquellos labios carnosos que me habían dicho esas palabras maravillosas. Me miró. Parecía preocupado.

—Me quieres —balbucí, y enseguida me dieron ganas de graparme la boca, porque parecía una idiota.

Sus ojos se iluminaron con una sonrisa.

—Pues sí.

Sus palabras me envolvieron como una manta cálida y suave. Ren me quería. No había sido un sueño. Nada de aquello era un sueño.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó en tono juguetón—. Tengo la sensación de que sí.

Mis labios se tensaron, insinuando una sonrisa.

—No tengo nada que decir.

Levantó las cejas.

La tensión de mis labios tardó en convertirse en una sonrisa, pero al final lo hizo.

—Te quiero —dije.

—Eso es lo que quería oír.

Se inclinó y sus labios rozaron los míos. Me puse un poco tensa, temiendo todavía empezar a absorber su fuerza vital sin darme cuenta, pero Ren no parecía preocupado. Se quedó allí, con la boca casi pegada a la mía.

—Ojalá hubieras estado despierta ayer para ver lo que yo vi.

—¿Qué viste? —pregunté, apoyando la frente contra la suya.

Se apoyó en el colchón, poniendo la mano junto a mi pierna.

—Tink ha fabricado una especie de correa para ese gato que tiene.

—*Dixon*.

—Sí, *Dixon*. Ayer le vi en el jardín, desde tu ventana. Estaba paseando al gatito, pero lo más curioso no es eso —explicó—. Tink era otra vez de su tamaño normal. O sea, del tamaño aperitivo. Iba volando y paseando al gatito al mismo tiempo. Además, estoy casi seguro de que estaba desnudo. Aunque por suerte estaba demasiado lejos para distinguirlo con detalle.

Dejé escapar una risita.

—Santo Dios, cuando ese gato crezca se lo comerá si sigue de ese tamaño.

—Eso espero. —Se rio al ver que yo me echaba hacia atrás—. Es broma. La verdad es que mi cariño por él crece sin parar. Como un hongo.

—Qué bonito —murmuré yo, relajándome.

Ren me besó en la mejilla y se echó hacia atrás.

—¿Hoy te apetece hablar con alguien?

—Claro —contesté enseguida.

Escudriñó mi mirada.

—¿Seguro? Puedes tomarte otro día de descanso. Si quieres, te traigo algo de comer. Y en estas habitaciones hay televisión por cable. Podemos buscar una película y relajarnos.

Aunque eso sonaba de maravilla y me habría encantado, el mundo seguía girando allá fuera. El príncipe seguía suelto. Todo seguía su curso.

—Estoy bien. Solo necesito una ducha. Tengo la sensación de que necesito quitarme de encima una capa de sueño.

—Estás preciosa —dijo.

Puse los ojos en blanco.

—Y yo creo que no estás bien de la cabeza.

—Qué va. —Hizo una pausa—. Cuando acabes de ducharte, comeremos algo y nos reuniremos con los demás. ¿De acuerdo?

Me sostuvo la mirada. Aún teníamos muchas cosas que contarnos. Había muchos detalles que Ren desconocía. Y yo necesitaba tiempo para asimilar todo lo ocurrido y para poder compartirlo con él.

—De acuerdo —dije.

Cerré los ojos cuando me besó en la punta de la nariz. Se apartó, se levantó de la cama y yo le seguí. Me temblaban un poco las piernas cuando cogí la bolsa que me había traído Tink y entré en el cuarto de baño, cerrando la puerta a mi espalda.

Me preguntaba si Tink estaría fuera, paseando otra vez a su gatito, desnudo.

Me di una ducha rápida, salí y me sequé. Rebuscando en la bolsa, encontré unos vaqueros viejos y una camiseta verde de manga larga. Me vestí y me recogí el pelo mojado en un moño.

El espejo ya no estaba empañado y pude ver mi reflejo. Me paré en seco. Era la primera vez que me veía desde hacía días. Apenas reconocí a la chica que me miraba desde el espejo.

Todavía tenía enrojecido el ojo izquierdo, así que parecía que estaba infectada con el virus de los zombis. Estaba más pálida que de costumbre, y tenía un moratón azulado que se extendía por todo un lado de mi mandíbula. Estaba...

Hecha polvo.

Preciosa no, desde luego. Ren era muy amable por decirlo, pero mis ojeras dejaban claro que estaba profundamente agotada, y mis ojos azules tenían una mirada desconfiada que no había visto nunca en ellos, ni siquiera después de la muerte de Shaun, Holly y Adrian. Una mirada que reflejaba el frío que atenazaba mis entrañas.

Aquel no era el momento de pararse a pensar en la causa de todo aquello. Busqué de nuevo en la bolsa y vi que Tink no me había traído maquillaje. No tenía forma de disimular aquel desastre de cara. Tal vez pudiera pasarme un momento por mi apartamento. De todos modos tenía que ir. En la bolsa no había ropa suficiente ni para

una semana.

Cuando salí del cuarto de baño, Ren me estaba esperando sentado en el sillón, hojeando una revista. Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Has estado aquí todo el tiempo, mientras dormía?

—Casi todo el tiempo. —Cerró la revista y la arrojó sobre la mesa baja—. Tink se quedó un rato, cuando fui a buscar ropa para cambiarme, pero me duché aquí. No quería que te despertaras sola.

Ah.

Uf, qué bonito.

—Dios, casi se me olvida. —Se levantó y se metió la mano en el bolsillo mientras se acercaba a mí—. Creo que querrás recuperar esto.

Contuve la respiración. Ren me alargó mi colgante. El trébol de cuatro hojas colgaba de sus dedos.

—La cadena estaba rota, así que te he comprado una nueva. —Abrió el broche, me puso la cadena alrededor del cuello y la cerró.

En cuanto el ojo de tigre tocó mi pecho, tuve que apretar los labios para no ponerme a llorar como un bebé. Puse la mano sobre la piedra, sintiendo una alegría indescriptible. No era fácil encontrar tréboles de cuatro hojas, y yo ignoraba el método que seguía la Orden para conservarlos. Haber recuperado mi colgante era un regalo del cielo.

—Gracias —le dije a Ren.

No dijo nada. Me agarró de la nuca y me atrajo hacia su pecho. Nos quedamos así un momento. Luego, me besó en la frente y se apartó.

—¿Lista?

Me tendió la mano y yo la acepté sin vacilar.

Estaba todo lo lista que podía estar.

—*Qué raro es esto* —le susurré a Ren mientras recorríamos un largo pasillo de la planta baja.

Acabábamos de desayunar en la cafetería, entre faes que al parecer no se alimentaban de humanos.

—Dímelo a mí, que he desayunado solo estos últimos días. —Apretó mi mano—. Cuesta mucho acostumbrarse.

Se quedó callado cuando nos cruzamos con una fae y con un niño pequeño que nos miró con los ojos como platos. La mujer —supuse que era la madre del niño— nos sonrió vagamente.

—Pasar de darles caza a cenar con ellos y dormir bajo el mismo techo... Es alucinante.

Sí, lo era, sobre todo porque yo había estado con los otros faes, con esos que,

lejos de sonreírte con timidez, tenían tendencia a darte un puñetazo en la cara.

Ren se detuvo delante de una puerta de doble hoja y llamó con los nudillos. Un segundo después se abrió la hoja derecha de la puerta y apareció Brighton.

—¡Ivy! —Me rodeó con los brazos y me apretó con fuerza.

Yo me sorprendí un poco. Creo que era la primera vez que nos abrazábamos.

—Cuánto me alegra ver que estás bien —dijo.

Le di unas palmaditas en la espalda, torpemente, y me pareció oír que Ren se reía.

—Yo también me alegro de verte.

Brighton se apartó y se apartó el pelo rubio de la cara.

—Pasad. Ya están todos aquí.

Miré a Ren, que me guiñó un ojo. Estupendo. Entré en una habitación que me recordó a una sala de reuniones. Había una mesa grande en un extremo, junto a un aparador repleto de botellas de licor. En el otro lado había un enorme escritorio, delante de una ventana que daba a la calle.

Vi a Merle y a Faye, y me alegró comprobar que Merle estaba perfectamente, pero enseguida me fijé en el fae que se puso en pie detrás del escritorio. Su aspecto me dejó petrificada.

Era mayor y tenía el pelo entrecano. Alrededor de las orejas y la boca, su piel plateada se plegaba en finísimas arrugas. Calculé que, en años humanos, debía de tener cerca de ochenta. Era la primera vez que veía un fae tan mayor.

Santo Dios, estaba envejeciendo como un humano.

Ren me puso la mano en la espalda.

—Ivy, este es Tanner. Dirige este sitio.

El fae sonrió al rodear el escritorio y tenderme la mano.

—Me alegra conocerte por fin, Ivy, y que tu rescate fuera un éxito.

Aturdida, le estreché la mano.

—Yo también me alegro de conocerte.

—Mi verdadero nombre es un poco impronunciable, pero Tanner es un buen diminutivo. —Se rio al estrecharme la mano—. Pareces un poco sorprendida.

Le miré las orejas para asegurarme de que eran puntiagudas.

—Lo... lo siento. Estoy un poco desconcertada.

—Es lógico —contestó amablemente—. Imagino que debe de ser muy chocante para ti estar aquí, rodeada por mi gente.

Asentí lentamente.

—Creo que vas a descubrir muchas cosas chocantes respecto a nosotros —añadió, soltándome la mano.

Asentí otra vez.

—Como te explicó Faye, este es un refugio para faes que tienen los mismos principios y valores que nosotros —explicó—. Nos negamos a alimentarnos de humanos y, por tanto, asumimos una esperanza de vida mucho más corta. Hace años colaborábamos con la Orden. Pero, por desgracia, nuestra alianza no duró mucho

tiempo.

Merle masculló algo en voz baja, pero no la entendí.

—Nuestros antepasados dejaron el Otro Mundo porque no estaban de acuerdo con la política de la corte gobernante. Estaban aniquilando nuestro mundo y convirtiéndonos a todos en monstruos. No vinimos aquí para hacerle lo mismo a vuestro mundo —prosiguió Tanner—. Y haremos todo lo posible para asegurarnos de que el príncipe y sus seguidores no se salgan con la suya.

—La mayoría de los faes que viven aquí proceden de la corte de verano —explicó Brighton—. Empezaron a escapar antes de que se cerraran los portales porque les perseguían.

—Nos perseguían como perseguían a tu amigo Tink y a sus congéneres: casi hasta la extinción —añadió Tanner con una mirada melancólica—. Tink es el primer duende que veo, pero mis padres hablaban mucho de los de su especie. Lo que has hecho para salvarle es admirable.

Miré a Ren.

Él puso cara de fastidio.

Yo sonreí.

—El hecho de que cuidaras de él, de que le curaras cuando estaba herido y le mantuvieras escondido me ha convencido de que podemos confiar en ti. —Tanner inclinó la barbilla—. Y en Ren.

Me alegré de que Tanner no supiera que Tink y Ren no eran precisamente uña y carne.

De repente, se me ocurrió una idea como salida de la nada.

—¿Intentasteis poneros en contacto conmigo antes de que pasara todo eso? —pregunté.

—No —contestó Tanner—. ¿Por qué lo preguntas?

Miré a Ren.

—Porque antes de que... de que pasara todo eso con el príncipe, un fae me siguió hasta un aparcamiento de la ciudad. Donde dejaste el coche el lunes por la noche. Estaba buscando tu camión —expliqué—. El caso es que no hizo nada. No le dio tiempo, porque una fae apareció de repente, le mató y luego se clavó literalmente en mi daga.

Tanner parpadeó.

—No fuimos nosotros.

—¿Alguna idea de quién pudo ser? —preguntó Ren.

Tanner meneó la cabeza.

—Haré averiguaciones, a ver qué descubrimos.

Me volví cuando se me acercó Merle. Parecía más calmada que la última vez que la había visto. Tenía el cabello rubio muy liso y suave, y los ojos iluminados por un brillo de curiosidad e inteligencia.

Tomó mi cara entre sus manos.

—¿Plantó su semilla?

Hice una mueca.

—¿Podrías no volver a expresarlo así, por favor?

—¿Lo hizo? —preguntó.

—No —contestó Ren, a mi lado, con la mano todavía sobre mi espalda—. La sacamos a tiempo.

Merle me sostuvo la mirada.

—Necesito oírsele decir a ella.

—Merle... —dijo Tanner en voz baja.

Tampoco a él le hizo caso.

—Tenemos que asegurarnos.

—No —contesté, notando que me ponía colorada—. Lo juro.

—Bien. —Merle sonrió y luego me abrazó y retrocedió—. Habría sido terrible tener que matarte.

Abrí los ojos como platos.

—¡Mamá! —exclamó Brighton, de pie junto a la mesa.

—¿Qué? —Merle se encogió de hombros, se acercó a una silla y se sentó—. Si estuviera embarazada del príncipe, tendríamos que matarla. Es así de sencillo.

Faye se aclaró la garganta, colocándose junto a Tanner.

—No, no tendríamos que matarla. Hay otras alternativas.

—Pero ¿por qué no me mataste sin más? —le pregunté—. Eso habría solucionado el problema. Y tuviste muchas oportunidades de hacerlo.

Ren se puso tenso a mi lado.

Faye pareció crisparse.

—Nosotros no matamos humanos, sea cual sea la situación.

Enarqué una ceja.

—Pues deberías decírselo a Merle.

Merle se rio como si acabara de sugerirle a Faye que le explicara una nueva receta de asado.

—Merle es humana —contestó Faye—. Los humanos tienen tendencia a no valorar la vida.

Decidiendo que había llegado el momento de cambiar de tema, volví a centrarme en Merle.

—¿Por qué le dijiste a Brighton que Ren sabría qué hacer con la información que contenían tus diarios?

Sonrió levemente y señaló a Ren con la cabeza.

—Ese joven tiene una mirada bondadosa.

Abrí la boca, pero no supe qué responder. Cuando miré a Ren, vi que se estaba mirando las botas con una sonrisa.

Tanner nos indicó que nos sentáramos. Ren y yo obedecemos.

—Sé que tienes un montón de dudas y que tenemos que contarte muchas cosas,

pero no queremos agobiarte. Faye nos ha explicado que estas últimas semanas han sido muy... estresantes para ti.

Me puse tensa.

—Yo no las describiría así. Y eso es algo de lo que preferiría no hablar en este momento.

Ren se inclinó hacia delante, apoyando el codo en la pierna y la barbilla en la mano.

—Centrémonos en lo que de verdad importa —sugirió con firmeza, y me miró—. Saben cómo mandar otra vez al príncipe al Otro Mundo.

—¿Qué? —Me senté más derecha—. ¿Cómo?

Tanner se apoyó en el escritorio y cruzó los tobillos.

—¿Quieres explicárselo tú?

Faye no parecía querer hacerlo, pero de todos modos tomó la palabra.

—Cuando mi familia abandonó el Otro Mundo hace muchas décadas, se llevó un cristal muy especial y poderoso del trono del rey y lo trajo a este reino. Posteriormente, la Orden se hizo cargo de él para mantenerlo a salvo. O, al menos, eso fue lo que dijeron. Pero su decisión de trasladar el cristal sin nuestro consentimiento generó... una disputa entre nuestras dos especies.

Me pregunté si por eso la Orden y aquellos faes habían dejado de cooperar, pero una disputa no parecía una razón lo bastante poderosa para que la Orden borrara por completo de sus anales cualquier noticia sobre aquella alianza.

Me acordé del cristal que Val había robado la noche en que el príncipe cruzó la puerta. Desde que había hablado de ello con Miles, no había vuelto a acordarme. Habían pasado muchas cosas, sí, pero yo sabía dónde estaba el cristal.

—Lo tiene el príncipe.

—¿Lo viste? —preguntó Tanner, y sus ojos pálidos parecieron afilarse.

—No. —Negué con la cabeza—. Pero mi... Pero un miembro de la Orden que seguía órdenes del príncipe se lo llevó.

—Menuda arpía —masculló Merle en voz baja, y Brighton volvió a suspirar—. El cristal no debería haber caído en manos de la Orden. Ellos no entienden su poder, ni su importancia.

—Yo no lo he visto —dije, recorriendo la sala con la mirada—. La Orden no ha informado de su importancia. Uno de sus miembros llegó a decirme que no valía nada. Imagino que no es así.

Faye cruzó los brazos.

—Ese cristal puede enviar al príncipe de vuelta al Otro Mundo, pero no será tarea fácil.

—Y no sabemos dónde está exactamente el cristal —añadió Tanner—. Faye lo buscó mientras estaba en el complejo del príncipe.

—Y no lo vi —dijo ella—. Pero había muchos sitios a los que no tenía acceso.

Yo quería saber cómo había entrado al servicio del príncipe, pero en aquel

momento eso carecía de importancia.

—Entonces, tenemos que recuperar el cristal. Y luego ¿qué?

Faye respiró hondo.

—Luego necesitamos la sangre de un miembro de la realeza y de un semihumano...

—Solo una pequeña cantidad —aclaró Ren incorporándose en la silla—. Una gota de sangre de un semihumano, más o menos.

Tanner sonrió.

—Sigue sin hacerle ninguna gracia.

Ren entornó los párpados.

—Encontrar el cristal y conseguir la sangre del príncipe y una gota de tu sangre no es lo más difícil.

—¿No? —Levanté las cejas, sorprendida—. Pues a mí me parece bastante difícil, teniendo en cuenta que no sabemos dónde está el cristal. Y conseguir sangre del príncipe no va a ser fácil.

—El rito de la sangre y la piedra —dijo Faye— tiene que llevarse a cabo en el Otro Mundo.

Después de aquello, seguimos hablando un rato. Conseguir el cristal era solo el primer paso, pero primero teníamos que averiguar dónde diablos estaba. Yo no podía ni pensar en conseguir la sangre del príncipe porque no quería ni estar en la misma zona horaria que él. Y luego estaba el problema de cómo llegar al Otro Mundo.

El hecho de que yo no estuviera embarazada del príncipe mantendría las puertas cerradas, pero tendríamos que abrirlas. Temporalmente.

Y para eso necesitábamos a la Orden.

Yo sospechaba que era más fácil que el Niño Jesús se presentara a cenar esa noche vestido con tirantes que conseguir que la Orden accediera a abrir una puerta.

Faye explicó que estaban al corriente del plan del príncipe de convertirse en el gran supervillano mundial. Más o menos una hora después, Ren y yo abandonamos la sala. Todavía había muchas cosas que debatir, pero a mí ya me estallaba la cabeza con lo poco que sabía, y fue un alivio salir de allí.

En el pasillo, me detuve y miré a Ren.

—¿Podemos salir?

—Como quieras.

Eso hicimos. Salimos al patio. Curiosamente no había faes, aunque lo cierto era que hacía bastante frío. Nos sentamos los dos en un balancín.

Yo no sabía cómo íbamos a enfrentarnos al príncipe y a sus secuaces, encontrar el cristal y conseguir la sangre del príncipe sin que me raptaran, y además pasar al Otro Mundo.

Solo llevábamos fuera unos minutos cuando Tink dobló la esquina, llevando a *Dixon* en brazos.

—Por lo menos está vestido —masculló Ren.

—Sí, menos mal.

—Aquí no hay sitio para tres —refunfuñó Ren cuando Tink se acercó al balancín. Yo sonreí ligeramente cuando Tink se dejó caer a mi lado.

—Hay sitio de sobra —dijo, lanzando una mirada a Ren—. Si te incomoda estar cerca de mí, por mí puedes marcharte.

Ren suspiró.

—Debería haber dejado que te murieras de hambre.

—Vale, lo que tú digas. —Tink se puso a *Dixon* en el regazo—. Qué sabrás tú.

Dixon se bajó de su regazo y se encaramó al mío. Yo me quedé mirándolo, y él me miró y empezó a arañarme la tripa con sus patitas.

—Tengo entendido que has visto a Tanner —dijo Tink—. Le parezco alucinante.

—Ya veremos qué le pareces dentro de un par de días —contestó Ren—. Apuesto a que cambia de opinión.

—Odia el mensaje, pero no al mensajero —replicó Tink inclinándose hacia delante.

Ren arrugó el ceño.

—¿Qué? Eso no viene a cuento.

—No pienso hacerte caso —dijo Tink, y me dio un codazo—. Estaba preocupado por ti, Ivy Divy. Dormías como si fueras una princesa Disney que se había comido una manzana podrida.

Enarqué una ceja mientras acariciaba al gatito.

—Una manzana envenenada, querrás decir.

—Lo que sea. Es lo mismo. Yo lo único que sé es que aquí el Príncipe Azul no podía despertarte con un beso —añadió.

—Vas a necesitar algo más que un Príncipe Azul para despertarte cuando te deje inconsciente de un golpe —replicó Ren desganadamente mientras miraba a *Dixon*, que se hizo una bola y se quedó dormido al instante.

Tink resopló y apoyó la cabeza en mi hombro. Yo estaba acostumbrada a que lo hiciera cuando era mucho más pequeño.

Nos quedamos allí sentados, en silencio, y no sé por qué pero otra vez me dieron ganas de llorar. Estaba hecha polvo. Hecha polvo. Quizá solo necesitaba dormir un par de días más. Tenía un nudo cada vez más grande en la garganta, pero necesitaba decir algo.

—Quería... quería daros las gracias a los dos por no abandonarme —dije con la mirada fija en *Dixon*. Me aclaré la garganta—. Por buscarme y por preocuparos por mí.

—No tienes por qué darlas —dijo Ren—. No es necesario, cariño.

—Por una vez estoy de acuerdo con ese mendrugo —contestó Tink—. Ya te lo

dije. Para eso estamos.

Se me saltaron las lágrimas.

—Sí —dije con voz ronca, y apreté los labios.

—Todo va a salir bien —dijo Ren, que parecía notar que necesitaba oírlo, porque lo necesitaba de verdad.

Estiró el brazo sobre el respaldo del balancín y me apretó el hombro.

Tink me empujó suavemente, con cuidado de no despertar a *Dixon*.

—Claro que sí. Nos tiene a nosotros.

A nosotros.

Era la primera vez que Tink hablaba de Ren y de él en la misma frase sin insultarle. Guau, era todo un progreso. O quizá se debiera simplemente a que estaba muy preocupado por mí.

Seguramente era eso.

Pero no pasaba nada. Tink estaba preocupado porque yo le importaba y me quería. Y aunque a mí me costara creerlo, a Ren también le importaba.

Me quería.

Sentada entre ellos dos, levanté la cara hacia el cielo y cerré los ojos. Dejé que el sol emparara mi piel y empezara a calentar esas partes de mi interior que seguían invadidas por el frío y la oscuridad.

Me sentía un poco dividida y descentrada, y sin duda iba a tener que recorrer un largo y arduo camino para recuperarme al cien por cien. Y entre tanto las cosas seguirían su curso. Drake vendría a por mí, o iría en busca de otra semihumana. Teníamos que encontrar el cristal y detener al príncipe. Eso no podía esperar.

Pero iba a ponerme bien.

Era una semihumana. No era la misma Ivy de unos meses atrás. Ahora todo era distinto. Yo era distinta. Había algunas partes de mi ser que seguían llenas de sombras frías e insidiosas, pero aquel frío no duraría eternamente.

Con cuidado de no despertar a *Dixon*, puse la mano sobre la pierna de Ren, con la palma hacia arriba. Sentí que contenía la respiración. Un segundo después, posó la mano sobre la mía y me la apretó.

Le miré a los ojos, pero no tuve que decir nada. Me incliné hacia él y apoyé la cabeza en su hombro. Sentí que su cuerpo se relajaba casi al instante. Miré a Tink. Nos estaba observando con aquellos ojos azules tan claros. Me guiñó un ojo.

No estaba sola.

Solo estaba un poco dividida, pero no rota del todo.

—Sí —dije—. Todo va a salir bien.

Y además era cierto: yo era muy valiente.

Agradecimientos

Gracias a mi equipo, que me ayudó a dar vida a este libro: Kevan Lyon, Patricia Nelson, Kara Malinczak, R. S., Sarah Hansen, Taryn Fagerness, Christine Borgford de Perfectly Publishable, Stacey Morgan, a mi familia y a mis amigos. Y gracias sobre todo a los lectores, que han sido increíblemente pacientes mientras escribía la secuela.



JENNIFER L. ARMENTROUT (Martinsburg, Virginia Occidental, 1980). Actualmente sigue viviendo en Martinsburg con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas.

Jennifer escribe YA paranormal, ciencia ficción, fantasía y romance contemporáneo. También escribe novelas para adultos bajo el seudónimo de J. Lynn.